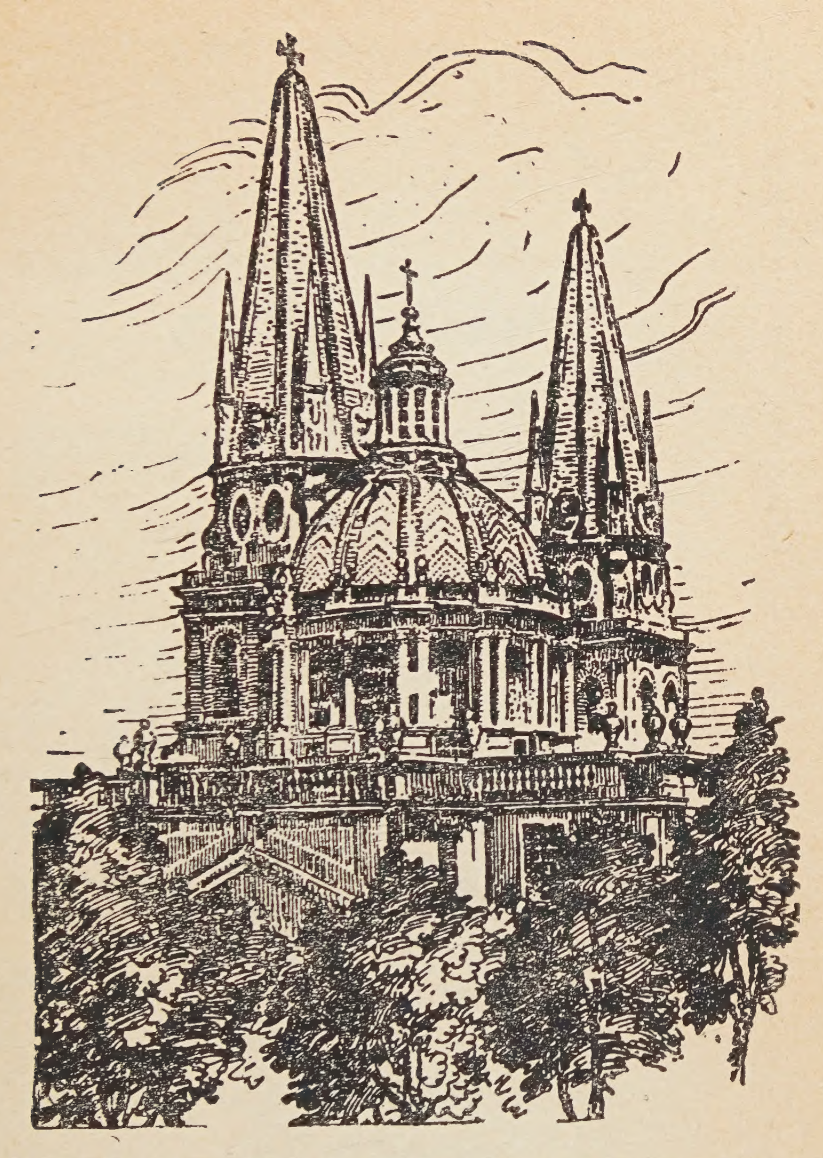
CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6





GUADALAJARA, fundada en 1541, cobró gran importancia desde luego cubriendo su suelo con monumentos de bella arquitectura y tomando parte importante en nuestra historia.

Ha tenido fama también, tanto por su clima como por la sonrisa acogedora de sus alrededores llenos de matices musicales; pero sobre todo por el encanto de sus mujeres que llevan en la sangre y en los ojos la gracia andaluza.

Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen para esa Capital un servicio rápido y confortable.


Indispensable
BELMONT selecta mixtura de genuinos tabacos Virginia, Burley y Turco
PARA LOS FUMADORES DIFICILES

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1944 Vol. XVIII

INDICE


Su fama...
ES INTERNACIONAL!
GINGER ALE
CANADA DRY
El Champagne de los Refrescos



Mayor producción, escasez de materiales, restricciones de importaciones...

Dentro de este programa, la conquista de la Victoria hace jugar a nuestro lubricante MEXOLUB un papel de trascendencia en la industria y los transportes de México.

MEXOLUB se prepara mezclando "Bright Stock" obtenido de crudos americanos, con el mejor aceite neutro obtenible de crudos seleccionados del país. Sobresale en todas las virtudes y cualidades que un aceite fino para motor debe tener: alta resistencia a la evaporación, bajo contenido de carbón libre, resistencia al efecto adelgazador del calor y fluidez a bajas temperaturas.

PETROLEOS MEXICANOS



DELICIAS DE LA PAZ

Los turistas que movidos por la atracción de México, se decidan a gozar de las delicias que la inminente paz nos brinda, pasando unos días de vacaciones en nuestra tierra, no han de verse en modo alguno defraudados.

A los extraordinarios atractivos naturales e históricos de nuestro país, a sus prestigios de leyenda, viene a sumarse hoy día, realzándolos, la comodidad que al viajero ofrece una organización turística cada vez más desarrollada y alerta.

La comodidad —en todos sus órdenes— del visitante, su derecho al bienestar e incluso al halago, se encuentran en México garantizados por la circunstancia de que, para equilibrar su balanza exterior, cuando la paz disminuya la actual fiebre exportadora, nuestro país necesita las entradas de turismo. Así lo ha hecho notar con suma perspicacia le prensa norteamericana y lo han recogido nuestros periódicos.

Los encargados de regir los destinos de nuestra patria se dan cabal cuenta de que el turismo es una de las industrias necesarias para la salud del país en la gran época que se inicia, y que la prosperidad de esa industria depende en primer lugar de la satisfacción que experimente en nuestro territorio el forastero.

De aquí que se estén tomando hace ya algún tiempo las medidas conducentes a la mejor presentación de nuestros tesoros turísticos. De aquí que se proteja y favorezca cuanto en comunicaciones, hoteles, espectáculos, artes populares, redunde en beneficio de quienes vienen a honrarnos con su presencia. De aquí que se procure con especial cuidado evitar cuanto pueda ser para el visitante causa de fastidio, cortando de raíz todas las tentativas de abuso propias de los períodos agitados como ha de ser este de la post-guerra.

Puede estar seguro quien nos visite de que México aprecia el valor de su sonrisa.

F. L. S.



Sin destino y
sin dueño
SE ACERCAN
3 Millones
DE · PESOS
DICIEMBRE 20
¡Sea Ud. el afortunado!
RECUERDE:
PARA UNA MEJOR NAVIDAD, UN SORTEO MEJOR.
Loteria Nacional
para la Asistencia Pública

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO III VOL. XVIII

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1944

México, 1º de Noviembre de 1944

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F. con fecha 23 de Marzo de 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96 MEXICO, D. F.

SUMARIO

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de
FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. C. L.
Iturbide 16. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

EL PARAISO PROMETIDO
O
LOS BIENHECHORES DEL MAL

ANTROLOGIA CONTEMPORANEA

Por *Román I. DUQUE*

PERSONAJES:

POLICHINELA
HITLER MUSSOLINI
CHURCHILL FRANCO
EL PAPA
EL PARTIDO CONSERVADOR INGLÉS
OTROS PERSONAJES
UN TRAMOYISTA

PROLOGO

POLICHINELA: Consentidme, señores y amigos, que en nombre vuestro me alce aquí contra cierto modo apocado y ramplón, sin vuelo y sin nobleza, de entender los sucesos contemporáneos. Sonroja oír lamentarse de nuestra época. Se la tacha de inclemente y despiadada. Dícese que, por su culpa, el héroe ha descendido de su sitial para hombrearse con el bruto. Sonroja, digo, oír tantos despropósitos, como sonroja oír afrentar a una madre. Mas procede advertir que tales quejumbres son sobre todo flores de estulticia, de esa ciega estulticia que ha extendido su manto de siglos sobre nuestra especie, abrigando en cada bóveda craneana un invernadero con sus clemencias bochornosas. ¡Como si semejante flora fuese deseable! ¡Como si fuera ne-

cesaria para aderezar las mesas de la gente principal, realzando con sus desmayadas presencias la lozanía de nuestras huríes!

Afortunadamente nuestro siglo empieza, por sus rasgos de sensatez, a distinguirse de sus predecesores. Los adelantos científicos y técnicos, el comercio y la colaboración de los hombres más valiosos de todos los países, así como los demás factores que todos conocéis, han creado un clima en el que espontáneamente se van abriendo los ojos y destapando los oídos. Y se van disipando aquellos sueños perniciosos que han privado de límites a la desventura humana. Me refiero a los sueños de paz. A esos sueños por los que nuestros ancestros creyeron en una bonanza posible y deseable. Ustedes y yo sabemos lo que esto tiene de utopía, de bárbara utopía. Porque en realidad el oficio desempeñado por tales sueños ha sido mantener en el hombre cierto estado crónico de inadaptación, dotándole de una sensibilidad contrapuesta al medio ambiente que ha centuplicado su capacidad de sufrimiento. He ahí la raíz mayor de nuestras seculares desgracias. Como el niño, incapaz de medirse con las pruebas de la hombría, hemos hecho ascos a la guerra, a la necesaria y saludable guerra, creando en nosotros un complejo de inferioridad y fomentando su virulencia. Por fortuna, hoy ya somos muchos —como mi nombre lo indica—, ¡muchos! los empeñados en comprender. La destrucción es inherente a la naturaleza animada, su alma misma. En la entraña del átomo, en el escenario de la vida orgánica elemental, en el campo de las células y en el de los enjambres siderales y, naturalmente, en todo los horizontes prehistóricos e históricos, el equilibrio dinámico de la vida se apoya, bajo engañosas apariencias de paz, en la pugna, en la desintegración, en la matanza. Como el fuego, la vida sólo es posible en la medida en que devora. Y la humana también. La grandeza peculiar de ésta, su realidad absoluta, estriba en su facultad de autodevorarse. Extinguid esa fuente de energía y no sólo elimináis al hombre sino que abolís la materia. Unicamente la libre aceptación

de esa imperativa ley bélica permite alcanzar los supremos niveles y prevenir los desplomes. Desengañémonos otra vez más: los sueños pacíficos son los hongos venenosos de nuestras primitivas cavernas, la retórica de quienes tratan de disimular su ineptitud para mirar el brillo de la vida cara a cara. Algo que es preciso suprimir. Más exactamente aún, el pecado original que nos impide el goce del verdadero Paraíso.

Malaventuranza, pues, contra los pacíficos que pretenden poseer la tierra. Exterminio para quienes difaman nuestros tiempos presentes y los repudian por crueles. ¡Son días de redención y de infinito júbilo! A fuerza de tumbos y de saltos mortales, de encallecer concienzudamente nuestros lóbulos, nos es dado golpear, para que se nos oiga, en la puerta principal del Paraíso, del único Paraíso eficiente, del "Paraíso a la sombra de las espadas" vislumbrado por uno de los más grandes genios que lo humano ha producido. En su virtud todos podemos ser ya francos y hacer de la franqueza ley de vida. Podemos gloriarnos de nuestra condición destructora, dar pábulo de sangre y fuego a sus divinos esplendores. Somos ya muchos, somos legión —como mi nombre lo rubrica— los que vivimos fascinados por la presencia de ese Paraíso prometido desde el fondo de las edades y sólo en la actualidad al alcance de nuestras personas.

Espíritus pacigüeños, importantes y desvergonzados, pretenderán —como ya me está pareciendo oír— que nuestro jardín de delicias no pasa de ser el limbo de los injustos, si no pestilente cámara de los comunes. ¡Abominables desatinos! Se argüirá —argüirán los del seno de Abraham ante el muro de las lamentaciones— que nuestra actitud corresponde a ese nivel primitivo en que campea a sus anchas lo zoológico. ¡Funestísimo error! Muy al contrario, la idea de paz constituye la razón de nuestra caída. Porque la lucha a muerte no es en nosotros proyección de animalidad, sino revelación divina. Sabemos que el cielo fué cielo porque existió la posibilidad de pugna entre los ángeles, la posibilidad de dividirlos en malos y buenos, justificando así

la arremetida de unos contra otros. Y si sigue siendo cielo es porque aquella situación inicial e infernal es eterna y continúa. Si no, todo sería averno, como lo quieren en la tierra quienes, incapaces de alzarse a los planos superiores, pretenden consolarse, como tontos que son y con menosprecio de los sagrados intereses de la humanidad, sumiéndonos en la oscuridad a todos, degradando con sus torrentes de plebeyo sudor el vino nuestro de cada día.

Afilad vuestro buen juicio, nobles señores y amigos, pues que estáis aquí para dictar sentencia. Nunca como ahora —pronto habréis de comprobarlo— se han alzado voces tan dignas para articular verdades tan eminentes. Los cerebros más ilustres, las instituciones más encumbradas y prestigiosas, los imperios materiales y espirituales de más soberana alcurnia, militan en nuestras filas, nos respaldan y nos secundan en esta sublime tarea de dignificar nuestra especie, de instituir el cielo en la tierra mediante —¿temeré decirlo?— la instauración técnica del infierno. ¿Quiénes habrán de tener razón, los civilizados, los próceres de toda especie, los bienpensantes y uniformemente bienvestidos, los pueblos superiores, o esa mentalidad indigente, corroída por la envidia y por la obsesión del rasero, en una palabra: la canalla?

Por lo que nos toca, en ninguna ocasión dudaremos de los nuestros. Si alguna vez oímos en labios amigos palabras de paz percibiremos su valor de estratagema, de condimento y de ardid para hacer más sabrosa y apasionada la batalla. No digo que alguna vez no pudieran ser resabios, vicios de dicción, aun no enteramente reabsorbidos, de situaciones pretéritas. En ningún caso les guardaremos rigor ya que siempre su acción tiende a practicar de manera perfecta el mal necesario. ¡El modo es lo importante! Es bueno lo que se hace bien. Hasta el punto de que acertaría, habría que confesarlo, el pícaro deslenguado que nos llamara los "bienhechores del mal". ¿Y cómo no, siendo como somos los verdaderos raptores del fuego, los que esgrimimos la antorcha que presta color a la sangre y

ambos calor a la humanidad que ha de bautizarse en este mito de sangre y fuego para templar sus mejores virtudes? Sí, somos los semi-dioses de la nueva edad que "ad majorem Dei gloriam" pregonamos el alborozo de la guerra eterna mediante la cual sentiremos la eternidad en nosotros.

No por la electricidad ni por la radio nuestro siglo es grande sino por sus aspiraciones y la claridad de sus postulados conscientes. Nunca como hoy, repito, se elevaron tan a una las voces de los sumos bienhechores del hombre, enardecidas por el asalto al Paraíso. Prestad, os lo ruego, un punto de atención al testimonio vivo y directo a que tengo el privilegio de invitaros. Contemplad el escenario de nuestros días: es un espejo. El espejo animado de nuestra época. Un espejo en libertad, abierto a las fantasías del tiempo y del espacio, y a cuya superficie suben grandes burbujas que estallan como granadas o bellas petunias, primaveralmente. Un espejo acústico donde se reflejan los nobles acentos que se han levantado estos tiempos últimos y sobre todo el timbre de Aquél *(se oyen a diestra y siniestra grandes voceríos:* ¡Heil Hitler! . . . ¡Heil Hitler! . . .) de Aquel cuyo nombre da consistencia a nuestro siglo destacando sobre su planicie como un surtidor sobre el estanque. Todas las frases, eclesiásticas o civiles, que van a oírse aquí, en esta fiesta del corazón, bailando unas con otras, engarzadas por la coherencia de su propio azar, son ciertas y efectivas. En ellas y por la virtud de dicho espejo irán viendo ustedes plasmarse la imagen de nuestra época. Espejo de Polichinelas, insinuará esa gentuza. ¡Bah!. . . Y no estimo imposible, nobles señores y amigos, que hasta algunos de ustedes se sientan inclinados a pensar que soy yo mismo, Polichinela, infamado personaje de la Comedia Italiana, quien se está mirando en él. . . Y cabe que lleguen a deducir que si en efecto no soy yo es porque la imagen que perciben ostenta más de dos jorobas, más incluso de las que pueden contar con los dedos de las manos. (*Se vuelven a oír a siniestra nutridos gritos:* ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!) Ilusión acústica, señores

y amigos, se lo aseguro. ¡Compruébenlo ustedes mismos que ya es hora! ¡Fíjense bien! Estamos en la antesala del Paraíso prometido. Se acercan en puntillas, como fuegos fatuos, las voces y los decires. ¡Fíjense! ¡Agucen aún más que el oído el entendimiento!

ESCENA I

GOERING: No tengo que practicar la justicia sino que aniquilar y exterminar.

(*Vossische Zeitung*, 4-III-1933).

JUNGER: La única perfección en el mundo consiste en el arte de manejar explosivos.

(*La guerre notre mère*).

MUSSOLINI: Toda doctrina que arranca de un postulado de paz es ajena al fascismo.

(*Enciclopedia italiana*).

CARDENAL MUNDELEIN: Mussolini es un gran hombre, el hombre del día.

(1925).

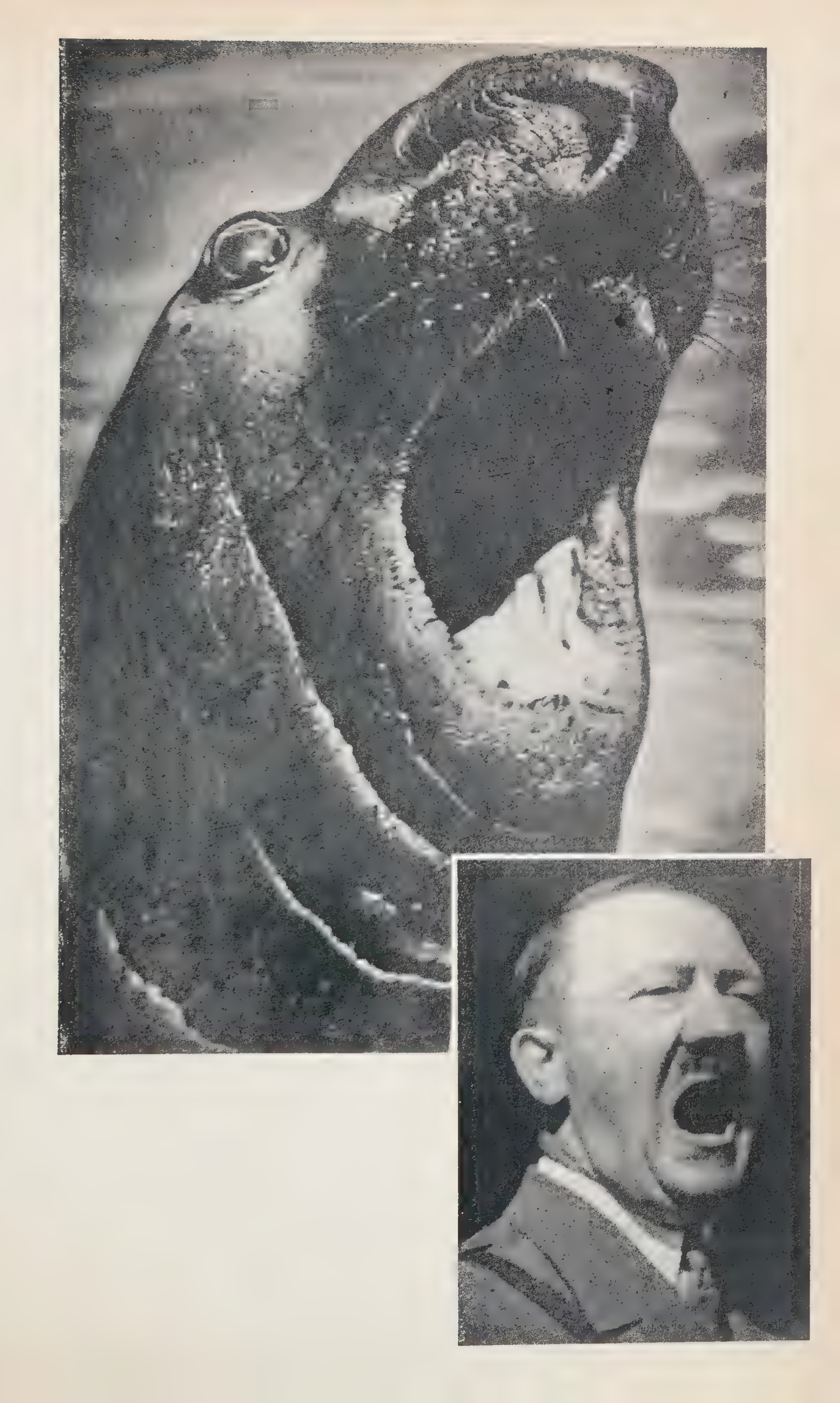
FRANCO: España... seguirá la estructura de los regímenes totalitarios como Italia y Alemania. Se revestirá de las formas corporativas, para lo cual se encuentran en nuestro país la mayor parte de las fórmulas, y se acabará con las instituciones liberales que han envenenado al pueblo.

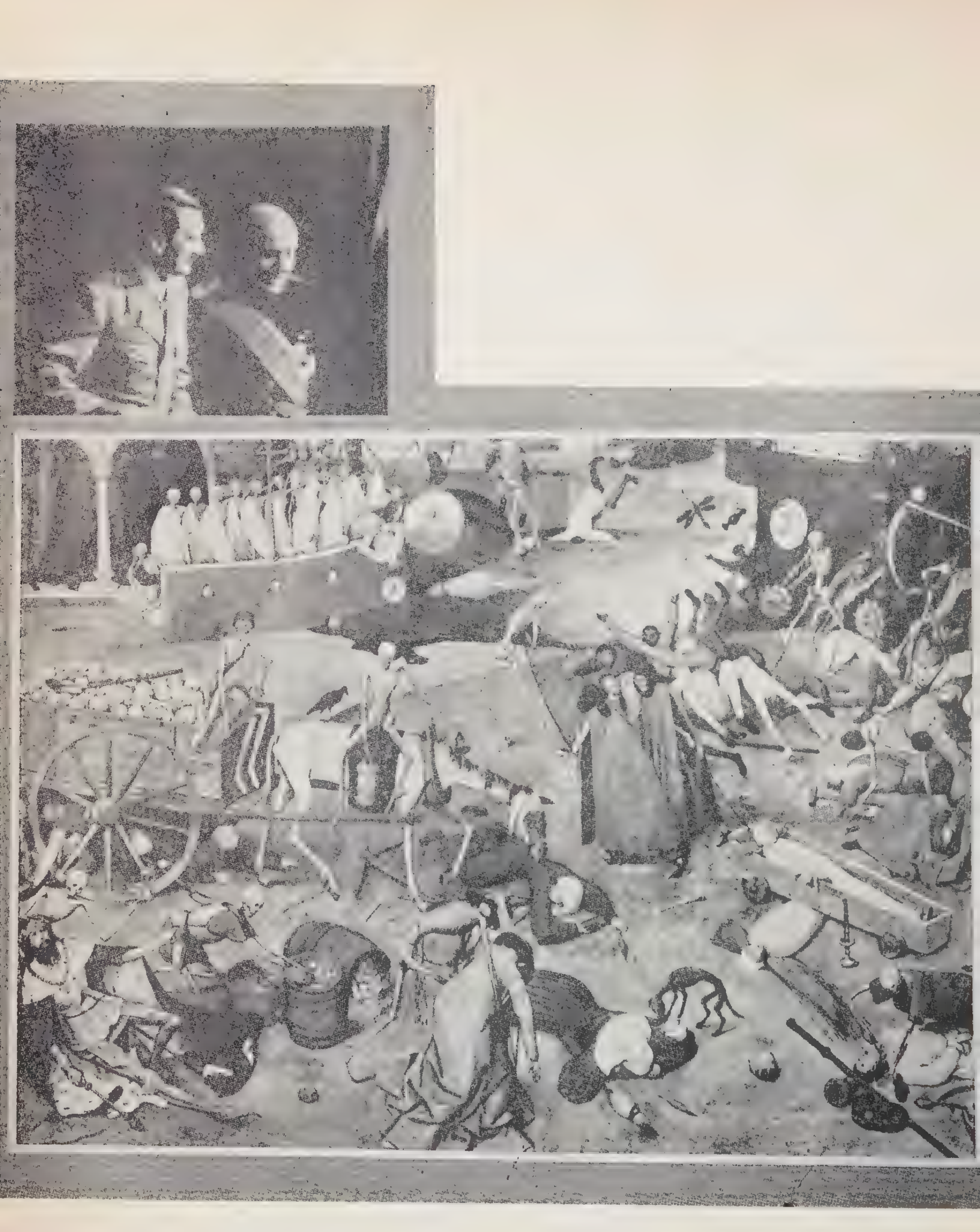
(VII-1937).

CARDENAL GOMA, *Primado de España:* La lucha actual reviste, sí, la forma externa de una guerra civil, pero, en realidad, es una Cruzada.

(*El caso de España.* 1936).

MUSSOLINI: La guerra es al hombre lo que la maternidad es a la mujer. No creo en la paz perpetua; no sólo no creo en ella, sino que la encuentro deprimente y negativa para las virtudes fundamentales del hombre,





BRUEGHEL: El triunfo de la muerte. (*Fragmento*).

que necesita del esfuerzo sangriento para manifestarse a plena luz.

(26-III-1934).

CARDENAL O'CONNELL, *de Boston*: Mussolini es el hombre de los milagros.

(1934).

CARDENAL MERRY DEL VAL, *Legado Pontificio*: Visiblemente protegido por Dios.

(31-X-1926).

S. S. PIO XI: Mussolini es el hombre enviado por la Providencia.

(20-XII-1926).

HITLER: Mi gran amigo Benito Mussolini. . .

(26-IX-1938).

CHURCHILL: Si yo fuese italiano vestiría la camisa negra.

(I-1927).

MUSSOLINI: La guerra es la suprema finalidad de nuestras esperanzas.

(6-VII-1935).

FRANCO: Estoy dispuesto a pasar por las armas a media España para conseguir mi propósito.

(Interview de 29-VII-1936).

PETAIN: La espada de Franco es la más limpia del mundo.

(1938).

CARDENAL GOMA: ¿Cómo no germinaría en catolicismo la semilla arrojada a través de los campos de España, en el surco que han abierto los católicos con la punta de la espada?

(El caso de España).

R. P. IGNACIO MENENDEZ REIGADA: La guerra española es guerra santa y la más santa que registra la Historia.

(La Ciencia tomista. 1937).

ARZOBISPO DE BURGOS: La iglesia ha aportado todo el peso de su prestigio para la verdad y la justicia, que eso es la causa nacional.

(IX-1936).

CONDE DE YELTES: Nuestro programa es exterminar una tercera parte de la población masculina española: esto purificará el país y nos deshará del proletariado, lo que es sano económicamente. Así no tendremos desocupados en España.

(Según John Whitaker, *Foreign Affais*, Vol. 21).

DAILY MAIL, *órgano del Partido Conservador inglés*: Los asesinos rojos no podrán ganar la batalla; no permitiremos que la ganen.

(Editorial, 19-VII-1937).

MARISCAL VON RUNDSTEADT: Uno de los grandes errores de la primera guerra mundial fué respetar las vidas de los civiles de los países enemigos. Nosotros los alemanes debemos contar por lo menos con una población dos veces mayor que la de nuestros vecinos. Por consiguiente, estamos obligados a destruir siquiera a una tercera parte de la población de todos los territorios adyacentes. El medio más fácil de conseguirlo es la subalimentación sistemática —a fin de cuentas superior a las ametralladoras— la subalimentación que produce mayor efecto sobre todo entre los jóvenes.

(Conferencia en la Academia Militar de Berlín).

GENERAL MILLAN ASTRAY: ¡Viva la muerte!

(Grito del Tercio o Legión extranjera).

MONSEÑOR DIAZ DE GOMARA, *obispo de Cartagena*: ¡Benditos sean los cañones si en las brechas que abren florece el evangelio!

(1936).

ESCENA II

MUSSOLINI: Representamos la antítesis neta, categórica, definitiva, de todo el mundo de la democracia, de la plutocracia, de la masonería; en una palabra, de todo el mundo de "los principios inmortales del 89".

(7-IV-1926).

CHURCHILL: Si hubiese sido yo italiano estoy seguro que habría estado con ustedes con todo mi corazón desde el principio hasta el fin de nuestra lucha triunfal contra los apetitos bestiales del leninismo.

(20-I-1927).

JOSE FELIX LEQUERICA, *actual ministro de Relaciones Exteriores de Franco:* ¡Qué curioso constraste entre la conmemoración de una fecha como la del 150 aniversario de la Revolución francesa y la aparición en España (vale decir en el mundo) del movimiento falangista! La Falange es todo lo contrario de la Revolución Francesa.

(*Correo Español,* 1-VII-1939).

LORD DUFF COOPER: Todo lo que se ventila hoy en España no vale la vida de un marinero inglés.

(22-VII-1938).

CHURCHILL: Si las clases conservadoras de Inglaterra apoyan a Chamberlain es porque suponen la simpatía del Presidente hacia Franco.

(*Paris-Soir*).

MUSSOLINI: Volvemos a afirmar aquí solemnemente nuestra doctrina del Estado; vuelvo a afirmar aquí no menos enérgicamente, mi fórmula del discurso que pronuncié en la Scala de Milán: "Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado . . . ".

(26-V-1927).

CARDENAL O'CONNELL, *de Boston:* Mussolini es un genio en el campo de la ciencia política que Dios ha dado a Italia para ayudar a la nación a continuar un rápido ascenso hacia el destino más glorioso.

(1926. *Il Carrocio,* XXXIV).

MUSSOLINI: Dios no existe.

(Título de un libro que publicó en su juventud).

CHURCHILL: No niego que Mussolini en un gran hombre.

(23-XII-1940).

MUSSOLINI: Hoy, con la conciencia bien tranquila, digo a una inmensa multitud, que el siglo XX será el siglo del fascismo, será el siglo del poderío italiano, será el siglo durante el cual Italia volverá a ser por tercera vez la directora de la civilización humana, pues fuera de nuestros principios, no hay salvación ni para el individuo ni mucho menos para los pueblos.

(1932).

JOSE PEMARTIN, *Director General de Enseñanza:* El fascismo, el absolutismo hegeliano, no sólo puede y debe darse en España, sino que es España la única nación europea donde cabe en su sentido absoluto. Hemos dicho anteriormente que teníamos derecho a ser más papistas que el Papa; del mismo modo podemos ser más fascistas que el mismo fascismo. Porque nuestro fascismo ha de ser perfecto, absoluto. "El fascismo es una concepción religiosa", ha escrito Mussolini. Es fascismo español será, pues, la religión de la Religión.

(*España como pensamiento,* 1937 y *¿Qué es lo nuevo?,* 1938)

S.S. PIO XII, *dando en Roma la bienvenida a 3,000 soldados franquistas:* Habéis combatido por el triunfo de los ideales cristianos.

(11-VI-1939).

ESCENA III

PARTIDO NAZI: La era de los sueños humanitarios internacionales toca a su fin y con ella ha terminado el sueño de una humanidad cristiana, sueño que durante

dos mil años ha agitado a los hombres sin que nunca hayan podido lograr su realización. El concepto de la raza y del pueblo ha sido ahora elevado a un nivel sagrado, formando nuestra ley para el presente y para el futuro. Todo lo que acepta esta ley es bueno y puede continuar viviendo. Lo que no la acepta debe ser cambiado o, mejor, eliminado...

(*El Credo del Soldado,* folleto distribuído profusamente en Alemania).

MARISCAL LUDENDORFF: Nos desprenderemos del dogma cristiano y realizaremos el misterio de la encarnación del pueblo alemán o zozobraremos en la podredumbre de una humanidad sin consistencia.

(En la fuente de la fuerza alemana).

FRIEDRICH LIST: La raza germánica (esto no admite duda) ha sido designada por la Providencia a causa de su naturaleza y de su carácter mismo, para resolver este gran problema: dirigir los asuntos del mundo entero, civilizar a los países salvajes y bárbaros y poblar aquellos que están inhabitados.

HANS KERRL, *Ministro de Asuntos Eclesiásticos del Reich*: Asistimos hoy a igual espectáculo que cuando Cristo formó con sus doce discípulos un haz fiel hasta la muerte por el martirio y cuya fe estremeció al Imperio Romano: Adolfo Hitler es el verdadero Espíritu Santo.

(1935).

FRANCO: Me sumo de todo corazón al anhelo de que el gran imperio alemán pueda lograr el objeto de sus inmortales destinos, bajo el glorioso signo de la cruz gammada y bajo vuestra genial dirección. Heil Hitler.

(Telegrama a Hitler en II-1937).

HITLER: En el verano de 1936, España parecía perdida. Fuerzas internacionales atizaban allí el fuego de una revolución destinada a pasar no sólo a España, sino a Europa entera a sangre y fuego. Hasta las democra-

cias occidentales no temían entregar armas, carburante y pretendidos voluntarios.

Una suerte espantosa amagaba a nuestro continente. Los más antiguos países civilizados de Europa parecían amenazados. Diez mil alemanes debieron huir de España y sus bienes fueron destruídos. Muchos fueron asesinados.

Entonces se alzó un hombre que parecía predestinado a esforzarse por su pueblo, por mandato de su conciencia: Franco empezó su lucha por la salvación de España. Tropezó con una conspiración urdida por el mundo entero.

En julio de 1936 me decidí de pronto a responder a la solicitud de ayuda que me pedía ese hombre.

(Berlín, 6-VI-1939).

CARDENAL GOMA: Cristo y Anticristo se dan la batalla en nuestro suelo.

(El caso de España).

W. BECKER: Cristo fué grande, pero Adolfo Hitler es más grande aún.

(Frankfurter Zeitung 8-VIII-1935).

Me. FOERSTER-NIETZSCHE: Mussolini es el más admirable discípulo de Zaratustra que Nietzsche hubiera podido soñar.

(1935).

GENERAL GUIDO MATTEOLI: Sin la aviación legionaria, la rebelión franquista hubiera sido dominada en sus mismos orígenes.

(L'aviacione legionaria in Spagna. 1938).

MORNING POST, *órgano conservador inglés:* Lo que se organizó en España fué una revolución roja que se identifica con una guerra de clases. Si alguna potencia extranjera vino a mezclarse en ello, no fué ni la Italia fascista ni la Alemania nazi, sino la Rusia soviética, que preparó con gran anticipación una catástrofe por ella prevista. El general Franco pone orden en España, inflige la derrota a una conspiración que a todos nos

amenaza. Nuestro pueblo le debe, por ello mismo, gratitud, así como nuestro gobierno debe reconocerlo.

(19-VII-1937).

CARDENAL GOMA: Nadie ignora hoy día que en el mismo momento en que estalló el Movimiento Nacional, el comunismo había preparado un movimiento subversivo.

(El caso de España).

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA: Yo os digo que en las próximas elecciones el triunfo será de las izquierdas, y que Azaña volverá al poder. Y entonces a nosotros se nos plantearán días tremendos, que habremos de soportar con la máxima entereza. Pero creo que en vez de esperar a la persecución debemos ir al alzamiento, a ser posible, con los militares y si no nosotros solos. Tengo el ofrecimiento de diez mil fusiles y un general. Medios no nos faltarán. Nuestro deber es ir, por consiguiente, y con todas sus consecuencias, a la guerra civil.

(Discurso en Gredos, julio 1935).

ANTONIO GOICOECHEA, *Jefe del partido monárquico español*: En marzo de 1934, cuando aun no se había producido el movimiento revolucionario del 6 de octubre, había partidos de la extrema derecha que pensaban en el golpe de Estado y en el levantamiento, impulsado e iniciado por el Ejército, aun a costa de una guerra civil, como el único medio de regenerar y salvar a España.

Y entonces esos hombres, entre los que nos contábamos se dirigieron a Italia para ponerse en relación con el partido fascista, a fin de solicitar de él un apoyo internacional para el caso de que en España estallara la guerra civil.

(San Sebastián, 23-XI-1937).

HITLER: Necesitamos un gobierno nacionalista en España para obtener el mineral español; esa necesidad es superior a todas las consideraciones de colaboración internacional y de organización de la paz.

(Wurtzburg, 27-VI-1937).

PADRE ALFREDO COLL: Hay que aniquilar despiadadamente al enemigo, porque esta guerra es una guerra santa y los nacionalistas han recibido de Dios el poder de matar a esos paganos.

(La Línea, 28-II-1938).

FRANCO: Yo deseo que meditéis en estas palabras: España y el Islam han sido siempre los pueblos que mejor se comprendieron.

(4-IV-1937).

P. CARAMANLI, *prohombre libio:* En nombre de todos los musulmanes de Libia, orgullosos de sentirse hijos de la Italia fascista, tengo el honor de ofrecer al Duce victorioso esta espada del Islam, bien templada.

(III-1937).

RUDOLF HESS: Nuestro pueblo siente que la bendición del Señor ha descendido sobre la obra del Führer. Esta bendición no puede ser escamoteada por los ciegos, incapaces de reconocer que Dios está con nosotros y nos asiste en la lucha contra el ateísmo organizado del bolchevismo.

(Hamburgo, IV-1937).

MARISCAL LUDENDORFF: El conocimiento alemán de Dios se confunde con la idea de la guerra total y del estado racial total.

(En la fuente de la fuerza alemana).

FRANCO: La suerte ya está echada. En nuestros campos se dieron y ganaron las primeras batallas. En los diversos escenarios de Europa tuvieron lugar las decisivas para nuestro continente. Y la terrible pesadilla de nuestra generación, la destrucción del comunismo, es ya de todo punto inevitable.

(17-VII-1941).

ESCENA IV

S.S. PIO XII: Dios ha querido la paz y la victoria para España. . . que ha dado ahora a los secuaces del ateísmo materialista de nuestra época la prueba más excelsa de



Gran Bretaña, 1938-19...
Chamberlain, gran estadista, ufanándose a su regreso de Munich de la paz que, con la colaboración de Hitler y mediante la entrega de Checoeslovaquia y España, ha conquistado para nuestra generación (30-X-39).—Lord Halifax, gran estadista también...



DESFILE DE LA VICTORIA
Tropas italianas desfilando ante el general Franco y su guardia mora.
Madrid, 19 de Mayo de 1938.

que por encima de todas las cosas se alza el valor eterno de la religión y del espíritu.

(13-IV-1939).

MARQUES DE LOZOYA: Todas las desgracias de España provienen del estúpido deseo de los gobiernos de enseñar a leer a los españoles; enseñar a leer a un hombre no es más que obligarle a asimilar el veneno que causará su desgracia y la de su patria.

(*El Correo Español*, 3-II-1938).

GEORGE USALE: La educación científica conduce a la creación de diferencias de clases, por consiguiente el mejor camino para el nacional-socialismo es la ignorancia universal.

ANTONIO LUNA, *Catedrático de la Universidad de Madrid*: Para edificar a España, una, grande y libre, condenamos al fuego los libros separatistas, los liberales, los marxistas, los de la leyenda negra, los anticatólicos, los del romanticismo enfermizo y extravagante, los cursis, los cobardes, los pseudocientíficos, los textos malos y los periódicos chabacanos. E incluimos en nuestro índice a Sabino Arana, Juan Jacobo Rousseau, Carlos Marx, Voltaire, Lamartine, Máximo Gorki, Remarque, Freud y Heraldo de Madrid.

(En el auto de fe celebrado con motivo de la fiesta del Libro en el patio de la Universidad Central de Madrid el 2 de mayo de 1939).

LA GACETA DEL NORTE: Acaba de expurgarse la biblioteca de la antigua Sociedad Obrera. ¡Cuánta inmundicia, cuánto veneno) Zola, Balzac, Dumas, Renán, Marx, Darwin, Flammarion, Stendhal y, entre los nuestros, Blasco Ibañez, Azorín, Pío Baroja, Rafael Altamira . . .

En pocos minutos el fuego purificador redujo a cenizas estos montones de páginas sacrílegas, inmundas.

El fuego purificador, se dirá con los hipócritas. Henos de nuevo ante la vieja intransigencia española. Regusto de la Inquisición. Guerra a la Literatura y a la Ciencia. Pues bien, sí.

Y si esto es la Inquisición —la santa y españolísima Inquisición tan calumniada— ¡bendita sea!
(21-IX-1938).

LE JOURNAL: En verdad lo que sucede en España se resume en un combate entre una civilización que no quiere perecer y las hordas de aquellos que, por una rabia y un odio nunca satisfechos, sueñan con destruir cuanto constituye para la humanidad la alegría de la vida, la dulzura del hogar, la familia, la fé ancestral.
(Geo London, 22-XII-1936).

HANS YOST: Cuando oigo la palabra civilización, cargo mi pistola. Todo pensamiento llevado hasta el fin quiede decir: "¡Fuego!".

ERNEST KRIK, *Rector de la Universidad de Heildelberg*: Renunciad a la construcción babilónica de la civilización. ¡Que nos llamen bárbaros! No queremos civilización. ¡Viva la barbarie! ¡Viva el misticismo de la raza y el dios brutal de la fuerza vital, el dios de la guerra!

GENERAL MILLAN ASTRAY: ¡Muera la inteligencia!
(Salamanca, 1936).

RODOLPHE PAULSEN: Sólo los pensamientos que marchan a paso militar son buenos.

ERNESTO JIMENEZ CABALLERO: Nosotros nos instruímos con entusiasmo en la escuela de los pensadores germánicos y guerreros. Situados dentro de la tradición española genial y profunda, nuestra aspiración es orientar nuestro espíritu hacia una acción imperial.
(*Domingo*, 17-VII-1938).

FALANGE ESPAÑOLA: Tenemos voluntad de Imperio...
(Punto segundo).

JOSE MARIA PEMAN: El Imperio que hemos soñado siempre, se lo hemos contratado siempre a manos cesáreas y extrañas: a la Roma de Augusto; a los césares austríacos; a los califas mismos de Córdoba... No hemos sido Imperio más que cuando nuestra diversidad personalista ha sido superada por sustancias unifica-

doras germánicas y romanas... Cuando Roma nos hacía el Imperio, es cuando nosotros, sin perjuicio de colaborar en él con soldados, políticos y hasta emperadores, teníamos tiempo de hacer filosofía... Ahora sólo es preciso una cosa: que frente a esta nueva invitación al Imperio, no nos empeñemos otra vez en alistarnos bajo las banderas de Viriato o Juan de Padilla. No rechacemos otra vez lo romano-germánico.

(*Unidad*, 13-IV-1938).

FALANGE ESPAÑOLA: Respecto a los países de Hispanoamérica tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder.

(Punto segundo).

FRANCO: El Ferrol no puede volverse de espaldas al mar; en sus arsenales forjaremos las unidades de guerra que volverán a dar su Imperio a España.

(El Ferrol, 21-VI-1939).

INFORMACIONES: Inevitablemente este Imperio tiene significado territorial. Exigimos las tierras descubiertas y conquistadas por nuestros conquistadores y que nuestros misioneros bautizaron con claros nombres españoles, nombres que los piratas no pueden pronunciar y que recibirán en breve el honor de reintegrarse a nuestro imperio. Demandamos las tierras donde abundan los olivos cultivados por los españoles de Levante. ¿Es necesario que digamos que ya hemos luchado por este imperio? ¿Es necesario recordar que hemos derramado suficiente sangre española por tal empresa?

(Editorial, 7-VI-1940).

CARDENAL GOMA: ¿Me diréis que hay otros nombres y otras ideas que pueden servir de base a la hispanidad y amasar los pueblos de la raza en una gran unidad para la defensa y la conquista? ¿Cuáles? ¿La democracia? Ved que en la vieja Europa sólo asoman, sobre el mar que ha sepultado las democracias, las altas cumbres de las dictaduras.

(Buenos Aires, 12-X-1934).

MANUEL AZNAR, *Vocero del régimen franquista*: América española ¡alerta! La unidad continental que

los Estados Unidos predican a todas horas es un inmenso instrumento de servidumbre contra el Centro y el Sur en beneficio del Norte. ¡Alerta! España ha recobrado su ser histórico. España asume nuevamente funciones de dirección en las orientaciones del mundo.

(*Semana*, 23-VII-1940).

GENERAL VON FAUPEL: Alemania debe enviar a América Latina profesores y sabios para combatir con eficacia la propaganda de los Estados Unidos. La victoria de Franco estrechará los lazos entre Europa y América Latina y ayudará a ésta a combatir por la libertad contra los Estados Unidos.

(9-III-1939).

ROSENBERG: Por lo que se refiere a la defensa de la paz, vamos a la cabeza de las naciones europeas. Sabemos que una personalidad como la de Adolfo Hitler es un presente del cielo, un presente que la humanidad sólo recibe cada quinientos años.

(17-I-1937).

ESCENA V

HITLER: Propalan el rumor de que Alemania quisiera invadir a Austria y Checoeslovaquia. ¡Mentiras! ¿Quiénes las propalan? Un pequeño círculo de interesados, de personas que no quieren la paz.

(1-V-1936).

CARDENAL INNITZER, *Primado de Austria:* Hoy los católicos de la diócesis de Viena son invitados a elevar gracias a Dios Nuestro Señor por haber querido que los grandes cambios políticos en Austria se hayan desarrollado sin efusión de sangre y a rogar por un porvenir feliz de nuestro país.

Es natural que todas las órdenes de las autoridades deben ser acatadas voluntariamente y del mejor grado.

(13-III-1938).

Los católicos deben acordarse de la palabra de Cristo, que hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Los sacerdotes y los fieles deben sostener sin reservas el Gran Estado alemán y al Führer, cuya lucha contra el bolchevismo y por la potencia, el honor y la unidad de Alemania responde a las miras de la Providencia. Los sacerdotes deben abstenerse de toda política y ocuparse exclusivamente de su misión religiosa cerca de los fieles. El Cardenal invita a los jefes de las organizaciones de las juventudes cristianas a facilitar su incorporación en la juventud del Estado.

(Nota entregada a la salida de su visita a Hitler el 17-III-1938).

R. P. BRETTLE, O. F. M.: Durante este cambio de régimen me han preguntado muchas personas cómo yo, pastor de almas, podría reconciliar con el amor a Cristo el hecho de que los judíos serán expulsados en todas partes de sus ocupaciones y reemplazados por no-judíos. Les he contestado que la idea de esta substitución ha existido siempre en los planes de la divina Providencia. Nadie invitó a los judíos a venir a los países europeos. El problema judío aún no ha sido resuelto. Ahora nuestro Führer canciller lo está resolviendo de una manera radical.

(III-1938).

CIVILTA CATTOLICA, *Roma. Organo de los Jesuítas*: Debiera encontrarse un método de hacer que los judíos sean inofensivos como lo consiguió la Iglesia en la Edad Media.

(3-X-1936).

ROBERTO FARINACCI, *Secretario del Partido Fascista*: Los Estados y las sociedades modernas, incluso las naciones más sanas y audaces de Europa tales como Alemania e Italia, tienen mucho que aprender de los Padres de la Compañía de Jesús.

(*Régimen Fascista*, 30-VIII-1938).

JULIUS STREICHER: Aun cuando solo quedase un judío libre en el Universo, no estaría resuelta la cuestión judía.

(*Palacio de los Sports.* Berlín, 26-I-1939).

MANUEL AZNAR, *Vocero del régimen franquista*: Es España la que en la actitud de Alemania ha reconocido, y reconoce y proclama, que el mundo germánico de Hitler está sirviendo profundamente a los más altos y eternos fines del Espíritu... Hitler, que está dando pruebas de un profundo conocimiento de los hombres y de la Historia, con un sentido realista impresionante, con la máxima elevación de pensamiento, no podrá desconocer la misión sagrada y eterna de la Iglesia Católica.

(A. B. C., 14-VII-1940).

ESCENA VI

EL CORREO ESPAÑOL: España no está sola. Frente al pestilente clima de las democracias, frente a las Internacionales, surge en Europa un nuevo concepto de la política y de la paz, que sabe lo que su porvenir debe a la heroica epopeya española. Esta fuerza moral se ha infiltrado como un viento sutil, hasta las turbias combinaciones ginebrinas y paraliza en algunos momentos la capacidad de mentira. La espada victoriosa de Franco, al liberar a España, está liberando también a Europa de la mugre democrática.

(Editorial, 10-V-1938).

JOSE FELIX LEQUERICA, *actual ministro de Relaciones Exteriores*: Seguimos con ansiedad la revolución que encarna el Führer y el movimiento nacional-socialista alemán. Cuando parecía que el materialismo bárbaro y la negación de todas las fuerzas morales asistidas con el poder de algún pueblo, iban a acabar con la historia de lo que llamamos y servimos como civiliza-

ción, el genio germánico se ha levantado, potente, para contenerlas.

(En el banquete al comandante Graf Spee, 18-XI-1938).

ANTONIO GOICOECHEA, *Jefe del Partido Monáquico español:* ¿Qué es el comunismo? Pues una deformación terrible de la democracia. ¿Qué es el capitalismo? Pues una degeneración de la democracia. ¿Qué es el socialismo? Pues un capitalismo vuelto al revés. No hay más que un responsable que es la democracia . . . Porque obsérvese sin pasión, con absoluta serenidad: ¿Quién ha creado ese espíritu de igualdad, a su vez generador de odio, como el odio es el generador primordial del crimen? La democracia. . . Cuando la democracia alumbró el espíritu de igualdad creó el crimen.

(San Sebastián. Según el ABC de Sevilla, 9-XI-1937).

FRANCO: Soldados de Roma Imperial: sois los hermanos preferidos porque combatís con nosotros en la santa cruzada contra el comunismo y las democracias.

(Vitoria, XI-1937).

LORD HALIFAX: He seguido con recatada simpatía las hazañas del caballero cristiano Francisco Franco.

(1939).

CORRIERE DE LA SERA: La victoria de Franco es una victoria italiana.

(26-I-1939).

GENERAL AMBROSIO BARLATTI: Ya es hora de que el mundo se entere de que la campaña española es una prolongación de la campaña de Abisinia. Necesitamos imponer nuestra influencia a los españoles, porque nunca lograremos sino que el Mediterráneo se convierta en el "lago italiano" de que habló Mussolini. Por eso ayudamos a Franco.

(*Il Mediterraneo.* Roma, XI-1938).

S.S. PIO XII: Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la Católica España, para expresaros nuestra paterna congratulación por el don de la

paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probado en tantos generosos sufrimientos.
En prenda de las copiosas gracias que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, y de la que os merecieron los grandes santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, nuestros queridos hijos de la Católica España, sobre el Jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, nuestra bendición Apostólica.

(Fragmento del Mensaje a los españoles en abril, 1939).

ESCENA VII

MUSSOLINI: Miles de oficiales italianos tienen ahora la experiencia activa de dos guerras: en Abisinia y en España.

(Declaración ante el Senado italiano, 30-III-1938).

CHAMBERLAIN: No creo que nadie quiera encender una conflagración europea.

(8-VII-1937).

MUSSOLINI: Extiendo al mundo una rama grande de olivo. Esta rama de olivo surge de un inmenso bosque de ocho millones de bayonetas, bien afiladas y empuñadas por jóvenes e intrépidos corazones.

(Octubre, 1936).

E. H. BROCKHOFF: Es preciso poner fuera de la ley, o más exactamente, fuera de la paz (friedlos), no sólo al bolchevismo ruso, sino también a aquellos Estados que por sus detestables instituciones democráticas alimentan el bolchevismo. Contra estos Estados todos los medios de defensa son legales.

(Derecho internacional contra el bolchevismo).



Berlin: Hitler hablando a sus tropas que vuelven triunfalmente de España (6-VI-39).
Roma: S. S. Pío XII dando la bendición (III-39).
Nápoles: Mussolini y el rey Víctor Manuel revistando a sus soldados victoriosos de regreso de España. (VI-39).

Hitler y Franco. 1940.



El collar de la "Orden Imperial de las Flechas Rojas". Unicos poseedores hasta 1939: Franco, Hitler, Mussolini, Goering y Víctor Manuel. (L'Illustration).

CHAMBERLAIN, *volviendo de entregar a España y Checoslovaquia en Munich*: Por segunda vez en nuestra historia, un Primer Ministro británico regresa de Alemania trayendo la paz con honor.
(30-IX-1938).

S.S. PIO XII: Otros pueblos pasan por las convulsiones de la guerra o están amenazados de verse envueltos en ella . . . Italia en cambio, siempre alerta y fuerte bajo la mano augusta y prudente del Rey Emperador de Etiopía, y la previsora dirección de sus gobernantes, permanece pacífica en su vida civil, en la concordia de los espíritus . . . y en los solemnes ritos de la religión católica.
(21-XII-1939).

MUSSOLINI, *anunciando su agresión a Francia*: Esta gigantesca lucha que ahora emprendemos es tan sólo una de las fases del desarrollo de nuestra revolución.
(10-VI-1940).

CIVILTA CATTOLICA, *Roma, órgano de los jesuítas*: La juventud católica, atenta al heroísmo y al espíritu de sacrificio de la última guerra, dará pruebas del mismo heroísmo en su tarea de asegurar la prosperidad de esta nación, centro de la fe y la civilización católicas.
(28-VI-1940).

TRECE OBISPOS ITALIANOS *(mientras el Papa observaba profundo silencio)* enviaron a Mussolini un telegrama invitándole a "coronar la segura victoria de nuestro ejército enarbolando la bandera italiana sobre el Santo Sepulcro".
(New York Herald Tribune, 28-VI-1940).

MUSSOLINI: Ya tenemos la victoria en la mano.
(28-VI-1940).

OSSERVATORE ROMANO: De este octogenario (Petain) espera la juventud católica el renacimiento de la patria, con el íntimo convencimiento de que la juventud perpetua que simboliza este mariscal cristiano, es la garantía de que Francia llegue a sanar de sus

males. Petain representa la aurora de un nuevo día, no solamente para Francia sino para Europa y el mundo.

(Editorial del 16-VII-1940).

FRANCO: España en todos los momentos difíciles de su historia sintió el calor de la amistad alemana y es fácil imaginar, pues, qué puede sentir ahora que se libra en los mares y en los aires de Europa una batalla para la ejecución de la revolución social para la que luchamos juntos.

(6-XI-1940).

MONSEÑOR FULTON J. SHEEN: Las naciones que se dicen amigas de Rusia no pueden decir que están luchando por el reino de Dios.

PADRE LOW, *del Boston College*: La mejor manera de proteger y conservar la democracia no es arruinar a Hitler sino exterminar el materialismo y el socialismo aquí en nuestro propio país.

MUSSOLINI: Las democracias más grandes y más auténticas que existen en el mundo en la actualidad son la italiana y la alemana.

(Discurso de Berlín, 28-IX-1937).

FRANCO: El Eje es ahora triángulo pues comprende a Alemania, Italia y España.

Se ha planteado la guerra y los aliados la han perdido. . . Se confió la resolución a la fuerza de las armas y les ha sido adversa. Nada se espera ya del propio esfuerzo; clara y terminantemente lo declaran los propios gobernantes. . . En estos momentos en que las armas alemanas dirigen la batalla que Europa y el cristianismo desde hace tantos años anhelaban y en la que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje como expresión viva de solidaridad, renovamos nuestra fe en los destinos de nuestra patria estrechamente unidos nuestros ejércitos y nuestra Falange.

La democracia y el liberalismo son expresiones trasnochadas en nuestra época. El triunfo del nazismo es algo evidente para todos. El absurdo conflicto resultante

de la declaración de guerra hecha por Inglaterra y Francia ha llegado a su resultado lógico. Los aliados han perdido completamente la guerra.

(17-VII-1941).

Mantenemos nuestra política tradicional, nuestra adhesión a los pueblos que compartieron nuestras angustias. Si algún día Berlín estuviera en peligro, España, para defenderlo de las hordas rojas, enviaría un millón de hombres, si preciso fuera.

Las revoluciones alemana, italiana y española son fases del mismo movimiento general de rebelión de las masas civilizadas del mundo contra la hipocresía y la ineficacia de los viejos sistemas. Cuando termine la guerra y principie la desmovilización, el destino histórico de nuestra era se llevará a la práctica por la fórmula patriótica y espiritual que España y cualquiera otro de los pueblos fascistas ofrecen al mundo.

(7-XII-1942).

ARRESE, *Secretario de Falange*: España ya ha elegido su camino. La División Azul, su creación y actuación en Rusia no es ningún galante gesto frente a una nación amiga, ni tampoco ninguna deuda de sangre. Nuestra División encarna la inquebrantable voluntad de España de combatir hasta el triunfo final contra el comunismo.

(II-1943).

VON STOHRER, *Embajador alemán ante Franco*: El canciller jefe supremo de los victoriosos ejércitos alemanes, al otorgar esta cruz al generalísimo e invicto caudillo español, desea testimoniar cuán íntimamente están ligados no sólo nuestros dos pueblos sino especialmente los dos ejércitos cuyos jefes, oficiales y soldados se batieron lado a lado durante los primeros tres años de la heroica cruzada. La guerra de Alemania, que no termina aún, la libramos contra el mismo enemigo común, que continúa engañando al mundo con las teorías del liberalismo y la democracia.

(6-IX-1941).

CHURCHILL: No simpatizo con quienes creen que es inteligente y hasta divertido insultar y vejar al gobierno de España cada vez que la ocasión se presenta. A medida que ha adelantado la guerra, su índole se ha hecho menos ideológica.

(24-V-1944).

ESCENA ULTIMA

GENERAL VON STUPNAGEL: ¿Qué nos importa una derrota provisional si, por las ruinas y las destrucciones de personal y de material que habremos podido acumular entre nuestros enemigos y nuestros vecinos hemos obtenido un margen de superioridad económica y demográfica mayor que antes de 1939? Si lo hemos obtenido, la guerra habrá sido útil porque nos permitirá reanudarla en el terreno militar en mejores condiciones dentro de 25 años, necesarios para que Rusia pueda reparar las destrucciones que le hemos causado.

(1944).

TELON

UN TRAMOYISTA: La Antrología ha concluído. Parece que fracasaron en su empeño los bienhechores del mal; parece que el hombre, bestia doliente y codiciosa, no gozará del Paraíso prometido. ¡Lástima! Lástima grande que tan bello paisaje se desvanezca poco a poco en la bruma implacable de la realidad. Sin embargo, señoras y señores, no hay que perder la esperanza; la esperanza es nuestro último refugio. Los bienhechores del mal son testarudos y conocen el arte fino del prestidigitador. Ya uno de ellos, en su afán optimista, nos anuncia el regalo de una próxima guerra. Además, ellos se cuidarán de dejarnos fieros cachorros que los igualen o superen. Esperemos confiados que se levante el telón que nos oculta el porvenir. No debe olvidarse que las derrotas de hoy son a veces las victorias de mañana.

Sólo hay una posibilidad de fracaso: que los pueblos se despierten de su letargo secular.



VINCI: Fragmento del cuadro *La Virgen de las Rocas.*



VINCI: Cabeza de Medusa.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE CENTRO AMERICA

Por *Vicente SAENZ*

(Concluye)

Memoria ancestral de los pueblos, que forma una conciencia —o subconsciencia— colectiva.

VINO por lo expuesto a suceder —volviendo a la Historia del siglo XIX— que derrumbaba la República Federal; abolida la legislación de un grupo de hombres sabios, honestos, cuya gran talla moral e intelectual podrá ser igualada pero nunca superada; perdido, en suma, el ideario morazánico: unión, escuelas, apoyo a las industrias y a la agricultura, progreso y civilización en las formas más avanzadas que entonces se conocían; olvidadas incluso las orientaciones que un ilustre franciscano, don José Antonio de Liendo y Goicoechea, había llevado de Europa a Guatemala desde 1795; reconfortada por consiguiente la reacción, era natural que otra vez cobrase vigor en Centro América el reinado de los que se apoyaban, para dominar, en el nombre de Dios y de la Iglesia.

¡En otras palabras, de los que se mecían arrellanados en cosas del espíritu, predicando resignación a los de abajo para que dejándose explotar, escarnecer y vapulear, volviesen contritos al sistema colonial y alcanzaran al morir la gloria eterna!

Pero ya no era posible dar pasos atrás. Allí estaba el pueblo que había gritado *Viva la independencia*, queriendo decir *Viva la libertad*, "en las calles, en la plaza, en el patio y corredores del propio Palacio de la Capitanía General de Guatemala".

Allí estaba, enriquecido con el correr de los años, el patriotismo de los que habían regado su semilla de dignificación humana en terreno que no era, que no podía ser tan estéril como algunos lo han descrito y proclamado.

¡No podía serlo, porque habíase venido fecundando esa semilla con el sacrificio, el sudor y la sangre de muchas generaciones! Y porque los pueblos, así como los hombres que forman el conjunto de la sociedad, tienen su pasado, su memoria ancestral: un pasado que no deja de recordarse ni se queda atrás, por ser algo interior que se lleva en lo más hondo de la conciencia individual y de la conciencia colectiva.

Lo que guardamos dentro —anoté hace algunos meses— no es pasado sino presente. Padres, amigos, enemigos, maestros, penas, alegrías, decepciones, torturas, paisajes de niñez y juventud, todo eso forma parte de nuestra propia vida.

Quiere decir, por lo tanto, que sin volver la cabeza vemos y sentimos lo que se suele afirmar que ya pasó. Y de ese modo el pretérito —presente interior— no se borra del hombre mientras viva. Ni se borra de los pueblos que son una gran conciencia (o subconsciencia) en continuidad, generación tras generación, por mucho que los científicos del racionalismo solamente acepten doctrinas "comprobables".

Aplicado tanto decir y opinar a Centro América, viénese a la conclusión de que allí también estaba recogiendo lo sembrado, con su memoria ancestral en plan de lucha, el tercer factor de que antes se hizo mención en este trabajo: clase media ilustrada, artesanos, intelectuales de vanguardia, sacerdotes en realidad cristianos.

¡Y encabezando la batalla incesante —parece necesario repetirlo— los zambos, los mulatos, los mestizos, inquietos y audaces, que ya no permitirían el dominio de los criollos!

No lo permitieron, efectivamente, porque los caudillos que salían de la entraña popular se enfrentaron en distintas épocas —como antes lo habían hecho Morazán y demás

próceres— a la aristocracia directora y poseedora, no dejándola disfrutar por largo tiempo de sus privilegios.

"La vencieron, la despojaron, la persiguieron y diezmaron, hasta lograr su aniquilamiento como casta privilegiada". Palabras son las transcritas del ya citado autor guatemalteco García Granados, quien a continuación agrega:

"Hoy día los miembros del antiguo grupo criollo, para conservar los restos de su riqueza, han aceptado la dirección de sus tradicionales enemigos; y unos y otros constituyen en Centro América la actual burguesía o clase capitalista, que explota la miseria del pueblo y la ignorancia del indígena.

"Pero esta clase poseedora no es libre, ni soberana, ni siquiera dueña absoluta de sus privilegios; no es tampoco independiente, como no lo fueron los criollos bajo la dominación de España... Vivimos otra vez en plena era colonial. El capitalismo de las grandes potencias, que en el último tercio del siglo XIX comenzó a adquirir influencia determinante en los destinos del mundo, ha llegado a convertirse en el señor todopoderoso de la vida social... Sobre los pueblos débiles, pequeños, pobres o de riqueza incipiente, el sistema del capital monopolista ejerce la dictadura más funesta y peligrosa de la realidad contemporánea".

La Doctrina de Monroe contra la Santa Alianza

De manera que el imperialismo se interpuso en nuestra ruta, en mitad de la evolución histórica centroamericana; y no precisamente para tendernos la mano y ayudarnos, ya que las sociedades anónimas, los "trusts", los "cártels", los grandes monopolios, no tienen más función que aumentar sus dividendos.

Fácil será comprender, por consiguiente, que a partir de esa intrusión fuesen mayores nuestros tropiezos que cuando estuvimos solos, sin la explotación, el soborno y todos los demás vicios que trajo consigo a nuestro medio la etapa inmisericorde del gran capitalismo extranjero.

Sin embargo, en lo que se refiere a los Estados Unidos, su Gobierno estuvo de lleno con Hispano América en su gran revolución continental de independencia. Parecía prevalecer en esos años la tesis de Jefferson acerca del "hombre común", pidiendo una justicia igual y exacta para todos los seres humanos, en cualquier sitio de la tierra, en pugna con la soberbia de Hamilton, quien sólo consideraba "respetables" a las castas económicamente poderosas.

Sobre el particular he escrito tal número de páginas, que temo seguir cayendo en una serie inevitable de repeticiones. Mas como los hechos no pueden variarse; como no sería honrado esconder parte siquiera de la verdad, atiborrando a los lectores con una pueril demagogia de optimismo "interamericano": inadecuado o romántico optimismo de "táctica" o conveniencia pasajera; y como no sería correcto hablar así en lo que atañe al pasado, al presente y al porvenir de nuestros pueblos, creo estar en el buen camino si en este ensayo presento el panorama tal como debe presentarse, frente a fuerzas económicas incontrastables, de tal manera que el tono de prédicas y de promesas en inglés, no sea columna de humo que nos impida ver la realidad.

Cabe aquí expresar que tendríame por hombre afortunado, si el mucho insistir en mi viejo tema sirviese de orientación —¡ahora que la democracia anda de fiesta!—, a los dirigentes de pueblos oprimidos. A los dirigentes sin mancha, por supuesto, que quieran oír y entender el castellano.

TENEMOS pues que Washington —todavía Wall Street no era calle transitada ni transitable— estuvo de lleno con nosotros, en la guerra o revolución de independencia.

A los norteamericanos les fascinaba —palabras de Charles Evans Hughes, no por cierto de grata memoria para Centro América— "el glorioso espectáculo de varios millones de habitantes, luchando heroicamente para romper sus cadenas y ser libres". Y querían, entonces, que a los patriotas del sur se les ayudará eficazmente contra la vieja y agresiva Europa.

Era la voz del norte, que se unía al concierto triunfal de Hispano América en 1823. La voz de otra raza, de otro

pueblo joven, que había luchado asimismo por la libertad. La voz de Henry Clay, quien pedía a sus compañeros del Senado el reconocimiento de aquellas repúblicas hermanas. La voz de ciento cincuenta senadores que votaron, decididamente, en favor de la proposición de Clay. La voz, podría decirse, que proclamó el panamericanismo sobre bases de defensa continental, de cooperación, de respeto, de libertad, de democracia, de humanidad y de justicia.

Paréceme oportuno reforzar las frases anteriores (tomadas de mi estudio "La Doctrina de Monroe frente a los Nazis en América", Nueva York, 1940, y del "Guión de Historia Contemporánea", México, D. F., 1942) con estas obras de las mismas fuentes:

John Quincy Adams, Secretario de Estado, no obstante su marcada simpatía por el movimiento autonomista del sur, tuvo empero que ceñirse a las prácticas de la diplomacia, considerando al principio que se trataba de una guerra civil y que, por lo mismo, debía procederse con cautela.

Pero tan pronto iba perdiendo España el dominio de sus colonias; tan pronto iban nuestros libertadores derrotando a los ejércitos realistas, el reconocimiento y la fuerza moral y oficial de Washington, venían a ser los más firmes aliados de la libertad americana.

Y así, cuando llegó a estar en su apogeo feroz la Santa Alianza; y cuando mitras y coronas pusieron sus ojos en Hispano América, tratando de iniciar la reconquista, oyóse serena pero firme la voz del Presidente James Monroe, para decirle al mundo sus palabras en defensa de la autonomía continental americana.

Quiere decir que el peligro de nuevas agresiones europeas, hizo que naciera el 2 de diciembre de 1823 la Doctrina de Monroe, proclamada por el gobernante de una democracia que a la sazón no disponía de acorazados, ni de hombres aguerridos, ni de fuerzas capaces de enfrentarse a los ejércitos de la reacción ultraconservadora, ultramontana y de gran potencia bélica del viejo mundo.

Pero nuestros libertadores, descendientes de los incas, de los aztecas, de los araucanos y de los españoles auténticos, sí estaban listos para llegar hasta lo último. Y pudieron entonces contestar a las amenazas de Europa con nuevas batallas, con nuevas victorias, hasta coronar la inde-

pendencia del hemisferio occidental en Ayacucho, *un año después* de haber lanzado su reto, a las potencias de la Santa Alianza, el mencionado Presidente James Monroe.

De haber puesto aquellas potencias sus planes en ejecución, con divisiones europeas bien equipadas, con todos los elementos bélicos de que disponían, hubieran tenido que luchar acá en América contra fuerzas material o mecánicamente inferiores, sin doradas charreteras, sin títulos de academia ni cañones de largo alcance; pero probadas en México y en el sur como invencibles. Y habrían tenido que afrontar, al mismo tiempo, la enorme fuerza moral de la nueva doctrina americana.

Las hazañas, las proezas, los épicos combates de los libertadores, eso ciertamente era la acción. Y las palabras de Monroe, sin duda, un fuerte lazo de solidaridad continental, de mutua comprensión interamericana, que permitía erguirse a nuestro continente, vigoroso y altivo, destruyendo prejuicios y deshaciendo autocracias, contra la vieja Europa, soberbia, fanatizada, imperialista, cuyos monarcas fraguaban opresiones y atentados, así en sus propios países como en lejanas y codiciadas tierras al otro lado del mar.

Fracasa en Europa la reacción y se inicia en América el imperialismo

Mas he aquí que en el transcurso de muy pocos años el panorama político cambia totalmente en Europa. La declaración francesa de los derechos del hombre y del ciudadano no se ha perdido, a pesar o a través de la violencia thermidoriana, de las guerras napoleónicas y del Imperio.

Antes al contrario, los principios democrático-liberales de 1789 —e incluso las nuevas leyes que fué imponiendo Bonaparte, allí donde sus armas quitaban y ponían coronas— se afirman cada vez más en la conciencia de los europeos.

Ya no podrán los reyes de Prusia, ni los czares, ni los Borbones, ni Fernando VII, ni el Emperador de Austria, ni el tortuoso Metternich, cerebro y brazo derecho de la Santa Alianza, seguir dominando con la represión,

en todos sus extremos, a los pueblos revolucionados del antiguo continente.

¡Menos aún habrían entonces de soñar con la reconquista de América, imposible para ellos, espíritus cavernarios de una entente artificial de espadas, de cetros y de báculos, que no servían siquiera para el uso legítimo a que estaban destinados!

Al avanzar el siglo, entre 1832 y 1850, el liberalismo es la doctrina de las clases medias, de los hombres de letras, de los sociólogos y de los profesionales en los países europeos del Mediterráneo, en las naciones escandinavas, en Inglaterra, en Suiza, en Bélgica, en Holanda; y, desde luego, se acogen también al ideario liberal los emigrados políticos húngaros, poloneses, austríacos, alemanes, rusos, etc., que pueden refugiarse y laborar intensamente, sobre todo en Londres y en París, ansiosos de libertad, de civilización y de cultura.

Pero se ha efectuado, al mismo tiempo, un cambio tan profundo en los medios de producción, como consecuencia del desarrollo de la industria en gran escala, que junto a los liberales van surgiendo los teóricos socialistas de todas tendencias.

Más adelante, como resultado de las crisis que provoca el maquinismo, eje de la revolución industrial, comienzan a organizarse los obreros para su defensa como clase, ya que la máquina, al servicio de unos pocos y no en función social, lejos de mejorar empeora las condiciones de vida del proletariado.

1848 y los años que siguen son de enorme trascendencia histórica, con sus motines, con sus libros, los partidos radicales y reformistas que se organizan, los mítines al aire libre en el High Park de Londres, las tribunas revolucionarias en distintas capitales europeas, la aparición de la filosofía marxista, las barricadas y los levantamientos en las calles de París.

¡Los destellos del avance hacia la transformación política y económica de la sociedad —como a fines del siglo XVIII y principios del XIX, como en el momento actual del mundo—, se reflejan y repercuten en todas las naciones civilizadas!

¿Qué ocurría, entretanto, en esta región americana del planeta? En lo interior, como en Europa, grandes luchas por el triunfo del liberalismo, que a veces tomaba la forma de exaltación jacobina. Pero en lo exterior, en cambio, graves quebrantos y bien fundados temores.

Ya vimos cómo nació en 1823 la Doctrina de Monroe. Mas posteriormente cambiaron de sentido los principios y las palabras de aquella advertencia americana, iniciándose una larga era de temor y desconfianza entre las repúblicas al sur del Bravo; pero no en relación con Europa sino, precisamente, en relación con la política exterior y con el imperialismo en potencia de los Estados Unidos, que ya nos iba marcando sus "zonas de influencia".

Nótese que hacia los mismos años del desarrollo liberal en Europa —desde 1831 hasta 1856 en nuestro caso— se hacen indecibles esfuerzos en Hispano América por reunirse, suscribir pactos de defensa, trazar arreglos de confederación.

México, perdida la mitad de su territorio como consecuencia de la guerra con su poderoso vecino anglosajón, en 1846 y en 1847, hace reiteradas gestiones para organizar un congreso defensivo hispanoamericano; Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y el Perú, se reúnen en Lima para deliberar sobre la situación de México; y por fin Chile, Ecuador y el Perú firman un tratado de confederación en 1857, para estar prevenidos contra el filibusterismo norteamericano, personificado en William Walker, quien varias veces invade a Centro América.

Actitud de nuestros abuelos frente al invasor

Ya nos encontramos pues, al imperialismo de los Estados Unidos, operando abiertamente en el istmo centroamericano. Se argüirá que William Walker era un simple aventurero. Pero la Historia nos dice que con anterioridad, en el Estado mexicano de Sonora, y después en Centro América, contaba el susodicho Walker con el apoyo decidido de las autoridades y de los esclavistas de su país.

Más todavía: en elecciones *garantizadas* por tropas de Nueva Orleans y California, resultó electo tan singular personaje Presidente de Nicaragua, ni más ni menos, en 1856.

Volverá a decirse que esas fueron tropelías filibusteras, sin la intervención oficial de Washington. Pero abrimos otra vez la Historia, y leemos en sus páginas que el Ministro norteamericano visitó oficialmente al flamante "primer magistrado" nicaragüense, *de habla inglesa,* para notificarle que el Departamento de Estado, y de manera muy especial el Presidente Pierce, deseaban entablar relaciones con su Gobierno que, desde luego, quedaba reconocido.

Pues bien, no obstante el reconocimiento y el apoyo anglosajón, los centroamericanos se unieron —como unidos debieran encontrarse en el concierto de las naciones libres—, batieron al invasor, destrozaron su ejército y fusilaron a Walker en Trujillo.

¡Ah, pero en tan lejana época los plenipotenciarios de nuestra lengua y raza en Estados Unidos, así de Colombia como de México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Chile, Perú, Venezuela —y el Brasil en portugués—, protestaron contra la actitud del Presidente Pierce y de su Secretario de Estado, William L. Marcy!

O sea que la voz enérgica de Hispano América quitó arrestos a la Casa Blanca, debilitó a Walker e hizo posible, con la ejecución del filibustero, el triunfo de las armas centroamericanas.

Agregué a este respecto en "Rompiendo Cadenas", página 303: "Los hombres del 56 veían la realidad y no se dejaban seducir con discursos ni con audiciones de música regional, como las que suelen efectuarse en el Palacio de la Unión Panamericana.

"Si nuestros antepasados hubiesen procedido con la diplomacia de humillación que después se puso en boga; de complicidad con el imperialismo; de frases galantes y corridos y huapangos en prueba de amistad, Centro América hubiera dejado de existir a mediados del siglo XIX, arrastrando en su caída quién sabe a cuáles y a cuántos de sus hermanos mayores".

Sin embargo, el espíritu de Centro América, y en general de las demás repúblicas americanas, no era de hostilidad a todo trance contra los Estados Unidos. Deseábase, por el contrario, una franca cooperación sobre bases de mutuo respeto y de justicia, una nueva interpretación de la Doctrina de Monroe, como se indica en la siguiente nota del Gobierno costarricense, dirigida en 1862 al de Colombia:

"Si nuestras repúblicas pudieran tener la seguridad de que no tienen nada que temer de los Estados Unidos, es indudable que ninguna otra nación podría ser más útil y favorable para nosotros. Y si esa poderosa nación nos ayudara, la simpatía de todo el continente sería suya.

"Mas advertid que el final de la vandálica expedición filibustera de 1855 y de los años siguientes, hasta 1860, se debió a intervención amistosa, pero tardía, de parte de amigos de Europa, y a nuestro propio esfuerzo.

"Bajo el abrigo de las poderosas águilas americanas, bajo la influencia de sus sabias instituciones y bajo el estímulo de su sorprendente progreso, nuestras recién nacidas nacionalidades recibirían el impulso que ahora necesitan, pudiendo marchar con paso firme, sin experimentar las molestias y dificultades con las cuales han tenido que enfrentarse.

"Se debiera hacer un nuevo convenio, según el cual los Estados Unidos se sometiesen solemnemente a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de las repúblicas hermanas de este continente; a no anexar a su territorio, ni por compra ni de ninguna otra manera, parte alguna del territorio de dichas repúblicas; a no dejar que se equipen expediciones filibusteras contra las mencionadas naciones, ni a permitir que se amengüen o ignoren los derechos de estas últimas. Descansando sobre un tratado de esa naturaleza, nuestras repúblicas aceptarían la idea de una íntima alianza con el pueblo norteamericano".

De lo anterior y otros hechos al sojuzgamiento económico

No continuaré haciendo aquí un examen detallado del proceso que fueron siguiendo las relaciones de Estados Unidos con la América española. Es suficiente, para el objeto de este estudio, con haberme referido al origen del panamericanismo y a la génesis de la Doctrina de Monroe, que vino después a convertirse en arma de dos filos para nuestros países. Expuesto eso a grandes rasgos, llegaremos al momento actual en que los dos postulados cobran nueva significación.

Pero sí me parece necesario afirmar que la desconfianza antes apuntada fué creciendo, a través del siglo XIX, hasta tomar aspecto crítico en varias épocas de esta centuria sangrienta y tumultuosa que nos ha tocado vivir.

Temor tan notorio, desconfianza tan profunda y arraigada —por mucho que nuestros *políticos de altura* negasen hasta hace poco la existencia del imperialismo—, no eran otra cosa que el resultado lógico de una serie de anexiones, de intervenciones y de hechos ya juzgados por la Historia, que no pueden por lo tanto negarse ni ponerse en duda.

Entre esos hechos, con leal espíritu de buena vecindad, merecen citarse la anexión de Texas; la guerra contra México, arriba mencionada; la política francamente agresiva del Presidente Polk; las propuestas de dicho gobernante y de su Secretario de Estado, Buchanan, giradas por medio del Ministro norteamericano Saunders, en Madrid, para que ofreciese hasta cien millones de dólares a España por la isla de Cuba; el protocolo adicional del Comisionado Trist, para que junto a las condiciones de paz del Tratado de Guadalupe Hidalgo, mediante el pago de quince millones de dólares —que México no aceptó—, figurase el derecho de construir vías interoceánicas en Tehuantepec; los arreglos de entonces y de fechas posteriores para atravesar el territorio de Nicaragua con ferrocarriles, canales y otros medios de comunicación.

Y después, respaldándose Washington en torcidas interpretaciones de su vieja Doctrina, la zona de influencia en el Caribe; la guerra contra España; el Tratado de

París; la adquisición de Puerto Rico, Culebra, Vieques y otras islas más pequeñas del Atlántico, junto con Guam y Filipinas en el Pacífico; la Enmienda Platt —ya derogada—; el zarpazo a Colombia en 1903; el Tratado Bunnau-Varilla; la tenebrosa política o diplomacia del dólar, iniciada por Taft y Knox en Centro América, antes de seguir para Colombia, Venezuela y el Perú; lo de Haití, lo de Veracruz, lo de Santo Domingo, otra vez los bombardeos de Nicaragua, en fin, hasta llegar a las administraciones de Hoover y de Coolidge, con la tesis rotundamente imperialista de que la bandera, es decir, los marinos, las armas y los acorazados norteamericanos, debían seguir y acompañar a los dólares invertidos en el exterior.

¿Y cuáles eran esas inversiones en el caso concreto de Centro América? Monopolios de luz y fuerza. Concesiones para sembrar y exportar banano. Concesiones para sacar maderas preciosas. Concesiones para la construcción de ferrocarriles. Concesiones que ponían en manos de plutócratas del exterior, el oro, la plata, nuestras más productivas riquezas naturales.

Y por añadidura, conversión de viejísimos y dudosos empréstitos de la City de Londres, cuyos bonos habían venido recogiendo a precios ínfimos los aprovechados "financistas" de la gran banca norteamericana, para exigirnos después su pago con intereses acumulados, hipoteca o garantía de nuestros ingresos fiscales más seguros, y el "big-stick" como respaldo de acreedores para dejarlo caer sobre el deudor.

Pero, nadie podrá sacar a nuestros hacendistas y a nuestros más ilustres jurisconsultos del simplismo de su vieja tesis: "Países jóvenes necesitan capital". No llega, sin embargo, lo que debiera llamarse capital. Llega el concesionario, tala los bosques, explota las minas, perfora la tierra en busca de petróleo, construye ferrocarriles o carreteras con dinero de nuestros propios países, siembra caucho o nuevos bananales.

¿Qué nos queda? ¿Colegios, centros de cultura, asilos de asistencia social, jardines de niños, hospitales, con ex-

cepción de los que usan las propias empresas para sus gerentes y empleados de categoría?

No. Nada de eso nos queda, porque ya se vió antes que las poderosas sociedades anónimas del capital monopolista no tienen otro fin que el de aumentar sus dividendos, a costa del sudor, el paludismo y la vida miserable de nuestros trabajadores.

Lo que nos queda, por consiguiente, es el cascarón de las minas, terrenos agotados, hombres y mujeres que van después a buscar su curación en los hospitales sostenidos por nuestros gobiernos o por las juntas de beneficencia. Es decir, miseria, mucha miseria, enfermedades, desnutrición, angustia y dolor de nuestras grandes mayorías desposeídas, después de haber enriquecido con nuestro suelo y con nuestras reservas naturales, a quienes no tuvieron siquiera necesidad de invertir grandes cantidades para recoger y acumular fortunas increíbles.

PARECE innecesario agregar que lo que nos ha ocurrido en Centro América es también problema de las demás repúblicas hispanoamericanas productoras de petróleo, de oro, de plata, de cobre, de estaño, de salitre, etc., dado todo eso en concesiones al capital monopolista anglosajón, explotador además de nuestras redes telefónicas, de nuestros servicios de luz y fuerza, de nuestros ferrocarriles y tranvías, de la mayor parte de nuestras industrias de transformación.

Para que se advierta el dominio del mal llamado capital extranjero en Hispano América, es interesante recordar que todavía en 1935, después de un cuarto de siglo de revolución, México, que ha luchado tan vigorosamente para librarse del dominio imperialista, nos daba el siguiente cuadro de sus grandes riquezas e industrias, explotadas por succionadores internacionales:

99 por ciento del petróleo, en poder de extranjeros.
98 „ „ de la minería, en poder de extranjeros.
99 „ „ de la energía eléctrica, en poder de extranjeros.

62 por ciento de las industrias de transformación, en poder de extranjeros.
79 por ciento de los ferrocarriles y tranvías, en poder de extranjeros.

Pero México ha dado el ejemplo con sus expropiaciones del petróleo y de los ferrocarriles, como ya lo había dado a todas sus hermanas del sur con la aplicación del Artículo 27 constitucional, de preferencia en lo que atañe a latifundios; y con mantener en vigencia las Leyes de Reforma en lo que se refiere a la riqueza clerical.

Centro América, en cambio, vive la misma situación del México anterior a Juárez, aun cuando en otros aspectos —caso de Costa Rica y últimamente de El Salvador y Guatemala— haya podido dar pasos hacia un porvenir mejor. Hacia un porvenir que no sea el de la estadística que sigue, publicada poco antes de la caída de Ubico en Guatemala y de Hernández Martínez en El Salvador:

Más del 90 por ciento de la población centroamericana carece de propiedad inmueble.

El 73 por ciento, salvo Costa Rica, es analfabeta.

El 92 por ciento va descalza y desnutrida.

Sólo una sexta parte del total de niños en edad escolar asiste a las aulas.

El 91½ por ciento de las defunciones ocurren sin asistencia médica.

El 56 por ciento de la mortalidad infantil tiene lugar antes de que los niños cumplan 9 años.

Menos del 2 por ciento de la población lee periódicos, como consecuencia de la miseria y de la presión política ejercida por las dictaduras.

Exceptuando a Costa Rica, antes de los movimientos revolucionarios de 1944, los demás gobiernos de Centro América no habían querido reconocer el derecho de asociación de los trabajadores.

¡Aspiraciones tan justas y tan humanas eran perseguidas implacablemente como "brotes de comunismo", como doctrinas exóticas o como movimientos subversivos, inspirados y pagados con el oro de Rusia o con el oro de México!

De situación tan lamentable a la política del buen vecino

PERO al cabo de los años ha venido a demostrar el Presidente Roosevelt, con su política del buen vecino, que hay manera de convivir sin que gire todo alrededor de la explotación, de la iniquidad, del poder de los fuertes en perjuicio de los débiles. Naturalmente que lo esencial estriba en que esa política del buen vecino se aplique con rectitud y con justicia, en tal forma que los pueblos no se desconcierten ni lleguen a perder la fe en lo que ofrecen y predican las Naciones Unidas.

Tocante por lo menos al aspecto jurídico, pudieron recogerse los primeros frutos de esa política en la Conferencia Interamericana de Buenos Aires, celebrada en 1936; en la de Lima, en diciembre de 1938; en la de Panamá, tres semanas después de haber estallado el conflicto europeo; en la que tuvo lugar en La Habana, en julio de 1940; y en la de Rio de Janeiro, inaugurada el 15 de enero de 1942, con asistencia de casi todos los Ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas de América.

Lo resuelto en esas conferencias viene a ser precisamente el "status" que Bolívar deseaba imprimir a las relaciones interamericanas, desde su convocatoria al Congreso de Panamá en 1826; es, también, lo que expresa la nota del Gobierno costarricense al de Colombia, transcrita en folios anteriores; y es, por último, lo que en varias ocasiones tuvo a bien exponer el Presidente Woodrow Wilson en frases como las que se transcriben a continuación, tomadas de sus declaraciones a los periodistas mexicanos que lo visitaron en 1918, así como de su famoso discurso de Mobile, cuyos conceptos esenciales procuro siempre —repitiéndome— poner ante los ojos de mis lectores hispanoamericanos. Dijo el Presidente Wilson:

".....Por eso he declarado que hagamos un arreglo y que tengamos una garantía propia en la que todos firmemos una declaración de Independencia política y de integridad territorial..... Estemos de acuerdo en que si uno de nosotros —incluyendo a los Estados Unidos— viola la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los otros, todos los demás lo impedirán..... La paz sólo puede venir por la confianza. Por eso cada

uno de nosotros debe, como una obligación patriótica para su país, plantar la semilla de la fe y de la confianza, en lugar de la semilla de la sospecha". Y del discurso de Mobile:

"......Es necesario conciliar los intereses de los Estados Unidos con las repúblicas hermanas de Sud América. Nosotros les pedimos concesiones y privilegios; buscamos nuestra propia conveniencia, sin detenernos a pensar si los gobiernos y los pueblos sudamericanos obtendrán o no ventajas al favorecer nuestras empresas..... Cuando los intereses nuestros y los suyos se tomen paralelamente en cuenta y se armonicen; cuando mutuamente trabajemos por el bien de ellos y al mismo tiempo por el nuestro, entonces comenzará una era de acercamiento y simpatía entre los Estados Unidos y sus hermanas del sur".

ACASO por las dificultades de la primera guerra mundial; o por haberle faltado el apoyo de determinados grupos poderosísimos de su propia patria, que hoy serían calificados de "apaciguadores"; o por la fuerza incontrastable de la gran plutocracia norteamericana; o por el servilismo infamante de ciertos grupos criollos de nuestra mal gobernada América; sea pues por unas o por otras de esas razones, la verdad es que no pudo lograr el Presidente Wilson que los hechos correspondieran a sus palabras.

Intervino en Santo Domingo y en Haití; desembarcó marinos en Veracruz; mantuvo la intervención armada en Nicaragua; y tomó parte activa en la política de Cuba. Cometió, por consiguiente, gravísimos errores, que no podían despertar confianza alguna en nuestros pueblos.

Y procedía de esa manera el Presidente Wilson, a pesar de los famosos catorce puntos que había lanzado al mundo el 8 de enero de 1918, y a pesar de todo cuanto se dijo y ofreció a los pueblos tiranizados de la tierra acerca de libertad y democracia.

Podría tal vez comentarse que esos catorce puntos no eran en realidad sino la doctrina personal de un Presidente. Llevamos pues la ventaja de que el ideario que

hoy pregonan las Naciones Unidas, cuya esencia figura en la Carta del Atlántico, y en la Carta de Moscou, y en los acuerdos del Cairo y de Teherán, no puede ya considerarse como el punto de vista personal de Mr. Roosevelt o de Mr. Churchill. Se trata de promesas acogidas por todas las naciones que luchan a su lado en esta gran conflagración, hasta ofrecer una bandera que será muy difícil arrancar de manos de los pueblos, quienes sólo por realizar esos principios es posible que sigan sufriendo y derramando su sangre con tanto fervor como lo hacen.

En lo que actualmente concierne a las repúblicas americanas, son ya muy numerosos los discursos pronunciados, y no sólo por estadistas o por intelectuales de nuestros países, sino por altos funcionarios de la gran potencia anglosajona.

ENTRE tan extensa literatura bastan unas pocas frases de algunos de esos personajes, tomadas al azar. En su discurso del día de las Américas, 14 de abril de 1943, dijo el Presidente Roosevelt:

"Hoy cada uno de los países americanos está cumpliendo sus obligaciones en la defensa de nuestra libertad. Pueden estar seguras esas repúblicas de que su futuro está debidamente asegurado en el concierto de las naciones libres, que constituirá el mundo del mañana".

Ese mismo día expresó el Secretario de Estado Cordell Hull, que la doctrina de la solidaridad continental "se basa en la amistad, la cooperación, la no intervención y el respeto a los principios de soberanía, igualdad, moralidad, ley, orden y justicia". Agregó que tales derechos inalienables de los pueblos americanos son y deben ser respetados.

Por su parte el Vicepresidente, Mr. Henry A. Wallace, dirigiéndose al Senado del Perú, pues para entonces se encontraba de visita en Lima, hizo nuevas y sensacionales declaraciones acerca de la solidaridad continental americana, "exteriorizada en múltiples y efectivos hechos". Se refirió luego al mundo futuro, "que deberá asentarse en las cuatro libertades contenidas en la Carta del Atlán-

tico". Y predijo que este mundo transformado que se avecina, "impondrá la justicia y el derecho como normas definitivas de convivencia humana".

E incluso no podía faltar la voz de Mr. Sumner Welles, quien afirmó en el Club Rotario de Nueva York que la política del buen vecino, establecida por el Presidente Roosevelt, "puede llamarse con justicia la hazaña más destacada de la vida internacional, firme piedra angular para el orden futuro del mundo". No tuvo inconveniente el señor Welles en darnos la razón a los antiimperialistas hispanoamericanos (¡alguna vez habría de hacerlo!), con frases tan rotundas como las siguientes:

"Hace algunos años nuestra marinería aun montaba guardia en el territorio de este o aquel de nuestros vecinos. En otras repúblicas del sur, ya libres de marinería, continuaban imperando consejos financieros de este país con poderes casi dictatoriales. Sobre otro grupo de naciones seguía suspendida la espada de Damocles, mediante tratados impuestos que nos concedían el derecho de intervenir para mantener el orden. Por eso muchos pueblos americanos no tomaban en serio una política que los Estados Unidos podían infringir a su antojo".

En ambiente tan propicio y con publicidad tan abundante para la transformación política y económica del mundo, es natural que nuestros países se movilicen para tomar participación en el triunfo de la libertad, pero no en términos abstractos sino en forma concreta y eficaz.

Creemos por lo tanto en la política del buen vecino, precisamente porque somos débiles y necesitamos del derecho y de la justicia para defendernos. Creemos en la Carta del Altántico y en lo que se resolvió en los acuerdos del Cairo y de Teherán. Creemos, por fin, en todo aquello que coincide con nuestras aspiraciones de muchos años, sobre todo cuando advertimos que tenemos de nuestra parte a los altos funcionarios del Partido Demócrata norteamericano; pero también a los progresistas del grupo contrincante, encabezados hasta hace algunos meses por

Wendell Willkie, cuyo fallecimiento (8 de octubre de 1944) nos priva de un luchador excepcional contra toda clase de opresiones.

Dudas, recelos y caída de tiranos

Mas es lógico, al mismo tiempo, que sobrevengan y se intensifiquen, y no por culpa nuestra, graves dudas y recelos, al observar objetivamente las contradicciones en que a menudo incurren las grandes potencias directoras de la política internacional de los Aliados, así como la falta de aplicación de sus principios.

Vemos el caso lamentable de España, a cuyo Generalísimo Francisco Franco le sostienen Londres y Washington su economía; vemos lo de Italia con Víctor Manuel, con Badoglio, y ahora con el Príncipe Humberto de Saboya, instrumentos también —al caer el Duce— de las Naciones Unidas y de la democracia; vemos, además, la fuerza creciente de los poderosos "apaciguadores" internacionales, que bien quisieran repetir un nuevo Munich; y en nuestra situación concreta, en lo que se refiere a las pequeñas repúblicas de la América Central, vemos igualmente y seguimos viendo de qué manera reciben apoyo nuestros "tiranos banderas", nada menos que con la enseña de la buena vecindad, para seguirse sosteniendo en el poder.

Todo esto nos hace recordar el caso de Wilson, quien a pesar de sus buenas intenciones y de su idealismo extraordinario, no tuvo más remedio que volver a la época de la fuerza imperialista de sus antecesores. Por lo que toca a quienes le siguieron en la Casa Blanca, ya se hizo memoria de la actuación totalitaria y agresiva de Coolidge y de Hoover.

Sabemos, como ya se explicó antes, que los convenios internacionales que hoy sirven de estandarte a los enemigos del crimen y de la barbarie nazifascista, no son ya el punto de vista personal de un solo gobernante; pero sabemos también que los Estados Unidos nunca han tenido una política exterior congruente, y que al dejar el señor

Roosevelt su alta posición bien podrían repetirse en nuestra América los atropellos y los atentados de que en páginas anteriores dió el autor cabal noticia.

Por eso Centro América, harta de mucho resignarse esperando la victoria de "los grandes", resolvió abrir su segundo frente al mismo tiempo que en Europa, echando por la borda al sanguinario teósofo salvadoreño el 8 de mayo de 1944, al cabo de muy sangrientas luchas que culminaron con una huelga general de brazos caídos, y al feroz déspota guatemalteco con siete cortas semanas de intervalo. Después, el 20 de octubre, al pretender quedarse con la presidencia el sucesor de Ubico, General Federico Ponce, levantáronse como un solo hombre las fuerzas progresistas de Gutemala, hasta tomar el poder para enfrentarse desde arriba a la reacción.

Aunque he procurado no dar en este estudio esquemático nombres de tal jaez de gobernantes, ya que todos ellos, los de ayer y los de hoy, son una misma cosa, y no vale la pena recordarlos sino como fenómeno de conjunto; no obstante, pues, mi deseo de no personalizar, acaso sea indispensable una información muy rápida de cómo llegaron al poder no sólo aquellos dos dictadores ya caídos, sino también los que siguen aferrados a las presidencias de Honduras y de Nicaragua.

Respecto a la nueva situación creada en Guatemala y en El Salvador, la Historia de este mismo año nos dirá cómo es ya imposible contener el empuje antidespótico de los pueblos centroamericanos.

El general Maximiliano Hernández Martínez, mediante una conspiración contra el Gobierno legítimo del ingeniero Arturo Araujo, siendo su Vicepresidente, logró apoderarse del puesto que tanto ambicionaba, el 2 de diciembre de 1931. Allí se mantuvo, reformando a su gusto la Constitución, rodeándose de serviles, persiguiendo y asesinando a todo aquel que oliese a "comunista"; vale decir, sembrando el terror de un extremo al otro del país, hasta que el pueblo salvadoreño —en respuesta a una cuarta "elección" anticipada y a nuevas reformas

constitucionales de sabor totalitario—, declaró su referida huelga de brazos caídos, una vez fracasado el movimiento revolucionario del 2 de abril, logrando que el sátrapa se fugara a todo correr con dirección al norte.

Por lo que toca al cuartelario Jorge Ubico, había estado gobernando en Guatemala desde el 14 de febrero de 1931. Mediante una serie de violencias o "reformas" a la Constitución, pudo asimismo mantenerse en la casa presidencial período tras período, hasta que los guatemaltecos decidieron darle fin a un régimen que en realidad era de facto, como el de sus vecinos. ¡Y además, por supuesto, anticomunista!

Quedan todavía otros dos "indispensables" en el Istmo: el también general Tiburcio Carías Andino, y su compañero de graduación y de mesiánicas tendencias, Anastasio Somoza.

En cuanto a Carías, instalado y sin deseos de abandonarlo se encuentra en el castillo que ocupan los presidentes hondureños, desde el primero de febrero de 1933. Para evitar constantes reelecciones por períodos de "solamente cuatro años", resolvió su Congreso de servidores incondicionales prorrogarle el término, *de una sola vez*, hasta el primero de enero de 1949, o sea hasta mediados del presente siglo. Pero ya está viendo el mundo que los hondureños no están dispuestos a tolerar que tan ilustre personaje se siga sacrificando por la patria.

Por lo que se refiere al otro general —el de la tierra de Jerez y de Darío—, violando también la Constitución y en pugna con su familiar, el doctor Juan Bautista Sacasa, asaltó la presidencia de Nicaragua el 31 de diciembre de 1936, haciéndose reelegir en 1940 hasta el primero de mayo de 1947. Sin embargo, así sus partidarios como sus enemigos, a pesar del apoyo que le llega de afuera, —¡préstamos y arrendamientos de la buena vecindad!— están seguros de que el caballero Somoza tendrá que dejar el mando a toda prisa.

Unica forma de fascismo en Centro América

AL iniciarse el actual movimiento revolucionario centroamericano —reflejo inevitable de lo que ocurre en el planeta, y reflejo simultáneo de nuestra memoria ancestral— surgieron algunas voces, dignas ciertamente de respeto por su sinceridad y por su preparación, expresando el temor de que tal actitud únicamente implicase serio peligro para la causa de las democracias. Se consideraba, en otros términos, que la "impaciencia" de los pueblos centroamericanos contra sus oprobiosas dictaduras, se convirtiera en una serie de golpes organizados por el nazifascismo encubierto, para obstaculizar la victoria de las Naciones Unidas.

La realidad ha contestado a esos temores en forma tan elocuente, que no habría hoy quien dijese que El Salvador y Guatemala —tocante a libertad y democracia— hayan perdido con la lección que los dos pueblos propinaron a Martínez y a Ubico. Hay y seguirán sin duda suscitándose dificultades y atropellos: mas no por culpa de los de abajo, sino provocados antes bien por los de arriba, estamentos en donde sí caben y germinan las ideas totalitarias.

Si esa es la realidad, perdóneseme el afirmar rotundamente que en Centro América, así como en el resto de la América Latina, no hay ni puede haber fascismo, por lo menos integral, si se toma como base para ese calificativo el aspecto doctrinario que Hitler y Mussolini han adoptado para su tesis de agresión.

Para Hitler y sus fanáticos no hay más que una ley, la de esta vida, que es "crecer y sobrepasarse uno mismo; y odiar, por consiguiente, combatir, destruir o devorar todo lo que se ofrezca como extraño y como menos fuerte". A su vez el general Bernhardi, en su libro "Unsere Zukunft", queriendo vulgarizar los escritos más importantes de los pensadores y de los filósofos alemanes sobre la política de conquista, recopila frases como las siguientes:

"Un Estado sólo debe considerar el factor fuerza, menospreciando las leyes que no lo beneficien"... "Unicamente la fuerza y no el derecho, podrá resolver las diferencias entre los Estados"... "La moralidad de un Estado no puede ser como la de un individuo. La esencia

del Estado es la fuerza y su debilidad es un crimen"... "Alemania, estando como está por encima de todo ("Deutschland über alles"), tiene derecho a todo. Alemania va a la destrucción, por la sangre y por el fuego, de cuanto pueda oponerse a su *espacio vital*, contra todo y contra todos".

Por su parte el señor Mussolini sostenía en sus buenos tiempos, cuando incluso la democracia inglesa de Chamberlain lo apoyaba y lo admiraba, que "la lucha es el origen de todas las cosas, porque el día de la paz será melancólico y de ruina". A continuación agregaba el pintoresco Duce:

"Ante todo, el fascismo, en cuanto concierne al porvenir y al desarrollo de la humanidad, no cree en la posibilidad de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo, que surge de un renunciamiento a la lucha. Sólo la guerra eleva todas las energías humanas a su máxima tensión, e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla".

Y acerca del concepto fascista del Estado, agregaba Mussolini que es lo absoluto, "ante el cual los individuos y los grupos son lo relativo. Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera de Estado". ("Discursos", Cámara de Diputados, Roma, 26 de mayo de 1927).

Yo me permito preguntar a los lectores si hay alguna república centroamericana, e incluso del resto de la América española, con esa *voluntad de imperio* (léxico de Franco) a que se refieren Hitler y Mussolini; con ese deseo de agresión y de dominio, predicado y sostenido por los fundadores del nazifascismo; con las armas y con los elementos necesarios de conquista, que conducen a la guerra, para obtener *un espacio vital* demográfico o *un espacio vital* económico.

No tengo yo noticia de que anden nuestros países cortos de territorio para sus habitantes, ni en busca de mercados para sus productos industriales —que no bastan siquiera para su consumo—, ni tratando de obtener materias primas.

Se llega entonces a la conclusión de que Hispano América en lo general, y muy particularmente las pequeñas repúblicas centroamericanas, no son, no pueden ser fascistas, en este sentido exterior de agresión y de dominio; menos aún en lo que atañe a superioridad racial.

Estudiemos ahora lo que concierne al fortalecimiento del Estado como fin, y no como medio de superación colectiva, según lo entiende el socialismo para beneficiar, en última instancia, al individuo, al ser humano, parte integrante de la sociedad.

¿Hay gobiernos tiránicos de América —precisamente a los que se les llama fascistas— que fortalezcan al Estado, que crean y se preocupen realmente por darles vigor a sus países? Negativa es la respuesta, porque son esos gobiernos, ni más ni menos, los que se convierten en cómplices y servidores de toda clase de imperialismos; los que se ponen a las órdenes de la plutocracia criolla; los que entregan al capital monopolista el petróleo, el oro, la plata, los transportes, todas las riquezas y los más productivos negocios de nuestro hemisferio, tan pobre y a la vez tan rico.

Y llegamos entonces a esta segunda conclusión: que en el sentido estatal, puesto que dichos gobiernos más bien debilitan al Estado, tampoco hay fascismo en nuestra América.

Sólo existe una tercera forma de fascismo que sí es el nuestro, y que lo hemos vivido desde hace muchos años en todo el continente, a través de Rosas, y del doctor Francia, y de García Moreno, y de Veintemilla, y de Carrera, y de Machado, y de Juan Vicente Gómez, y de todos los tiranos, de altura o de bajura, que hemos sufrido en el curso de tantas luchas y de tantos pronunciamientos militares.

Esa forma de fascismo: la tiranía, los encarcelamientos, las ejecuciones, las torturas, la crueldad y todo lo que implica la ambición y el predominio de bárbaros y de salvajes, más o menos semejantes a Hitler y a Mussolini; esa forma de fascismo es la única que tenemos y que supervive en algunos feudos, perfectamente bien localizados del continente americano.

Fácil es comprender, por consiguiente, de acuerdo con este análisis a grandes rasgos, cómo la mejor política de apoyo decidido a las Naciones Unidas, la de mayor since-

ridad y eficacia, no podía ni puede ser otra que atacar inmisericordemente al nazifascismo característico de nuestro medio, personificado en regímenes de dictadura.

¡Eso es lo que ha hecho Centro América, buscando su sitio entre las naciones civilizadas, pues de acuerdo con su Historia, con la Carta del Atlántico y con lo que se persigue en esta guerra, tiene sobrado derecho a vivir la democracia en todo lo que ella sea mejoramiento social, plenitud humanas, ansias muy explicables de libertad y de justicia!

AFORTUNADAMENTE la opinión pública continental: escritores que se respetan a sí mismos, obreros, estudiantes, hombres y mujeres de diversas clases sociales, han sabido comprender y respaldar el punto de vista a que se acogen los centroamericanos de vanguardia.

Sería imposible hacer referencia en estas páginas a todas las publicaciones que se han hecho en favor de esos valerosos pueblos, tan oprimidos y tan explotados, que da pena recordarlo.

Sea suficiente reproducir una frase nada más del diario colombiano "El Tiempo", tomada de su editorial, edición del 28 de junio de 1944. Dice así:

"América debe revisar sus sistemas de gobierno, dondequiera que esos sistemas no coincidan con los principios inmutables de la democracia; debe prescindir de las tiranías, dondequiera que existan".

Y esta nota de "La Semana en el Mundo", servicio de prensa de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, publicada en "El Popular", 9 de julio de 1944:

"El actual movimiento progresista en los países centroamericanos, es el mejor y el más firme apoyo que se puede dar a las Naciones Unidas".

Porvenir de Centro América

LO relatado sería un resumen de lo que ha sucedido y de lo que está ocurriendo en el Istmo centroamericano. Es natural que los lectores se pregunten cuál será el porvenir de esos países.

Comprendemos, desde luego, que la libertad y la democracia de cada pueblo no podrán lograrse por intervención de afuera; pero sabemos también y así lo proclamamos —como acertadamente lo ha escrito "España Libre" de Nueva York—, que si "nadie puede imponer la libertad de un pueblo desde el extranjero, sí puede imponerse, en cambio, la esclavitud". Y al efecto recuerda esa benemérita publicación la forma en que fué impuesto Franco en España, y la forma en que conservan el poder algunos de nuestros dictadores. Cuentan con armas que no se fabrican en sus países. Con expertos militares que llegan del exterior. Con créditos bancarios que fortalecen al tirano y a sus cómplices.

Sabemos de igual manera que frente a la decisión de lucha democrática, se alzará el clamor de los antiguos dominadores; del fascismo criollo en combinación con el europeo; del falangismo apoyado por el vaticanismo; de los apaciguadores ingleses y norteamericanos, enemigos natos del "new deal" y de la política del buen vecino del Presidente Roosevelt; de todos aquellos, en una palabra, que para defender sus intereses y sus privilegios de clase, volverán a emplear el arma ya desacreditada de Hitler, de Goebbels, de Franco, de Oliveira Salazar, hasta de don Getulio Vargas y de su Santidad, o sea el terror al comunismo.

Pero nosotros no le tenemos miedo al comunismo, ni cometeríamos la torpeza de imaginarnos que podemos dar un salto de siglos, para llegar a etapas de organización social que no estamos predicando ni obraríamos con sinceridad al difundirlas.

Ya dije en la parte final del "Guión de Historia Contemporánea", que a lo que sí deberían temerle los privilegiados es a las causas que engendran el comunismo. A la explotación, a la miseria, a la servidumbre de millares y millares de campesinos en la indigencia, sin un pedazo de tierra en países agrarios; a la desnutrición de los hijos de los obreros; al paludismo sin quinina en las zonas tropicales; a la falta de amor al prójimo entre gentes rezadoras, que llevan el nombre de Dios en los labios, pero no en el corazón; a la ética lamentable de escritores y artistas, sin noción de lo que podrían representar si tomaran la cultura,

no como un fin egoísta de deleite individual, sino como medio de lucha en favor de los pueblos oprimidos; a la oligarquía y al vendepatrismo de los políticos voraces, que le tienen pavor a lo "rojo", pero que siempre han sido los responsables de la injusticia social y los eternos servidores del imperialismo extranjero.

Ni al comunismo ni a Rusia, por lo tanto, habría motivo para que se les temiese en Centro América. Entre otras razones, además, porque no hay inversionistas ni concesionarios rusos en ningún país de Hispano América, explotando nuestras minas, ni llevándose nuestro petróleo, ni colocando empréstitos para cobrar después, apoyándose en la fuerza, los intereses y las amortizaciones correspondientes.

Vencidos ya los alemanes hitleristas, que habían llegado a controlar en Centro América un alto porcentaje de nuestra producción cafetalera y de otros productos que remitían al Reich; congelados sus fondos y puestos a buen recaudo en campos norteamericanos de concentración, acaso pudiera asegurarse que nuestro mayor peligro no es el que señala un escritor costarricense —¡se me podría tildar de apasionado!—, sino el que el propio Presidente Roosevelt y su antiguo Subsecretario de Estado, Mr. Sumner Welles, nos ponen a la vista. Y así lo hacen cuando declara uno de ellos que "estaríamos ciegos para no darnos cuenta de las manifestaciones de imperialismo agudo que ahora mismo (octubre de 1944) se notan en diversos sectores de la opinión pública de nuestro país". (Sumner Welles, "Reader's Digest", octubre de 1944).

Respecto al Presidente Roosevelt, no ha tenido escrúpulo en atacar las tendencias imperialistas de su patria, no sólo en los últimos años, sino desde 1933. Vale traer a colación su discurso de aquel año en el Instituto Woodrow Wilson, cuando pronunció valerosamente estas palabras:

"No vacilo en decir que si yo hubiera tomado parte en la campaña política de cualquiera otra república americana, habría tenido que acusar a mi propia patria por su expansión imperialista".

Y también nos preocupan frases como las que me parece indicado reproducir, externadas en una sesión de "The Academy of Political Science", Proceedings, Vol. VII, página 423:

"Cuba es tan independiente como Long Island. La isla de Santo Domingo con sus dos repúblicas de negros, no es más independiente que el Estado de Nueva York. Nicaragua y Panamá apenas son repúblicas de nombre y soberanía nominales. Si hemos de tener un imperio en el Caribe, lo obtendremos después de destruir la independencia de los países interesados. Debemos tener presente que si adquirimos estas islas, tendremos que acabar por anexionarnos todo Centro América".

PUES bien, no será posible esa anexión si sabemos aprovechar la política del buen vecino del Presidente Roosevelt, y si afrontamos de una sola vez, decididamente, la necesidad de forjar a todo trance la unión de Centro América.

Este magno ideal ha estado a punto de cristalizar en diversas épocas de nuestra historia: en 1842, en 1847, en 1852, en 1862, en 1885, en 1886, una década después y, por último, al cumplirse en 1921 el primer centenario de nuestra independencia.

Logró establecerse en esta última fecha la República Tripartita de Guatemala, El Salvador y Honduras. Pero varios militares guatemaltecos, en connivencia con el imperialismo a la sazón agudo de Wall Street y de la Casa Blanca, siendo Secretario de Estado Mr. Charles Evans Hughes, acabaron violentamente con la nueva entidad federativa.

¡Y se basó Washington para proceder de esa manera, y para negarle su reconocimiento a la República Federal, nada menos que en nuestros famosos Tratados Centroamericanos de Paz y Amistad, que bajo el patrocinio de México y de los Estados Unidos se habían firmado en 1907!

¡Ah, pero he aquí que cuando se hizo la Federación Centroamericana de 1921, así como en años subsiguientes, era muy grande el recelo de Mr. Calvin Coolidge en rela-

ción con México. A tal grado llegaba la animosidad del citado gobernante contra el "comunismo" mexicano, que todavía el 8 de enero de 1927, en su segunda presidencia, lanzó a los cuatro vientos esta declaración textual:

"El régimen comunista del general Calles ha desafiado y continúa desafiando a los Estados Unidos ocasión tras ocasión, llegando al extremo de obsequiar poderosas estaciones inalámbricas a las repúblicas de Centro América, sin duda con el objeto de restarnos simpatías en esas naciones. Pero estamos dispuestos a conseguir que México no nos humille más con su proceder intolerable".

Ahora, en cambio, en este momento crucial del mundo; en esta época en que los hombres y los países se transforman; cuando no hay motivo para hablar de supuestos comunismos, que el propio Presidente Roosevelt ha denunciado como "fantasma" que aprovechan los enemigos del progreso y de la civilización; ahora, entonces, estamos seguros los centroamericanos de que podrá a la postre realizarse lo que no debió jamás haberse destruído. Mas para ello debemos tomar en cuenta que, como países débiles, sólo contamos con el Derecho, con la inteligencia. En otras palabras —no recuerdo dónde las habré leído— "no hemos menester de generales que sepan ganar batallas, sino de estadistas probos y preparados, capaces de evitar esas batallas".

Unidos, pues, en estos días de lucha, y unidos cuantos quieran la libertad y el progreso, para los años difíciles que vienen. Ya lo había dicho el luminoso y multiforme defensor de América y de Cuba, José Martí:

"Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes".

ALGUNAS CUESTIONES ESPAÑOLAS

Por *José FERRATER MORA*

Se ha hablado mucho —y yo he contribuído un poco a ello— de la necesidad que, para funcionar debidamente, tiene un Estado de cierta mínima concordia entre sus súbditos. Pero la palabra "concordia", lo mismo que el vocablo "reconciliación" ofrecen a cada paso peligrosas celadas. Así, por ejemplo, cuando se habla de la futura necesaria e indispensable concordia y reconciliación de los españoles. ¿Cómo cabe entenderlas? ¿Es una concordia basada en el acuerdo o es algo más que un simple coincidir en ciertos puntos usualmente sometidos a debate? La respuesta que mejor me parece responder a la realidad de esta espinosa cuestión tiene, por lo pronto, un perfil tajante: la reconciliación que los españoles necesitan para que su Estado funcione con cierta eficacia y su historia no sea una serie de tropiezos continuos, es una reconciliación situada en un terreno mucho más radical y previo que el del entendimiento político. Mejor aún: en cierto modo sería catastrófico para España que su futuro Estado consistiera *exclusivamente* en un pálido y desteñido acuerdo de diversos grupos políticos. Lo que necesitan los españoles es algo más hondo y a la vez más simple: es poder permanecer juntos, no obstante sus inevitables agrios conflictos, sin deseos de una rápida y cómoda aniquilación del contrario. Cierto es que la invasión de la vida por la política no es un fenómeno particular y exclusivo de España: es un hecho indisolublemente vinculado a una época de crisis. Pero en España ha asumido desde hace tiempo un carácter sobremanera áspero. De ahí la urgencia de que los españoles puedan enfrentarse y convivir sin necesidad de preguntarse, para saber si puede continuar su mutuo trato, a qué bando político

pertenecen. Esto es tanto más necesario cuanto que España necesita, más aún que otras naciones de Europa, una renovación que atienda a la vez a las inconcretas esperanzas de su pueblo y a las inquebrantables realidades españolas. En otros términos, la única política que puede salvar a España de su secular vacilación entre el estremecimiento y el marasmo es una política que en cierta ocasión Ortega y Gasset llamó, con término exactísimo, quirúrgica. Ahora bien, una política de esta índole requiere menos exaltar a unos españoles contra otros que una destreza casi sobrehumana para no causar demasiado dolor en el cuerpo del paciente. La norma que los buenos políticos españoles del futuro, decididos a salvar a España de sus egoístas y de sus frenéticos, tendrían que adoptar, se parece mucho a la máxima atribuída a Guillermo de Occam: no producir más irritaciones que las necesarias.

Pues bien, no hay otro medio para evitar irritaciones que operar de tal suerte, que las mismas partes del cuerpo en las que se practique las ineludibles amputaciones acaben por reconocer que esto es lo que, en último término, ha de salvarlas. Hay en España algunos grupos que, más por inconsciencia que por verdadero egoísmo, han querido vivir siempre sin demasiados quebraderos de cabeza por la cuestión de su mando sobre la sociedad en que están instalados. En rigor, las viejas aristocracias gobernantes comenzaron a decaer en Europa desde el mismo instante en que olvidaron la condición misma de su posición: el hecho, tan implacable como una ley física, de que nobleza obliga. En España, en particular, las viejas clases gobernantes —cuya contribución de muchas excelentes páginas de historia ha de quedar fuera de toda duda— se acostumbraron a creer que su nobleza no era el resultado de una tensión continua sobre sí mismas, de un esfuerzo incesante y fatigoso para mantenerse en sus puestos seculares, sino algo que les correspondía por el mero hecho de encontrarse ocupando cierto lugar en el mundo. Poco a poco el gran señor se fué convirtiendo en el señorito; el gran capitán, en el inepto estratega; el auténtico príncipe, en el intrigante. Al mismo tiempo, se producía un movimiento inverso: de las capas menos atendidas emergían gentes dotadas de capacidad y de voluntad para

ejercitarla, hombres que, por su talento, por su habilidad o, más sencillamente, por el amor a su tierra, estaban en condiciones de asumir las funciones del mando. Todo lo cual en manera alguna pretende enunciar que toda clase "privilegiada" esté forzosamente en decadencia y que toda clase "popular" posea, por este solo hecho, un valor indisputable, En tiempos confusos como los actuales, la confusión llega también a este extremo. No se trata, pues, de dedicarse a destruir unos privilegios para crear otros. Se trata de hacer exactamente lo inverso: de construir —esto es inevitable— una jerarquía social que no signifique ni privilegio arbitrario ni rígido estancamiento, ni menos aún flagrante injusticia. Lo que más urge para poner coto a algunos de los más obvios desmanes que ha producido la actual crisis es hacer cobrar a las gentes conciencia de que el rango social tiene que correr parejas con el sacrificio.

Verdades tan patentes son, empero, inextricables misterios para muchos de los españoles más privilegiados, quienes no lograron aún entender que la extirpación de ciertas llagas seculares y de ciertos inconsistentes privilegios es tanto una cuestión de justicia social como de hábil prudencia. Desde hace aproximadamente ciento cincuenta años —para no decir más— sobrevienen en España periódicos estremecimientos que dejan anegadas en sangre a algunas de sus capas privilegiadas. Se me dirá por quienes se empeñan en cerrar los ojos y en cargar con el infiel que todo esto se debe a que algunos graves acontecimientos modernos —la Revolución Francesa, por ejemplo—inyectaron veneno en el saludable cuerpo de una antigua unida España. Aparte el hecho de que todo esto es más metafórico que real, y de que una de las más urgentes tareas es evitar en lo sucesivo toda irresponsable literatura acerca del pasado o del destino, la verdad es que si ha acontecido en España una división no ha sido ni mucho menos azarosa. Dije alguna vez que las dos Españas —una vagamente progresista y otra no menos vagamente reaccionaria— son, por un lado, el resultado de un largo período de la historia española y, por lo tanto, un hecho broncamente hispánico. Mas, por otro lado, constituyen el reflejo de una situación europea que dura aproxima-

damente desde que se desvanecieron las vigencias colectivas que actuaron sobre el alma de Europa hasta bien entrada la época moderna. No es nuestro problema lamentar o regocijarnos por la desaparición de tales vigencias. Sea cual fuere la opinión particular del que esto escribe y de cuanto pueda escribir acerca del rompimiento de una efectiva unidad moral europea que perduró más o menos hasta tiempos relativamente cercanos, lo que tenemos ante nosotros es un hecho y como tal hay que aceptarlo, y, si merece solución, solucionarlo. El propio Comte, que fué, más de lo que él mismo insinúa, un exaltador de la unidad medieval europea y un infatigable buscador de una nueva unidad moral, reconocía repetidamente que la gran crisis que se abre en la época moderna es una crisis efectiva y, a más de esto, necesaria. Porque, en efecto, cuando algo magno acontece en la historia, sucede porque tiene raíces profundas y no por puro capricho. Desde el Renacimiento no existe unidad moral europea; desde hace menos tiempo no existe —por lo menos no se revela en la superficie— una comunidad de vigencias españolas a las que quepa recurrir en última instancia. Algo muy trascendental ha ocurrido, pues, y quien quiera de veras averiguar lo que acaeció, lo único que no puede hacer es lamentar elegíacamente una edad perdida que, por lo demás, no sabemos si fué precisamente paradisíaca.

Cuando nos proponemos solucionar el problema de las dos Españas —entendidas en su mejor sentido— avanzando más allá de él y de sus celadas, vamos así en camino de solución de ese problema no menos agudo de las dos Europas. Sólo por esto podría en algún momento ser España un modelo para Europa. Mas al hablar de modelo me parece conveniente advertir algo: no es simplemente modélico el que se limita a insistir en sus propias e incomprobadas virtudes. Conviene subrayarlo tanto más cuanto que se ha ido haciendo en España costumbre, señalarse a sí misma como conservadora de algunas magníficas virtudes del Occidente. Como es cierto que *una* de las salvaciones de Europa consiste en volver a alimentarse de sus propias raíces, la indicación de que debemos regresar en cierto modo a ellas constituye una verdad evidente. Pero con ello no se ha dicho nada acerca de cómo Es-

paña podría ser un modelo efectivo para el europeo. En primer lugar, se puede preguntar si semejante pretensión responde siempre a la realidad pretendida. En segundo término, y sobre todo, se puede señalar que, aun consistiendo la salvación de Europa en buena parte en remontarse a sus orígenes y en efectuar uno de sus periódicos renacimientos, tal renacer no significa pura y simplemente un repetirse. Si el renacimiento fuera tan sólo una repetición, jamás podríamos comprender cómo Europa ha podido vivir continuamente insatisfecha de sí misma y ha podido, en virtud de tal insatisfacción, crear de manera casi vertiginosa todo lo que ha producido: ideas, sentimientos, instituciones. Si Europa los ha creado o, mejor aún, si Europa ha sido fundamentalmente un ímpetu de creación perpetua, una infatigable sucesión de nuevas formas sin jamás desprenderse de las últimas raíces que las sustentaban, parecerá poco discreto recomendar al europeo volver únicamente a sus raíces y permanecer allí inmutable y estático. Porque señalar que hay raíces y de cuáles se trata es mucho, pero no es todo. Europa necesita, además, y sobre todo, que se le indique cuál es la nueva savia que de semejantes raíces puede extraerse. Resulta así poco adecuado limitarse a repetir con insufrible monotonía que España ha conservado, por ejemplo, incólumes las virtudes de la latinidad, las fuerzas de la europeidad, las esencias del Occidente. Aunque tal cosa fuese cierta, poco podría deducirse de ella. El español y el europeo y, en general, todo habitante de ese Occidente al que pertenece asimismo, definitivamente, América, necesita algo más: necesita efectivamente renovarse y no simplemente restaurarse. Se me dirá que esto es peligroso, que si la restauración puede tener lugar en el plácido ambiente de una convalecencia, la renovación requiere el áspero clima de la intemperie. Nada más cierto. Pero hasta ahora ha sido siempre en campo abierto donde ha tenido lugar esta forma de creación.

La distinción entre una política renovadora y una política simplemente restauradora o, como algunos prefieren decir, rescatadora, muestra ya que la tan necesaria re-

conciliación no es incompatible con una navegación osada por los mares del futuro. Menos todavía deberá entenderse que reconciliar signifique perdonar a quien confundió la acción política con la sumaria exterminación física del contrario. Defender la reconciliación de los españoles no quiere decir abogar por la impunidad de los asesinos. Si la justicia puede existir sin la misericordia, parece muy improbable que ésta tenga sentido sin aquélla. Ahora bien, hay un número infinitamente menor de asesinos de los que suele creerse y, sobre todo, de lo que imagina o ha llegado por sugestión a imaginarse el bando que asume actualmente el poder en España. Cuando se oye declarar por personas de aspecto grave que poco menos todos los expatriados a consecuencia de la última guerra son delincuentes comunes, no se puede por menos que sentirse aterrado por la alegre despreocupación con que se cree dar cuenta de los fenómenos más complejos. Y claro está que ahora no se condena esto por la condición del que esto escribe. Aquí no se defiende nada personal, por justificado que sea, sino que se pretende tan sólo introducir un poco de responsabilidad en la inconcebible ligereza que se ha apoderado desde hace algún tiempo de muchas cabezas españolas. Quede, pues, bien entendido que una futura política española que aspirara de veras a una efectiva reconciliación y no meramente a una circunstancial coalición de partidos, tendría que ofrecer estas dos caras, mucho menos incompatibles entre sí de lo que parece a primera vista: por un lado, una estricta justicia; por otro, una ancha misericordia. Ello es tanto más fácil cuanto que, según puede comprobarse fácilmente, los grupos de verdaderos delincuentes suelen ser los mismos en todos los bandos. Los extremistas de la acción —si se me permite emplear este eufemismo— se parecen mucho a los extremistas de la idea: pasan con la mayor facilidad de un extremo a otro. Cualquiera que sea el que asuma el poder en España se verá obligado, siempre que su política sea expresión de un anhelo nacional, a acordar estas realidades que, conviene repetirlo, poseen, más acá de su incompatible perfil, una común entraña: la justicia y la misericordia; la orientación hacia el futuro y el respeto al pasado o, como preferiría decir, forzando un poco los

términos, la tradición y la cirugía. Sólo entonces será posible la coexistencia de la renovación y del rescate, porque sólo entonces se habrá conseguido lo que, según en otra ocasión he advertido, constituye una de las esperanzas del futuro europeo: la reconciliación de la historia con la moral.

Frente a estas graves cuestiones resulta un poco bizantino discutir sobre quién deberá asumir el poder en España —siempre, claro está, que se pretenda que España salga de su actual callejón sin salida—. Habrá, desde luego, que excluir, si no de la comunidad nacional —como viene siendo hasta ahora costumbre—, sí por lo menos del mando, a quienes, en lugar de arrepentirse de los desmanes cometidos en su nombre, insistan en justificarlos y aun en elevarlos a categoría histórica. No creo que se pueda atribuir a mi posición personal, al hecho de encontrarme como tantos, fuera del país a consecuencia de una guerra que fué a ratos insensatez y con frecuencia epopeya, lo que voy a enunciar ahora. Pero creo absolutamente necesario hacerlo constar para que no quepan dudas en cuestión tan batallona. En la última contienda española ha habido, como es notorio, y por transitorias que sean las cosas, vencedores y vencidos. Pues bien, mientras los primeros —exceptuando algunos que, *por esta misma razón*, ya no han podido ejercer ningún peso en el Estado— se han lanzado a una fantástica y vergonzosa justificación de todo lo acontecido, buena parte de los segundos han manifestado repetidamente, sin necesidad de abdicar de sus convicciones, que los desmanes cometidos en territorio de la República merecían sincero arrepentimiento y severo castigo. Lo han repetido tanto, que aun los propios simpatizantes extranjeros han llegado a preguntarse si no fué sólo en su territorio que se cometieron desmanes. No ignoro que, contrariamente a lo que suele imaginarse, el que vence en el mundo tiene bastantes probabilidades de vencer asimismo en la historia. Pero si la victoria parece otorgar ciertos derechos, por lo menos temporales, tales derechos quedan anulados desde el instante en que el vencedor no ha sabido hacer otra cosa que vencer y, como ya declaró anticipadamente Unamuno, un tal vencer no había convencido. Porque a la Repú-

blica española podrá reprochársele lo que se quiera, excepto que, deshecha por toda suerte de extremismos, aspiraba cada vez con mayor energía y eficacia a sobreponerse a ellos e iba en camino de lograr aquello mismo por lo cual se le había declarado la guerra: una política nacional sin segundas intenciones. Uno de los más flacos servicios que las perezosas nomenclaturas de los tiempos actuales han hecho a la verdad es el haberse servido de los términos menos adecuados para reflejarla: el haber llamado a los unos "nacionales" y a los otros, "rojos". Porque en ninguna otra ocasión como ésta hubo tantos nacionales entre los "rojos" y tantos rojos entre los "nacionales", lo cual no quiere en modo alguno decir —quiero que este punto quede bien claro— que todos los "rojos" fuesen sin excepción nacionales y todos los "nacionales" rojos; tamaña afirmación no sería menos estúpida que la contraria. Precisamente lo más deseable para la España futura es que se recoja todo lo que haya de verdaderamente nacional en quienes la palabra nación no sea un escudo para ocultar inconfesables intereses. De nacional y no de nacionalista, que son, como frecuentemente se ha dicho, términos opuestos. Pues lo nacional no es la mera elevación a categoría histórica de unas cuantas supuestas virtudes domésticas ni menos un inoperante encerrarse en fronteras que ni siquiera se sabe si son verdaderamente propias, ni un eterno protestar contra todo espectral atentado a una soberanía. Lo nacional no es ni insolidaridad ni humillación, en tanto que lo nacionalista, que con frecuencia se presenta como una oposición a lo ajeno, es muchas veces una total sumisión a cualquier ajena ingerencia. Digo esto, para que de una vez por todas no se entienda la "política nacional" en que tanto se insiste sin practicarla, sino como un gran ensayo de colaboración sin servidumbre.

Lo que verdaderamente importa en la futura política de España no es, pues, repito, quien concretamente deba mandar, sino lo que habrá de hacer quien, poseyendo la mínima pureza exigible, esté dispuesto a ejercer el mando. Esto es tanto más cierto cuanto que se ha hecho evidente el agotamiento de casi todas las personas que de modo eminente han practicado esta operación en España. No quiero insinuar con ello que les falte a algunas buena voluntad.

Pero en el estado actual de las cosas la buena voluntad y el buen deseo son meras condiciones, bases indispensables y no todavía cumplidos requisitos. Si se piensa, por otro lado, que desde los últimos acontecimientos sonados de la historia española ha emergido nada menos que toda una generación, se comprenderá que difícilmente puedan ser los "hombres viejos" quienes sean capaces de tomar en sus manos riendas cuyos tirones ya no les resultan inteligibles. No quisiera hacer aquí la habitual inconcreta literatura acerca de la necesidad de eliminar a los "viejos" para dejar paso libre a los "nuevos". En las cuestiones aquí debatidas, la vejez no suele ser rigurosamente concordante con la edad, aunque de hecho muchas veces coincidan. La necesidad de que haya en España hombres nuevos no es sólo, en efecto, consecuencia de la necesidad de renovación; es resultado del apremio cada vez mayor de que intervengan quienes estén, por así decirlo, menos mancillados, quienes, tras demostrar su juventud, demuestren acto seguido que ésta no es pura y simplemente un irresponsable "estar dispuesto a todo". Lo mismo que Europa, y exactamente por las mismas razones, España necesita una juventud en la que la lucidez no esté reñida con la pasión.

Convendría, por consiguiente, no insistir demasiado en la cuestión de quién concretamente debe ejercer el mando, no sólo porque, sea quien fuere el que lo ejerza, tendrá que someterse a realidades ineludibles, sino también y muy especialmente porque la cuestión del "quién" amenaza con desembocar en un interminable bizantinismo, cada vez más parecido a aquel que, en torno a la legitimidad, inundó a Europa en los años postnapoleónicos. Cierto es que, cuando la discusión necesita momentáneamente llegar a un resultado práctico, atenerse a la legitimidad o, mejor dicho, a la legalidad es un recurso necesario. Pero no se olvide que se trata simplemente de un *recurso* y en manera alguna de un efectivo *programa*. La verdad es que sería infinitamente más conveniente no verse obligado a acudir de continuo a tales instancias, no tener que enzarzarse a cada momento en debates estériles para desenredar tan complicada madeja. El hecho de que, por ejemplo, la emigración

republicana española haya caído una y otra vez en tales torpezas muestra hasta qué punto la derrota la había desmoralizado. Desmoralización sin duda explicable, porque el español que fué arrancado de su vivir normal por la fuerza de un destino demasiado gravoso, sentía la urgente necesidad de disparar contra lo más inmediato su justificado resentimiento. Afortunadamente, gravitaban sobre él muchas otras cosas además de la política, y el deseo de recuperarse le hizo abrir de inmediato fuera de España vías por las cuales pudo transitar un gran futuro. En este sentido hay pocos esfuerzos colectivos comparables con los que, en múltiples direcciones, desarrollaron los españoles emigrados, y cualquier régimen que poseyera un mínimo de sentido común, en vez de desacreditar esta labor ingente y atribuirla a feroces delincuentes, celebraría en esa incomparable actividad uno de los hechos de mayor trascendencia para una de las grandes políticas españolas: la que se refiere a su relación con América. El hecho de que un periodista como el señor Madariaga dedique, en un libro que se propone ofrecer a los extranjeros una visión de España, un número aterrador de páginas a minúsculas cuestiones de la más menuda política y escasamente una página a la labor antedicha revela hasta dónde puede llegar la ofuscación en estos tiempos. De hecho, el trabajo desarrollado al margen de las discusiones políticas ha salvado a esta emigración, y en modo considerable ha salvado a la misma España, quieran saberlo o no buen número de españoles. Pero el español emigrado no podía limitarse, como el de otros tiempos, a forjarse un destino individual en el nuevo hueco que abrió para su vida. No podía limitarse a esto, porque no se ausentó de su país en busca de fortuna, sino a causa de una fortuna adversa, y si con el destierro podía curar sus heridas y aun hacer más clara la visión de algunas cosas esenciales, no le era posible desentenderse absolutamente de situaciones de las que acaso dependiera su retorno.

No se acuse, pues, demasiado a los españoles, ni siquiera a los políticos profesionales, de mezquindad y de bizantinismo. Tal vez haya algunos que tengan por única finalidad el disfrute de las inciertas prebendas del mando. Pero la mayor parte ha sido guiada por un deseo de reintegra-

ción que sólo veía posible con una modificación a fondo del actual estado de cosas. La discusión sobre quién debía mandar —discusión inexplicablemente limitada a quién debía mandar de las gentes conocidas— tenía su más profunda raíz en la necesidad de que se abriera el callejón sin salida dentro del cual todo el mundo se sentía más o menos aprisionado. Aun con su aspecto más desabrido, estas inútiles discusiones reflejaban el deseo que tenía de España todo español.

Cierto es que hubiera sido sobradamente ventajoso para esos españoles en destierro y para los que se sentían desterrados en España encontrar muy pronto aquellas figuras que, sin romper una continuidad legal, antes bien completándola, hubiesen podido agruparlos, otorgarles ante las naciones en lucha contra el fascismo aquella dignidad política que otros países, más afortunados acaso por menos comprometedores, han gozado ininterrumpidamente. Pero ha de advertirse, para que estas líneas no queden mancas, que buena parte de la culpa de la desintegración habida la tienen esas mismas naciones que consideraron la lucha española, según uno de sus portavoces declaró en cierta ocasión, como una manifestación de "prematuro antifascismo". Una vez más tenía que pagar España por haberse anticipado a algo, como pagó duramente por haberse anticipado hace cinco siglos a la necesidad moderna del Estado. Toda discusión se hubiese, en efecto, desvanecido desde el instante en que las naciones unidas y principalmente las que más próximas estaban a los intereses y cuestiones españolas —Gran Bretaña y Estados Unidos— hubiesen reconocido, por lo menos como susceptible de "dignidad política", a alguna personalidad o a algún grupo medianamente respetable. Pero en vez de esto hicieron exactamente lo contrario: por un lado, alentar la perduración de un régimen que se había instaurado cabalmente como un desafío a esas mismas naciones; por otro, fomentar una disgregación completa de toda oposición mediante oficiosos tanteos de toda clase a toda clase de pretendientes. En otros términos: la política de "apaciguamiento" seguida por tales potencias no tenía nada que ver con el apaciguamiento de los españoles. Como ha observado agudamente Francisco Ayala en un trabajo que merece cierta

meditación,[1] la figura de España ha oscilado en el curso de la época moderna entre dos extremos: uno de ellos estuvo constituído por el poder y su resultado fué la oposición encarnizada, la lucha a muerte, el espanto ante lo diabólico. El otro estuvo constituído por la decadencia y su resultado fué la risa ante lo pintoresco. La actitud de las grandes potencias democráticas frente a la España contemporánea ha sido estrictamente esta: subrayar lo pintoresco en todos aquellos momentos en que lo pintoresco se insinuara; desarticular el poder en todos aquellos instantes en que el poder se afirmara. Si algunas potencias tienen interés en mantener un régimen como el actual o como la posible continuación del actual, no es, de consiguiente, por una supuesta aversión a los extremismos de los que abominan ya la mayor parte de los españoles; es porque semejante régimen se ve obligado a sostener su poder cediéndolo sin descanso. Un régimen que, por sus tradiciones y su voluntad, se colocara al lado de las potencias democráticas, sería, en cambio, demasiado libre para que pudiera ponérsele fácilmente coto. Y no me refiero sólo a la necesaria libertad interior, sino *también* a aquella libertad para desarrollar la política externa que mejor convenga a los intereses propios sin por eso hollar los ajenos, es decir, la política internacional en la que no resulten antitéticos los términos de independencia y colaboración auténtica.

A esta disgregación de las fuerzas que en alguna ocasión hubiesen podido intentar una política verdaderamente nacional han contribuído, por lo tanto, no menos algunos extranjeros que los propios españoles. Pero sería inútil y aun pernicioso reducir todo esto a un monótono lamento sobre la incomprensión de las grandes potencias y especialmente de aquellas a cuyo lado estuvieron en los peores momentos la mayor parte de los españoles. Lo característico de la política internacional, entendida como una inevitable relación de fuerzas, es tener que convivir y aun ayudar a quienes menos interés muestran por un trato recíproco. No sería así nada discreto que los españoles,

---

[1] *La coyuntura hispánica* (en CUADERNOS AMERICANOS, Año II, Nº 4).

orientados hacia la democracia o, por lo menos, adversarios del totalitarismo, manifestaran su resentimiento —como en ciertos instantes transitoriamente ha ocurrido— mediante una inclinación hacia la política de las potencias vencidas o con una radical y exclusiva orientación hacia potencias que, como Rusia, no pueden ser desechadas y aun deben ser muy finamente atendidas, pero cuya lejanía de los intereses espirituales y materiales de España las pone un poco entre paréntesis. Actitud tal sería la menos a propósito para que España pudiese desbrozar el camino del futuro. Pero eliminar semejante actitud no significa adoptar la opuesta: defender a toda costa cualquier acción de las grandes potencias democráticas, estén o no a favor de España. Quienes asumen tal postura, difícilmente podrán contar entre los españoles. No se trata, por cierto, ni de oponerse por principio a las grandes potencias vencedoras ni de humillarse ante ellas. Se trata de poder moverse en el gran juego del futuro; se trata puramente, sencillamente, de *ser*.

QUE los españoles no reparen en tales evidencias no se debe, claro está, a una supuesta ceguera congénita o, por lo menos, no se debe sólo a ella; tiene también una de sus principales causas en la arena que sobre sus ojos arrojaron algunas direcciones de la política europea en los últimos años como continuación de una política hacia España en el curso de la época moderna que, a fuerza de ser repetida, ha llegado casi a ser monótona. Mas la persistencia de esta actitud hubiera debido mostrar a los españoles que la salvación tiene que proceder de sí mismos, de una voluntad dispuesta inclusive a desarticular la fuerza del destino. Se me dirá que así ha acontecido en bastantes ocasiones, cuando el español ha decidido afrontar la adversidad para defender lo que consideraba su inalienable patrimonio y su insobornable entraña. Mas sin que quiera desconocer ahora muchos de los valores morales de semejante actitud, diré también que, aun siendo ella indispensable, no es suficiente para la salvación propugnada. En verdad, toda política española internacional que se estime tiene que ser

casi quijotescamente hidalga. Aun por razones pragmáticas tiene que serlo, pues a la larga resulta perjudicial y ruinosa la perfidia. Mas la hidalguía atenida a sí misma puede confundirse hasta casi identificarse con el desmedido orgullo. Acaso el orgullo y la soberbia españolas no sean, como tantas veces acontece, sino la prolongación de una virtud espléndida y, en el caso presente, de una hidalguía extremosa, de una actitud que, por negarse a mancillarse, acabaría por perderse. Quede, pues, bien entendido que, al anunciar que la salvación de los españoles tiene que venirles de sus propias fuentes, no pretendo que, desilusionados de un mundo que da suficiente pábulo para toda suerte de desilusiones, amenacen con encerrarse dentro de sí y con querer mostrar a los demás las excelencias de una virtud que, si comienza por ser efectiva y magnífica, puede transformarse en imperdonable pecado.

En ningún otro instante es más conveniente esta advertencia que ahora, cuando parece que lo único capaz de unir a los españoles —no en comunidad nacional, pero sí en complejo de reacciones— sea, no la suma de sus valores positivos, sino el compendio de sus valores negativos, la soberbia mezclada con el resentimiento, el orgullo unido al desengaño. Esto imposibilitaría de raíz la edificación de un Estado auténtico y de una nación que pudiese afrontar confiadamente el futuro, pues, aun cuando llegase a producir una reconciliación, lo haría con bases negativas, sin misericordia y también sin justicia. Nada podría esperarse de un Estado que se limitase a seguir una política cuya independencia no tendría otra razón de ser que el haber podido escapar a un conflicto mundial sólo por haberse producido hasta el último instante un equilibrio de grandes potencias. Tal vez aun en un caso de triunfo de la República española en la última guerra hubiese ésta tenido que seguir asimismo una política neutral. Pero una política neutral no tiene nada que ver con una política que comienza por declararse partidaria y que luego, vueltas las tornas, se manifiesta pulcramente equidistante. Porque justamente el hecho de haber efectuado un giro cuya habilidad está fuera de toda duda, entrega semejante Estado al albedrío de aquellas potencias que, por salir vence-

doras, pueden ahora ejercer considerable presión sin ni siquiera ponerse en movimiento. El deseo de bienquistarse con tales potencias conduce al régimen actual español o al que pudiese sucederle con el interesado amparo de algunas naciones a cesiones no menos graves por ser menos aparatosas. El deseo de sostenimiento de tal régimen o de cualquier incolora restauración por parte de algunos grupos políticos aliados no obedece a otros motivos. Se me contestará que no hay tal, y que todo ello no tiene más finalidad que el deseo de evitar inútiles trastornos o un cambio tan radical de política que llevara a España de una orientación fascista a otra comunista últimamente determinada por la Unión Soviética. Pero aparte el hecho de que precisamente ciertos apoyos arrojan inmediatamente a los enemigos del régimen al otro extremo de la barricada —un fenómeno que aconteció evidentemente durante la guerra—, debe asimismo tenerse presente que hay orientaciones políticas de cuyos fines últimos ni siquiera sus iniciadores tienen plena conciencia. Es de sobra notorio que la política tradicional de toda gran potencia europea y muy en particular de Inglaterra, consiste en neutralizar a aquellos países que de manera efectiva o posible amaguen con una alteración de equilibrio. Ahora bien, si la política del equilibrio de poder fué en su tiempo un enorme progreso y constituía, como más de una vez se ha advertido, la manera como a la sazón se expresaba la radical unidad europea, resulta ahora improcedente, por lo menos para Europa. La política del equilibrio de poder se ha trasladado, en todo caso, al planeta entero y es más que probable que el mundo dependa aun de ella por múltiples décadas. Mas esta transformación muestra la insensatez de aplicar a cualquier país de Europa o si se quiere, del Occidente europeo, una política que, al deshacer su unidad, puede de nuevo desencadenar aterradores conflictos. Precisamente porque España o, para hablar con mayor propiedad, toda la Península Ibérica, es una pieza indispensable de la unidad europea y aun de una más amplia unidad europeo-americana, occidental o "atlántica", es sobremanera erróneo afrontar su problema a la manera de la antigua política de equilibrio. No cabe duda de que, aun dentro de cada

una de las grandes unidades de poder que se están actualmente formando, habrá y deberá haber un considerable juego libre, de que habrá —y será conveniente que los haya— roces y resistencias. Sin ellos toda libertad perecería, víctima de una unidad excesiva, de un "totalitarismo" de nuevo cuño. Mas esta libertad funciona, quiérase o no, un poco al margen de las grandes direcciones que ineludiblemente tendrán que tomar los nuevos centros de fuerza. La mejor manera de que haya en el mundo de Occidente esa libertad dentro de la unidad que ningún otro mundo ha podido conseguir hasta ahora, consiste justamente en que no se renueve en su seno una caduca *balance of power.* Más que nadie debería entender esto Inglaterra, que por el aumento de poder de las otras grandes potencias mundiales tiene que caer por fuerza dentro del radio de acción de la futura unidad europea.

La política de las potencias vencedoras hacia España, y especialmente la política que adopten las potencias democráticas de habla inglesa, debería ser así sensiblemente distinta de la que ahora adoptan. No se trata, conste bien, de ayudar a nadie. España necesita constituirse en nación y proseguir un despertar que, en parte por ofuscación de los mismos españoles, pero en parte acaso mayor por la general desdicha del siglo, se truncó tras manifestarse espléndidamente en las últimas décadas, a veces al margen de la política y a veces cabalgando osadamente sobre ella. Su fortalecimiento, como el fortalecimiento de Francia, es indispensable para las potencias democráticas que quieran verse libres de la pesadilla europea. No se trata, repito, de ayudar a nadie, pero tampoco de obstaculizar a nadie; les bastará a los españoles no sentir gravitar sobre sus ya abrumados hombros el peso de las ajenas malandanzas. Sólo así colaborarán de manera efectiva a la constitución de ese mundo que puede surgir de las ruinas europeas, un mundo cuya levadura fué el Mediterráneo, cuyo primer cuerpo de desarrollo fué Europa y cuyo futuro ámbito será probable esa "civilización atlántica" para la cual no hay que redactar ninguna magna carta, porque desde hace muchos siglos está redactada; la carta que reconoce que el hombre es una persona humana y cada una de raíz insustituíble.

LIBRO ABIERTO

Cuéntase de Adam Smith que cada mes se reunía a comer con un escogido grupo de banqueros. Las pláticas de los comensales giraban en torno a lo que pudiéramos llamar "noticiario económico" de aquellos días: perspectivas de cosechas, cotizaciones de Bolsa, tendencias de mercados, cifras de producción, rumores de revoluciones, campos posibles de actividad para los grandes promotores británicos —solos, aún, en la gran tarea de consolidar una economía nacional. Muy leído en historia y en moralidades, Adam Smith escuchaba en silencio esas lecciones de realidad viva, y llegó a inducir que Inglaterra podía permitirse el lujo de construir y defender una economía liberal. Y de ese modo, meditando sobre hechos firmes, dando a la teoría todo el calor de la verdad histórica —sacando rigurosamente de la historia esa teoría—, pudo escribir su "Investigación sobre la Riqueza de las Naciones", biblia de un pueblo anticipado, en lo económico, sobre todos los demás.

Que la Economía haya ido, luego, despegándose de la tierra y metiéndose en los nimbos algodonados de lo académico, ha sido una desdicha. Lo que fué programa económico de un pueblo fuerte se quiso convertir en evangelio de naciones infantes: se creó una presumida teoría económica, clara y cristalina como un desarrollo matemático, pero una teoría cuya realización exigía determinados postulados que en la vida de carne y hueso sólo se producen en forma esporádica, y nunca con el sentido absoluto y eterno que los economistas "puros" necesitarían para no ver descompuesto y desmoronado su sistema.

Sordos para la historia, los economistas ortodoxos vieron petrificarse sus "leyes": algo semejante a lo que ocurría con el *Minnesang* en la leyenda wagneriana de *Los Maestros Cantores*. De cuando en cuando, los Beckmesser de la Economía recibían de la realidad una merecida tunda: y de tiempo en tiempo salían de la tierra —como Walter von Stolzing en la suya— unos vigorosos y juveniles renovadores de las ideas: unos pensadores a quienes importaba poco la tiesura de las normas académicas, y creían más bien que la Economía se

había ideado para educar en el arte de una riqueza extendida al mayor número posible de individuos y de pueblos.

Hay, por suerte, economistas que, de vez en cuando, dejan oír su lira afortunadamente escandalosa: los tiene, por ejemplo, la Inglaterra de Harold Laski y de los epigonos de John Maynard Keynes, como los tienen los Estados Unidos del *New Deal*. Y también México, con toda la modestia que se quiera, pero con una indiscutible y esperanzadora eficacia.

Vive en este país un puñado de economistas sin cohesión de grupo doctrinal, pero unidos por el nexo invisible de una clarísima fe en los destinos de México. Prendidos hora tras hora, meses y años enteros por la urgencia cotidiana de la cátedra, de la administración o de la empresa, poco tiempo les queda para hacer consciente examen de una actividad —la económica— de la que son silenciosos y afortunados protagonistas. Por eso no hacen "obra acabada", de una tarea cuya mayor valía está en su indefinida prosecución.

Así se comprenderá mejor que, cuando me refiero al libro de Eduardo Villaseñor, pueda asegurar, sin afán de paradoja, que se trata de una producción "felizmente inconclusa". Mientras estas líneas se escriben, Villaseñor está formulando en Norte América, como más tarde lo hará seguramente en otras latitudes, un nuevo y vivo capítulo de su obra mexicana. La que ahora presenta Eduardo Villaseñor[1] consta de varios estudios —escritos para muy distintos grupos de oyentes y lectores— y ofrece, en un documentado cuadro, los problemas y las aspiraciones económicas de México, aliado activo en la lucha contra el Eje, y país que será artesano indispensable de una verdadera paz para todas las naciones, al término de la guerra actual.

Durante mucho tiempo el fragor de los problemas mundiales sonaba muy lejos de México: hoy nos hemos familiarizado ya —como con la microgeografía de los frentes de guerra— con todas las candentes cuestiones que demandan, en cada pueblo, una solución inmediata. Ocupación integral, fondo de estabilización, liberalismo "dirigido", unidad económica continental... industrialización: *slogans* que hasta hace unos años dejaban fríos a los mexicanos, constituyen, ahora, en este país, temas dilectos de meditación y estudio. Y es que en

1. EDUARDO VILLASEÑOR: *Ensayos Interamericanos (Reflexiones de un economista)*. México: CUADERNOS AMERICANOS. 1944.

esta incorporación de México al mundo hirviente de la tragedia guerrera, se ha abierto paso la idea de que los gobernantes de la postguerra no podrán escamotear a los desmovilizados victoriosos, ni a los pueblos pacientes que han diferido —mientras dure la lucha— el vencimiento de sus créditos contra la humanidad, la satisfacción a sus aspiraciones más elementales.

Acaso ningún país de América tiene plantados en el camino de su madurez unos problemas tan agudos como México. Posee esta nación el brío de crecimiento económico y cultural propio de un pueblo en vísperas de su hora crítica; luchan en su seno —con visible resultado positivo— las fuerzas de progreso con otras que implican un angustioso lastre; tiene por la banda del Norte a un poderoso vecino, rico de experiencias y posibilidades, que forzosamente afectarán al desarrollo del pueblo mexicano. En esta tierra se cruzan tremendas coyunturas históricas: es, a un tiempo, reliquia y promesa de culturas, campo de inversiones, seguro refugio para los perseguidos del mundo entero, matriz de ideas universales limpias de imperialismo. Y, como la mayor excelencia, cuenta México, en zonas muy varias de su vida, con hombres capaces de servir al país en los trances presentes y futuros de su progreso, sin temor a pecar contra la ortodoxia. Nada está prefijado de un modo irremediable: todo resulta posible y lo importante es que a la hora de las decisiones se haya quemado ya la etapa de la incertidumbre medrosa, de las tentativas sin norte, de los planes lanzados al viento sin el cabal arraigo y dominio de las realidades concretas.

Como ocurrió en España durante la primera guerra mundial, la actual contienda ha acelerado el proceso creador de México en el campo de la Economía, dejando al país en posesión de fuertes disponibilidades de dólares —producto de unas exportaciones cuyo precio (extraño caso) fijaron los compradores, sin apelación. Pero esas disponibilidades no representan —con la imposibilidad de su aplicación productiva, en bienes de capital— sino una prosperidad falsa y transitoria. Existe para México el peligro de que tales fondos de dólares, que en estos tres últimos años hubiera sido deseable ver aplicados a mecani-

zar la agricultura, renovar la industria y ordenar los transportes, ya no sirvan, en la paz, sino para adquirir bienes de consumo, dejando nuevamente al país —como antes— hambriento de divisas, que tan necesarias son para equiparse técnicamente. Esa obligada inmovilización del "inútil tesoro" significa, en puridad, un crédito sin intereses, que México, país pobre, hace a sus opulentos partenarios del grupo democrático.

Complícase el problema y su solución por el hecho innegable de la hendedura entre los dos bloques imponentes del mundo económico americano: Estados Unidos y el resto de los países. México ha dado y dará sin reticencias su cooperación económica a los norteamericanos. Pero los Estados Unidos saldrán de esta guerra no sólo como únicos acreedores del resto del mundo, sino como un productor de bienes económicos para los que el propio mercado interno no poseerá ya suficiente capacidad de compra. En reciente conferencia afirmaba el profesor Condliffe que la demanda de productos aeronáuticos, después de la guerra, no excederá del 5% de las posibilidades de producción actual. Todas las industrias fundamentales ofrecerán un cuadro parecido, aunque en variable escala.

México, el fiel aliado de la hora actual, será por su proximidad campo natural para una gran penetración económica de los Estados Unidos, en busca de mercados para sus enormes excedentes de productos, y zona próxima de acomodo para los capitales lanzados a través de la frontera del sur. Es bien conocida la aversión de muchos círculos financieros destacados, en los Estados Unidos, hacia las inversiones exteriores. "No invirtáis vuestro dinero —decía recientemente el viejo Babson— sino en empresas que podáis visitar cada día con el tranvía urbano". Pero la opción que a nuestros vecinos se les ofrece no es, ciertamente, tan amplia como el mundo: Europa, arruinada y rencorosa; Africa, un Continente casi incógnito; Oriente, un avispero; América, en cambio, un campo cercano y pacífico.

Señala Villaseñor que la mayor parte de los conflictos afrontados por las empresas norteamericanas en el resto de América, derivan de su excesiva importancia económica. Y así se explica que, en su deseo de arbitrar adecuados medios y de rectificar equivocadas teorías, hayan pensado los Estados Unidos en sustituir el *big stick* por la "buena vecindad", y que, en lugar de las invasiones descaradas cabalgando en los impresionantes despliegues de los grandes *trusts*, se

haya elegido la vía secundaria de las empresas mixtas, de las participaciones, más o menos veladas, de intereses yanquis en las promociones mexicanas. México necesita, tanto equipos industriales —se dice— como educación técnica de los hombres, y formación de un pensamiento económico a base de rentabilidad, como —a juicio de nuestros vecinos— sólo puede venir de Norteamérica. Y no falta razón a quienes equiparan la industrialización perdurable con la educación industrial: ahí están, para corroborar su tesis, los casos de la Alemania de Federico List y, en España, de la promoción textil de Cataluña.

Por ese suave medio de penetración, que recuerda a la "mancha de aceite" de Lyautey, el colonizador de Argelia, tratan los norteamericanos de ayudar a los ciudadanos de México, ayudándose a sí mismos. Y como a Norteamérica toca decidir —según la frase de Henri Wallace— si desea ligarse a una América rica o a un Continente miserable, bien se comprende que Villaseñor, aun conociendo como pocos las fallas internas de su país, sea, a pesar de toda su severa crítica, optimista acerca del porvenir de México. La disyuntiva es ésta: o los países de Hispanoamérica consumen menos artículos y servicios norteamericanos, o los Estados Unidos proveen a la conservación e incremento de la capacidad adquisitiva de esos países, por medio de compras e inversiones en el Continente. De las dos posibilidades que a Norteamérica se le ofrecen: regalar su dinero o efectuar sus compras y ventas de acuerdo con las exigencias de su economía, sólo esta última vía es practicable, y honorable en otro aspecto, para los países situados al sur del Río Bravo.

De acuerdo con la norma de Burke, México necesita crear un sistema económico según su naturaleza y circunstancias, y no con arreglo a la imaginación o a una abstracta idea de justicia. Pero "no hay soluciones nacionales —dice Villaseñor—: existe una interdependencia de tal manera estrecha en los fenómenos económicos y sociales, que no puede haber progreso y paz, tranquilidad y ventura de un pueblo, mientras otros se debaten en la angustia de un callejón económico sin salida". Por ahí apunta de nuevo ese humanismo clarividente que hace de México —país sin talla, aún, de gran potencia— un pueblo cuyo señorío finca, desde ahora, en la fuerza moral de la rectitud, que siempre ha inspirado sus actitudes internacionales.

LAS naciones realmente grandes no se medirán en el futuro —como en el pasado— por sus reservas monetarias, sino por su productividad incrementada. ¿Cómo, de otro modo, hubiera podido realizarse el rearme de Alemania? ¿Qué sería de Inglaterra, en el porvenir? Si el progreso avanza colmando abismos —según la frase de Renán—, el de mañana sólo podrá hacerlo rompiendo el conjuro de esta odiosa antinomia: guerra o desempleo. Para lograr la utilización hasta el límite de todas las posibilidades materiales y humanas, con la industrialización no basta: es preciso que la acción profunda se opere en todos los campos, efectuando previamente un inventario completo de recursos y un orden de prioridad de necesidades.

En esa tarea, la Banca tiene una función importantísima que cumplir. La autoridad internacional que controle las inversiones estará controlando indirectamente la estabilización de las monedas nacionales. "Pero no habrá autoridad —dice Villaseñor— que evite la modificación del tipo de cambio o el control de ellos cuando sus autoridades internas lo juzguen necesario para mantener el nivel de ocupación o la moderación en los precios. A costa de esos sacrificios no se puede obligar a un país a que continúe en una organización internacional que no garantice su crecimiento económico normal".

Una Banca renovada, desprendida de sus usos mezquinos de anteguerra, orientada hacia el crédito productivo y no hacia operaciones de redescuento que preferentemente atiendan apremiantes necesidades de caja, puede ser, en México, una espléndida palanca para los tiempos cercanos: su falla dejaría abierto un foso que forzosamente llenarían las aguas del intervencionismo oficial, con escándalo para quienes desean una sola libertad: la de los fuertes.

En el salón del "Generalito", en la Conferencia de Monterrey, en los Consejos del Banco de México, en la Asamblea Interamericana, en el *Forum* del "New York Times" de Nueva York, la voz de Villaseñor se ha dejado oír con claridad y valentía, leal al Estado, a los hombres de empresa y a los consumidores, arremetiendo "contra el crédito usurario, contra el chantage de los funcionarios públicos, contra el *racket* de los líderes sindicales". Y es toda esa siembra geográfica de ideas la que se vierte en este reciente libro.

Un "libro abierto", éste del Director General del Banco de México: abierto por la promesa de su prosecución constante y fecunda, a

medida que lo exijan las coyunturas e intereses del país: abierto por la excelencia y sana simpatía de su doctrina, exenta de envaramientos técnicos y libre de inútiles ortodoxias; una obra dirigida certeramente a la conciencia de los mexicanos y a la gran opinión internacional.

Manuel SANCHEZ SARTO.

Aventura del Pensamiento

EL SENTIDO DE LA NADA
EN LA FUNDAMENTACION DE LA "METFISICA" SEGUN HEIDEGGER;
y
EL SENTIDO DE LA NADA
COMO FUNDAMENTACION DE LA EXPERIENCIA MISTICA, SEGUN SAN JUAN DE LA CRUZ

Por *Juan David* GARCIA BACCA

I

1. Cuando una región de nuestro planeta se ha convertido, por un fenómeno sísmico, en región volcánica, en vano pretendería la Geodesia, —una Geodesia puesta a dar logos o razones *matemáticas* de la tierra—, apelar a argumentos sutiles para demostrar que dentro de un *elipsoide,* definido por una cierta ecuación, no caben semejantes perturbaciones y que, de consiguiente, eso de volcán, erupción volcánica, terremotos... *no puede existir,* repugna matemáticamente.

Es claro que, sin ninguna mala voluntad hacia la ciencia geodésica actual, he fingido una *Geodesia matemática pura,* para darme el gusto de sacar la consecuencia, extravagante e irreal, de que *los volcanes y terremotos son matemáticamente imposibles en una tierra que sea elipsoide perfecto.*

Pero no es menos claro que tal tergiversación de los teoremas geodésicos se encamina a otra parte, pues me va a servir tal *geodesia matemática antisísmica* de metáfora para otra clase de fenómenos, para ciertos terremotos y erupciones volcánicas que han acaecido en ciertos *españoles* privilegiados y que en vano trataría de desconocer y ex-

plicar *racionalmente* una *psicología racional* o una *psicofísica.*

2. Cuando en un tipo de hombre, como es el español, —y me refiero no tanto a la extensión geográfica cuanto a la espiritual de español, abarcando por tanto a toda la América latina—, han pasado terremotos espirituales y surgido volcanes cual Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, no hay geodesia ni geología ni tectónica *españolas* que puedan desconocer o explicar *racionalmente, lógicamente* tales acaecimientos *histórico-vitales;* y no hay español que no halle en sí, en una región u otra de su persona, cráteres sospechosos, apagados tal vez, humeantes a ratos: bocas extrañas, descomunalmente abiertas por las que en otros tiempos y en otros españoles irrumpió toda la sustancia española con incontenibles ansias de trascendencia, con irreprimible inconformidad frente y contra el hecho *esencial,* —vulgar, racional, lógico—, de ser *pura y simplemente* hombres.

3. No ha habido impunemente en España un San Juan de la Cruz y una Santa Teresa de Jesús; que por algo, hondo y tremebundo, hay en unas partes de la tierra volcanes y en otras no.

Es difícil decir, y aun es mejor no meterse a decirlo, cuánto queda, en lo español de nuestra época, de ese vulcanismo divino. Pero tengo para mí que todo español castizo, —pertenezca o no a esta entidad híbrida de Geografía y de Derecho que internacionalmente se llama España—, guarda una propiedad *sismográfica;* es todavía sismógrafo más o menos sutil y fino que entra en conmoción a la simple lectura de las obras *místicas* españolas.

E inversamente: uno de los criterios de castizo españolismo consiste, para mí, en estremecerse a tal lectura. Estremecerse con protestas o aceptación, que estas reacciones son, para el intento presente, equivalentes.

Al leer hace tiempo, por una casualidad sospechosa para un Freud más penetrante y abierto que el del psicoanálisis, *simultáneamente* Heidegger y San Juan de la Cruz me estremecieron tanto algunas frases de Heidegger, al parecer de inofensivo alcance teórico, que sospeché si en el subsuelo del español que las leía no se ocultaba un

sismógrafo sutil que convertía una *ecuación de ondas* en *ondas sísmicas, una afirmación teórica* en *terremoto vital.*

Y San Juan de la Cruz me dió la clave y hasta la *castiza* expresión del fenómeno.

No voy a desarrollar en este trabajo un tema que pertenece a esotro, temerosamente urgente, de la posibilidad de una *filosofía española,* sino tan sólo ofrecer en humilde azafata de papel unas sugerencias, incitaciones y aun alfilerazos ideológicos.

II

DISTINGUE Heidegger sutil y cuidadosamente dos estadios o fases en el proceso o acaecimiento interior por el que al hombre le sobreviene el *estado* de metafísica o se pone en *estado ontológico*: 1) cambios del temple normal, común, corriente y cotidiano (alltaeglich) a destemples en que desaparecen por insignificantes los seres particulares, y sólo aparece el concepto global de *Ser,* lo *Real* en bloque indistinto. Y así dirá Heidegger [1] que *"el hastío, cuando es profundo, discurre cual silenciosa niebla en los abismos de nuestra realidad-de-verdad (Dasein), poniendo todas las cosas, hombres, y aun a uno mismo con ellas, en original indiferencia. Y este profundo hastío es el que nos descubre el Ser en bloque".*

Hastío, fastidio, desgana, son sentimientos con poder sobre el tipo de *presentación* de los seres, con influencia sobre el *conocimiento.* El conocimiento posee cual poder y potencia propios los de definir, diferenciar, separar, distinguir. El hastío profundo puede sobre los afanes del conocer, y sume —cuando se apodera de los abismos del hombre, del hombre en su realidad de verdad (Dasein), no del hombre distraído y "ómnibus" que viste el traje de diario de todos los días, de los comunes pensamientos, de las opiniones y valoraciones traídas y llevadas, propagadas y circulantes— todas las cosas, todos los seres, por muy sublimes que sean, todas las ideas, por muy claras y distintas que se ostenten, todos los valores, por muy exigentes

1 M. HEIDEGGER. *Was ist Metaphysik,* p. 14, ed. 1931.

que sean en sus imperativos del "debe ser"... en "indiferencia", en olvido.

Pero el hastío existencial no tiene tan sólo una función *negativa* sobre el conocimiento, sino otra *positiva,* y precisamente *ontológica* en sentido estricto de la palabra, porque nos descubre el puro y simple concepto de Ser, pues, al sumir en indiferencia o desvanecimiento de sus diferencias específicas o no a cada ser en particular, hace que todos se presenten como un bloque indistinto, en conjunto, en ese conjunto y bloque gris y uniforme que es el concepto de Ser, dentro del cual Dios es ser y el hombre es ser, y el dos es ser y la circunferencia es ser, y el barro es ser y la tierra es ser... Es decir: tanto monta Dios como la criatura, que tal es el poder misterioso del concepto de Ser que "*sume todas las cosas en una bien digna de notarse indiferencia*".[2]

Toda la ontología anterior a Heidegger había supuesto implícitamente que el concepto de Ser se obtenía por una operación *intelectual* y que era el supremo de los conceptos, el que ocupaba la copa del árbol de Porfirio. Ahora nos sale Heidegger con que su origen es *sentimental,* y lejos de ser el ápice de los conceptos puros es el destructor y ocultador sistemático de todos, pues se halla, respecto de ellos cual *callada niebla* que todo lo sume en indiferencia y pone en grisácea uniformidad.

Cuando el hastío nos acomete en una reunión a la que sin remedio tenemos que asistir, el fastidio hace que desaparezcan las personas concretas presentes; sólo nos queda la impresión global de que estamos en una *reunión,* con el matiz desagradable de que no tenemos más remedio que continuar en ella; de parecida manera, el hombre *tiene que estar,* sin remedio, sin elección posible, entre los más diversos, ostentosos, preclaros y vulgares seres; el hastío, fastidio, desgana cósmica le liberan de tener que atender y hacer los debidos honores, valorativos o teóricos a *cada ser* en *particular,* pero no tiene más remedio que continuar notando que se halla entre seres, fundidos o confundidos en ese bloque vago e indistinto que es el concepto de Ser. Y en rigor no es tal concepto sino "*todos los seres a la una*", con un

[2] *Ibid.*, p. 16.

aspecto de grey o rebaño muy más uniforme que los de Ovejuna.

El concepto de Ser nace, por tanto, en el hombre de ese *hecho* en bruto que es *tener que estar* en un mundo de seres, de los que se puede uno evadir de uno en uno, mas no de todos en bloque. El concepto de Ser proviene de la decadencia (*Geworfenheit*) o caída del hombre al mundo, al universo de cosas que él no ha creado.

2) Pero el hombre, a pesar de poseer el concepto de Ser que le libera de *cada ser en particular,* continuaría esclavo de lo *real en bloque,* de los seres en rebaño entitativo, sería siervo de la Ontología, si no dispusiera de un acontecimiento interior que le libertara de esa misma necesidad de notar a todos los seres en bloque, de ese mismo concepto que le está pertinazmente recordando que se halla en un mundo de cosas como una de tantas. Por esto se pregunta Heidegger:

¿puede darse en el hombre un temple tal que lo coloque ante la nada misma?" [3]

La nada como acontecimiento interior que libera al hombre no sólo de cada ser en particular, cosa que hace ya el simple concepto de Ser, sino del Ser mismo.

Y responde Heidegger que la Angustia, el Recogimiento interior, el reconcentramiento íntimo nos liberta de los seres y del Ser, nos pone ante la Nada en persona, nos deja solos a solas con nosotros mismos; y esta soledad descubre nuestra "*mismidad*", lo que de perfecta *identidad* con nosotros mismos tengamos.

Recogernos hacia nosotros mismos, angostarnos y angustiarnos hasta "*tener el corazón como una avellana*", "*el alma encogida y en un puño*", como decían nuestros clásicos, es un *hecho* de la vida interior, cuyo valor o poder de descubrimiento metafísico [4] no había ponderado debidamente la metafísica tradicional.

Cuando nos da este encogimiento o recogimiento total de alma, esta angustia, descubrimos lo que tenemos de "*realidad de verdad*", de *Dasein,* lo que poseemos de nosotros mismos sin que provenga de que las cosas nos sostienen o de

---

[3] *Ibid.,* p. 15.
[4] *Ibid.,* p. 15.

que el mundo o bloque de ellas nos mantiene. Por esto dirá justísimamente Heidegger que: "*la realidad-de-verdad se mide por mantenerse o sostenerse en la Nada de todas las cosas*".[5]

Ser real-de-verdad (Da, sein), es ser en sí, sin necesitar de cosa alguna para existir, como decían explícitamente Descartes y Espinoza, "*quae ita in se est ut nulla alia re indigeat ad existendum*", o con la frase sibilina de Heidegger: *Da-sein heisst: Hineingehaltenheit in das Nichts*". Porque Heidegger es, de entre los modistos intelectuales de nuestra época, el más hábil en sutiles disfraces.

Al angostarnos, angustiarnos y encogérsenos el alma, lo único que descubrimos es "que somos", no "qué somos", no nuestra esencia, ni una riqueza de interiores riquezas que llenara a rebosar y colmara de interiores deleites nuestra soledad; la Angustia y el Recogimiento interior tan sólo nos descubren que nuestra *realidad* no depende de la de las cosas, puesto que, desaparecidas todas ellas cada una en particular y todas en bloque, nos mantenemos firmes en esa Nada de todo, no necesitamos de nada concreto para existir, con lo cual el fundamento de la afirmación cartesiana que pone por base la más firme de la filosofía el *Yo pienso, Yo existo,* adquiere una certificación y confirmación *real,* puesto que se da, de cuando en cuando, con la imprevisible frecuencia de toda auténtica espontaneidad, un temple o tempero interior en que se descubre nuestra realidad de verdad, pura, simple, sin arrequives de cosa alguna, sin rodrigones de seres especiales que la sustenten, teniéndose, por tanto, sola en sí, para sí consigo misma.

La Angustia o Encogimiento recogido es el originalísimo sentimiento por el que uno se siente "que es", que es real. Con esto el procedimiento cartesiano de la duda metódica deja de pertenecer al orden intelectual y entra de lleno en el realísimo y *sensible* de los sentimientos o temples *interiores.*

Cuando por la Angustia o Recogimiento ontológico nos hemos quedado cada uno a solas con su nuda y monda realidad, es posible por vez primera notar cuán extraño

[5] *Ibid.*, p. 19.

es que haya *seres*, que sólo los auténticos solitarios pueden notar, al salir de la soledad, el sentido propio y original de *compañía.* Porque ¿en virtud de qué razones o medios, violencias y extorsiones una *realidad-de-verdad* (Dasein), tan firme en sí que puede continuar siendo aun desaparecidas todas las cosas especiales, podrá entrar en un mundo de seres y dejar que le hagan compañía? ¿Cómo notará una realidad-de-verdad la presencia de las cosas?

Y Heidegger responde que "*frente a esa Nada, o soledad de la Realidad-de-verdad, cada uno de los seres especiales* (dieses Seiende) *parece extraño y otro del que antes solía ser*". Los seres parecen ser "*lo otro*", *das schlechthin Andere.*[6]

"*En la noche de la Nada,* en la Noche de la Soledad de cada uno consigo mismo a solas, *tiene lugar la primigenia revelación de los entes especiales,* consistiendo tal revelación *en descubrir que son tal ente y no nada*". Sólo sobre el fondo oscuro de un tablero pueden aparecer los signos, únicamente sobre una pantalla lisa y vacía se aparece el film; de parecida manera, únicamente sobre el fondo de nuestra realidad de verdad, si puede llegar, —como efectivamente puede por ese acaecimiento real interior que es la Angustia y recogimiento—, a ponerse en vacío o noche oscura total, en nada de todo, podrá resaltar y ser notado *conscientemente* el ser en cuanto ser y cada ser en cuanto tal o cual. La posibilidad de la *ontología,* de la reflexión y conocimiento explícito del ser y de las cosas en cuanto ser.

Y esta ontología *reflexiva y consciente,* —frente a la inmediata y directa de los grandes ontólogos clásicos, como Santo Tomás, Cayetano, Suárez . . .—, es la propia de nuestra época histórica. Por eso ha sido preciso descubrir el valor *ontológico* de ciertos temples extraños, casi enfermizos, exacerbaciones de la conciencia corriente y arrastrada por las cosas, para así poder plantear "*reflexivamente*", sujetivísticamente, la ontología en toda su amplitud.

La fundamentación real-sujetiva de la ontología según Heidegger comprendería, a tenor de lo dicho, los estadios siguientes:

---

[6] *Ibid.,* p. 18.

1) desprenderse o abstraerse de cada ser en particular (Seiendes), no por una abstracción intelectual, que bien poco tiene de *real,* de efectos reales sobre el sujeto real consciente, sino por una abstracción operada por un sentimiento: el de aburrimiento, hastío, fastidio, desgana total.

El Hastío como fundamento real-sujetivo de la ontologia *general.*

2) Pero el Hastío o Fastidio, Aburrimiento o Desgana no sólo hacen desaparecer todos los entes especiales, sino aparecer el Ser en cuanto tal, el Ser en bloque; dan origen al concepto *ontológico-sujetivo* de *Ser.* (Sein).

La ontología no es posible ya para un hombre de *conciencia,* centrado en sí, sino mediante el *Hastío, die Langeweile.*

Los poetas, que tantas y tan sutiles ideas avizoran bajo formas literarias, habían dicho por boca de Baudelaire refiriéndose al "*Ennui*",

Toi qui sur le Néant
en sais plus que la Mort.

Sólo que Heidegger, con precisión propia de filósofo sistemático, dirá que el Aburrimiento hace al hombre saber sobre el Ser en conjunto y sobre la nada de los seres especiales, mientras que

3) la Angustia, el Encogimiento interior hace saber al hombre sobre la misma Nada: sobre la Nada del Ser y sobre la nada de los seres. Y, al ponernos la Angustia más allá del Ser y de los seres, nos coloca en *estado metafísico,* puesto que metafísica significa, según su etimología, "*más allá de*" lo físico todo, de todo lo que nos nace o le nace a nuestra realidad de verdad como retoño o chupón importuno, cual son los seres y el Ser con que pensamos los seres.

El Aburrimiento es el origen *real-sujetivo* de la Ontología; la Angustia es el origen *real-sujetivo* de la Metafísica; que Ontología y Metafísica son dos cosas tan distintas como Aburrimiento y Angustia. Sólo esta posición *sujetiva,* consciente, del problema ha podido deslindar entre Ontología y Metafísica.

4) Pero el hombre no es pura y simplemente Realidad-de-verdad (Dasein), solitario autárquico y autosuficiente,

sino que es realidad *finita,* un ente entre los entes, una cosa entre las cosas. Al desencogerse o desencastillarse (*Entschlossenheit, Schloss,* Heidegger), se apoderan de él las cosas especiales, sale a campo raso, tiene que dar batallas campales a todas y a cada una, las aprehende y queda a su vez preso por ellas. "*Así comienza el descenso*", Untergang, no de Zaratustra, sino de lo que de Realidad-de-verdad tiene el hombre. Empero tal descenso es consciente, y en él se descubre que somos lo radicalmente otro de todo, o que las cosas son lo otro, lo abismáticamente diverso de nuestra Realidad. Tenemos ya los enemigos cara a cara; nos enfrentamos con ellos, se presentan con cara y facciones de "*objetos*", obiectum, Gegen-stand.

Nuestra realidad-de-verdad está transida de comportamientos aniquilantes, —ninguneadores, diríamos con un verbo muy de nuestra América—; no sólo negamos por negar, con afán de librarnos de todo, sino que "*espíritu de contradicción*", llevar siempre la contraria, (Entgegenhandeln), aborrecimiento, misantropía o misontología (Verabscheuen), prohibiciones y negaciones rajantes y desconsideradas, negar a tabla rasa, en redondo (Versagen, Verbieten), despojar y privar de todo (Entbehren) . . . pueden llegar a ser temples o estados internos, actitudes existenciales que tomamos frente a todo, desconsideradamente, o sin consideraciones por personas o cosas, por el simple anhelo, afán y ganas de quedarnos solos a solas con nosotros mismos, con lo que de nosotros pueda resistir la prueba de la soledad integral.

Así Heidegger, en "*Qué es Metafísica.*[7]

"*Lo peor que le puede suceder a un hombre*", decía nuestro infante Juan Manuel, "*es no se sentir*", porque no sentirse está muy más cerca de no ser que no pensar, que no verse, que no oírse. Y lo que quiere el hombre moderno, desde el Romanticismo sobre todo, es *sentirse;* que sentirse es sentirse ser, sentirse real.

Pero, si para terminar este punto, hacemos el balance de lo que, mediante los sentimientos o temples de Aburrimiento y Angustia, ha obtenido nuestra Realidad-de-verdad, veremos que se reduce, 1) a obtener el concepto de

---

[7] *Ibid.,* p. 21.

Ser, liberándonos por él de los seres en su pluralidad abigarrada.

2) A hacernos con una *posición real* (*wirklich stellen*),[8] del semiconcepto de Nada, en virtud del cual nos libramos hasta de tener que hacer ontología, pero tenemos que hacer Metafísica, pues la Angustia *nos pone* "más allá" del Ser y de los seres.

Y de Metafísica no pasamos.

III

TODA la filosofía heideggeriana podría tal vez resumirse en una frase castellana, un tantico vulgar, mas terriblemente significativa: "aguantarse las ganas", contenerse, reprimirse. Porque negar, en su sentido vital, no lógico puro, es *aguantarse las ganas* de afirmar y prohibir es *aguantarle* a otros las *ganas* de obrar, y hay *ganas* de contradecir y de estorbar, y el aburrimiento es *desgana*. Y es que gana y desgana son las expresiones más castizas para decir y sentir "*espontaneidad*".

Heidegger es el *fakir* de la filosofía moderna, que a esa actitud de faquirismo integral llevan por sus pasos contados, medidos e irrefrenables los procedimientos de duda metódica, de reflexión transcendental, de paréntesis fenomenológico, de Angustia.

Pero mucho me temo que le acontezca a Heidegger lo que al burro del cuento: que cuando aprendió a no comer se murió.

Nuestro San Juan de la Cruz *partió* de experiencias interiores muy parecidas a las de Heidegger, pero *llegó* a bien diverso término. No se paró en *metafísica*, llegó a *Teología mística*.

Escuchemos algunas frases suyas, que son como eco reforzado, en altavoz, divino e infinito, de las anteriormente transcritas de Heidegger:

1) "*conviene que el alma sea puesta en vacío y pobreza y desamparo de todas estas partes* (potencias interiores y exteriores), *dejándola seca, vacía y en tinieblas.*

---

[8] *Ibid.*, p. 17.

Porque la parte sensitiva se purifica en sequedad, y las potencias en el vacío de sus aprehensiones, y el espíritu en tiniebla oscura.

Todo lo cual hace Dios por medio de esta oscura contemplación; en la cual no sólo padece el alma el vacío y suspensión de estos naturales arrimos y aprehensiones, que es un padecer muy congojoso (de manera que si a uno le suspendiesen o detuviesen en el aire, que no respirase)..."

Angustia en vez de congoja, dirá Heidegger; estarse suspendido en la Nada de toda cosa concreta, Hineingehaltenheit in das Nichts, frente a estar uno suspendido en el aire sin natural arrimo.[9]

Al hallarse en estado de angustia, en vilo sobre la Nada de todo, lo que el hombre consigue es el conocimiento *metafísico,* la contraposición real y clara entre Ser y Nada, con la consiguiente revelación del sentido de alteridad que tiene todo ser concreto, que entonces se nos presente sobre ese fondo oscuro, liso y uniforme que a los seres ofrece el Ser; mientras que, al ponerse el alma en estado de congoja, vacío, suspensión, lo que adquiere es la *Sabiduría mística que "tiene la propiedad de esconder el alma en sí. Porque demás de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe al alma y sume en su abismo secreto que el alma echa de ver claro que está alejadísima y remotísima de toda criatura; de suerte que le parece que la colocan en una profundísima y anchísima soledad, donde no puede llegar alguna humana criatura, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin, tanto más deleitoso, sabroso y amoroso cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuanto se ve sobre toda temporal criatura levantada".*[10]

Donde es de notar esta experiencia divina, de la infinidad de Dios, como "*profundísima y anchísima soledad*", "*como inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin*"; "*desierto deleitoso, sabroso, amoroso, profundo, ancho, solo*", en que el alma se siente flotar y sobrenadar sobre toda criatura temporal, es decir trascenderlas todas, con

[9] San Juan de la Cruz: *Noche oscura,* Cap. VI; Edición Gallegos, Séneca, 1942, p. 487. Edición completa de las obras de S. Juan de la Cruz).

[10] *Ibid.,* p. 539.

trascendencia superior, trasfinitamente superior a la trascendencia heideggeriana de nuestra humilde realidad-de-verdad, cuando se pone en angustia o natural recogimiento y encogimiento entitativo.

Y si, según el mismo Heidegger, *"la Angustia, en su forma primigenia, sólo nos acaece en raros instantes"*,[11] con parecida rareza, cual imprevisible don y sorpresa, acontece al alma esta revelación de la Infinidad de Dios, ese sentirse sobrenadar y flotar sin arrimo natural en el Mar de la Divinidad, en ese Bloque supradiamantino de Ser que es lo Divino.

La revelación de Dios infinito es el acaecimiento correlativo a la presentación del concepto de Ser y de Nada en Heidegger.

Y a la manera como cuando uno, por Angustia y manutención de sí en vilo, sin natural arrimo alguno de cosa concreta obtiene un concepto de Ser y un fondo de Nada en que aparece la alteridad o extrañeza de todo ser frente a la Realidad-de-verdad del hombre, por proporcional manera, al ponerse el alma en estado místico le sobreviene un *"temple de peregrinación y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que solían ser"*.[12]

Por poderse mantener en vilo en la Nada de todo, mediante y sobre la Angustia latente en el hombre, resulta éste mantenedor de la Nada",[13] mientras que, mediante la noche oscura mística, llega el alma a estar *"llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa"*;[14] y entonces no le parecen las cosas pura y simplemente *extrañas*, de otro tipo que el de su realidad-de-verdad, sino *"meajas que cayeron de la mesa de Dios"*, *"rastro del paso de Dios"*.[15]

Y entonces la Nada se presenta con un sentido divino, para declarar el cual no hallo mejor expresión que aquellos versos de Antonio Machado:

---

[11] *Op. cit.*, p. 20.

[12] San Juan de la Cruz. *Op. cit.*, p. 502, Cap. ix.

[13] Heidegger, *Ob. cit.*, p. 22.

[14] San Juan de la Cruz, *Ob. cit.*, p. 501, Cap. ix.

[15] San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual*, Canción V; edic. cit., p. 616).

Dijo Dios: brote la Nada.
Y alzó la mano derecha,
hasta ocultar su mirada.
Y quedó la nada hecha.

Y es que en el fondo de la cuestión late otra tremebunda: "*¿puede el alma pasar a nueva manera de ser?*" Lo afirma resueltamente San Juan de la Cruz en innumerables lugares, y entre otros cuando dice: "*suele hacer* (Dios) *unos escondidos toques de amor que a manera de saeta de fuego hieren y traspasan el alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor... y la hacen salir fuera de sí, y renovar toda, y pasar a nueva manera de ser*".[16]

Esta nueva manera de ser es la auténtica, antonomástica y superlativamente *metafísica.* Y se obtiene por vía de amor, de amor divino, cumpliéndose en este caso lo que, laico y todo, supo entrever A. Machado, al decir:

Si un grano del pensar arder pudiera,
no en el amante, en el amor, sería
la más honda verdad lo que se viera.

¡Si el pensar y el ser pudieran arder en amor!...

Creo que todos los genuinos españoles guardan todavía ese rescoldo divino, en forma de potencia más o menos propincua y amenazadora. Por eso nuestro filosofar no puede ser heideggeriano, aunque esté de moda en la misma España de nuestros malhadados días.

Pero: ¿quién será capaz, libre de trabas dogmáticas, de interpretaciones escolásticas ramplonas y palabreras, incorporar a nuestro filosofar las grandes experiencias místicas?

No intento, con todo, decidir qué tipo humano sea más perfecto, si el heideggeriano o el místico español.

"*Cada uno es como Dios lo hizo*", dice Cervantes. Pudiera ser muy bien que la condición para hacer simple y pura filosofía fuera, para decirlo con otra frase castellana, *estar dejado de la mano de Dios;* y esto no en un sentido peyorativo y condenatorio, sino con esa benevolente, grande y generosa actitud de los padres al dejar de su mano a los pequeñuelos para que aprendan ellos a andar a su

[16] *Cántico espiritual,* canción primera, p. 597, edic. cit.

manera y por sus propios pasos. ¿Por qué, pues, Dios no nos dejaría benévolamente, generosamente, graciosamente de su mano para que hagamos pura y simple filosofía, para que construyamos metafísica pura, ontología humana?

Sólo los cobardes, los temerosos de perder su poder si dan la libertad a los que, por una contingencia histórica, cayeron en sus manos, no aceptarán la explicación de ese benévolo, en manera alguna pecaminoso ni precondenatorio "*estar dejado de la mano de Dios*" para filosofar.

La cuestión es otra: ¿un español puede estar dejado de la mano de Dios, aun en ese sentido no pecaminoso, fecundo en filosofía pura?

Yo creo que sí; porque el único modo sincero y libre como puede creer un español de nuestros días es el fijado y descrito por nuestro Unamuno en aquellos versos suyos inmortales, si no por la forma por el fondo ideológico:

Lejos de mí el impío pensamiento
de tener tu verdad aquí en la vida,
pues sólo es tuyo
quien confiesa, Señor, no conocerte.
Lejos de mí, Señor, el pensamiento
de enterrarte en la idea,
la impiedad de querer con raciocinios
demostrar tu existencia.
Yo te siento, Señor, no te conozco.

Y lejos de nosotros el impío y propagandil pensamiento de querer darnos un Unamuno catecúmeno, incardinable a una falange teológica, conducida y acaudillada por esos de quien dice Unamuno, ardiendo en la Gloria de Dios,

"Dios te habla por mi boca",
dicen, impíos;
y sienten en su pecho:
"¡por boca de Dios te hablo!"

UNA FILOSOFIA ADANICA

Por *Raúl RANGEL FRIAS*

EL historicismo ha venido a formar un solo cuerpo con el pensamiento del hombre occidental, al grado de ser inevitable recurrir a su ayuda para explicar teorías y fenómenos humanos por muy lejanos que sean, aparentemente, a la zona de su influencia. El pensar histórico se ha movido de instrumento a uso de la interpretación, a la condición de ley y necesidad interna de la realidad y con esto al de expresión de la desesperanza de nuestro tiempo.

Primero como una forma del pensamiento inadvertida para el mismo historiador; sometida luego, como tal forma, a las exigencias del pensamiento físico matemático; y, finalmente, reobrando sobre sus productos para extraer un principio libre, espontáneo y suficiente, más allá de las causas y los efectos parciales, inaccesible al movimiento y moviendo sin embargo a todos los seres; tal es el recorrido de la Historia: arte narrativa, Física y Metafísica de hoy día.

No sería posible en el espacio de este ensayo seguir las variaciones individuales y los pormenores del desarrollo que han conducido a la conciencia europea por un itinerario, feliz hasta hace poco y que ahora se revela como peligro intelectual y estímulo de reflexión. Bastará mostrar las incidencias decisivas, las grandes flexiones de la sensibilidad y su ilustración filosófica, para tener a la vista las piezas de convicción que nos permitirán ensayar un juicio sumario de los hechos y de las ideas que intervienen en el historicismo. ¿Algo más que un pensamiento, acaso un estado de desesperación y de aniquilamiento?

Arte narrativa

En la antigüedad se practicó la Historia como arte narrativa sin admitir otra variación que la misma del relato, el tiempo exterior necesario para situar el pasado en una perspectiva visible desde el presente. La sensibilidad de la época y la del propio historiador verificaban el pretérito con el candor de quien toma sus ideas como cifras viables para siempre, con las cuales se hace la cuenta definitiva del hombre y del mundo. Un sentimiento de plenitud y eternidad guió a la narración que labró sobrios y austeros bajorrelieves. Grecia y Roma trazaron la historia sin percatarse de que el movimiento circular en torno del espectador es la vuelta de éste sobre sí mismo, proyectada en la traslación exterior de las estrellas.

Es que las ideas tienen una función primaria y original de seguir la variación del tiempo en los imperceptibles cambios de la sensibilidad del espectador, a pasos mansos y silenciosos. Es un proceso de acomodación que no un verdadero movimiento, en cuya virtud se mantiene el equilibrio y la marcha continua del relato con tácito gobierno.

Inocente y paradisíaco destino que, sin embargo, se frustra de varias maneras. No es raro hallar variaciones humanas de la sensibilidad exterior y del sentido íntimo de la vida que sobrevienen sin aviso, de manera que el ajuste ideológico se hace ruidosamente, con violencia y en forma patente. Ciertos hechos, despojados de toda invención se instalan súbitamente en el horizonte humano provocando alrededor una atmósfera de zozobra y hasta de espanto.

Concedemos que algunas veces las ideas, en desquite, se anticiparon a los acontecimientos posteriores y éstos encajan cómodamente en sus resortes, tanto, que el conjunto de unos y otras producen la impresión de un mecanismo de relojería que vacía en moldes precisos el flúido metal del tiempo. Se toma el pulso a la época en la feliz y rítmica ondulación intelectual. Minuto de plenitud que se entiende como una previa compulsión del resorte histórico, seguida de cerca, con el oído atento, por la concien-

cia intelectual, hasta el punto en que ambas se distienden a marchas paralelas.

Ajustadas a la medida del presente y agotando su impulso con el curso de la corriente histórica; en su función de acumular dispositivos para caer sobre el futuro, en una curva parabólica; en uno y otro caso, la experiencia o la sensibilidad humana que presta a las ideas la dicha o el infortunio de existir, no ejerce una acción visible, perturbadora y por ende inquietante, que atraiga una investigación especial sobre sí misma y de aquéllas.

Sólo cuando las creencias establecidas son sorprendidas por una variación interior que conmueve las raíces de la sensibilidad, se llega a advertir su condición de insólita mudanza, de apariencia, mera espuma de la realidad. En esos momentos sobreviene la conciencia de haber caído la tela inocente de los antiguos errores, y cuando aún no se inventan nuevos que cubran la vergüenza del hombre, se manifiesta el comportamiento de las ideas, la celada en la cual recaen cediendo a las tiernas pero implacables insinuaciones de la naturaleza sensible.

La sensibilidad desempeña el trabajo de la variación, pero la continuidad y el progreso de la historia se recobran en la unidad de la conciencia intelectual. En la experiencia íntima de la vida engranan los ensueños místicos, los actos del juicio, la percepción estética y las costumbres. En mérito a ese centro de cambios motores el entendimiento reconoce una filiación, una genealogía al acervo de obras históricas de un tiempo dado, reconstruyendo el perfil concéntrico que deja la onda al repasar el estanque vital. Pero la invención o creación histórica fluye en cada vez a un término más lejano y recóndito. El pensamiento repasa la vereda de la presa fugitiva, mientras la sensibilidad persigue ondulando la misteriosa orla del viento.

El trabajo primordial de la experiencia consiste en iniciar y sostener el movimiento de incorporación, de conquista de un nuevo territorio de invenciones, pero las empresas ideológicas quedan indeterminadas y lo mismo su destino final de éxito o adversidad. Mide la concien-

cia el campo de su historia al recorrerla, pero no inventa ni decide el futuro.

Así ocurre aunque se trate de las ideas filosóficas sobre la misma Historia. Después de Grecia hubo un momento en que pudo surgir la visión histórica: en la frontera temporal entre el mundo romano-cristiano y la invasión germánica se produjo un doblez de la sensibilidad, a través de la conciencia de la culpa que infundió el sentido cristiano de la vida. La unidad y conexión de los hechos humanos se distribuyeron en impulsos antagónicos: la gracia de un mundo perdido de inocencia, al cual se aspira profundamente, y los impulsos de señorío y fuerza libre que impulsaron a la selva germánica sobre el área del Imperio. El tacto íntimo de la vida que brotó de esta situación azorante dió la posibilidad de una visión interior, psicológica, de la historia que sólo alcanzó por el momento a San Agustín. En la Ciudad de Dios aplica la idea de la auto-conciencia personal al mundo político de los hombres, en una transitiva confesión religiosa.

Hasta el Renacimiento esta nueva luz sobre los acontecimientos mantuvo en secreto su mágica virtud de iluminación. La conciencia intelectual de Occidente, entre tanto, se adhirió a las localidades europeas, sin circulación con el pasado; y donde la Cultura latina llegó a manifestarse de nuevo, en la más alta época de este período, fué por proceso de naturalización: en una especie de paisaje provinciano se vieron frutos de la savia antigua, como si fuesen hijos naturales y silvestres del terruño.

Física de la Historia

La libertad y fuerza de los pueblos germánicos establecieron, al tiempo de su consolidación en comunidades nacionales, un puente de tránsito con la vida histórica cuando, roturados los estratos del feudalismo, se acudió a las fuentes originales de la experiencia personal. Aunque las playas más cercanas del nuevo continente fueron las inmediatas a las cordilleras de la Física, en cuanto la avidez de los exploradores alcanzó la cimera altitud de

la nueva Ciencia, el panorama de la historia se descorrió hacia todos los puntos del horizonte en un círculo ilimitado de problemas.

El sentido inmediato de la percepción del pensamiento en que funda Descartes la filosofía moderna es otra especie del tacto, anticipo del interés histórico, que sustituye a la palpación religiosa de San Agustín. Este sentido íntimo de la realidad desembocó, por una bifurcación de su tendencia, en el empirismo psicológico y en el racionalismo del siglo XVIII. Es común en ambos movimientos el propósito de hallar por un camino interior al individuo la clave cifrada de todo el universo.

Un solo intento de construcción paralela a la nueva filosofía —por esta época— lo intentó Vico, quien pretende hallar a la historia una matemática universal dentro de los estados interiores de la conciencia, con su fluidez y fuerza. La "Ciencia Nueva" aspira a constituir una lengua universal de las Naciones en donde se declinen los sustantivos y los verbos históricos. Es algo como lógica de corte estético y religioso.

La primera aplicación feliz del procedimiento mecánico intuitivo, inaugurado por Descartes, a las sociedades humanas, le hizo la Ilustración. Montesquieu y Voltaire inventan *la materia histórica* costumbres, espíritu de los pueblos, que permite el tratamiento físico y la construcción de un sujeto propio del juicio en esta materia de conocimiento. "Leyes, dice Montesquieu, son las relaciones naturales y necesarias que se desprenden de la naturaleza de las cosas", donde el equívoco del vocablo leyes, facilita correr la teoría física al mundo de los acontecimientos humanos. Al pasar la mano niveladora de la perfecta razón por las riberas del pasado se adivinan senos y eminencias, una realidad elástica que manda su latido sordo por las arterias de la historia. La conciencia de perfección intelectual, como siente esta época de sí misma, lleva a los bordes y honduras de la realidad humana.

Sin embargo, el cambio que desveló en toda su amplitud la conciencia histórica, fué el Romanticismo. Más que una corriente literaria es una forma general de la

sensibilidad o, mejor dicho, la adquisición consciente de la sensibilidad como forma y ley de la vida. Se destaca visiblemente en los géneros literarios, pero es general a las costumbres y al tiempo, sólo que sumó nueva velocidad a la exageración propia de la literatura, con lo que ésta dió la nota de fingimiento y simulación que la gente reconoce en la familia romántica.

Como en el orden literario Rousseau y Goethe, en las ideas filosóficas es Kant el precursor del romanticismo; y aquéllos con éste los más eficaces impulsores del frenesí idealista del siglo XIX.

Se dice que el romanticismo se caracteriza por la evasión de la realidad y su residencia en mundos irreales. Mas, para hallar la nota común a Literatura y Filosofía se necesita avanzar la distinción un poco más allá. Lo propio de la manera romántica de sentir está en la percepción consciente de la sensibilidad como frontera que administra el contacto con el exterior y resguarda el profundo ámbito interior de la libertad y el poder.

La disminución de las cosas, venerables entes filosóficos, en un haz de fenómenos que se atan en la unidad de las formas sensibles del espacio y el tiempo, confina a aquéllas a una existencia marginal. Elegante posición de la conciencia intelectual, que no la obliga a decidir la realidad en un sentido necesario y determinado y le permite escoger, por un sistema de símbolos, las reglas convencionales de tratamiento del mundo. Las formas generales de la sensibilidad y las categorías del entendimiento tienen maneras corteses y exquisitas, máscara de un verdadero desdén del pensamiento por la naturaleza.

Lo interesante de estos modales desdeñosos de la existencia son sus repercusiones indirectas en la visión histórica, con la soberanía de la conciencia humana cuyo crecimiento interior aparejaron. Sucede a los esquemas de la sensibilidad de Kant lo que pasa a las iguales y libres voluntades de los hombres, en el Contrato Social, que truecan su naturaleza original, sin perderla no obstante, por una voluntad esencialmente buena, general y omnímoda. El imperativo categórico y la "volonté générale" de Rousseau son de idéntica raíz intelectual.

Del significado original de las funciones sensibles, destinadas a impedir la usurpación de la naturaleza al mundo moral, se pasa a un sentido absolutista de las inspiraciones interiores de la conciencia, hermanas de aquellas que lanzan su impulso revolucionario contra las últimas Bastillas racionalistas.

Metafísica Historicista

NINGUNA centuria como la del XIX hizo mayor acopio de razón, no obstante que se lleva el epíteto de romántica. A la inversa, sin llegar a paradoja, el racionalismo del siglo anterior fué un tiempo de fina sensibilidad. Se resuelve la aparente contradicción con advertir que los filósofos románticos hicieron este uso, hasta el exceso, al servicio de las inspiraciones sentimentales, con la intención de rescatar a la Naturaleza y a la Ciencia Física de la libertad y la voluntad de creación que entre ambas negaban al hombre.

Lo mismo es que se trate de Hegel o Comte. Uno y otro trabajan por un futuro de espiritualidad absoluta y pura; mas, para esto, vuelven al pasado, sojuzgan la necesidad natural con las técnicas positivas o dialéctica y ofrecen un imperio al hombre que, para nuestro desconsuelo, no es sino un presente de repetición monótona e interminable. En busca del tiempo perdido de la humanidad —estado eterno de inocencia y alegría— vienen a dar por sus pasos a un jardín adánico: la Filosofía de la Historia o la Sociología.

El resorte sentimental de estas empresas ideológicas y la conciencia de un extravío —caída del hombre fuera de su libertad original— que ha de ser recuperado con técnicas intelectuales, constituyen la experiencia humana fundamental que sirve de apoyo a la teoría que aspira ser Naturaleza, Historia y Filosofía en unidad insuperable.

Ciencia, Filosofía, Metafísica de la Historia o de la vida, de fines del siglo XIX en adelante, se esfuerzan por conquistar un nivel de experiencia común a la Natura-

leza y al espíritu que quede por debajo del mismo hombre para situar a éste fuera de la escena, en posición de espectador. Se trata de recuperar en la conciencia intelectual toda la curva del movimiento histórico en un plano más bajo y profundo que la misma razón, por sentir a ésta comprometida y parcial a cada momento del proceso.

Este propósito es común a los diversos senderos filosóficos recorridos hasta el presente: desde una teoría del conocimiento por la Historia, que traspasa a ésta el sentido de la legalidad de la Naturaleza; al de un pensamiento que organiza los momentos históricos como obras de arte, sobre la base de la intuición estética; hasta las doctrinas, por una serie de matices intermediarios, que escogen su punto de partida en la experiencia de la conducta humana, donde entran, con signos humanos y contrarios, al pragmatismo y la filosofía de la angustia vital.

Con presencia de estos datos sumarísimos hemos llegado en este ensayo, por último, al punto de esclarecer la alta y lisa escarpa de una azorante pregunta: ¿Hay alguna esperanza para el hombre en esta Filosofía?

A esta interrogación viene de inmediato una duda al espíritu, que nos llena de inquietud y temor al considerar el programa del historicismo. Sentimos que la tierra prometida de libertad y de inocencia humanas, que ha inspirado mesiánicamente esta persecución del hombre por el hombre a través de la historia, se desvanece en lo más remoto del pasado.

Resulta paradójico pero parece ser inevitable que mientras más se recoge el hombre a los aposentos interiores y más ocultos de la conciencia, el inmediato presente, que ya no el futuro, pierden toda eficacia inspiradora y la ola histórica que viene del pretérito palpita a nuestros pies con una levísima ondulación impalpable.

Cuando se trata de la reducción fenomenológica, de la contracción existencial o de la conciencia viviente, como operaciones que sostienen y recuperan el sentido de las cosas y de la vida humana, se practica un acto de desdoblamiento del presente y del futuro de la experiencia

a un estado inmóvil de la conciencia, que cubre la totalidad de su desenvolvimiento y se cierra sobre sí mismo, suficiente y absoluto. Aunque se pretenda evadir el reproche de solipsismo, insertando en el principio de la serie un momento de naturaleza (estado de conciencia) que es, a la vez, un concepto; este principio queda fuera de la serie y resulta ciego, angustiado e incapaz para poner en marcha el proceso.

Un instante que queda por fuera de la experiencia efectiva absorbe el desarrollo de toda la conciencia, de donde resulta que todo significado de la realidad y la misma vida humana reciben una propulsión retrógrada hacia el pasado, a un paraíso perdido y sin camino de redención.

Como si el ideal de esta conciencia filosófica fuera despojar al hombre de voz, visiones, actos, retraerle a la desnuda existencia original; desvelar la luz misma en la negrura de un latido del ser; regresar a la entraña materna y desnacer la vida y el mundo. Sólo un sentimiento de angustia, de caos y de horror es capaz de engendrar esta dolorosa e impotente nostalgia. Porque, en verdad, parece mejor que una filosofía, nostalgia de la naturaleza, más utópica que las ilusiones de la Razón y recuerda el sueño romántico de Rousseau.

La nostalgia de un mundo perdido de inocencia es una veta melancólica que acompaña a la historia del pensamiento desde muy antiguo. Aun antes de que Platón cerrara el círculo eterno entre la preexistencia y la inmortalidad, la melancolía de la existencia y la profunda atracción de la nada inspiraban los ritos órficos y el pensamiento pitagórico. Se trata, quizá, de ese atavismo de orden superior que llamó Nietzsche a la Filosofía.

No sería del todo inadecuado hacer derivar todas las contradicciones en que incurre esta conciencia filosófica —desvanecimiento de la realidad en un juego del pensamiento, sin criterio de necesidad, y por tanto, de verdad y libertad efectivas— de la identificación entre el acto y el ser, de donde surge la noción de la vida como un haz luminoso que vuelve todos sus rayos al centro de su origen: la luz desaparece y cede el lugar a la negrura impe-

netrable, el pensamiento se desvanece en angustia, preocupación o nada.

Este tratado retrospectivo del hombre pone la existencia en el principio de los tiempos y la hace culminar en ese mismo instante de eternidad, en tanto que nosotros los hombres ejecutamos números de entretenimiento y diversión para cubrir la pausa del espectáculo.

La desesperanza y la voluntad de aniquilamiento que animan este pensamiento nos pone en la alternativa de escoger entre la necesidad del error y aun la maldad que encierra el futuro, la historia por hacer, pero que guarda una promesa de redención; y esta reconquista del pasado sobre nosotros.

Vivir es término, pero también principio, caída y ascenso, un desequilibrio en tránsito sobre una esperanza. El hombre no está consigo mismo en soledad, cada quien arriesga su suerte en la de todos comprometiendo su propio destino en los azares de una lucha, en que la victoria estará hecha de la misma luz que la fe y el corazón de los combatientes.

FUNCION DE LA MINORIA SELECTA EN LA URSS.

Por *José E. ITURRIAGA*

"El fin del progreso social... consiste... en el perfeccionamiento de los métodos de selección que permitan la utilización de los mejores en los diversos campos de la vida social".

KARL MANNHEIM. Diagnóstico de nuestro tiempo.

"Hay gentes a quienes irrita oír hablar de "minorías selectas", acaso porque presienten que no serían incluídos en ninguna selección positiva".

ORTEGA Y GASSET.

Indiferencia de los sociólogos

EN 1934 se inauguró en el mundo una técnica social que constituye en verdad un descubrimiento sorprendente y cuya función es permitir una genuina selectividad de los mejores. Se trata, como se ve, de un descubrimiento que había sido uno de los principales y más caros *desiderata* de los sociólogos. Sin embargo, frente a hecho de tal magnitud, los más prestigiosos de ellos no han sabido prestar la atención requerida. El desdén con que lo vieron y lo ven aún, es simplemente hijo legítimo de una funesta actitud anticientífica, de un prejuicio larga y voluntariamente acariciado: el odio a la Unión Soviética. Y piensa uno en lo fecundo que sería el examen sistemático del fenómeno a que aludimos —que no es otro que el *estajanovismo*—, si gentes tan bien equipadas y tan dueñas de las disciplinas sociológicas como Karl Mannheim o cualquiera de sus eminentes discípulos,

poseyesen un mínimum de curiosidad por la Rusia actual, de curiosidad no empañada por posturas políticas adoptadas inadvertidamente, o por el prurito de un falso buen gusto. Por otra parte, no cabe duda que es ya preciosa la cantidad de inteligencia que desperdician ilustres sociólogos y filósofos de la historia en no ser inteligentes y en no enterarse de las cosas; es cuantiosa la laboriosidad que ponen en regodearse en sus propios esquemas, pulverizando todo aquello que no encuadre dentro de sus artificiosas abstracciones o dentro de la idea prefigurada que poseen de la realidad; y uno de los hechos que más se complacen en ignorar es la Rusia Soviética. No se dan cuenta de que, para bien o para mal, el hecho soviético está allí, como algo dado independientemente de nuestra adhesión o antipatía, ejerciendo una presión sobre la vida del hombre contemporáneo, ora palpable y directa, ora sorda e intangible. Y es obvio que la manera más eficaz de entender esa briosa fuerza histórica, esa enérgica influencia que se cierne sobre nosotros no es ignorándola; antes bien, escrutándola con honradez, examinándola con toda pulcritud. Y mucho habría de ganarse si algunos sociólogos cesaran de emplear esas maneras fraudulentas gratas a ciertos predicadores sin escrúpulos, que consisten en poner en boca del maniqueo afirmaciones absurdas y rebatibles, para luego darse el gusto de refutar fácilmente al maniqueo.

En suma, estudiar sin prejuicio —como corresponde al hombre de ciencia— lo que es y significa la Unión Soviética, se ha convertido en un deber imperativo, inexcusable para el jurista, para el filósofo de la historia, para el sociólogo. Por lo menos no es lícito que este último tenga y cultive —lo que es peor— un lamentable chabacanismo en sus opiniones sobre la URSS.

Relaciones anormales entre la minoría selecta y las masas

Una de las fuentes más grandes de malestar colectivo que pueda haber en la sociedad capitalista, es la de la represión sistemática de la potencialidad creadora del hom-

bre, la de condenar a las minorías y mayorías a la esterilidad. La raíz de ello se encuentra en la falta de un plan histórico lo suficientemente sugestivo y armónico, que sea capaz de echar a andar a unas y a otras hacia adelante. Ahora bien, la armonía de la élite y las masas sólo es posible mediante la presencia de un programa común, dentro del cual la función de ambas asuman un papel creador. Y la existencia de clases sociales dentro del capitalismo, cuyo origen es tan sólo el de la desigualdad económica, nos hace pensar en la imposibilidad de dotarlas de un programa ardientemente abrazado por ambas. Sólo en la actual coyuntura bélica las sociedades capitalistas cobran alguna consistencia, pues los diferentes grupos han sabido subordinar en cierto modo su conciencia de clase al sentimiento patrio.

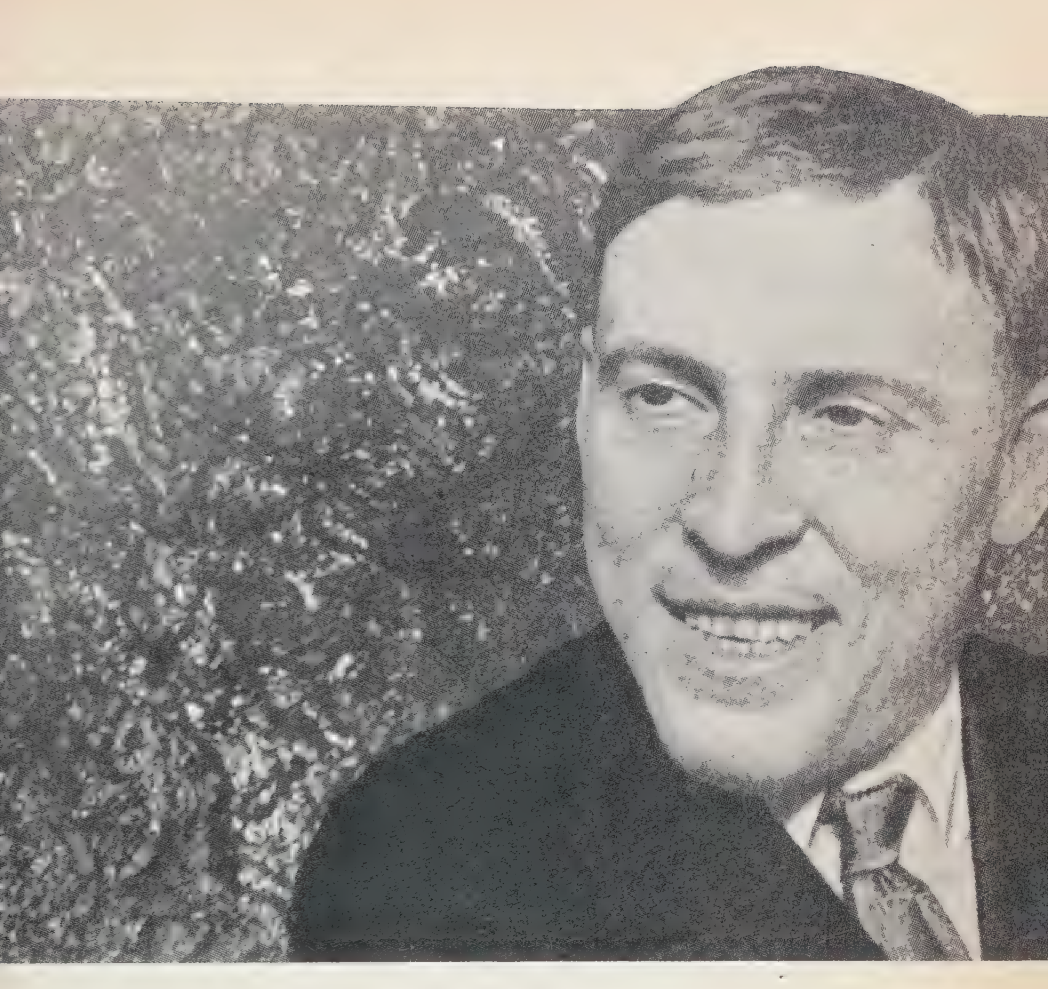
No cabe duda que a las causas de la profunda crisis económica y valorativa por la que atraviesa la sociedad capitalista, hay que agregar el ingrediente de las defectuosas relaciones que existen entre la minoría selecta y el resto de los grupos sociales. Pues es notorio el hecho de que no siempre dicha minoría conduce y rige las diferentes actividades de la vida pública y de la vida cultural. Muy por el contrario. Suelen hallarse dirigiendo los gustos artísticos de la sociedad, mercenarios sin educación ni sensibilidad cuya misión no es otra que prostituir y abaratar las inclinaciones estéticas de las masas. Lo propio acontece en la vida pública: gentes encumbradas por el nepotismo o la complicidad o turbias gratitudes, pero no por sus merecimientos, dirigen y señalan pautas en las distintas faenas de la gobernación. Y hasta podría agregarse que el capitalismo es el paraíso o el reinado de los falsos valores personales, de la improvisación, del azar y de la falsificación. Es cierto que el deseo de ganar la guerra ha obligado a los gobernantes a ceder algunas veces los puestos de mando a los más responsables y capaces; pero nada nos obliga a suponer que así seguirá ocurriendo en la postguerra; ello trabajaría en contra del orden capitalista, por razones que resultaría prolijo enumerar ahora.

No ocupando dentro del capitalismo ninguna función rectora la minoría selecta, o siendo harto precaria su in-

tervención, es natural que las instituciones creadas no hagan nada para fomentar los procedimientos de selectividad de los mejores, ni para proliferar el número de los miembros de dicha minoría o para renovarla. La democracia formalista del capitalismo nunca se ocupó de ofrecer una auténtica igualdad de oportunidades a cada ciudadano, para que éste mostrara sus virtudes y excelencias desde una competencia leal y que fuese a la postre fecunda para la sociedad. De hecho, la democracia capitalista se ha convertido en una especie de pugna zoológica, en un concurso permanente, ayuno de toda grandeza, en donde el más astuto o el más afortunado obtiene el triunfo; y la idea del triunfo, generalmente se encierra en las cuatro paredes de una gerencia o una atractiva cuenta bancaria.

Norteamérica y los champeonships

En los Estados Unidos, como sustitutivo a la emoción o satisfacción que produce el triunfo generoso o constructivo, o bien como compensador del éxito real o monetario, se ha introducido un procedimiento mediante el cual cada ciudadano puede competir con los demás para exhibir la superioridad de sus aptitudes; sólo que esta competencia es en cierto modo estéril o jocosamente insulsa. Nos referimos a los campeonatos deportivos o a esa otra suerte de campeonatos que no son precisamente deportivos, por ejemplo, aquella grotesca competencia en la que se trataba de averiguar quién efectuaba más rápidamente la monda de diez libras de patatas, o quién era capaz de ingerir más huevos con jamón, o quién se vestía más pronto para expulsar al gato que maullaba en la azotea. Valdría la pena detenerse un poco para inquirir en las causas que han hecho tan popular en Norteamérica la tendencia a los *champeonships,* pues es sabido que en ese país cada quien desea ser campeón de no importa qué actividad y *batir un record* de lo que sea, convirtiéndose de la noche a la mañana, merced a la maquinaria publicitaria de los corruptores de la opinión, en semidiós nacional.



Alexei Stakhanov, minero.



Campeonatos deportivos en la U. R. S. S.

El complejo de inferioridad y los campeonatos

COMO apunta Oliver Brachfeld, la sola difusión del término *complejo de inferioridad,* acusa ya su presencia ampliamente generalizada. Y, en efecto, seguramente nunca se habían sentido las masas tan apocadas y tan angustiadas como lo están ahora: los resortes vitales, el sentido de la vida que la religión les ofrecía, casi se disolvió con siglo y medio de liberalismo. En los pueblos derrotados en la guerra y en los que padecen un vasallaje colonial, esa sensación de apocamiento es todavía mayor. Ha habido pueblos que se las han arreglado en las formas más diversas para salir del estado de abatimiento en que se hallaban; en Alemania, por ejemplo, la propaganda nacionalsocialista utilizó hábilmente el principio de Adler, según el cual todo proceso de engrandecimiento personal ha de partir inicialmente de una sensación de menorvalía, de inferioridad: el sentimiento de derrota y de humillación que quedó en el pueblo alemán fué trasmutado por la demagogia nazi, en un falso como impetuoso sentimiento de superioridad racial: el mito de la raza aria.

En la etapa ascendente de la burguesía, ésta logró saturar a la sociedad de un optimismo ciego en la democracia y en el progreso. Las masas aceptaron la nueva fe, suponiendo que había delante de la sociedad un nuevo quehacer común, más concreto, sí, pero igualmente noble, o aún más, que su religión abandonada: la realización de los Derechos del Hombre. Pero en el período descendente del capitalismo, cuando el auge del capital monopolista manifestaba su esencia antihumana y antilibertaria, particularmente en los años siguientes a la conclusión de la anterior guerra, se fué disolviendo la adhesión que las masas prestaban a la nueva religión democrática, acabando por percatarse de las pocas o ningunas seguridades que les brindaba y del dramatismo que producía en sus vidas. En efecto, nunca habían estado los grupos más numerosos de la sociedad tan impregnados de sentimientos de inferioridad como lo están ahora; el capitalismo, ya en plena decadencia, siembra en cada quien una sensación profunda de derrota, de fracaso; sólo triunfa en él una

escasa minoría, no siempre la más egregia; el resto, va arrastrando su existencia sumido en hondos sentimientos de apocamiento. De esta suerte, las competencias deportivas o los concursos estrafalarios de que antes hablábamos, se convierten en verdaderos catárticos sociales, en instrumentos mediante los cuales se desahogan los afanes creadores y los propósitos de prevalecer e imponerse que en cada quien anidan.

En suma, el deseo de popularidad, el ansia de fama de que se halla poseído tan frenéticamente el norteamericano, acaso sea la expresión de un persistente anhelo de prevalecer que se frustró en una real y creadora competencia social. Y debido a tal frustración, el norteamericano canaliza su sentimiento de afirmación del yo hacia los deportes o hacia las bagatelas ridículas, en donde sí es factible el triunfo y en donde el reconocimiento público de la superioridad no es trastrocador de la vida social y del orden establecido.

Sociedades y aristocracias

NADA resulta más cierto que aquello de que la sociedad, para que en efecto sea eso: sociedad, necesita estar gobernada por los mejores. O dicho de otro modo: la sociedad no sólo debe ser, sino que es aristocrática, y ello a tal punto, que en la medida en que no sea aristocrática no es sociedad. Es decir, en la medida en que los mejores se hallen ausentes de los puestos directivos, en esa medida sobreviene la disolución, la extinción social. La salud de la sociedad depende, pues, de las relaciones que existan entre la *élite* y el resto de los grupos sociales; allí a donde la élite queda relegada se provoca la postración general de todos los grupos.

Injusta acusación

UNA de las más reiteradas acusaciones que los enemigos de la Unión Soviética le hacen a su régimen, es la de que en la URSS hay una absurda y antinatural tendencia a la igualación de los hombres. Nada más falso. Y es que

se confundía esa supuesta igualación, con el propósito firme del Estado socialista de destruir el basamento económico sobre el cual se erigen las clases sociales dentro del capitalismo; pues el Soviet sabe que suprimiendo a la clase de los propietarios de las herramientas y medios de la producción, era más dable establecer una auténtica igualdad de oportunidades a fin de que cada quien pudiera expresar sus capacidades, sus aptitudes. El socialismo en construcción hizo que, sobre la marcha, los dirigentes soviéticos toparan con un procedimiento que acaso ni ellos mismos han percibido su trascendencia o, por lo menos, la diferenciación notable que merced a él se establece —todavía más— entre la URSS y los estados capitalistas. Nos referimos a el *estajanovismo* y a su consecuencia directa: *la estajanocracia;* esto es, la forma más genuina de la aristocracia.

Estajanovismo y especialización

POR lo pronto, el estajanovismo es un movimiento que viene a estimular la creación y la formación de las especialidades. Sólo que en esto de la especialización socialista hay una capital diferencia que es indispensable apuntar con respecto a la especialización que estimula el capitalismo. Los especialistas que produce el capitalismo, en su condición de hombres, son hombres deformados por la parcialidad de su oficio o profesión, al punto de que el hombre, como tal, acaba por desaparecer. Los especialistas que produce el capitalismo son gentes desvinculadas del cuerpo vivo de la sociedad, de sus problemas y de su trayectoria histórica, siendo incapaces de encontrar la relación que existe entre lo que ellos hacen y lo que hace el resto de sus conciudadanos; es decir, les falta una perspectiva que les ofrezca una vista panorámica y total de la sociedad. El lema de la especialización dentro de la sociedad capitalista —*saber cada vez más de cada vez menos*— ha producido en el hombre un grado de ignorancia tal sobre las cuestiones que más debieran importarle, que lo ha hecho presa fácil de las ideologías fascistas, como

agudamente hace notar Karl Mannheim en su Diagnóstico de Nuestro Tiempo. Ese progresivo empequeñecimiento del campo en que se mueve el especialista, del angostamiento de su perspectiva vital y social, es lo que movió a un filósofo moderno a bautizarlo con el apropiado mote de *nuevo bárbaro.* Ahora bien, la especialidad que cultiva el estajanovista no mengua en nada ni restringe su capacidad de visión del todo social. Antes bien: se hace especialista porque previamente ha conocido los problemas fundamentales de la sociedad y, porque los conoce —no es necesario ser un sociólogo académico para percibir con claridad los problemas esenciales de la vida social—, procura desarrollar una tarea específica lo mejor que él pueda hacerlo.[1]

Estajanovismo e individualidad

El Estado soviético sabe muy bien que el mejor rendimiento que pueda dar cada ciudadano para acrecentar la riqueza común —la material y la espiritual— ha de ser aquel que tenga como raíz la fidelidad a la vocación. Por ello, una de las funciones capitales de la educación pública en la URSS es descubrir a tiempo la vocación personal de cada quien, con el objeto de fomentarla después; ello favorece un pleno desarrollo de la individualidad y le reintegra su fertilidad al hombre. De esta suerte, se logra algo bien distinto a lo que se ha venido propalando desde hace un cuarto de siglo en toneladas y más toneladas de papel; algo bien distinto al creciente proceso de *masificación* o *estandarización* espiritual que se observa en el hombre oriundo del sistema capitalista, de no importa qué clase social sea, y cuya vida se va deslizando con una personalidad exangüe y frustrada.

[1] En la URSS se emplea una palabra horrible —politecnización—, que sirve para designar el esfuerzo que la escuela hace para dar a cada quien una idea clara de la función que habrá de desempeñar el trabajo del especialista dentro de su respectiva rama industrial, científica, agrícola, etc., así como de la resonancia final que dicho trabajo especializado habrá de tener en la sociedad tomada en su conjunto y en la felicidad de cada quien.

Estajanovismo y heroísmo

HAY que hacer otra pequeña reflexión en torno a nuestro tema. Es la de advertir cómo el propósito de el estajanovista no sólo es el de hacerse mejor en la especialidad que cultiva y la cual responde a su vocación, sino en ser *el mejor*. Como el Estado soviético auspicia esa nueva y legítima competencia que se llama la *emulación socialista,* por todos los medios que se hallan a su alcance, otorgando el preciado título de Héroe de la URSS a quien logra probar públicamente que es el mejor, se ha creado en ese país un singular clima de heroísmo que se manifiesta de un modo harto evidente tanto en la paz como en la guerra. Esta temperatura, digamos moral, que el estajanovismo ha creado en el Soviet o, si se prefiere, esa atmósfera de salud social que allí se respira, es la que rápidamente percibe todo viajero sensitivo y honrado.[2] Esa peculiar fisonomía soviética de sociedad sana y vigorosa, posee no pocos paralelos con la que ofrecía, por ejemplo, la nación norteamericana en la etapa ascensional de la burguesía, cuando los habitantes de los estados de lo que fué la Nueva Inglaterra colonizaban el Oeste.

Estajanovismo y popularidad

DESDE siempre, en todas las formas de la vida social y en todos los regímenes, cada hombre desea secreta o manifiestamente prevalecer, ser más que los demás. Así ha sido el hombre y parece que así seguirá siendo. Ya la moderna psicología, o por lo menos algunas corrientes de ella que son valederas, sostienen que el sentimiento más fuerte del hombre es el del yo, el de afirmación de su persona. Es cierto que excepcionalmente aparece en el hombre una acusada tendencia al altruísmo, a la negación de su prioridad personal en favor de los otros; pero ello, con ser hermoso, es sin embargo excepcional.

---

[2] La conocida periodista yanqui Anna Luise Strong, en su libro *Rusia en la Paz y en la Guerra,* describe con toda objetividad el fenómeno que apuntamos.

Ahora bien, dentro del capitalismo, ese afán que cada quien lleva dentro de sí de ser más que los demás, se manifiesta en la forma más destructiva de la competencia social hasta culminar en un orden de convivencia totalmente injusto, debido a que la selección de la minoría directiva —que no la egregia—, se hace por un procedimiento negativo, zoológico: gobiernan los más fuertes o los que compiten con la ventaja que les da su posición social o su fortuna.

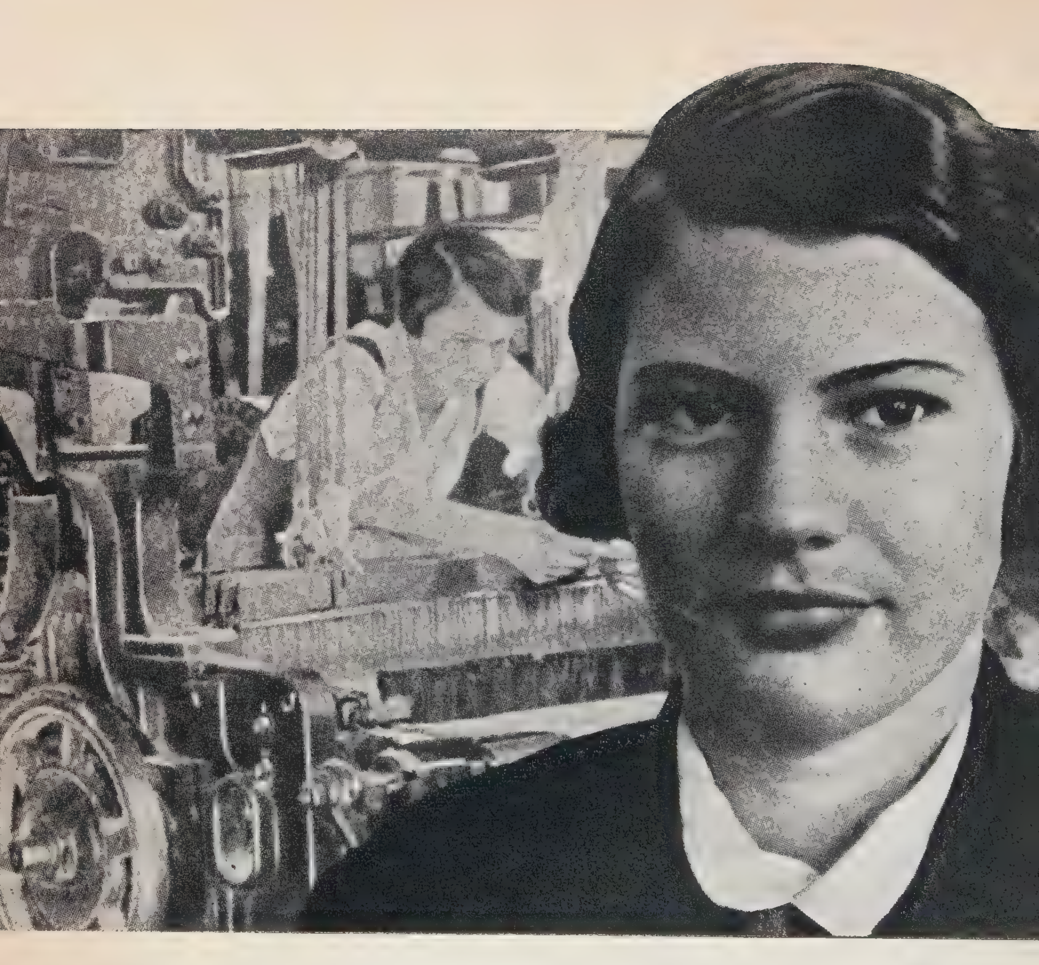
En cambio, la pedagogía socialista que priva en la URSS, previamente reconoce el indubitable hecho que hemos apuntado —el de que el primer sentimiento del hombre es el del yo— y, reconociéndolo con realismo y sin mojigaterías, trata de destruir su anarquía expresiva, de *planificarlo* o encauzarlo creadoramente, premiando con la popularidad a aquel que triunfe en esa nueva y superadora forma de *laissez-faire* que se llama la competencia socialista. Esto es: el Estado soviético, por lo pronto, premia con la fama a quien posea mayores merecimientos, a quien demuestre que sirve más eficazmente los intereses colectivos. El nombre del triunfante no sólo es conocido en la fábrica, ejército, granja colectiva o universidad de donde aquél surgió, sino que, merced a los medios de propaganda que el Estado tiene a su alcance, el nombre del estajanovista, es decir, del héroe, se disemina por todos los ámbitos de la nación. Y de este modo se ha logrado combinar, de una manera sagaz y fecunda, la expresión de los sentimientos altruístas que puedan anidar en el hombre, con el ansia de afirmación de su yo personal. Esta competencia, insistimos, lejos de empobrecer a la sociedad la enriquece en alto grado, en lo material y en lo espiritual, puntualmente porque en cada competencia se trata de averiguar quién es el que más y mejor la sirve.

El Estado soviético no sólo premia con nombradía y medallas al estajanovista, sino que lo premia, además, con la autoridad: le concede los puestos directivos, lo convierte en *estajanócrata.* El que probó ser mejor que los demás ese asume el mando y, de este modo, al cabo de algunos años la Unión Soviética se halla gobernada, sin ninguna



Lenin en el telégrafo.

Oleo de IGOR GRABAR, director desde 1937 del Instituto de Bellas Artes de Moscú,



Eudoquia Vinográdova, tejedora.

falsificación ni exageración, por los mejores. El mejor obrero metalúrgico, el más audaz guerrillero, el más abnegado pionero del Polo o las estepas de Siberia, el más fiel y superador intérprete de los sentimientos estéticos del pueblo, el más hábil militar, el más sagaz diplomático, el mejor escritor, pintor o arquitecto, el mejor administrador de los intereses populares; todos, cada personalidad relevante, ocupan el puesto que merecen: el del mando, entendiéndose por *mando* no sólo el ejercicio de la autoridad amparada por un nombramiento oficial, sino el de la ejemplaridad ante las masas, fenómeno éste al cual habremos de aludir más adelante (Nótese cómo el lema medieval de *Nobleza obliga,* cuyo sentido consistía en imponerse más obligaciones los *señores* que los *siervos,* es purificado en la URSS por otro que podría formularse así: *La nobleza* se obtiene del entusiasmo y eficacia que cada quien ponga por ser el mejor, es decir, por enriquecer a la sociedad técnica y culturalmente).

Algunos ejemplos de la nueva nobleza soviética

REPÁRESE, además, en que la idea de *minoría selecta* no implica forzosamente la idea de minoría culta o de minoría ilustrada, ni nada tiene que ver con la vieja y arbitraria división que solía hacerse entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, relegando siempre al primero a una condición de inferior rango. Lo cierto es que toda auténtica minoría selecta puede reclutarse —seleccionarse—, tanto de entre los trabajadores manuales como de entre los trabajadores intelectuales, y un ejemplo de ello nos lo proporciona lo que acontece al respecto en la Unión Soviética.

Tanta dignidad ofrece la personalidad de Alejandro Stajanov —de cuyo nombre se ha tomado la palabra estajanovismo— que reorganizó los trabajos de una mina de carbón, logrando una producción notablemente multiplicada, como la de Máximo Rilski, el fino poeta ukraniano. Uno es Héroe de la Unión Soviética, el otro es Director del Instituto de Arte Popular. Tanta jerarquía moral posee

Victor Krivons, que estableció un ritmo más acelerado en el transporte ferroviario, o M. Kruskinski, *campeón entre los donadores de sangre* y a quien se le hicieron en doce años ciento tres extracciones sin mengua de su robusta salud, entregando un total de siete galones de sangre para el Instituto Hematológico de Moscú, como Bogomolets, el fisiólogo descubridor del suero citotóxico contra el cáncer, o Vavilov, a quien se le debe la colección botánica más completa y rica del mundo. Tanta popularidad poseen en el pueblo soviético Victor Lvov, obrero de la fábrica Putilof, que mostró una notabilísima capacidad técnica logrando graduarse como ingeniero —a los 28 años llegó a ser Comisario del Pueblo para la Industria de las Construcciones Mecánicas—, como Nicolai Tsitsin, *inventor* del *trigo perenne* y actual Presidente de la Academia de Ciencias Agrícolas, o Keller, o Lisensko, o Michurin, *el mago de la horticultura,* que creó nuevos frutos con los más caprichosos sabores y que adaptó cultivos de muchas plantas tropicales en zonas donde el termómetro marca más de cuarenta grados bajo cero.

Lo propio acontece con los miembros selectos de la sociedad femenina: no hay distinción alguna entre el valor *del trabajo manual y del trabajo intelectual.* A la simple vista ello podría parecer una herejía, una dislocación axiológica. Pero no hay tal cosa. Lo que acontece es que no se establecen diferencias entre el trabajo intelectual y el manual cuando ambos son realizados con iguales propósitos de utilidad social, esto es, cuando hay la misma expresión de solidaridad social. Es estimada en la misma forma por el pueblo la personalidad de la obrera textil Eudoquia Vinográdova, cuyo patriotismo y habilidad le permiten atender ella sola 284 telares automáticos —un trescientos por ciento más del *record* alcanzado en los Estados Unidos— como la de la doctora Valentina Gorinévskaia, una de las mejores cirujanas del mundo. La primera posee la Orden de Lenin y las masas, agradecidas por su esfuerzo, la eligieron diputado al Supremo Congreso del Soviet; la segunda dirige el instituto de Traumatología "Sklifasovski" de Moscú, el mayor en su género que existe en el país. En igual forma aclama el pueblo a la campe-

sina kirguisa Tesikbáieva —que anualmente recoge de mil cien a mil doscientos quintales de remolacha por hectárea—, que a Lina Stern, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS y que lucha con gran éxito contra el *shok* nervioso. Tanto se reverencia a María Demchenko, A. Alíeva, A. Kartávaia, tres estajanovistas del trabajo de las granjas colectivas o *koljoses*, que fueron electas por el pueblo como diputados al Congreso Supremo del Soviet, como a la historiadora A. M. Pankrátova o a la escultora Vera Mújina o a la escritora Wanda Wasiliewska. En suma, gozan de tanta popularidad y ascendencia sobre su pueblo la ordeñadora U. Barcova —obtuvo 16,262 de cada vaca del *koljós* donde trabajaba— o la tractorista V. Bajóldina que rompió todos los *records* de roturación mecánica, como la cantante Valeria Bársova —diputado al Congreso Supremo— o la célebre matemática Sofía Kovalévskaia o la doctora M. M. Pokróvskaia que calladamente trabaja para la obtención de un suero contra la peste bubónica con resultados prometedores, o la guerrillera Liudmila Pavlichenko —hasta julio de 1942 había cazado ella sola a 309 invasores—, o la enfermera María Baidá que supo mostrar un valor y abnegación increíbles en la batalla de Sebastopol o, en fin, la mártir soviética de esta guerra, cuyo nombre es ya un símbolo: Zoia Kosmodemianskaia.

Relaciones normales entre la minoría selecta y las masas

La bondad del procedimiento para seleccionar a la minoría egregia descubierto en la URSS, consiste en que produce unas relaciones entusiastas y carentes de toda sombra de resentimiento entre una y otras. Pues no sólo el Estado soviético sino las masas, reconocen sanamente a los miembros selectos de la sociedad; más aún: el Estado no hace otra cosa que legalizar una calificación que procede del pueblo, el pueblo conoce y se reconoce en los mejores. De aquí que la *estajanocracia* o aristocracia soviética no sea sino la forma más acabada y cumplida de la democracia, es decir, el pueblo gobernándose a sí mismo

a través de los mejores o sea, la única forma genuina y viable de democracia.

En suma, el significado hasta ahora oculto del estajanovismo es éste: que el hombre crezca tanto como se lo permitan sus potencialidades y ello no en detrimento de los demás, sino en su beneficio. Mediante el estajanovismo podemos pronosticar que en un porvenir más o menos cercano la sociedad estará gobernada por los mejores, gobernada con el referéndum popular: los héroes tendrán la popularidad y la autoridad; la autoridad en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en la política, en la moral, en la industria, en la agricultura, en los diversos oficios y profesiones. Es decir, que la sociedad será, sin ninguna simulación, aristocrática. La pedagogía soviética, en fin, con esa su floración máxima que se llama el estajanovismo, ha logrado también que cada hombre realice lo que bellamente resumió el elegante Píndaro en una frase ya olorosa a clasicismo: *Llega a ser lo que eres.*

La estajanocracia y el dinamismo social

La función de ejemplaridad y ascendencia que ejerce la minoría selecta sobre las masas habrá de favorecer grandemente la dinámica social: las masas desearán superarse y ser como los mejores a quienes admiran y éstos, a su vez, impulsados y empujados por la subida de nivel de aquéllas, se verán precisados a superarse o a abdicar de su papel rector. Lo saludable de este proceso consiste en que no sólo se irá multiplicando el número de los miembros de la minoría directora sino que queda garantizada su renovación.[3] Y con ello se resuelven de una vez dos peliagudos problemas: el que se refiere a la necesidad de la movilidad social y el que tanto preocupa a Karl Mannheim; esto es, el problema que consiste en evitar que la clase

[3] A Mannheim le preocupa la creación de un tipo de masas que sea educado no para la obediencia indiscriminada y fanática —gleichschaltung—, sino que sea obediente con sus directores en la medida en que los ideales de éstos coincidan con la devoción a ideas espontáneamente creídos por las masas.

directora se perpetúe en el mando en una sociedad planificada para la libertad: una educación racionalizada para las masas y la función de ejemplaridad que la minoría ejerza sobre el resto de la sociedad, es lo que permite asegurar que no debe haber temores de que aquélla se convierta en autoritaria, ni que se perpetúe.

Y para los que creen o sospechan que el socialismo habrá de ser un estadio estacionario de la historia, hay una respuesta. Ella suena así: si la sociedad fuese absurdamente igualitaria, si se desconociesen las normales y fecundas jerarquías que en ella debe haber y que deben estimularse, seguramente que la meta de la convivencia socialista sería la inmovilidad histórica, la parálisis social. Pero la historia y la sociedad marcharán a un *tempo* más veloz, a un ritmo mucho más acelerado cuando sean normales y, por tanto, saludables las relaciones entre la *élite* y las masas. Y sólo el socialismo es capaz, como hemos visto, de fomentar la selección de los mejores y de entregarles y reconocerles la autoridad.

AMERICA COMO PROBLEMA

La crisis actual de la Cultura Occidental, la que ha llevado a Europa a la actual situación, ha planteado, como no había sucedido antes, el problema de la continuidad de dicha cultura. América, y en especial los pueblos iberoamericanos, se ha tropezado con dicho problema, es su propio problema. La crisis de la cultura europea ha puesto también en crisis una forma de vida cultural derivada de ella, la americana. De golpe, nuestra América se encuentra ante la alternativa de dejarse arrastrar por el caos en espera de una nueva solución que de tal caos resulte, o bien enfrentarse a éste buscando en sus propias entrañas una solución que lo anule. Lo segundo implica haber alcanzado un sentido de responsabilidad, haber llegado a lo que Alfonso Reyes llama "mayoría de edad". América puede ser la llamada a ofrecer una nueva síntesis cultural. Europa misma ha visto en esta América el futuro de su propia realización cultural, aunque sólo fuese como un ideal que parecía no realizarse nunca.

Esta situación, ha hecho que las más destacadas mentes americanas se preocupen, en las últimas fechas, por el problema que plantea. Nunca antes se había planteado a pueblo alguno tal problema. Ningún pueblo se había planteado el problema de su capacidad o incapacidad para heredar una cultura. Nunca había sido un problema de responsabilidad: unas formas de cultura sucedían a otras asimilándose mutuamente hasta dar lugar a la síntesis que conocemos con el nombre de Cultura Occidental. América es la que por vez primera en la historia se hace de un problema vital una cuestión moral. Ante la herencia que le sobreviene, no sabe qué hacer, no sabe si será capaz o incapaz, digna o indigna, de heredarla.

Numerosos son en nuestros días los trabajos que se hacen enfocando tal problema. Entre los últimos se encuentran, la *Memoria del tercer congreso internacional de catedráticos de literatura iberoamericana* (El Nuevo Mundo en busca de su expresión),[1] en el que se enfocan distintos aspectos del problema concluyendo siempre en una incógnita. América se sabe heredera de la Cultura Occidental; pero

1. TULANE UNIVERSITY: *Memoria del tercer congreso internacional de Catedráticos de Literatura iberoamericana.* Tulane University Press, New Orleans, 1944.

siempre surge el problema de su capacidad para heredarla. Otro trabajo es el de Alberto Zum Felde titulado *El problema de la Cultura Americana.*[2] El problema, siempre el problema. La posibilidad de una cultura americana se nos presenta siempre a los iberoamericanos como un problema.

Ahora bien, ¿por qué es que sólo a nosotros los americanos se nos plantean esta clase de problemas? Nuestra América parece tener una estructura muy especial, la que determina se le planteen éstos. Zum Felde empieza atacando este primer problema, el de la dramaticidad de nuestro problema cultural. "¿Cuál es el genio propio de nuestro pueblo?...", se pregunta. "El hombre genial es una exaltación culminatoria de las virtudes comunes del pueblo en que ha nacido; porque el pueblo es la tierra de donde todo brota y la sustancia de la cual todo se nutre". Ahora bien, parece que lo que caracteriza a los pueblos de América Latina es la falta de genio propio, de genio definido. Iberoamérica se caracteriza por su indefinición. Esta indefinición caracteriza, por ende, al hombre americano. "Pueblos sin genio propio, definido, como los de América Latina, no pueden dar sino hombres de rasgos espirituales indefinidos y sin propiedad. Tal es el drama del hombre sudamericano de nuestro tiempo, que por desdoblamiento intelectual se convierte en problema; y tal el problema, que por angustia intelectual, se transforma en drama de conciencia". Esta es quizá la razón por la cual, como lo ve Zum Felde, un problema que siempre ha sido resuelto vitalmente, tiene que ser ahora resuelto moralmente, de acuerdo con un sentido de responsabilidad. Es más, esta parece ser la forma vital de resolverlo, propia de la vida americana.

Este es un problema que, por tener una raíz vital, no puede ser eludido por ningún americano. Es un drama de América y de los americanos. "El hombre sudamericano... que quiera tener conciencia de sí mismo, está obligado a encarar el problema de la cultura americana como un problema propio". Ningún americano puede evadir dicho problema, lo lleva en su sangre. Nadie puede renegar de este su ser problemático. Acaso el mal ha estado en este no resignarse a ser americano; en sentirse inferior como americano. La historia de nuestra América ofrece múltiples ejemplos de este afán por arrancarse las entrañas americanas, lo cual no ha conducido sino a esa indefinición que nos caracteriza. Dice Zum Felde, "La dignidad está en ser lo que se es, dignamente; y aunque no se sea nada todavía".

---

2. ZUM FELDE: *El problema de la cultura americana.* Buenos Aires. Editorial Losada, 1943.

Como se ve, nuestro problema sigue siendo moral, es un problema de dignidad, frente a la inmoralidad que representa la negación de este nuestro ser. "Pues hay más autenticidad en reconocer que no somos aun, que en aparentar ser lo que no somos; y más sabiduría hay en saber que no tenemos todavía una cultura, que en pretender que la tenemos, falsificándola".

Una de las formas como el americano ha querido justificar su indefinición ha sido la de la universalidad. No le importa definirse como americano ni personal ni culturalmente. La cultura, nos dice este hombre, está formada por valores universales y no por valores circunstanciales. La cultura es universal, no puede limitarla el tiempo ni el lugar. Pero el americano que en vez de crear o asimilar se conforma con imitar, no está en realidad sirviendo a lo universal. Lo americano, en lo que tiene de imitación de otra cultura, no puede ser lo universal. Esto, dice Zum Felde, "sólo es falsamente universal por indefinición de sí mismo, es decir, por ausencia de su entidad". América puede convertirse en un órgano universal, como lo ha sido Europa, y aún más que ésta; pero este no es el principal problema. El problema es el de la definición de América. El problema es saber somos, cuál es nuestra entidad. "Cuando hayamos resuelto nuestro problema —el de nuestra entidad— acaso nos convirtamos en un órgano universal de cultura, más plenamente que otro pueblo de esta edad lo haya sido en la historia. Tal nuestro seguro signo: y tal nuestra probable compensación".

Ahora bien, el problema americano, el problema que nos plantea América, debe ser resuelto desde un punto de vista americano. Cualquier otra solución será falsa. "Lo general en nuestra intelectualidad actuante —dice Zum Felde—, es enjuiciar el hecho americano con criterio europeo, es decir, en este caso, con criterio libresco". Los prejuicios que sobre América tenemos los propios americanos, la valoración que nos hacemos a nosotros mismos, no son propios de América. Es lo que Europa piensa de nosotros y que nos apresuramos a aceptar como válidos. En este sentido seguimos siendo coloniales, y vivimos en América como vivieran sus colonizadores. "Nuestra patria espiritual está en Europa y no en América". Europa es siempre nuestro pasado, mientras que América es nuestro futuro; pero un futuro visto desde un punto de vista europeo. Europa, dice Zum Felde, nos ve con desdén, a lo más con la simpatía con que se ve a los aprendices.

Ahora se presenta una gran coyuntura para que América decida por sí sola lo que debe ser su futuro. No se trata de considerar a Europa como terminada. No, aún tiene mucho que enseñar; pero ahora también América tiene la oportunidad para dar a conocer su verdad. El americano se ha hecho problema de su cultura al sentir que se queda solo. Una Europa en crisis no tiene por lo pronto soluciones que ofrecer. Los problemas de América tienen ahora que ser resueltos por los americanos. "Acaso necesitamos quedarnos solos para poner en ejercicio nuestras energías latentes y obligar nuestra capacidad de autonomía". Pero si algo hemos de aportar a la cultura, este algo no podrá ser tampoco una mitología nacionalista, dice Zum Felde. No se debe caer en los extremos. No se puede pasar de un universalismo indefinido a un localismo intrascendente. El mundo requiere de nosotros "una nueva y grande síntesis de la cultura y de la historia, universalmente válida..."

El hombre americano debe actuar como tal, es decir, de acuerdo con sus propias circunstancias. Y estas circunstancias muestran el carácter colonial de lo que llama su cultura. Somos por un lado americanos y por otro europeos. No podemos renunciar a ninguna de estas partes de nuestro ser sin falsearnos. No podemos renunciar a nuestra occidentalidad, como tampoco a nuestra americanidad; pero lo que sí podemos afirmar es que "somos occidentales de América, no de Europa". Nuestra cultura es la Cultura Occidental, esto no podemos negarlo; pero para que dicha cultura sea auténticamente nuestra, es menester que se americanice.

La Cultura Occidental no es otra cosa que el conjunto asimilado de una serie de culturas que se han venido sucediendo en Europa. Es la síntesis de todas ellas. América tiene ahora la oportunidad de ofrecer una nueva síntesis cultural, parece ser esta su misión. Otros pueblos ya han realizado cosa semejante en la historia de esta cultura. Sin embargo, como se ha visto, dichos pueblos no se plantearon nunca el problema de esta asimilación; les bastaba vivir, y para vivir se asimilaban lo que había de ser asimilado. En cambio nosotros los americanos hemos abandonado toda ingenuidad al plantearnos el problema de nuestra cultura. Los otros pueblos hacían nuevas culturas, nuevas síntesis culturales, en forma casi ingenua e inconsciente. Nosotros no, nosotros queremos hacer una nueva cultura, su realización es lo que se nos ha planteado como problema. Acaso sea esto lo que nos permita en un futuro realizar una síntesis más universal de cultura. América, nos dice Zum Felde, puede ser el gran crisol de la nueva cultura occi-

dental. Pero no hay que conformarse, esperando que en un futuro se realice tal fusión, es menester iniciarla, provocarla. En esta nueva síntesis cultural, las dos Américas, la sajona y la ibera, tienen mucho que aportar. Y mucho es lo que una América tiene que aprender de la otra. "Ellos, para nosotros, maestros de energía; nosotros, para ellos, maestros de sensibilidad; ¡cómo nos completaríamos, aunque no llegáramos a completarnos nunca! Porque los contrarios no se funden, pero se buscan siempre, se influencian recíprocamente, y en algo se equilibran".

Leopoldo Zea.

MIGUEL DE UNAMUNO

Tengo delante de mí —los he tenido durante varios días— dos libros sobre Unamuno. Buena señal, si no para mí para la memoria de Unamuno, que ya sabemos que es memoria de España. Dos libros de bulto, de tomo y lomo. No estábamos acostumbrados a que se estudiara la obra literaria de nuestros mayores con el propósito varonil de desentrañarlos. Parece que una de las bendiciones —¡una!— de nuestra última guerra ha de ser el estudio de nuestro pensamiento en sus propias fuentes: buscando el asidero al total desamparo español, el clavo ardiendo donde agarrarse. Unamuno se estaba "poniendo de moda" a través de ¡Heidegger! y ya sabemos lo que es ponerse de moda, ponerse de modo que no lo conozca madre. Y aunque el libro que ha aparecido en España [1] marcado bovinamente con un vergonzoso *nihil obstat*, tiene más de Heidegger de lo que le hubiera gustado a uno, no creo que la "moda" habría tenido fuerza bastante para decidir a un ilustre profesor de filosofía como es el joven Marías a dedicarle un estudio tan minucioso para "penetrar el sentido de la obra de don Miguel de Unamuno, que es, rigurosamente, un problema de filosofía".

Pero la obra de Unamuno, nos dice, está viciada "por una innecesaria heterodoxia" y se puede hacer ver, filosóficamente, hasta qué punto es innecesaria y cómo la filosofía católica, puesta al día, nos permite "tomar frente a ella una posición justificada por una conveniente claridad". Claridad no le falta a Marías, ni tampoco ganas de disipar esa "heterodoxia innecesaria, que lejos de brotar de lo más hondo de su pensamiento, desvirtúa y entorpece sus más perspicaces hallazgos", que son perspicazmente puestos en orden y llevados a sus últimas consecuencias A. M. D. G. Yo no sospecho de la buena fe de Marías. Pero mala es la buena fe cuando la fe no es buena. Es decir, cuando se intenta desentrañar el pensamiento de un autor partiendo, "existencialmente", de la desconfianza y no de la confianza, del deseo de compartir con él su fe, para conocerla así íntegramente. Porque éste es el peligro de la bendita vuelta a nuestros mayores: que tratemos de sacar provecho de ellos con un solapado abuso de con-

1. JULIAN MARIAS: *Miguel de Unamuno*. Espasa-Calpe. Madrid, 1943.

fianza hecho de la mejor buena fe. El caso de otros nos tiene que poner sobre aviso. ¿Quién no conoce en nuestros días un Nietzsche dialéctico, casi marxista, un Nietzsche fascista y hasta un Nietzsche democrático? ¿Quién ha pensado que Nietzsche necesita de abogados, o que los pueda necesitar Unamuno? Ellos se bastan y se sobran para defenderse y para ofenderse: han hablado demasiado claro, aunque a veces hayan gritado, precisamente contra los abogados.

Bueno que Marías hubiese aplicado la falsilla escolástica, pues así nos entenderíamos todos. Y, sobre todo, le entendería Unamuno, que conocía muy bien las intenciones de "esa criada que le salió respondona". El neoescolasticismo, al fin y al cabo, es pensamiento español, y hasta quijotesco, aunque no la "filosofía quijotesca" que profesa, confiesa y por la que se martiriza don Miguel. También el de Balmes —"escocés de quinta mano"—, que constituyó, con Donoso, la primera lectura filosófica del muchacho, lo podríamos entender él, que midió toda la distancia española que va de la primera a la quinta mano, y nosotros. Pero ¿Heidegger? No hay sino pensar en la aplicación que hace Marías de la distinción —¡tan distinguida!— entre el hombre auténtico y el mostrenco a las novelas de Unamuno, o cómo caracteriza el "método filosófico" con qué éstas nos "muestran" aspectos constitutivos, ontológicos, personales de la vida, que el filósofo luego integra en su concepto cabal, católico-heideggeriano, de la "existencia humana", para darse clara cuenta del retorcimiento que está sufriendo el poeta a manos del filósofo. Pero no es retorciéndole como se exprime jugosamente a un poeta.

Cuando Unamuno dice que prefiere mitologizar a filosofar hay que creerle y no volver la oración por pasiva refilosofizándolo. De lo contrario, puede darse el estupendo caso de que en un libro de más de 200 grandes páginas, que tiene el propósito exhaustivo de "penetrar el sentido de la obra de don Miguel", no se hable para nada del problema de España, pues si ese sentido plantea "un problema rigurosamente filosófico" nos parece demasiado rigor olvidar que se trata de una "filosofía quijotesca", con todas las intenciones, bien machacadas, con que don Miguel explicó la asignatura. ¿O viene tal rigor del miedo a otra censura, la del vicario general "castrense"?

El libro de Ferrater Mora,[2] un desterrado, está escrito desde el otro lado de la barricada. Desde el otro lado del Atlántico. En él no tropezamos con "la situación fáctica de Unamuno", con la "proble-

2. JOSE FERRATER MORA: *Unamuno: Bosquejo de una filosofía.* Editorial Losada. Buenos Aires, 1944.

maticidad" o con "la cuestión que es la vida" y otras locuciones tan lindas y por el estilo. El lenguaje es más sencillo, terso, deslizado y fluyente, el caudal filosófico más recatado, sin que por ello padezcan el orden ni las ideas. Un libro acorazonado de rescoldado fuego y chispeado de lucidez. El problema de España, como a Unamuno, le rezuma por los cuatro costados, por los cinco capítulos que componen el libro y no descomponen el pensamiento. Certeramente parte de "Unamuno y su generación" y va recorriendo paso a paso todas las agonías del escritor, es decir, todo Unamuno, hasta desembocar en la "palabra", en la significación de la palabra y de la imaginación en Unamuno. La imparcialidad, nacida de amorosa confianza, llega muchas veces a la identificación. Muchas veces, porque algunas creemos que Ferrater Mora se abandona un poco al gusto de la inspiración y deja correr sin castigo el río de su propio pensamiento. Dada la juventud del escritor esto, más que un defecto, es un exceso, como dada la juventud de Marías el control perfecto que tiene sobre todo lo que dice representa el rasgo "ontológico" de su precocidad constitutiva, hermética y de brillante porvenir. Pero en Ferrater Mora, que ha hecho la guerra con nosotros, la identificación es más que comprensiva: además de identificarlo se identifica. Su libro plantea así el verdadero problema de Unamuno, no el que él tenía sino el que nosotros tenemos con él: el que nos legó con la historia de sus últimos tiempos, pero que estaba ya escondido en su obra antes que esa historia lo pusiera de manifiesto. No es que vayamos a querer menos a don Miguel ni comprenderlo parcial, partidariamente. Queremos examinarlo unamunescamente, poniendo al desnudo su alma, en toda su áspera grandeza, en toda su enternecida congoja, en toda su radical veracidad, para decirle sí y nó como Cristo y él nos enseñan. El asunto es tan peliagudo que no me siento con fuerzas para abordarlo, por el momento, seriamente. Todos escuchamos a este Sócrates cristiano cuando vocifera para despertar al hombre interior. Le entendemos cuando dice "que toda historia es sagrada, que la historia es el pensamiento de Dios, y que su fin es forjar, no Patrias, ni Estados, ni Imperios, sino almas individuales, personas, hombres". Con él marchamos a rescatar el sepulcro de Nuestro Señor Don Quijote, y a eso fuimos también en la más quijotesca de las guerras. Pero él no estaba.

Ferrater Mora, que habla tan agudamente de las generaciones en torno a Unamuno, y que hace justo hincapié en el hecho de su nacimiento en Bilbao, no dedica atención mayor a la experiencia del muchacho en la guerra civil, de la que nos habla tan conmovido en sus *Recuerdos de infancia y mocedad* y en *Paz en la guerra*. "Y vino la se-

gunda carlistada, aquella de que este comentador, niño que se abría a la historia, fué testigo conmovido". (*Los delfines de Santa Brígida*). Lucha y muerte. Agonía que se concentra en la de la muerte y que desde ella irradia a la vida, a la historia, a la patria entera. Unamuno, jugando de chiquillo a la guerra, durante la carlistada, se divertía tumbando soldaditos de papel, y luego ha seguido haciendo pajaritas, soñando con las manos la resurrección de los muertos. A los diez años un bombardeo es el "suceso que dejó más honda huella en su memoria", y la entrada de las tropas libertadoras "es uno de esos espectáculos que bajan al fondo del alma de un niño y quedan allí formando parte ya de su suelo perenne, de su tierra espiritual, de aquella a que los recuerdos, al caer como hojas secas del otoño, abonan y fertilizan, para que broten nuevas hojas primaverales de visiones de esperanzas". Yo no quiero hablar de fijación, pero ¿no ha tenido lugar en estos años conmovidos un proceso especial de cristalización de su alma, donde la visión de la muerte, la de los que la afrontan por una idea viva, la visión agónica de la historia de España, han hecho cuajar su alma en tierra espiritual de visiones de esperanzas? Visión agónica esperanzada de Dios, del hombre, de España, de la Historia, todo en uno, que crea el mito quijotesco, el de la edad dorada para cuya restauración se ha fundado la orden de caballería, según declaración de Don Quijote a los cabreros, el mito teresiano, el velazqueño, los mitos españoles de sus novelas, nivolas, cuentos y poemas.

El "hondón" y lo "íntimo de la entraña" son expresiones teresianas, pero también las de "gusano de mal olor" y "hervor de gusanos" con que la fundadora retrata al hombre vivo y al muerto y que Unamuno evitará siempre en su patético trato con la muerte y con las muertes. El niño que se abrió a la historia fué testigo conmovido de la lucha, más que civil fraternal, de su patria, mientras le bombardeaba la muerte. Donoso Cortés, otro agonista con quien hizo temprano conocimiento, tuvo también, ya mayor, otras experiencias —el cólera y la matanza de frailes— que imprimieron carácter obsesivo y oscilante a su vida y a su pensamiento.

Nosotros contamos con otra experiencia, la misma que quebrantó a Unamuno. Nuestra última guerra ¿civil? no fué, no pudo ser una mera prolongación de las anteriores. Sólo encarándonos con nuestra experiencia, como Unamuno se encaró con la suya, podremos enfrentarnos con él. Si el fin de la historia es forjar almas individuales, personas, hombres, sabemos que el "negocio" de nuestra salvación está impedido por otros "negocios". Si la historia "pasa" para "quedarse" en la eternidad de la "intrahistoria", lo que tiene que quedar, por el

momento, no es la forja de nuestras almas individuales sino la del alma colectiva. O nos salvamos o nos hundimos todos. Esta es la eternidad del momento. Abandonamos la vertiente de la individualidad para, en la topografía precisa del tiempo, proseguir la escalada por la otra vertiente, que también nos lleva, pero un poco más adelante, hacia el pico del hombre, de blanquísimas y encendidas nieves eternas.

Fijadas así las posiciones, es como podrá Unamuno aleccionarnos en nuestro tiempo desde la eternidad del suyo. Cada época, cada vertiente, tiene sus propios peligros. En la nuestra, tan crítica, se ha extremado, agigantado uno muy viejo: la razón de estado, amalgamada acaso con la razón de iglesia. Como no se puede forjar el alma colectiva sin la acción eficaz del estado, corremos, hemos corrido y correremos todavía más el peligro de que aquél se nos alce con el santo y la limosna y en vez de forjar nosotros con él el alma colectiva trate él de forjarnos un alma planificada y burocrática, un alma desalmada, acorchada, al cabo de la calle de todas las ignominias. Y en medio del mendaz e implacable manejo de las "tácticas" políticas ¡qué descanso la táctica unamunesca, qué descanso el pelear!: "¿Tropezáis con uno que miente?, gritarle a la cara: ¡mentira!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que roba?, gritarle: ¡ladrón! y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta?, gritarles: ¡estúpidos!, y ¡adelante! ¡Adelante siempre!" Cuidado con los mentirosos, con los ladrones y con los tontos adoctrinados y adoctrinadores. Esta es la letanía de Nuestro Señor Don Quijote.

Fijadas así nuestras posiciones es como Unamuno nos podrá aleccionar en nuestra eternidad desde la temporalidad de la suya. Porque su poesía, la que él le ganó a su tiempo, se nos presenta como una "metafísica más profunda". A dos cosas tiene horror Unamuno: a la razón "arrogante" y a la introspección urgadora, casi tanto horror como a la muerte. Que si Unamuno es un buho, no es buho de Minerva. Para escapar a la desazón de la muerte, a la inquisición del entendimiento y a la aniquilación del examen de conciencia se puso a soñar Unamuno, a escribir novelas y poemas, a recrear poéticamente la vida, soñando como Dios y envolviendo al mismo Dios en la nebulosa de un sueño. El pensamiento de Unamuno está en sus "sueños", no en los ensayos en que se debate para explicárnoslos. Su ensayo más extenso, *El sentimiento trágico de la vida,* desemboca en el sueño: en su centro mismo se pone a mitologizar. Si Unamuno pudiera explicarnos por *a* más *b* su idea de la vida y de la muerte no hubiera creado *La tía Tula, Abel Sánchez, San Manuel Bueno, mártir, Niebla*... otras

tantas mitificaciones eternizadoras de la vida española universal, sueños figurados de almas de bulto como jamás se habían soñado. Si Unamuno hubiera creído hacedera la exposición sistemática de su filosofía no se hubiera puesto a reescribir el *Quijote.* Como Goethe, y como todo poeta verdadero, Unamuno toma la imaginación en serio.

Pero es el caso que estos imaginativos imagineros e imaginadores fantásticos suelen ser a las veces videntes. Mientras los sesudos hombres de la política estaban en la inopia más feliz, Unamuno presentía, literalmente, la inminencia de la tragedia española. Abundan las alusiones escalofriantes: la obsesión de la muerte cede, en los últimos años, a la de la sangre. Ganivet, Unamuno, Maeztu, trabajados los tres por el mito de Don Quijote, han sido, cada uno a su manera, profetas. Pero para que tomemos también nosotros en serio la imaginación hay razones más fuertes que las profecías. ¿No es grande cosa, y efectiva, que tres de nuestros escritores mayores hilen por el mismo tiempo su pensamiento en torno al mito de Don Quijote? ¿Es que el *Amadís* nada tuvo que ver en la conquista de América? Y si Humboldt nos reveló ya la "necesidad" científica del descubrimiento ¿no nos ha dicho Alfonso Reyes que su "invención" fué preparada con paciencia y justeza por los poetas? ¿Y la mula de San Ignacio? ¿Estupendo disparate el de una interpretación wagneriana de la compañía de Jesús: Monserrat, el Santo Grial, la caballería a lo divino. Pero esto es ya meterse en libros de caballería.

Eugenio IMAZ.

Llamamiento autógrafo de Romain Rolland en favor de Miguel de Unamuno. Marzo de 1942. — Al final algunas de las firmas que lo autorizaron:

Prof. Sigmund Freud. — John Galsworthy.—Stefan Zweig.—Albert Einstein.—C. H. Herford.—Ernest Barker. — Gerhard Haupmann. — Arnold Bennett. — John Galsworthy.—H. G. Wells. — Frederick Soddy.—Franz Werfel. — Sidney Webb.—Arthur Ponsonery. — George Landsbury. — W. B. Yeats. — Alfredo Palacios.—Ludo Hartmann. (Del archivo del Sr. Iso Brante Schweide).

Pour Miguel de Unamuño

Nous ne laisserons point, sans une protestation véhémente, s'accomplir l'iniquité dont vient de se rendre coupable le Directoire militaire d'Espagne, en déportant Miguel de Unamuño.

Miguel de Unamuño est la plus haute gloire, non seulement de l'Espagne, mais de tous les pays de langue ibérique. C'est une honteuse dérision de voir un gouvernement, qui se dit patriote, découronner la patrie du plus précieux fleuron de son diadème ; et il est lamentable qu'un roi, qui a le

sentiment de la grandeur de sa race, se prête à cette abdication.

Miguel de Unamuño est un héros de l'esprit, le penseur tragique et passionné, qui le premier après les désastres de la guerre hispano-américaine a relevé son peuple aux yeux du monde, a réveillé le génie de l'Espagne, et a forcé ses grandes sœurs latines, la France et l'Italie, à s'incliner devant son ascendant.

Depuis trente ans, son Quichotte héroïque rompt la lance contre toutes les injustices et les bassesses sociales. Sa sombre et ardente lumière brûle les lourdes ténèbres, où étouffe le peuple

d'Espagne. Il est le dernier chevalier de la terre chevaleresque. Son roi ingrat vient de le rejeter. Que le monde soit juge !

Nous, hérauts de la pensée d'Europe, nous crions notre indignation.

Romain Rolland

Mars 1924

Prof. Sigm. Freud John Galsworthy

Stefan Zweig Albert Einstein

C H Herford, Litt.D. Ernest Barker

Gerhart Hauptmann

Arnold Bennett John Galsworthy

H. G. Wells Frederick Soddy

Franz Werfel

Sidney Webb

Arthur Ponsonby

George Lansbury M.P.

W B Yeats

Alfredo Palacios

Thomas Mann

Presencia del Pasado

REGIMEN COMUNAL DE LA PROPIEDAD RUSTICA EN AMERICA SEGUN LAS LEYES DE INDIAS

Por *Federico* ENJUTO Y FERRAN *

LAS leyes de Indias, formadas a través de los siglos que sucedieron al descubrimiento del "Nuevo Orbe", por el célebre Consejo de Indias en España, constituye el venero más precioso y rico que pueda apetecer ningún investigador para el estudio de las instituciones americanas, no sólo de aquel entonces, sino de los actuales que, por tradición, tienen su propia fuente de aquella sabia legislación, única de su clase en el mundo.

No hubiera sido posible, desde un principio, crear un sistema legal, un Código americano, que viniera a resolver las múltiples cuestiones que comenzaron a presentarse en este continente conforme pasaba a incorporarse a la civilización occidental.

Ni siquiera se hubiera podido aplicar directamente la legislación nacional española, porque la diversidad del ambiente y de las costumbres y la nueva vida de relación entre colonizadores e indígenas, constituyeron serios problemas que en nada se asemejaban a los de España y que no podían resolverse sino luego de un detenido estudio, con intervención de personas que tuvieran un perfecto conocimiento de aquellas recientes y extrañas novedades.

Por esta razón las Leyes de Indias son una obra del tiempo, de normas dictadas en diversas épocas y que, luego juntas y recopiladas, vinieron a constitutir un cuerpo legal armónico y coordinado.

---

* Ex Magistrado del Tribunal Supremo de España y miembro del Instituto de Investigaciones Jurídicas y Sociales de la Universidad de Puerto Rico.

Si además de esta cualidad le añadimos la sabiduría y profundidad de sus preceptos, su espíritu de justicia, su inspiración en todo momento en el Derecho Natural y en la equidad, su clara visión que abarca los órdenes jurídico, político, administrativo y hasta internacional, tendremos que convenir que formaba una legislación completamente distinta a todas las otras existentes, levantada sobre cimientos labrados ex profeso para cada región, desde las Provincias que se hallaban en el remoto Océano Pacífico, hasta la diversidad de países del Continente Americano. Y, por otra parte, aquel esfuerzo vital, dando a raudales la sangre y la juventud de sus hombres, trasplantándose a estas latitudes, constituye una empresa que, aunque desaparecida materialmente, en la parte espiritual ha de subsistir imperecedera.

Debemos tener presente que otro Código semejante al de las Leyes de Indias no volverá a dictarse ni repetirse en el mundo, porque otro descubrimiento como el realizado por Cristóbal Colón, no volverá a verificarse en la historia de la Humanidad. Pero, además, por su mismo contenido, tan progresivo y práctico, aquella legislación indiana se adelantó en muchos cientos de años a la nacional y hasta a la más avanzada de Europa en aquellos tiempos y quizás en los actuales.

No es nuestro propósito hacer un análisis detallado y completo de esta legislación de Indias, lo que traspasaría los límites de un ensayo como el que nos proponemos hacer. Hemos pues de reducirnos a una parte de la misma, aquella que se refiere a la propiedad inmueble rústica, y aún nuestro trabajo ha de ser somero, fijándonos en uno de sus aspectos nada más; el que refleja su semejanza con el régimen que sobre la propiedad también ha implantado la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en el antiguo Imperio de los Zares, ya desaparecido.

No sería posible comprender el significado y el alto espíritu que animaba las Leyes de Indias, si no destacáramos primeramente los dos móviles principales que impulsaron a los monarcas españoles en la colonización de América;

uno, el *espiritual* e *idealista;* el otro, *material, temporal* y *humano.* Ambos constituyen los dos principios fundamentales en que descansaba, por encontrarse compenetrados, el dominio y la colonización española. Siendo de advertir que el *espiritual,* tocante a la conversión a la fe católica y a la civilización de los indígenas, fué tratado siempre con mayor atención y detenimiento que el *material.*

Y ya se daban cuenta aquellos monarcas de la importancia de tales fines, cuando en la Ley VII, Tít. II, Lib. II, se expresa claramente que *"en el Gobierno de las Indias lo temporal se ha de corresponder con lo espiritual".*

En este aspecto elevado de sus disposiciones, cuando se ocupa de los indígenas, aquella legislación adquiere un carácter tutelar, casi paternal y amable, de respeto y consagración a la personalidad humana; principalmente cuando trata de la libertad de los indios en forma absoluta, que hoy viene a constituir el principio más fundamental de la vida de todo hombre.

Es también muy de alabar aquel consentimiento y libertad de creencias de los indios, cuando dispone que su catequización deberá verificarse por medios persuasivos, sirviéndose de consejos amistosos y empleando todo amor y cariño para lograr que abandonen sus idolatrías y falsas creencias. A dicho fin recomienda que, para animarlos, se les haga exención de tributos por algún tiempo, y aun permite las dádivas, pero impidiendo el empleo de toda violencia o castigo en sus personas y perjuicio en sus bienes.

Pero, es más, con ser España el país que más se ha distinguido en aquella época por la exaltación de sus creencias y por su propósito firme de conservar en sus reinos la pureza de la fe católica, llegándose a crear, en tiempo de los Reyes Católicos, el Santo Tribunal de la Inquisición, de infausto recuerdo en la historia religiosa de España, por sus caracteres de crueldad y de odio, dejándose llevar del sectarismo y de la intransigencia; pues, a pesar de haberse instaurado aquel Tribunal del Santo Oficio en las Américas por primera vez en el año 1570, en las ciudades de México, Lima, Cartagena de Indias y en la Isla de San Juan de Puerto Rico, donde se estableció la sede, aquellos tribunales, aquí fundados; mostrándose más humanos y

benignos, mitigaron en un mucho aquel extremismo de sus persecuciones y castigos por los delitos religiosos cometidos contra el dogma, como la herejía, apostasía, blasfemia herética, hechizos, encantaciones, supersticiones y otros muchos más contenidos en el largo catálogo de la Iglesia.

Y es lo extraordinario que la condescendencia real de apadrinamiento a los naturales de América, llegara al grado de exceptuarlos de la intervención jurisdiccional del Santo Oficio, ordenándose a los inquisidores que se abstuvieran de proceder contra los indígenas por ninguna de las referidas causas, como así lo dispone taxativamente la Ley XXXV, Tít. I, del Lib. X; mandato real que fué confirmado por un Breve del Papa, Gregorio XIII, a solicitud de Felipe II.

Y deberá tenerse presente, en elogio de esta Recopilación, que según se ordenaba, para los indígenas, atendiendo a su modo de ser natural y primitivo, habían de ser respetadas, aquellas normas adoptadas por los indios antes y después de la conquista, como régimen más a propósito a sus relaciones particulares, y que les fueron aceptadas de acuerdo a la petición que elevaron los indios de Vera-Paz y de otras provincias en tiempos de Felipe II, cuando todavía era príncipe, en que les hacía merced de autorizarlos en sus usos y costumbres tradicionales, cuyo permiso se contiene en el Lib. II, Tít. I, que dice en su

> "Ley IV.—Por ende aprobamos y tenemos por buenas vuestras buenas leyes y costumbres buenas, que antiguamente entre vosotros habéis tenido y tenéis para vuestro buen regimiento y policía; y las que habéis hecho y ordenado de nuevo todos vosotros juntos; con tanto que Nos podamos añadir lo que fuéramos servidos y nos pareciere que conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y vuestro, y a vuestra conservación y policía cristiana, no perjudicando a lo que vosotros tenéis hecho, ni a las buenas costumbres y estatutos vuestros que fueren justos y buenos".

De manera que también se les venía a reconocer a los aborígenes dos diferentes clases de legislación; la de sus *usos* y *costumbres* que habían constituído su sistema de gobierno y régimen particular de vida, y, además, la propia legislación española, en tanto que aquellas reglas consuetudinarias no estuvieran en contraposición con esta últi-

ma, en lo que no conviniera al servicio de Dios y a la conservación y policía cristiana de los naturales; a la inversa, los españoles, como Código único, tenían que regirse necesariamente por las Leyes de Indias y como derecho supletorio Las Partidas de Alfonso X, el Sabio.

Y por la consideración del suelo americano en su totalidad, equiparándolo al solar patrio, como si fuera una extensión del mismo, y por si todo esto fuera poco, en prueba de magnanimidad y Real aprecio y en forma igualatoria, se viene a conceder a todos los indígenas el pleno derecho de *ciudadanía,* en igualdad de derechos a los mismos españoles, a pesar de la diferencia de religión, de idioma y de raza; de forma que conquistadores y sometidos se vinieron a igualar en sus prerrogativas y extensión de derechos.

Y después de todo lo que hemos expuesto, que viene a constituir el introito de nuestro trabajo para darle una mayor comprensibilidad, podemos establecer, en forma sintética, cuál era el régimen establecido para la propiedad inmobiliaria rústica en las Leyes de Indias, en donde podemos señalar claramente las siguientes clases de propiedad:

1º—La absoluta e íntegra propiedad de la Corona de España sobre todos los territorios descubiertos y conquistados en nombre de sus reyes, sin excepción de ningún género; este derecho dimanaba de su condición de *primer ocupante* de todas las tierras descubiertas, sin atender a su naturaleza de *res nullius,* de aquellas regiones, conforme se entendía por el concepto jurídico legal en aquel tiempo, según la Ley de Partidas, de acuerdo con el régimen romano de la propiedad; añadiéndose aquel derecho de *conquista* y *ocupación,* que convertía al Rey en sucesor jurídico de los Príncipes y Caciques de los indígenas que gobernaban en la extensión de las Américas. Aparte de aquel otro título de *donación papal,* meramente espiritual, que envolvía la Bula "Noverint Universi", de Alejandro VI y sucesivos.

2º—Derecho de *posesión* y *usufructo legítimo,* de carácter *comunista* o *comunal,* reconocido a los indígenas

sobre las tierras que disfrutaban y habían disfrutado anteriormente.

Este reconocimiento de la propiedad usufructuaria indígena era legalizada cualquiera que fuere la manera de estar constituída, "*así en particular como por comunidades*", que en esto no admitía distingos la ley, impidiendo que por causa de los repartos de los tierras a los españoles se pueda ocasionar a los indios perjuicio alguno; reservándoles igualmente sus derechos para el aprovechamiento de las aguas y riegos en las tierras en que hubieren hecho acequias u otro cualquier beneficio por medio de su industria personal.

Se dispone que las propiedades de los Caciques y Jefes indios les sean respetadas, "porque después de su conversión a la Santa Fe Católica, es justo que conserven sus derechos y haberse acogido a la obediencia de la Corona, y no se les haga de peor condición de la que antes tuvieron, permitiéndoseles transmitir a sus hijos sus derechos al señorío y cacicato que a ellos pertenecía y se les haga justicia".

Y a fin de prevenir los daños que se pudieran ocasionar a la propiedad de los nativos con los ganados de los españoles, se dispone que éstos se tengan lejos de los pueblos de indios y de sus sementeras y yerbas, y que si se les ocasionara alguno se les satisfaga.

Dispone esta legislación que se considerarán nulos los derechos de los españoles sobre las tierras que éstos hubieran adquirido de los indígenas, en contra de lo dispuesto en la cédulas y ordenanzas, por ser poseídas con título vicioso.

Conviene aclarar que este régimen comunista puro para la raza indígena, era mucho más avanzado que el soviético de nuestros días porque venía a confundirse con el primitivo o natural, preconizado por los anarquistas actuales y en el que viven todas las sociedades primitivas.

3º—*Tierras realengas.*—Esta clase de propiedad pertenecía exclusivamente a la Corona, al Estado, el que podía ceder el *uso* y *aprovechamiento* de sus frutos y producciones a la población civil de América, sin excepción de ninguna clase ni distingos entre españoles e indígenas, ni atender a raza o color, ni a circunstancias de riqueza o po-

breza; el *uso* de esta propiedad era *común* a todos los habitantes.

Como bienes del Estado se consideraban imprescriptibles y perpetuos sin que se perdiera este derecho por el uso continuado de los pobladores.

El disfrute que se concedía ofrece también aquella característica de *comunismo puro* o *natural*, ajustándonos a la definición de que los mismos dieron los Reyes Católicos, cuando decían que eran "*aquellos que nunca se pueden vedar porque los vecinos y moradores reciben agravio*" y "*para que puedan aprovecharse de ellos como de cosa común, por ser de mucho provecho y utilidad de los vecinos*".

Estos terrenos denominados *realengos* o *comunales*, eran los más extensos y estaban fuera de los límites y jurisdicción de los Términos Municipales y por sus condiciones de aprovechamiento se dedicaban a la cría y engorde de toda clase de ganados.

Al igual que dijimos sobre la clasificación anterior este régimen de disfrute común, tenía un aspecto de extremismo social no igualado por ninguna otra legislación moderna.

4º—Los *Ejidos* o *Tierras de Propios.*—Esta clase de propiedad existente también en España, eran los terrenos adscritos a las necesidades de cada Término Municipal, para disfrute, aprovechamiento y recreo de los vecinos de cada población en conjunto. La característica de esta clase de propiedad era la de ser *corporativa* y *social* por excelencia, diferenciándose de las tierras realengas, en que se podía excluir de su disfrute a cualquier persona que no figurase en el censo de población. Como en las otras dos anteriores, la propiedad correspondía también a la Corona.

5º—Los *Repartimientos.*—El derecho de usufructo de las tierras repartidas particularmente entre los colonos y vecinos españoles, adscritos a un Municipio, se verificaba de acuerdo a las necesidades individuales y a los méritos de los favorecidos. Los repartos se hacían equitativamente para que todos participasen "*de lo bueno y mediano y de lo que no fuere tal*", conforme rezaba aquella disposición.

Esta distribución se verificaba para cada colono, en forma equitativa, y consistía en un solar de cien pies de ancho por doscientos de profundidad y, además, "cien fanegas de tierras de trigo o cebada, diez de maiz, dos huevras de tierra para huerta y ocho para plantas de secadal, tierras de pasto para diez puercas, veinte vacas y cinco yeguas, cien ovejas y veinte cabras"; luego señala la ley otras adjudicaciones para personas de calidad por méritos relevantes. (L. I. Tít. XII, L. III).

La distribución se hacía, bien por gracia real o por medio de subasta, "vendidas a vela y pregón y rematadas al mejor ponedor, dándoselas a razón de *censo al quitar*".

Por tanto, vemos que la naturaleza real de la institución era la de los *censos al quitar,* o sea que tenían *carácter temporal,* sin ser siquiera *vitalicios;* el *censatario* era el colono, el *censualista,* el Estado o Casa Real. Después de cuatro años de posesión continuada se autorizaba al colono a disponer del uso del predio, es decir, del censo, y también de sus accesiones por actos intervivos y de última voluntad, pero el *dominio directo* seguía en poder de la Corona; el *canon* consistía en el tributo a percibir por el Erario, y se imponía la obligación de cultivar la tierra en el plazo de tres meses.

Esta clase de propiedad restringida era la que más se asemejaba al derecho de propiedad hispano-romano, aunque sometida a múltiples limitaciones reglamentarias que autorizaban a desposeer a los titulares en caso de incumplimiento y revertiendo a la Corona.

6º—Las *Encomiendas.*—La anterior institución de los repartimientos tenía una íntima relación con la otra llamada *Encomiendas,* envolviendo ambas las ideas de *tierra* y *trabajo,* considerándose existente un pacto bilateral entre el *encomendero* y los indígenas *encomendados,* en virtud del cual los primeros daban al indio la instrucción religiosa y los rudimentos de la civilización europea y los otros donaban trabajo para el cultivo de la finca del encomendero; posteriormente tuvo un carácter más jurídico, al asignarse al indígena un jornal o salario remunerativo de su esfuerzo personal. Esta institución de las encomiendas

hubo de desaparecer a causa de los abusos a que había dado lugar, sobre todo en el trabajo de las minas.

Este derecho de los colonos españoles de uso y aprovechamiento, ostentaba la característica de no ser perpetua y su duración estaba circunscrita a dos vidas, la del encomendero y su hijo sucesor, y a la muerte de este último revertía a la Corona para el otorgamiento de una nueva merced, que habría de recaer necesariamente en persona distinta de los herederos de este último. Tenían el carácter de personalísimos e inalienables y la renta o beneficio producido no podía exceder de dos mil pesos anuales.

7º—Finalmente existía lo que en realidad pudiera considerarse como verdadera *propiedad real* o *dominio absoluto*, sobre terrenos y estancias deslindadas para los Reyes de España, que se les había señalado en diferentes lugares y que eran administrados por sus representantes, y que venían a constituir las únicas fincas en que se confundían en una sola persona el derecho de propiedad completo por la reunión del *jus utendi, fruendi et abutendi.*

Y ésta es la clasificación comprendida del régimen de propiedad establecido por las Leyes de Indias en el continente americano perteneciente a la soberanía española.

La *riqueza hidráulica en América* quedaba de derecho reservada a la Corona sobre las de todas las clases que pudieran existir, cediéndose su *aprovechamiento* a los pobladores y, a este efecto, podemos dividirla en los siguientes grupos:

1º—*Aguas de uso comunal.*—El aprovechamiento y disfrute de esta clase de aguas era de uso común, al establecerse en la Ley v, Tít. xvi, del Lib. iv, que "*el uso de todos los pastos, montes y aguas de las Provincias de Indias, sea común a todos los vecinos de ella, para que los puedan gozar libremente*".

2º—Aguas aplicables al regadío de las tierras pertenecientes a los indígenas, en que se ordena habrán de ser respetadas por los españoles pobladores, mayormente cuando los indios hubieran construído acequias de riego y otras obras apropiadas para este uso. Esta clase de propiedad se regía por las normas consuetudinarias de los mismos indígenas.

3º—Aprovechamiento de aguas pertenecientes y adjudicadas a los colonos españoles para el riego de sus predios con el fin de obtener un mayor beneficio y seguridades de cultivo.

En este caso, aunque la ley establecía el uso comunal, se reconocía la facultad de aprovechamiento por los colonos que hubieran verificado trabajos de canalización o cualesquiera otros de mejora.

La duración y reglamentación de este beneficio se encontraba condicionado al de los repartimientos y encomiendas.

Régimen de la propiedad minera.—Aunque las Leyes de Indias le señalan también un carácter *comunal* o *comunista,* al establecer la Ley I, del Tít. XIX, Lib. IV, "*que las minas de oro, plata y los demás metales sean comunes a todos y en todas partes y términos, conque no resulte perjuicio a los indios ni a otro tercero, ni esta permisión se extienda a los Ministros, Gobernadores, etc. . . .*" es más cierto que semejante régimen de verdadera comunidad no podía existir, ateniéndonos a lo que posteriormente venían a establecer estas mismas leyes.

En realidad el régimen adoptado por esta legislación es idéntico al establecido en todos los Estados modernos, incluso el soviético, considerándose a la Corona, es decir, al Estado, como única y exclusiva propietaria de los yacimientos mineros descubiertos y por descubrir en estos territorios.

El Estado podía ceder a los particulares, sin excepción entre españoles e indígenas —así lo ordenaba la misma ley— la explotación y beneficio de esta riqueza y aun es posible que se otorgasen mayores prerrogativas a los indígenas sobre los españoles, al concedérseles determinadas exenciones en caso que denunciaren minas desconocidas; no existía canon alguno por la concesión y el derecho del Estado consistía en la percepción del *quinto* del mineral obtenido, cuando pasara a circulación.

En otros aspectos el *régimen gubernamental* español, quedaba fundado en el principio de *unidad férrea.* Todos los Poderes quedaban centralizados en sus variados aspec-

tos de religión y moral, por el patronato eclesiástico que correspondía a la Corona sobre las Indias por concesión papal; en el legislativo, ejecutivo y judicial, tanto de orden civil como criminal, estaban constituídos dentro del régimen y gobierno de las poblaciones, de acuerdo con una gran autonomía municipal; comercio interior y exterior y comunicaciones marítimas, fomento de la riqueza, Instrucción Pública, Sanidad, etc., etc.; todo estaba reglado por el Estado, lo que equivalía a mantener un control total sobre todos los órdenes de la vida.

A conseguir esta finalidad y resolver y estatuir sobre tan complejos aspectos de la gobernación de estas Provincias, se crearon dos instituciones íntimamente ligadas; el Real Supremo Consejo de Indias, que como su nombre refleja, se le concedieron por la Corona excepcionales prerrogativas sobre el gobierno, administración de todas las regiones pertenecientes a España que estaban radicadas en este continente y en la Oceanía.

La obra realizada por este Consejo a través de los siglos en que estuvo constituído, se encuentra encerrada y aún viva dentro de aquella compleja multitud de disposiciones, decretos y ordenanzas que durante todo aquel tiempo vino a dictar, componiendo el tratado legislativo y realizando la obra más original y detallada que haya podido realizar, en la historia de la Humanidad, nación alguna.

Pero, al mismo tiempo, como institución adscrita a este Supremo Consejo, viniendo a constituir una filial suya, se creó la *Casa de Contratación de Sevilla,* para atender y ocuparse de todo lo relativo al tráfico marítimo con sus Provincias de Ultramar y al desarrollo y fomento del Comercio y de las Comunicaciones en todos los órdenes, cuya medida equivalía al establecimiento de un monopolio centralizador.

El tráfico comercial debería verificarse necesariamente por el puerto de Sevilla, tanto a la ida de las mercancías españolas como a su retorno de las Indias con los productos de América. Posteriormente ante el aumento gradual de los nuevos productos hubo de abrirse a este tráfico otros puertos, como los de Canarias, Cádiz, Málaga, Alicante,

Coruña, Santander, hasta que quedó, en fecha muy reciente, descentralizado el comercio americano con España.

Se atendía por el Estado a éste, poco a poco, floreciente comercio y comunicación interoceánica, por medio de sus escuadras y flotas de guerra, indispensables para custodiar los otros navíos mercantes que hacían la travesía y transportación, y siempre mediante un control riguroso para verificar la vigilancia e inspección necesarios para el cobro de los derechos e impuestos correspondientes.

Muy duramente ha sido criticado este sistema comercial y de tráfico marítimo implantado por España, por la mayor parte de los historiadores actuales, considerando a este monopolio y sistema centralizador, como una de las causas principales de la pérdida de las Provincias de Ultramar. En realidad, los motivos de aquella falta de eficiencia del sistema, fueron muy complejos, debiéndose considerar de modo principalísimo la tardanza de las comunicaciones transatlánticas, el poco conocimiento necesario y completo de aquellos mares y de aquellas rutas, la insuficiencia de detalles en las cartas geográficas de esa época, que convertían en arriesgados y peligrosos aquellos viajes que duraban varios meses.

Esta lejanía entre la Metrópoli y las regiones americanas y de Oceanía —ya lo reconoce Solórzano a principios del siglo XVII—, hacía que las disposiciones emanadas de España, al llegar a estas tierras, fueran desvirtuadas y perdieran una parte de su eficacia.

El fracaso indudable de la *Casa de Contratación de Sevilla,* más que al régimen de monopolio y centralización, obedeció a motivos materiales y morales bien diferentes de los que aducen historiadores y críticos; y entre otros pueden contarse la enorme extensión de aquellos dominios, lo reducido de nuestra flota comercial en relación a la tarea que tenía que llevarse a cabo y más aún de la de guerra para mover y comunicar aquel inmenso volumen de mercaderías que se necesitaban, desde territorios tan lejanos, como las Filipinas, por ejemplo.

Pero, además, y como complemento principalísimo, conviene tener presente y recapacitar sobre el odio y la

envidia al inmenso Imperio español por las demás naciones europeas, odio y envidia que motivaron la piratería.

Pero es el caso que no debería ser tan equivocado aquel sistema cuando vemos en nuestros días y en estos mismos momentos, que la mayor parte de las naciones de Europa han resuelto la adopción de aquel régimen centralista y de monopolio, mientras España hacía cerca de 500 años que lo puso en práctica.

Y una vez señalado a grandes rasgos el modo de encontrarse constituído el régimen de prosperidad inmobiliaria rústica en las Indias, réstanos establecer, aunque sea someramente, su compación con el otro que rige en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que, repetimos, es el que mayores analogías presenta con el de Hispano-América colonial.

En primer término, ambos sistemas tienen de identidad el establecer de modo rotundo que toda propiedad territorial, como las otras especiales de las aguas y del subsuelo corresponden de derecho al Estado, al que compete establecer los principios y fundamentos sobre su usufructo.

Por el contrario, en mucha parte, se diferencian en que el régimen español es mucho más extremista y radical que el soviético, por cuanto incluye y reconoce las dos clases de *posesión* y *uso, el indígena* y el *realengo,* de franco carácter *comunista puro* o *natural,* en tanto que la Constitución soviética se dirige más a lo corporativo y social.

Y es interesante hacer resaltar una cierta similitud en la expresión del comunismo de esta propiedad inmueble entre la ley de Indias y la soviética, cuando la española se expresa diciendo: "*Nos hemos ordenado que los pastos, montes y aguas sean comunes. . .*", que parece tener una cierta concordancia con el artículo 1º de la Constitución soviética de 1918, en donde también se dice: "*Toda propiedad sobre las tierras, el subsuelo, los bosques y las fuerzas naturales queda abolida. . .*".

Respecto a los *repartimientos de tierras* a los colonos españoles, podemos advertir su semejanza con la *propie-*

dad koljosiana del artículo 7º, párrafo 2º de dicha Constitución, donde se concede el derecho usufructuario a perpetuidad y aunque la ley soviética reduce la posesión del individuo a un pequeño *terreno contiguo a la casa,* que contrasta con la extensión del predio que se le señala al colono español, tenemos que convenir en que el fin perseguido por la Ley de Indias de poblar y dar beneficio a aquellos inmensos territorios incultos y casi deshabitados que en América existían, en cuyo caso no se encuentra la nación rusa actual, con la diferencia que en Rusia esta propiedad es perpetua mientras que en América era sólo temporal, conforme disponía esta legislación.

En cuanto a los *Ejidos, Encomiendas* o propiedad cocolectiva municipal y hasta en la *Propiedad privada de la Corona,* o sea el Estado, —la única y verdadera propiedad— encontramos infinitas analogías entre los dos sistemas que concuerdan en lo fundamental, con la diferencia de que, en las *Encomiendas* no se llegaba a la perpetuidad de la concesión, como hemos visto se permitía en la Constitución soviética, aunque ambas coinciden en que esta clase de concesiones eran *inalienables* y *personalísimas.*

La Constitución rusa es mucho más amplia que la de Indias en cuanto que abarca la incautación de toda clase de propiedades, industrias, medios e instrumentos de producción, tanto muebles como inmuebles.

Existe casi coincidencia entre la propiedad corporativa del artículo 3º, párrafo 1º, con la otra de igual clase de los *Ejidos* y *tierras de propios.*

En cuanto a las propiedades especiales de disfrute y aprovechamiento, como la de *aguas* y *riqueza minera* o del *subsuelo,* según el artículo 6º, del Cuerpo fundamental soviético, como en las Leyes de Indias, también pertenece al Estado.

Existen, cierto es, diferencias de forma entre los organismos y los modos de aprovechamiento de riqueza entre Rusia y América, que pudieran ser de alguna importancia, pero esto obedece a la diferencia de épocas, sin que influyan directamente sobre la semejanza entre los dos sistemas.

Y estimamos que no puede existir duda de la íntima relación entre el *Real* y *Supremo Consejo de las Indias,* con el otro *Consejo Supremo del Soviet,* que imprimen impulso a todo aquel mecanismo gubernamental, según consta en los artículos 30 y 31 de aquella Constitución, salvo en el origen de ambos, porque el primero nace por voluntad Real, en tanto que el otro por la decisión corporativa del pueblo ruso.

Finalmente, en España como en Rusia, el Comercio y las Comunicaciones de todas clases se encuentran intervenidas y monopolizadas por ambos Estados de un modo rígido; en España, por medio de su Casa de Contratación, y en Rusia por los órganos que menciona el artículo 14, letra h) de su Carta Orgánica.

PERO existe una honda sima que separa los dos regímenes y los convierte en diametralmente opuestos entre sí; es la cuestión de la fe religiosa que para España era la verdadera fuerza impulsora de toda la Conquista, en contradicción con el sistema soviético, creado por hombres sin fe en Dios. Y esta diferencia tan sólo, pero en punto tan esencial las convierte en irreconciliables.

No puede existir duda de que la Iglesia Católica desde el principio del descubrimiento del Nuevo Mundo hubo de dar su beneplácito y la correspondiente aprobación al gobierno implantado en América por los Reyes de España; así lo confirman y atestiguan las diferentes Bulas, Breves y Decretos Pontificios dictados por la Santa Sede, siendo la más importante de todas la Bula expedida por el Papa Alejandro VI, en 4 de mayo de 1493, conocida por la Bula "*Universi Novarum*", amén de otras múltiples y variadísimas que así lo demuestran. Pero, además, no se conoce la más ligera protesta ni oposición alguna de la Iglesia sobre aquel sistema comunal de la propiedad territorial que rigió en América durante cuatro siglos sin interrupción, que fuera expresada ni por aquel Pontífice ni por sus sucesores.

No trata la Iglesia en esa célebre bula "*Universi Novarum*", solamente de la propagación de la fe, que era de importancia vital para el Pontificado; por dicha Bula se con-

cedía plena autorización a la Corona de España en todo lo referente al gobierno y administración de estos reinos.

Más tarde, el mismo Alejandro VI, en 16 de diciembre de 1501, dictó otra nueva Bula haciendo cesión a la Corona del tributo de los *diezmos* y *primicias*, que tradicionalmente en todo el mundo, era reconocido como exclusivo de la Santa Sede, cobrándolo y percibiéndolo para su erario en todos los Estados Europeos, incluso en la misma España.

Pero donde todavía más se precisa y define esta intervención y beneplácito de la Iglesia respecto al gobierno y administración de los Reyes de España en Indias, es cuando el sucesor de Alejandro VI, Julio II, en 5 de agosto de 1508, vino a conceder por otra nueva Bula a aquellos soberanos el *Patronato Real*, en todo lo eclesiástico para todos los Estados de las Indias. Pero aun estas mercedes y gracias de los Pontífices a la Corona, fueron aumentadas por otra concesión del mismo Papa Julio II, para que nuestros reyes pudieran aprovecharse de las limosnas que se ofreciesen a la Iglesia con motivo de la Santa Cruzada, considerándolos como "*questores*" de la Santa Sede, de acuerdo con el Concilio Tridentino.

Muchas fueron las disposiciones canónicas dictadas por la Iglesia en su compenetración absoluta con la Corona española, sobre el régimen establecido por esta nación en sus Provincias de Ultramar, sin que aparezca en ningún momento la más leve protesta por parte de la Santa Sede; por el contrario, aquella intimidad de relaciones perduró a través de los siglos; uniformidad de relaciones que comprendían no solamente lo espiritual sino también lo temporal y de buen gobierno, ya que, según los canonistas y juristas de aquella época, los soberanos de España eran considerados como *Delegados, Ministros* y *Agentes* de la Iglesia en América.

Y luego de señalar este indudable acuerdo entre la Iglesia y el Estado español, durante un lapso de cuatrocientos años, que terminó cuando empezó a regir el Código Civil español en las Islas de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas en el año 1891, habiendo persistido durante todo ese tiempo sin interrupción aquel régimen comunista; cuando en el año 1917, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas,

instaura en Rusia aquellos mismos principios de la dominación española, aunque en forma más restringida, aquella misma Iglesia, olvidándose de su beneplácito y delegación anterior y de aquellas célebres Bulas de Alejandro VI, Julio II, Gregorio XIII, y tantos otros posteriores, levanta su voz doctrinal y lanza su anatema en contra de un sistema de gobierno que hasta hacía pocos años había preconizado y reconocido como justo, calificando el régimen soviético de *"disolvente del orden social"* y herir los *"sagrados principios de poder disponer cada uno de aquello que le pertenece"*, sin parar mientes en su anterior concordancia con el Imperio español ni en la íntima relación existente entre el sistema del Soviet y el otro español relativo a la propiedad particular.

Muchas han sido las Encíclicas y Pastorales donde el Pontificado ha hecho manifiesta su protesta respecto a las doctrinas comunistas; podemos citar como principales las "Miserentissimus Redemptor", "Trigessimo Anno", "Caritate Christi", "Acerba Animi", "Dilectisima Nobis", siendo la más interesante de todas la de "Rerum Novarum" suscrita por León XIII, que en muchas de sus partes nos resulta admirable en su profundidad y espíritu cristiano.

Parece que la Iglesia debiera decidirse en un sentido o en otro, reconociendo su aquiescencia para el régimen español casi idéntico al soviético fundamentalmente, y terminando su oposición —en lo que respecta a la propiedad— en cuanto al sistema ruso; indicando que aquella oposición a todo ese régimen obedece a la repulsa de la religión católica y más que nada al ateísmo de que hace gala al señalar que *"la religión es el opio de los pueblos"*, de acuerdo con la conocida frase de Karl Marx.

Y es conveniente que nos percatemos de aquella rara coincidencia entre España y Rusia. España situada en el *extremo occidental* de Europa, arrebatada por el espíritu de enardecedora fe y por su ideal católico, crea en América, en el siglo XV, un nuevo sistema de gobierno, desconocido hasta entonces, sistema, que más tarde lo adopta íntegramente o lo vuelve a crear coincidiendo —que esto convendría dilucidarlo— el Estado Soviético en el año 1917, en forma modernizada, más amplio, segura-

mente, pero exacto en su concepto fundamental y también a impulso de otro alto ideal, la protección al débil y al menesteroso, en favor de las clases humildes de la humanidad; por cuyo fervor, también de carácter místico y cristiano, los hace recurrir y llegar al *extremo opuesto de la no creencia;* y esto viene a suceder en Rusia situada en la otra parte, en el *extremo oriental* de la Europa.

He aquí dos clases diferentes de extremismos; uno *material* de situación geográfica entre estas dos naciones; otro evidentemente *espiritual;* de *extrema Fe Católica* por parte de España; de *ateísmo y de incredulidad* en el soviet. Una vez más se repite el principio de que los extremos se tocan y encuentran y en este caso llegan casi a coincidir exactamente.

Por algunos se objetará que ambos países situados en la periferia del continente europeo, estuvieron por largas centurias separados del núcleo civilizador del centro de Europa, pero a nosotros se nos ocurre meditar, como si entreviéramos la existencia de algo esotérico y providencial, en el destino de los pueblos y de los hombres, cuyo secreto insondable no nos es permitido penetrar.

No existe posibilidad en el reducido espacio que hemos dado a este estudio, desarrollar con la debida extensión un tema tan complejo como "El Régimen Comunal de la Propiedad Rústica en las Leyes de Indias", tal y como se encontraba instaurado en Hispano-América.

Nuestro propósito no ha sido otro que señalar la semejanza entre el régimen español y el implantado por el Soviet en nuestros días.

En una obra, próxima a aparecer, procuramos tratar el asunto con la detención doctrinal que se merece.

Finalmente, queremos advertir que en nuestro trabajo no nos ha movido impulso partidarista alguno en defensa o ataque a cualquier institución o régimen implantado en la actualidad, tanto civil como religioso, de cualquier orden que sea. Perseguimos una finalidad científica exclusivamente; porque la labor del investigador debe ser fría y desapasionada en su rebusca de la verdad.

APUNTES SOBRE EL INDIO PERUANO Y SU VIDA

Por *F. COSSIO DEL POMAR*

No podríamos concebir la marcha perfecta del estado comunista incaico sin las cualidades primigenias del indio peruano; cualidades capaces de sacar victoriosa cualquiera forma de organización que estuviera de acuerdo con la templanza de este pueblo pasivo, perseverante, ordenado y creyente. ¿Qué mejor material humano para fundar una nación? Los cronistas de la conquista no pueden entender tantas virtudes. Juzgan a los indios desde un punto de vista europeo y, cada uno, a través de su propio temperamento o de prejuicios psicológicos o morales. Como las virtudes de los indios no encajan con justeza en las virtudes teologales, por intolerancia, les cuelgan todos los vicios, so pretexto que los esconden bajo la capa de la simulación.

Conociendo la rígida educación de los incas podemos entrever la verdad de los hechos. Ninguna nobleza está sujeta a más dura disciplina y normas más exigentes, en lo que respecta al carácter del individuo. Al futuro inca y los jóvenes principales de 18 a 20 años, se les somete a violentos ejercicios. Se le obliga a soportar flagelaciones sin gritar. Los pies deben encallecerse en marchas penosas. Durante las pruebas de entrenamiento, después de bajar y subir montañas y dormir a la intemperie, en pantanos o rocas, doncellas escogidas de catorce a quince años, exigen del joven diarias muestras de amor. Cuando el neófito sale victorioso de estas pruebas físicas, en una ceremonia especial, le perforan las orejas con discos de oro y se le considera digno de ocupar el puesto y rango que le corresponde en la corte y la administración del Imperio.

Asegura Garcilaso que el pueblo no recibía ninguna educación y se funda en que el inca Tupac Yupanqui decía: "Al pueblo no es lícito darle educación, porque como gente baja no se eleve y ensoberbezca y menoscabe y apoque la república". El inca se refiere a que los indios deben seguir una estricta jerarquía. Señala a cada uno la función que debe desempeñar en el Estado. En la disciplina de la nación, cada individuo debe mantener su rango y capacitarse para ocupar un puesto, señalado de antemano, en la organización de la sociedad incaica.

Esta disciplina, aliada a la tenacidad con que el indio se aferra al pasado y a la tierra, explica la fuerza de supervivencia que mantiene al indio sin cambiar, a pesar de la coca, el alcohol y la servidumbre. El indio sigue de pie, luchando contra la fatalidad de los hechos sociales que han tratado de aniquilarlo, de deformarlo. Cada siglo lo encuentra con la misma alma que le dejó el primer inca.

Tiene razón Waldo Frank al afirmar que, cuanto más se estudie al indio, menos se le comprenderá. "Para comprender el mundo de la América Hispana y conocer al indio, es necesario modificar todo juicio que parta del concepto europeo de la persona. Las nociones comunes referentes al Estado, al alma, al monarca, a la propiedad, al matrimonio, a la moral, puesto que se derivan de un concepto europeo, no deben aplicarse a formas indias análogas".[1]

En los últimos tiempos, observadores menos apasionados que los de la conquista, y más profundos, vieron que el indio "no es sólo hombre de color bronceado, de ojos rasgados, de pelo lacio y grueso, sino también todo aquel que siente su alma enraizada con la naturaleza americana".[2]

Profundizando en esta naturaleza, se ha podido descubrir lo que hay detrás de la cobriza epidermis del indio, la razón de sus pensamientos, gestos y normas de vida. "La actitud del indio peruano se cubre de la dignidad y la

---

[1] Waldo Frank: *América Hispana.* Edit. Ercilla, 1937.

[2] Uriel García: *El Nuevo Indio.* Edit. Rozas, Cuzco.

pasividad característica de todos ellos. Indiferentes en apariencia, nada escapa a su malicia agudizada por el mal trato y la represión... Sus reacciones íntimas hacia el blanco, se esconden casi siempre bajo la máscara de esa indiferencia, que no sabe uno ya si es apatía, o es supremo desdén".[3]

Este hermetismo, difícil de romper, lo conserva el indio peruano a través de todas las vicisitudes, como conserva su presteza física. El cuerpo esbelto, los hombros anchos, la cabeza pequeña, la cara alargada, bronceada, con reflejos rojizos y verdes en las mejillas. Entre los grupos se notan diferencias en los rasgos fisonómicos. Los indios chillques, de Paucartambo y Pararuro, son los más hermosos; conservan el cabello largo; los ojos grandes, sonríen siempre bondadosos al hablar, aunque la mirada no es tan inteligente y astuta como la de sus hermanos, los mascas del Cuzco. "El indio del Perú, dice Moisés Sáenz, aventaja a sus hermanos de otros países en el vigor de su personalidad callada, en la mayor persistencia de ser y en su afán de redimirse por sí mismo, indicio comprobatorio de que lleva en él la capacidad de la propia redención. Aporreado y todo, por cuatrocientos años de adversidad, el indio del alto Perú sigue siendo un digno descendiente de los incas".[4] El mismo hombre sufrido, de mirada sin pensamiento, trotando con la carga a la par de su recua o inmóvil por horas contemplando el rebaño, sin proyectos, sin inquietudes, rumiando mansamente la vida. La coca y el alcohol lo ayudan. El blanco es pródigo con estos venenos, y sabe que es el mejor medio para uncirlos al arado.

Ante el indio se coloca el antropólogo, el sociólogo, el artista, el fotógrafo. El sociólogo es el que más preguntas se hace, al analizar su aspecto socarrón. ¿Sufre verdaderamente? ¿Es feliz? ¿Está conforme con esta vida rudimentaria? ¿Puede un hombre vivir sin inquietudes, sin aventuras, sin personalidad? Y el indio, recalcitrante, deja que miren la envoltura de su existencia orde-

---

[3] Moisés Sáenz: *Sobre el Indio Peruano.* México, 1933.

[4] *Ibid.*

nada, monótona, pasiva. Es su coraza. A fuerza de actuar oprimido, sometido a leyes extrañas, ha ido adquiriendo un sentido mimético que lo defiende de la turba de explotadores: autoridades, abogados, gamonales y políticos; "protectores" de todas layas. ¿Para qué descubrir su alma? Sabe que si piensa, si actúa, si protesta, provocará la intervención de los hombres que lo acechan. Teme a las balas y al despojo. Entonces, más vale decir "quién sabe" y sentarse indefinidamente, por horas enteras al pie de los Andes . . . y esperar.

TRISTEZA INDIA

"Oh, raza fuerte de la tristeza!", exclama Chocano, el poeta de América. Y la tristeza ha sido el poncho donde se esboza el indio para no dejar transparentar su alma. Como que marca el punto álgido de su indiferencia con el blanco.

La tristeza india no es resignación, sometimiento, miedo al destino. No pertenece a ninguna de las clasificaciones que se han hecho de la tristeza en la psíquica europea; no tiene parentesco con el hartazgo que produce el *spleen* inglés; no es nostalgia, saudade, neurosis, ni menos aún esa exigencia renovada del deseo en que se funda el pesimismo de Schopenhaüer. El indio peruano no siente la tortura del deseo. Por eso hace "la desesperación de los *civilizadores* criollos de la ciudad, porque no quiere nada y se niega a querer. Sabe que desear las cosas es quedar atrapado en el mundo del extranjero, porque querer es pedir y pedir es ofrecerse él mismo como pago. Y aunque muera su hijo no quiere la higiene actual. No quiere un arado moderno, aunque el maíz sea escaso; ni una casa nueva, aunque su prole no quepa en su choza de adobe. No quiere leer. No quiere votar. No quiere querer".[5]

La tristeza en el indio tampoco es morbosidad decadente. Es un filtro que pone al indio en contacto con los goces del espíritu. Un espasmo que los arrastra por

[5] Waldo Frank: *América Hispana.* Edit. Ercilla, Santiago de Chile, 1927.

senderos que ellos solos conocen. Por eso, nunca podrá comprender el europeo el paradójico deleite que encuentra el indio en la tristeza, la sabiduría y el ingenio con que se empeña en producir situaciones tristes, como se produce un bálsamo o una droga para saborear emociones.

Ningún blanco podrá oír con serenidad la abrumadora melancolía de un "ayarachi", el canto fúnebre de kechuas y collas, suma expresión de la pena. El ayarachi acompaña la agonía de los muertos, el final de las fiestas y borracheras, los crepúsculos, el camino al cementerio. Todo lo que muere y se encamina hacia lo desconocido. Cantan el "ayarachi" hombres y mujeres con voces entrecortadas por sollozos, acompañadas por la tinya, pequeños timbales que cuelgan del meñique. Para el clímax, triste se escoge el momento de la lluvia, la helada la hora en que el paisaje se despoja de sus adornos de luz. Al conjuro de la melodía brota la tristeza que el indio recoge con la sensibilidad de sus cinco sentidos templados en las cuerdas del charango.

Y cabalgando en la tristeza se sumerge en el misterio cósmico del Ande.

En las diversas escuelas indianistas que se cultivan en América desde la conquista, se ha explotado el "sentimentalismo" del indio como material exótico de primera para episodios melodramáticos y aventuras románticas. A fuerza de lograr "efectos" literarios se ha llegado a dar al indio un carácter convencional, muy en desacuerdo con su idiosincrasia.

Uno de los temas preferidos es el amor que despiertan en las indias los apuestos soldados de la conquista o los guerreros indios que lucharon por la libertad. Desde la Malinche o Cortés, en la conquista de México, Lautaro y Guacolda, en la Araucana, la Cautiva y Tabaré, hasta la india incógnita, descrita por los poetas románticos, se da a los españoles e indios el mismo carácter: Todos hablan y piensan en castellano. En encendidas frases declaman su dolor:

"Duélate mi amargo lloro
y mitiga mi pasión".[6]

Lirismo bien ajeno al sentir del indio y opuesto a su aversión reconocida por el blanco.

Una característica en sus sentimientos, es el mutismo en que los encierra. El indio no es expansivo como los hombres de otras razas, no conoce la tortura de los problemas del amor, como el europeo. Sus relaciones amorosas son simples y serenas. "Es fiel constante del amor; rarísimo, con rareza de fenómeno, se da el caso que un indio puro requiera de amores a dos o más mujeres a la vez, y creo que difícilmente lleguen a tres por ciento los casos que el marido deje a su compañera por otra".[7] Algunos observadores poco profundos, han juzgado mal esta pureza afectiva del indio. Lo atribuyen a degeneración o insuficiencia mental. Torpe en extremo, esta afirmación se desvanece con sólo observar la intensidad con que el indio ama a su mujer, a medida que comparte con ella la vida.

Hay un proverbio kechua, parecido a otro maya, que dice: "El hombre que ama demasiado, que mejor diga que no vive". Esto revela un sentimiento de repulsa al encadenamiento que significan las pasiones. El individuo del ayllu no puede darse por entero al amor. No se pertenece. Su vida pertenece al Inca, al grupo, a la familia. El amor tiene que ser el complemento de un deber de perpetuación, que no excluye sentimentalismos, como lo prueba la poesía kechua: los versos del yarahui, del huayno y la leyenda de Ollantay. Pero el sentimiento amoroso está supeditado a las alegrías y pesares del grupo.

"Cuando el indio dice: "Hasta el amor tiene tristezas", se refiere a las enfermedades, a la separación, las dificultades que se interponen entre los seres que quieren amarse y nunca a los celos, la maldad, las sutilezas perversas que martirizan a los civilizados".

González Prada es el primero que pone en evidencia la expresión sentimental del indio. Cuando le hace hablar, las palabras están de acuerdo con la realidad de sus senti-

---

[6] Véase Clemente Altahus: *Obras Poéticas.* Lima, 1872.

[7] Eguren de Larrea: *Cuzco. Su Espíritu.* Lima, 1929.

mientos. El lamento de la india va ante todo por las cosas que le rodean: paisaje, familia, animales y cultivos. "Adiós, ¡oh mi choza! Adiós, ¡oh mis campos!".[8] Después de su choza y sus campos viene el dolor por la ausencia del hombre amado, compañero de su hogar y padre de sus hijos.

Así, en frases pequeñas como sollozos, el indio se queja y ama. La respuesta que da la mujer al requerimiento amoroso, "Imaynachá" (quién sabe como será), en lugar de expresar un vago estado del espíritu, es más bien la invitación al enamorado para que él mismo busque la respuesta. La voluntad en un pueblo que no está acostumbrado a usarla, es una iniciativa que con placer se confiere a otro. Imaynachá: "resuelve tú". "Hazlo tú si tienes fuerzas". Razón tiene Uriel García al afirmar: "El indio no tiene ese lirismo que se le atribuye; es amor de macho que se apodera de la india por la fuerza de la virilidad antes que por la persuasión sentimental . . ." "La india, antes que persuadirse con deliquios amorosos, se entrega al varón que la oprima en sus músculos".

Hay algo y hay más de lo que puede explicar este abrazo impetuoso y este pasivo consentimiento. Algo que se puede sorprender en la mirada de la mujer india, en los momentos en que mira al hombre y con recato baja los ojos para ocultar sus sentimientos. Pero basta un minuto, basta un segundo, para dejar ver la tremenda dulzura que guarda para el amor y la intimidad. Su sonrisa no encierra enigmas. Asoman los dientes blanquísimos y brillan sus ojos cuando los labios apretados murmuran, apenas sin moverse: *Imaynachá.*

PAISAJE ANDINO

Acaba de pasar la lluvia. El sol promueve resplandores de azulejos en la humedad de rocas y piedras. Se alumbra el cirio de los cactos oscuros. En las praderas reverbera la grama y la paja se disfraza de pasto. El burro, paso a paso, sube la cuesta esquivando las espinas de los *llaullis* y los *huayllares,* lodazales cubiertos con un manto engañoso de verdura. Las dos indias, redondas bajo sus

[8] González Prada: *Baladas Peruanas.* Santiago, 1935.

diez sayas, alternan su cansancio sobre el lomo cargado del animal... "Aquisito no más". Y allá, a dos leguas, en un hueco de la quebrada, está la chacra rodeada de ppatakisca, con sus puercos, sus gallinas, sus cuyes, su huerto de tunas, su pobreza y su paz.

FLOR DE ÑUGCCHU [9]

En el valle florido de Paucartampo. La selva se arrastra hasta llegar al pie de los Andes, para refrescar su cabellera en las vertientes de los nevados.

Descendemos por las cuestas empinadas hasta llegar al pueblo escondido en un repliegue de la montaña. Suben bocanadas de aire tibio trayéndonos el eco del cantar fanfarrón de los gallos.

Juan Quispe, el cabello largo anudado sobre las anchas espaldas, nos sirve de guía. Es el primero en llegar a su casa, en las afueras del pueblo. En la puerta, nos recibe su mujer, los hijos y los perros con alborozo de júbilo. La mujer es una india joven y bonita. La llamamos "Flor de Ñugcchu". Tiene una piel color de durazno y grandes ojos negrísimos. Apenas si ha cruzado una mirada con el marido. No ha dado ninguna muestra de emoción después de tan larga ausencia. En silencio se ocupa en arreglar los bultos que descargan los arrieros de las bestias. Sin despegar los labios, va y viene, disponiendo el lugar de las cosas.

Intrigado observo la fría indiferencia de estos dos seres, la falta de sentimiento del indio, la ternura engañosa en los ojos de la india. Acabados sus quehaceres, "Flor de Ñugcchu", extiende un petate bajo el árbol del patio donde Juan no tarda en venir a tenderse boca abajo, la frente apoyada sobre las manos cruzadas.

"Flor de Ñugcchu", con el andar saltarín y quedo de los llamas, viene a arrodillarse a su lado. Sin decir palabra, se desprende el gran alfiler que sujeta la lliclla [10] sobre el pecho; frunciendo el entrecejo, muy atenta, comienza a buscar en la espalda de marido los "piquis" escondidos

[9] Flor roja de la región andina.

[10] Manteleta que llevan las indias sobre hombros y espalda.



COSSIO DEL POMAR. Paisaje andino. *Oleo.*



Cuzco. Cristo de los Temblores.

bajo la piel. En silencio, atenta, prosigue la operación. Transcurren algunos minutos y Juan levanta la cabeza; mira a su mujer, como si acabara de reconocerla y le pregunta en kechua:

—¿Kcanchu canqui? (¿Eres tú?).

"Flor de Ñugcchu", mirándolo fijamente en los ojos, responde:

—Ari, noccan cani. (Sí, soy yo).

¿Eres tú?, ha preguntado el indio. Quiere decir, ¿eres la misma mujer hacendosa y fiel que yo dejé? ¿No has hecho nada para injuriar nuestro hogar? ¿Eres la misma y no has cambiado?

Y, cuando ella, sin sombra de culpa, sin remordimiento, puede responderle, mirándole en los ojos, "soy yo", se abrazan. Con las cabezas juntas, los labios se mueven imperceptibles, dejando pasar dulces palabras en lengua kechua. . . Y en murmullo de oración, se hacen confidencias.

LAS PROCESIONES

En las fiestas religiosas es donde se ve aparecer el sentimiento personal del indio. Al contacto de la fe religiosa surge su necesidad de expresión. En presencia de Dios y los santos, en quienes confía sobre todas las cosas, se aparta del grupo para ser él, para implorar por su alma, que siente suya ante la amenaza del misterio. Y al sentirse solo, olvida el Ayllu, los sembríos, los gobiernos y su esclavitud. Y su alma lanza el grito desesperado de su angustia. Dura unos minutos esta ascensión de su yo a las alturas . . . Todo pasa luego. Cuando suena la quena y se oye la voz de mando, el indio resignado vuelve a meterse en las filas del rebaño.

Es en las ceremonias religiosas donde podemos observar esta exaltación inesperada de la individualidad india, y es en las procesiones donde la vemos, exaltada bajo el peso de las andas, con la divina carga del Santo, que es la única razón de esperanza en su vida.

Sigamos al indio en la Procesión del Corpus del Cuzco, uno de los más notables espectáculos religiosos del mundo. Para esta fiesta religiosa, vienen de varias leguas a la re-

donda congregaciones de indios y pueblos en masa, cargando en andas a sus santos favoritos. Participantes de honor son San Sebastián y San Jerónimo, patronos de dos pueblos indios vecinos del Cuzco. San Jerónimo, situado a mayor distancia de la ciudad, para concurrir a la procesión tiene que atravesar la larga calle de San Sebastián, el santo rival. En las sombras de la noche emprenden la marcha. Treinta, cuarenta, cincuenta indios descalzos cargan la pesada anda donde se yergue el santo sosteniendo en la diestra un báculo de oro incrustado en pedrerías. En silencio de sombras avanza el Santo entre luminarias. La roja túnica dibuja en la noche puntiagudos aceros con los reflejos de su seda.

Los sebastianos, prevenidos, esperan emboscados en las bocacalles y en los techos de su magnífica iglesia. Vigilan. Al grito de "allí vienen", se precipitan con palos y piedras. Comienza la batalla para no dejar pasar al Santo, hasta que no emprenda San Sebastián la marcha. Aquí comienza un fantástico desfile por la carretera. San Sebastián, su blanco cuerpo desnudo, atado a un árbol y atravesado por cinco flechas de plata, implorante la mirada al cielo, sale bamboleante en el anda suntuosa para disputar la delantera a su rival. Con redoblar de tambores, silbidos de quenas y destemplado roncar de los pututos guerreros, se zarandean, entre nubes de polvo, las dos andas.

"Los respectivos curas, con la sotana remangada hasta la cintura, el sobrepelliz terciado como un poncho, el bonete a la coronilla, el breviario en una mano y un imponente vergajo en la otra, van a la cabeza de la procesión interrumpiendo a cada rato la lectura del libro, para alentar a los cargadores con voces kechuas o meterse entre ellos a imponer orden a vergajazos".[11]

Este cuadro lo completan las mujeres cargando grandes cántaros de chicha para apagar la sed y enardecer la belicosidad de los cargadores.

Al llegar a las puertas de la ciudad del Cuzco, cesa la lucha y cada adversario reconoce el lugar que le toca, según el orden de llegada. Vuelven a gemir las quenas mansamente, el pututo se torna sollozante y el tambor

[11] Eguren de Larrea: *Obra citada.*

redobla fúnebre. Por las calles estrechas los santos avanzan acompañados del recogimiento de sus fieles. Van a tomar su puesto en la procesión, puesto humilde, después de Santiago, el apóstol, montado en colosal caballo blanco; después de la Virgen de Belén y de Loreto. A la cabeza de la procesión va el Señor de todos los Santos y de todos los sufrimientos; la imagen más venerada en el Cuzco y sus regiones: el Señor de los Temblores (Taitachu Temblores). Un Cristo ético de tres clavos que hace más de cuatro siglos llegó al Cuzco obsequiado, según dicen, por el emperador Carlos V. Desde entonces, en El se fijan los ojos de los indios, en El encuentran un hermano en el dolor. Y El, que todo lo puede, va concediendo gracias: ahuyenta la peste, detiene la destrucción de los temblores, protege las cosechas, desarma a los enemigos. En la Catedral, su altar se cubre de milagros, de ricas y humildes ofrendas, de joyas valiosas, de velas y flores silvestres. El incienso es constante nube de alabanza. Pálido, con manchas de rosada sangre, llegó de España. Ahora su cuerpo se ha renegrido, ha tomado el color bronceado de los indios, la cabellera crespa se ha tornado lacia y la sangre de sus rodillas es negra como la tierra. Los indios, viéndolo así, más veneran y quieren a este Taitachu, que en la procesión del Corpus pasea su dolor y abre los brazos promisorios sobre su pueblo.

Después de recorrer las calles, al caer la tarde, vuelve a la Catedral. Desde el atrio, antes de desaparecer, los portadores inclinan las andas. Por tres veces el Cristo balancea su cuerpo hacia adelante como despidiéndose de sus fieles. Desde la torre y los techos lanzan en ese momento una lluvia de flores de ñucto, que, como rojas gotas de sangre caen sobre la imagen. De la multitud inmóvil, brota un murmullo que poco a poco va convirtiéndose en alarido de llanto. Las madres, para hacer más patético el dolor, con grandes agujas pinchan a los hijos, que con agudos chillidos se unen al coro dantesco.

Quien haya visto el final de una procesión de Corpus en el Cuzco, habrá contemplado un espectáculo de la más pura esencia pagana.

EL PONGO

En el Cuzco se llama "pongo" al indio que sirve en los quehaceres domésticos, obligado por vivir, él y su familia, en las tierras del señor. Por períodos que varían de un mes a una semana, el hijo reemplaza al padre en la servidumbre. En el interior de las casonas se les ve trajinar, barrer, cargar agua, cortar leña, desde la mañana hasta la noche. Por generaciones no conocen otra cosa. Han nacido "pongos" como sus padres y sus abuelos, y morirán "pongos" como ellos.

En la puerta de un antiguo palacio del Cuzco, encuentro a un "pongo" encorvado bajo una pesada carga de leña. El chucllo rojo aparece entre el enredo de las ramas sobre sus hombros. Con el busto hacia adelante afirma el equilibrio.

—Párate un momento y deja tu carga en el suelo.

El indio levanta la cara risueña. Gotas de sudor marcan con líneas negras el cobre de la piel. Obedece y deposita la leña en el suelo. Se pasa el chucllo [12] por la cara bañada en sudor y me observa sonriente. Es joven y sus grandes ojos miran de frente. Todavía el trato con el blanco no le ha enseñado la desconfianza y el disimulo; la coca no ha deformado sus carrillos, ni el alcohol ha hinchado sus párpados.

Le pido que descanse y se quede quieto mientras le tomo un apunte.

—Pues, ahorita no puedo tai-tai.

—Pero si te daré un sol.

—Pues no puedo, tai-tai, insiste persuasivo. ¿No ves que soy "pongo" de Don Bustamante?

—Y, ¿cuánto ganas?

Le hace gracia mi ignorancia. Regocijado, muestra los dientes en una franca sonrisa.

—Ay, que tai-tai, repite. ¿No ves pues que mis padres "son de Don Bustamante?

[12] Birrete con orejeras, de punto de lana.

EL GAMONAL

La causa directa del pongo, es el "gamonal".
Quien viaja por la región serrana tiene que conocer a este tipo de emboscado social, que puede vivir en los Andes, rezagado, resistiendo, en la empalizada de sus dominios, a la conquista de los derechos del hombre.

El "gamonal" es el terrateniente, descendiente del "encomendero", señor feudal de la colonia. Hospitaliario, campechano, generoso, ejerce en sus haciendas una autoridad sin límites; ha heredado de sus antepasados derechos de propiedad sobre la tierra y de vida y muerte sobre los indios... Y está dispuesto a conservarlos.

Protegido por el relajamiento de las instituciones políticas de la república, el "gamonal" campea en amo y señor sobre la región andina. Ignorante, rutinario y sensual, ya sea mestizo o blanco, es el fiel conservador de todos los residuos de injusticias, desde la llegada de los españoles hasta nuestro días. A la región serrana jamás llegó la acción justiciera de las Leyes de Indias, ni la legislación republicana. Siempre dominó la autoridad arbitraria del patrón, del amo "gamonal" que explota la falta de voluntad personal del indio, la sumisión de rebaño que el inca impuso a su comunidad y el despego por la propiedad individual. En el comunismo de abejas andino, el "gamonal" se coloca en el lugar del zángano privilegiado.

SUPERVIVENCIA Y MUSICA

El huayno bucólico y el yaraví, con sus múltiples variantes, forman el repertorio de la música kechua, unas veces litúrgica: lenta y triste, otras bucólica: descriptiva y romántica, otras épica: agudo clamor de combate. El huayno bucólico rompe la marcha del concierto. Imita al pájaro despertando el día, el torrente, la cascada; por el modo de tocarlo, sabemos de donde es oriundo. Varía como la geografía y la fauna de cada región.

En la capilla, las campanas llaman a misa. Acompañado por un coro de voces opacas y tristes, el huayno se torna litúrgico. Y cuando la fiesta llega a su auge, y en

los puestos de chicha se abrazan los hombres, la cadencia se torna guerrera. Surge la kgachampa. Sincopado ritmo de flautas y tambores. Aullido desafiante acompañado del chasquido de las hondas. El acorde de la quena cobra una potencia inesperada, de notas aceleradas y violentas, hasta apagarse, jadeante, transformado en la queja sollozante del yarahui. Es cuando en la flauta incaica aparece el alma resignada y pagana del indio. "Hoy o mañana. ¿Qué más dá?". Es el grito quejumbroso que sale al encuentro de las sombras al morir el día. . .

Cuando los músicos duermen hartos de chicha y cansancio, cuando el "hoy" o "mañana" parece consumar su resignación, suena en la noche el bronco aullido de los "pututos". De los enormes caracoles marinos brota el alarido de protesta, la amenaza de los que están en pie, en el misterio de la noche andina.



Indios cuzqueños.



César Vallejo.

EL CESAR VALLEJO QUE YO CONOCI

Por *Ciro ALEGRIA*

CORRÍA el año 1917 y yo vivía con mis padres en una hacienda de la sierra del norte del Perú, situada exactamente en las últimas estribaciones andinas de la provincia de Huamachuco. Se llama Marcabal Grande y hasta esa hacienda llega ya, subiendo por el cañón abismal del río Marañón, el rescoldo cálido de la selva amazónica. Mi vida había sido la de un niño campesino, hijo de hacendados, a quien su padre enseña en el momento oportuno a leer y escribir pasablemente y las artes más necesarias de nadar, cabalgar, tirar al lazo y no asustarse frente a los largos caminos y las tormentas. Alternaba mis trajines por el campo, —donde me placía de modo especial un paraje formado por cierto árbol grande y cierta piedra azul—, con lecturas de Andersen, "Las mil y una noches" y otros libros maravillosos, entre ellos un grueso volumen del naturalista Raimondi sobre viajes y exploraciones de la selva que me parecía igualmente fantástico. Yo soñaba con ir a la selva, pero no como un sabio a estudiarla sino como un pionero. Conquistaría ese mundo poblado de árboles innumerables y de indios bravos.

A los siete años de edad, tales eran mis conocimientos y mis anhelos, pero mis padres abrigaban ideas más amplias sobre mi preparación y un día me anunciaron que debía ir a Trujillo, una lejana ciudad de la costa, a estudiar. En compañía de un hermano menor de mi padre, que pasó con nosotros sus vacaciones, hice el largo viaje. Esos fueron para mí reveladores días en que trotamos a través de dos de las riscosas cadenas de los Andes, bajando muchas veces hasta valles cálidos ubicados en el fondo de las quebradas y los ríos y subiendo, otras tantas, hasta altos páramos rodeados de rocas contorsionadas. Vimos muchos

pueblos y aldeas y nos golpearon frecuentemente los tenaces vientos y lluvias de marzo. Dado el fin de estas líneas, debo apuntar que estuvimos en la ciudad de Huamachuco, capital de nuestra provincia, y que saliendo de allí y al encaminarnos hacia una cordillera muy alta, se abrió el camino a la ciudad de Santiago de Chuco, capital de la provincia limítrofe, donde había nacido César Vallejo.

En ese largo viaje a caballo, que duró siete días sin contar el tiempo que pasamos en casa de amigos que mi padre tenía en la región, me impresionaron sobre todo las altas montañas de los Andes, la *puna* enhiesta, llena de soledad y silencio y una sobrecogedora dramaticidad que parece nacer de sus inmensas rocas que se parten, formando abismos de vértigo o trepan y trepan con un terco afán de altura que no se cansa de herir el toldo encapotado del cielo. A veces, el paisaje se dulcifica un poco, tiene bondad de árboles frutales en los valles y ternura de sembríos ondulantes en las laderas, pero todo ello no es sino una tregua, porque predominan las rijosas montañas que se desnudan subiendo a diez o quince mil o más pies de altura. En el alma de quien cruce los Andes o viva allí, persistirá siempre la impresión, que es como una herida, del paisaje abrupto hecho de elevadas mesetas, donde apenas crecen pajonales amarillentos, y de roquedales clamantes. Hay tristeza y sobre todo una angustia permanente y callada. Los habitantes de ese vasto drama geológico, casi todos ellos indios o mestizos de indio y español, son silenciosos y duros y se parecen a los Andes. Aun los de pura ascendencia hispánica o los foráneos recién llegados, acaban por mostrar el sello de las influencias telúricas. Azotados por las inclemencias de la naturaleza y las inclemencias sociales, —en exponer éstas ya he empleado varios centenares de páginas— sufren un dolor que tiene una dimensión de siglos y parece confundirse con la eternidad.

Todo lo dicho viene a cuento porque, días después de aquel viaje, debía encontrar en mi profesor César Vallejo, a un hombre que procedía de esos extraños lados del mundo y los llevaba en sí. El caso es que llegamos a Trujillo, ciudad de la costa clara y soleada, agradablemente cálida. En su ambiente colonial, con trece iglesias de labrados al-

tares y casas de grandes portones, patios amplios y balcones de estilo morisco, daban su nota de modernidad los automóviles que corrían por calles pavimentadas, la luz eléctrica, los trenes que traqueteaban y pitaban yendo y viniendo de los valles azucareros o el puerto próximo. Mi niñez, acostumbrada a la naturaleza virgen estaba muy asombrada de tanta máquina y del cine y otras cosas más, inclusive de la numerosa gente locuaz, que vestía a la moda. Hasta que un día, cuando mis piernas endurecidas y adoloridas por la cabalgata se agilizaron, mi abuela resolvió mandarme a clase.

Un circunspecto señor, cargado de años y sapiencia, estaba de visita en casa la noche de un domingo, y entonces escuché, por primera vez el nombre de Vallejo y las discusiones que provocaba. Se habló de que al día siguiente iniciaría mis estudios.

—Si tuviera un nieto, —opinó el señor en un tono de sugerencia— lo mandaría al Seminario. Está regido por eclesiásticos y es muy conveniente. . .

Yo era todo oídos escuchando esa conversación que me revelaba mi destino de estudiante. Mi abuela repuso con dignidad:

—Es que su padre ha escrito que se lo ponga en el Colegio Nacional de San Juan. Es lo que ha dicho terminantemente. Todos los hombres de la familia se han educado allí.

—¿Y a qué año va a ingresar?

—Al primer año de primaria. . .

El anciano por poco dió un salto y luego dijo, muy excitado:

—¡Mi señora!, esa ya no es cuestión de colegios sino de buen sentido. . . ¿Sabe usted quién es el profesor de primer año en San Juan? ¿Lo sabe usted? Pues ese que se dice poeta, ese César Vallejo, un hombre a quien le falta un tornillo. . .

—Al fin y al cabo. . . para enseñar el primer año. . . —dijo mi abuela tratando de calmarlo.

Mas nuestro visitante estaba evidentemente resuelto a salvar del peligro a un pobre niño indefenso como yo y argumentó:

—No, no, mi señora. . . Ese Vallejo, si no es un idiota, es cuando menos un loco. ¿No podrían ponerlo en segundo año? Al entrar me sorprendió ver que el niño estaba leyendo el periódico. . .

Mi presunto salvador puso una cara de desconsuelo cuando me abuela apuntó:

—Sí, ya sabe leer y escribir aceptablemente, pero no las otras materias que se enseñan en el primer año.

El anciano estaba evidentemente resuelto a agotar todos sus recursos para librar a mi pobre cerebro de influencias perturbadoras y tomó un rumbo más pacificador.

—Pero no me va usted a discutir, señora mía, que en cuanto a educación y especialmente en cuanto a religión se refiere, el Seminario es el mejor colegio. Está adquiriendo mucho prestigio. . .

Y mi abuela:

—En San Juan también enseñan la religión, según el reglamento de estudios y no son anticatólicos. . .

El señor abandonó la partida, pero sin duda para consolarse a sí mismo, se puso a hacer consideraciones fatales para el modernismo y no sé cuántos ismos más y luego echó rayos y centellas de carácter estético contra el arte de mi profesor, todo lo cual no entendí. Marchóse por fin, llevándose una expresión de discreta contrariedad y no sin desearme buena suerte en una forma entre esperanzada y compasiva.

Me fué difícil conciliar el sueño en medio de la inquietud que se apodera de un niño que irá a la escuela por primera vez y pensando en mi profesor, que según decían era poeta y a quien el severo anciano había llamado loco cuando no idiota.

Mi compañero de viaje, que era también estudiante del mismo colegio, me llevó hasta el local.

—Por aquí no entran ustedes, —me dijo al llegar a una gran puerta sobre la cual se leía la inscripción DIOS Y LA PATRIA— esta puerta es para nosotros los de la sección media. Vamos por allá. . .

Caminamos hasta la esquina y, volteando, se abrió a media cuadra la puerta que usaban los profesores y alumnos de la sección primaria. Nos detuvimos de pronto y mi tío presentóme a quien debía ser mi profesor. Junto

a la puerta estaba parado César Vallejo. Magro, cetrino, casi hierático, me pareció un árbol deshojado. Su traje era oscuro como su piel oscura. Por primera vez vi el intenso brillo de sus ojos cuando se inclinó a preguntarme, con una tierna atención, mi nombre. Cambió luego unas cuantas palabras con mi tío y, al irse éste, me dijo: "Vente por acá". Entramos a un pequeño patio donde jugaban muchos niños. Hacia uno de los lados estaba el salón de los del primer año. Ya allí, se puso a levantar la tapa de las carpetas para ver las que estaban desocupadas, según había o no prendas en su interior, y me señaló una de la primera fila diciéndome:

—Aquí te vas a sentar... Pon adentro tus cositas... No, así no... Hay que ser ordenado. La pizarra, que es más grande, debajo y encima tu libro... También tu gorrita...

Cuando dejé arregladas todas mis cosas, siguió:

—Muchos niños prefieren sentarse más atrás, porque no quieren que se les pregunte mucho... Pero tú vas a ser un buen niño, buen estudiante, ¿no es cierto?

Yo no sabía nada de las pequeñas mañas de los chicos, de modo que no entendía bien a qué se refería, pero contesté con ingenuidad:

—Sí, mi mamita me ha dicho que estudie mucho...

El sonrió dejando ver unos dientes blanquísimos y luego me condujo hasta la puerta. Llamó a uno de los chicuelos que estaban por allí jugando la pega y le dijo:

—Este es un niño nuevo: llévalo a jugar...

Entonces se marchó y vinieron otros chicos, todos los cuales se pusieron a mirarme curiosamente, sonriendo. "¡Serrano chaposo!", comentó uno viendo mis mejillas coloradas, pues los habitantes de la costa tienen generalmente la cara pálida. Los demás se echaron a reír. El chico encargado de llevarme a jugar, me preguntó sabiamente:

—¿Sabes jugar la pega?

Le dije que no, y él sentenció:

—Eres muy nuevo para saber jugar...

Me dejaron para seguir correteando. Yo estaba muy azorado y el bullicio que armaban todos me aturdía. Busqué con la mirada a mi profesor y lo vi de nuevo parado

junto a la puerta, moreno y enjuto, conversando con otro profesor gordo y de bigote erguido, buen hombre a quien yo también habría de llamar Champollion, como hacían los estudiantes desde muchas generaciones atrás. No me atreví a ir hacia ellos y caminé al azar. Cruzando otra puerta, llegué a un gran patio donde había muchos más niños. Nadie me miraba ni decía nada. Seguí caminando y encontré otro patio, donde los estudiantes eran más grandes. Por allí se hallaba mi tío. Había muchos patios, muchos salones, muchas arquerías. Las paredes estaban pintadas de un rojo claro, casi sonrosado, quizás para templar la severidad de un edificio que, en antiguos tiempos, había sido convento. Sonó la campana y yo no supe volver a mi salón. Me perdí, entrando equivocadamente a otro. Vino a sacarme de mi confusión el propio Vallejo quien, al notar mi ausencia, se había puesto a buscarme de salón en salón. Cogiéndome de la mano, me llevó con él. Aun recuerdo la sensación que me produjo su mano fría, grande y nudosa, apretando mi pequeña mano tímida y huidiza debido al azoro. Me quise soltar y él me la retuvo. Mientras caminábamos por los amplios corredores desiertos, me iba diciendo sin que yo atinara a responderle:

—¿Por qué te pusiste a caminar? ¿Te encontraste solo? Un niñito como tú no debe irse lejos de su salón ni de su patio... Este colegio es muy grande... ¿Estás triste?

Llegamos a nuestro salón y me condujo hasta mi banco. El pasó a ocupar su mesa, situada a la misma altura de nuestras carpetas y muy cerca de ellas, de modo que hablaba casi junto a nosotros. En ese momento me dí cuenta de que el profesor no se recortaba el pelo como todos los hombres sino que usaba una gran melena lacia, abundante, nigérrima. Sin saber a qué atribuirlo, pregunté en voz baja a mi compañero de banco: "¿Y por qué tiene el pelo así?" "Porque es poeta", me cuchicheó. La personalidad de Vallejo se me antojó un tanto misteriosa y comencé a hacerme muchas preguntas que no podía contestar. Él había de sacarme de mi perplejidad dando, con la regla, dos golpecitos en la mesa. Era su modo de pedir atención. Anunció que iba a dictar la clase de geografía y, engar-

fiando los dedos para simular con sus flacas y morenas manos la forma de la tierra, comenzó a decir:

—Niñosh... la Tierra esh redonda como una naranja... Eshta mishma Tierra en que vivimosh y vemosh como shi fuera plana, esh redonda.

Hablaba lentamente, silbando en forma peculiar las *eses*, que así suelen pronunciarlas los naturales de Santiago de Chuco, hasta el punto en que por tal característica son reconocidos por los moradores de las otras provincias de la región.

Se levantó después para dibujar la Tierra en el pizarrón y durante toda la clase nos repitió que era redonda, no siendo eso lo único sorprendente sino también que giraba sobre sí misma. Dió como pruebas las de la salida y puesta del sol, la forma en que aparecen y desaparecen los barcos en el mar y otras más. Yo estaba sencillamente maravillado, tanto de que este mundo en el cual vivimos fuera redondo y girara sobre sí mismo, como de lo mucho que sabía mi profesor. Cuando la campana sonó anunciando el recreo, César Vallejo se limpió la tiza que blanqueaba sobre una de sus mangas, se alisó la melena haciendo correr entre ella los garfios de sus dedos, y salió. Fué a pararse de nuevo junto a la puerta y estuvo allí haciendo como que conversaba con los otros profesores. Digo esto porque tenía un aire muy distraído.

De nuevo en el salón, era hora de estudio. La próxima sería de lectura. Había que repasar la lección. Me llamó junto a él y abrió mi libro en la sección de *Pato*. Tuve confianza en mi sabiduría y le dije:

—Ya pasé *Pato* hace tiempo. También *Rosita y Pepito*. Yo sé todo este libro...

Vallejo me miró inquisitivamente:

—¿Sabes también escribir?

A mi respuesta afirmativa, me pidió que escribiera mi nombre y después el suyo. Dudé entre la *be* labial y la otra para escribir su apellido, pero tuve suerte al decidirme y salí bien. Me probó con otras palabras y una frase larga. La cosa parecía divertirle. Después me preguntó:

—Y si sabes leer y escribir, ¿por qué te han puesto en primer año?

—Porque no sé otras cosas...

Entonces me dijo que fuera a sentarme. Traté de conversar con mi compañero de banco, quien me cuchicheó que estaba prohibido hablar durante la hora de estudio. Miré a mi profesor.

César Vallejo, —siempre me ha parecido que esa fué la primera vez que lo vi—, estaba con las manos sobre la mesa y la cara vuelta hacia la puerta. Bajo la abundosa melena negra, su faz mostraba líneas duras y definidas. La nariz era enérgica y el mentón, más enérgico todavía, sobresalía en la parte inferior como una quilla. Sus ojos oscuros, —no recuerdo si eran grises o negros— brillaban como si hubiera lágrimas en ellos. Su traje era uno viejo y luído y, cerrando la abertura del cuello blando, una pequeña corbata de lazo estaba anudada con descuido. Se puso a fumar y siguió mirando hacia la puerta, por la cual entraba la clara luz de abril. Pensaba o soñaba quién sabe qué cosas. De todo su ser fluía una gran tristeza. Nunca he visto un hombre que pareciera más triste. Su dolor era a la vez una secreta y ostensible condición, que terminó por contagiárseme. Cierta extraña e inexplicable pena me sobrecogió. Aunque a primera vista pudiera parecer tranquilo, había algo profundamente desgarrado en aquel hombre que yo no entendí sino sentí con toda mi despierta y alerta sensibilidad de niño. De pronto, me encontré pensando en mis lares nativos, en las montañas que había cruzado, en toda la vida que dejé atrás. Volviendo a examinar los rasgos de mi profesor, le encontré parecido a Cayetano Oruna, peón de nuestra hacienda a quien llamábamos Cayo. Este era más alto y fornido, pero la cara y el aire entre solemne y triste de ambos, tenían gran semejanza. El hombre Vallejo se me antojó como un mensaje de la tierra y seguí contemplándolo. Tiró el cigarrillo, se apretó la frente, se alisó otra vez la sombría melena y volvió a su quietud. Su boca contraíase en un rictus doloroso. Cayo y él. Mas la personalidad de Vallejo inquietaba tan sólo de ser vista. Yo estaba definitivamente conturbado y sospeché que, de tanto sufrir y por irradiar así tristeza, Vallejo tenía que ver tal vez con el misterio de la poesía. El se volvió súbitamente y me miró y nos miró a todos. Los chicos estaban leyendo sus libros y abrí también el mío. No veía las letras y quise llorar...

Así fué como encontré a César Vallejo y así como lo vi, tal si fuera por primera vez. Las palabras que le oí sobre la Tierra son también las que más se me han grabado en la memoria. El tiempo había de revelarme nuevos aspectos de su persona, los largos silencios en que caía, su actitud de tristeza inacabable y otros que ya aparecerán en estas líneas.

Por la noche, durante la comida, me preguntaron en casa:

—¿Te gusta tu profesor?

—Sí, —respondí.

Era inexacto. No me había gustado precisamente. Me había impresionado y conturbado, interesándome, pero no sin producirme una sensación de lejanía. Después de la comida, por indicación de mi abuela, escribí a papá. Un pequeño lápiz romo fué garabateando mis impresiones. Cuando llegué a las del colegio y Vallejo, no supe qué decir sobre él. Después de pensarlo mucho y ensayar varias explicaciones, escribí que mi profesor se parecía a Cayo Oruna. Tiempo después, supe que, al leer la carta, mi madre había sonreído con dulzura y mi padre se dió a pensar en el poeta. Amaba a su pueblo y pudo otear a Vallejo desde el fondo de su alma llena de quebrados horizontes andinos.

En Trujillo, Vallejo tenía detractores tenaces así como partidarios acérrimos. En casa, como en todas las de la ciudad, las opiniones estaban divididas. Los más lo atacaban. Mi tía Rosa, persona muy culta y dada a leer, que escribía a hurtadillas, era su admiradora incondicional. "¡Es un gran poeta, es un genio!", decía casi gritando, en medio del barullo de las discusiones. Recuerdo perfectamente, que, cierta vez, llegó un tío mío enarbolando un diario en el cual había un poema de Vallejo. Avanzó hacia nosotros.

A ver, Rosita, quiero que me expliques esto: *¿Dónde estarán sus manos que en actitud contrita, planchaban en las tardes por venir?* ¿Esto es poesía o una charada? A ver, explícame . . .

Mi tía Rosa tomó el diario y, a medida que iba leyendo, su faz enrojecía. La mujercita frágil y nerviosa que era, se irguió por fin llena de rabia:

—Este es un hermoso poema y si no lo entiendes, la culpa no es de Vallejo sino tuya, que eres un bruto. . .

La discusión se armó de nuevo.

Mientras tanto, yo continuaba yendo a clase. César Vallejo nos enseñaba rudimentos de historia, geografía, religión, matemáticas y a leer y escribir. También trataba de enseñarnos a cantar, pero nosotros lo hacíamos mejor que él, pues tenía muy mala voz. En cuanto a marchar, no se preocupaba de que lo hiciéramos bien, cosa en que ponían gran empeño con sus discípulos los maestros de grados superiores. Cuando los alumnos del colegio, pasábamos en formación por las calles, yendo al campo de paseo o en los desfiles del 28 de julio, los del primer año de primaria, con nuestro melenudo profesor a la cabeza, no marcábamos regularmente el paso y éramos una tropilla bastante desgarbada. Oíamos que la gente estacionada en las aceras murmuraba viendo a nuestro profesor: "¡Ahí va Vallejo!", "¡Ahí va Vallejo!".

Algo que le complacía mucho era hacernos contar historias, hablar de las cosas triviales que veíamos cada día. He pensado después en que sin duda encontraba deleite en ver la vida a través de la mirada limpia de los niños y sorprendía secretas fuentes de poesía en su lenguaje lleno de impensadas metáforas. Tal vez trataba también de despertar nuestras aptitudes de observación y creación. Lo cierto es que, frecuentemente, nos decía: "Vamos a conversar". . . Cierta vez, se interesó grandemente en el relato que yo hice acerca de las aves de corral de mi casa. Me tuvo toda la hora contando como peleaban el pavo y el gallo, la forma en que la pata nadaba con sus crías en el pozo y cosas así. Cuando me callaba, ahí estaba él con una pregunta acuciante. Sonreía mirándome con sus ojos brillantes y daba golpecitos con la yema de los dedos, sobre la mesa. Cuando la campana sonó anunciando el recreo, me dijo: "Has contado bien". Sospecho que ese fué mi primer éxito literario.

No siempre le producían placer nuestros relatos. Un día, llamó a un muchachito que era decididamente tardo. El pequeño, quizá más trabado por el mal talante que traía nuestro profesor, —tenía la boca y el entrecejo fieramente fruncidos—, no pudo decir casi nada, repitió varias veces la

misma frase y de repente se calló. "Siéntese", le ordenó con cierta despectiva rudeza. El chiquillo se fué a su banco y, cruzando los brazos metió entre ellos la cabeza y se puso a llorar ahogadamente. Vallejo se incorporó estremecido y fué hasta el pequeño. Estrechándole las manos lo llevó hasta su mesa, donde le acarició la cabeza y las mejillas hasta calmarlo. Sacó un gran pañuelo para enjugar las lágrimas que brillaban aún sobre la carita trigueña y luego se quedó mirándolo largamente. Sin duda en la desconsolada angustia del narrador frustrado, sintió esa que a él mismo solía oprimirlo muchas veces y ha aludido en sus versos. Cuando recuerdo aquella ocasión, me parece verlo arrodillado con la mirada, sufriendo por el niño y él y todos los hombres.

Pero había ratos en que la alegría se paseaba por su alma como el sol por las lomas y entonces era uno más entre nosotros, salvo que grande y con la autoridad necesaria para tomarse tremendas ventajas. Había que verlo cuando hacía de detective. Estaba prohibido comer frutas o chupar caramelos durante la hora de clase. Los chicos solíamos comprar preferentemente, por la razón de que eran abundantes y baratos, unos caramelos a los que llamábamos cuadrados, mercancía que más prodigaba la escasa generosidad de los dulceros estacionados en la esquina del plantel. Vallejo, con la cara metida en el libro, fingía leer mientras alguno le daba la lección, pero lo que en realidad hacía era echar, bajo las cejas, miradas exploradoras sobre toda la clase. Cuando descubría a algún delincuente, se erguía con una sonrisa triunfal y, yendo hacia él, lo amonestaba: "¿No he dicho que no coman *cuadraos en clase?* En seguida le quitaba los caramelos, sacándolos son aspaventera diligencia de los bolsillos, y los repartía entre todos o los más próximos, según la cantidad. Nunca supe si lo que le gustaba más era sorprender a los infractores o repartir los caramelos entre los chicos. Durante tales batidas, nos embargaba su mismo espíritu juguetón y reíamos todos llenos de felicidad.

El reglamento prescribía el castigo de reclusión para los que tuvieran mala conducta o no dieran bien sus lecciones. César Vallejo, durante todo el día, iba formando una lista de los que hablaban durante la hora de estudio o no

sabían la lección pero, a la hora de salida, rompía la tirilla de papel en pedazos. Se comprende que no otorgábamos mucha importancia al hecho de ser apuntados en su lista, pero de tiempo en tiempo y sin duda para que no nos propasáramos, solía darnos sorpresas y, a las cuatro de la tarde, entregaba la compungida cuota de reclusos del primer año de primaria, al inspector de turno. Su castigo usual era simple y directo: un tirón de los cabellos que quedan a la altura de las sienes.

Por las mañanas, llegaba a clase minutos después de la primera campanada y aun con un retardo más considerable. Entrábamos a las ocho, pero acaso se entregaba mucho a la vigilia de la creación o a trasnochar en compañía de amigos, —que lo eran suyos todos los escritores jóvenes de la ciudad— o a sus estudios de universitario, de modo que el sueño lo retenía demasiado. Su impuntualidad alcanzó tal grado que, cierta mañana, el propio Rector del colegio acudió a ver lo que pasaba y se puso a tomarnos la lección. Cuando Vallejo arribó, se produjo una escena embarazosa que el Rector cortó diciéndole que pasara por su oficina a la hora de salida. Durante un tiempo estuvo llegando temprano, pero después volvió a las andadas y, aunque ya no con tanta frecuencia, seguía presentándose tarde.

Fuera del colegio, sus versos continuaban provocando la consiguiente reacción de comentarios ácidos y laudatorios e inclusive de protestas. Corrió la noticia de que nuestro profesor había sido asaltado durante la noche por un grupo de individuos que trataron de cortarle la melena. El se había defendido dando feroces puñetazos y puntapiés. Miré con curiosidad su melena de león. Estaba intacta. Me pareció que durante esos días, tanto como sin duda le duró la impresión del ataque, su tristeza habitual tenía algo de violencia contenida y acendrada amargura.

Me conmovió mucho el asalto, no alcanzando a explicármelo. He de decir que para ese tiempo ya me había vuelto un admirador de Vallejo, si cabe la expresión. Fué que un día, decidido a examinar esa misteriosa e incomprensible poesía por mí mismo, me atreví a pedir a tía Rosa los versos de mi profesor, que ella recortaba sin dejar uno y guardaba celosamente. Al dármelos, hundió los lirios de sus manos en mis cabellos y me dijo que si no los

entendía, no pensara mal del autor. Metido en mi cuarto, de bruces sobre la mesa y los poemas, me dí cuenta primeramente de que tenían muchas palabras cuyo significado ignoraba. Busqué un grueso diccionario que apenas podía cargar y me dediqué a una exploración que me resultaba muy difícil.

"Lejana vibración de esquilas mustias,
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias".

A buscar la palabra *esquilas*. A buscar *mustias*. A medida que avanzaba en mi penosa lectura, me iban asaltando y dejando muchas y contradictorias emociones. Sufría y gozaba, me esperanzaba y desconsolaba. Me invadió un pleno sentimiento de felicidad cuando, en ese mismo poema, pude captar al gallo "aleteando la pena de su canto". Entendiendo y no entendiendo, el poema "Aldeana", uno de los primeros publicados por Vallejo, me pareció muy hermoso. La emoción del crepúsculo rural, los sonidos y los colores de la tarde muriente me envolvieron. ¿Qué secreta cualidad hacía que ese hombre escribiera así? Encontré poemas menos pictóricos que no entendí de principio a fin y al leer "Idilio muerto", la pregunta hecha a mi tía Rosa en pasados meses, me pareció formulada a mí mismo. Yo tampoco entendía lo referente a las manos y muchas líneas más. De todos modos, me consolé con lo poco que había comprendido y pensé que acaso, cuando yo fuera grande... Entregué a tía Rosa sus recortes sin decirle media palabra y ella no me dijo nada tampoco. Pese a sus momentáneas exaltaciones, era muy fina y seguramente temió herirme si sus preguntas resultaban indiscretas. Mas desde aquella vez, me alegraba como si hablara en mi nombre cuando ella elogiaba a César Vallejo y me sentí más cerca de mi profesor. Algo había podido apreciar de la belleza que prodigaba en sus versos. En cuanto a su hosquedad y su tristeza... bueno, Cayo Oruna... y uno está tan sólo a veces... Porque yo me sentía muy solo en el colegio... Los muchachitos solían burlarse de mi condición de "serrano" y de que tenía chapas y era muy ingenuo. De modo que cuando corrió la voz del asalto a Vallejo, yo tuve una gran pena y sentí ganas de rebelarme

contra alguien. Que dejaran en paz a ese hombre. El era un gran poeta. En todo caso, no hacía mal a nadie con su melena y con sus versos. . .

Y el profesor, que era a la vez un artista triste y solo, seguía dándonos clase y el tiempo pasaba. En las horas de conversación, me hacía hablar no sólo de lo visto por mí sino de lo que había oído contar. Recuerdo que le impresionó la historia de un ciego que vivía en una hacienda próxima a la nuestra, quien iba de un lado a otro por los ásperos senderos de la serranía, tal como si tuviera ojos y podía reconocer por el timbre de la voz a personas a las cuales no había oído durante años y además era adivino. Una tarde me preguntó —"¿Tú lees otros libros?" Le informé y me dijo que, como ya sabía el reglamentario, llevara otros para leer. Claro que cargué hasta el salón de clase los libros de cuentos que me obsequiaban mis parientes o yo compraba con mis propinas y también las revistas y libros que mi tía Rosa quería prestarme sacándolos de su biblioteca personal. A veces, Vallejo me preguntaba sobre mis lecturas y, por mi parte, nunca le conté que me había atrevido con sus versos. Temía que me interrogara si los había entendido y, en tal caso, tener que confesarle que no del todo, que en buenas cuentas casi nada o nada. No consideraba suficiente excusa la posibilidad de explicarle que tía Rosa me había advertido que yo era muy niño para poder apreciar esos poemas. Así que me callaba esperando tiempos mejores. Sería grande y podría hablar con el mismo señor Vallejo de sus versos y de toda clase de versos. Cuando una vez me pidió que recitara algo, me guardé las esquilas en el fondo del pecho y dije uno de los más simples versos infantiles que sabía. Era uno que comenzaba así:

"Oyes el zorzal, María?
Desde el arbusto florido
en donde tiene su nido,
al cielo su canto envía".

Los jueves por la tarde, íbamos de paseo a un lugar situado no muy lejos de la ciudad, donde jugábamos a la pelota y corríamos. A raíz de mi recitación, me llamó a su lado una de esas tardes y, sentados sobre la grama, me

pidió que le recitara todos los versos que sabía. Así lo hice, teniendo que repetirle varias veces el que dejo apuntado, y me regaló una naranja. Después, se quedó sumido en un gran silencio. Su expresión plácida de momentos antes había desaparecido. Inmóvil, con las manos sobre las rodillas, parecía mirar a los chicos que jugaban al futbol y habían señalado el emplazamiento de los arqueros con montones formados por sus sacos y gorras. Noté que las incidencias del juego no le interesaban y que, en suma, no estaba viendo nada. Su prolongado silencio llegó a incomodarme. Yo no sabía qué decir ni qué hacer. El estaba como ausente y yo esperaba en vano que me permitiera marcharme. "¿Puedo irme?", le pregunté. Su silencio y su inmovilidad persistieron. Casi furtivamente, me escurrí de su lado, corrí a dejar mi saco y mi gorrita en uno de los montones y me puse a patear la pelota...

En el tiempo que siguió, —creo que ya habíamos pasado del medio año de estudios— nuestro profesor me trataba con cierta cordialidad. Cuando tropezaba conmigo en su camino, me daba una amistosa palmadita en el cogote. Pero no podría decir que entre mí y los otros niños, hacía una diferencia muy especial. Posiblemente pensaba: "este es un muchachito al que le gusta leer" y me daba rienda suelta en eso. En cambio yo, lenta y progresivamente, había ido adquiriendo una fe ciega en él. Hay cierta predisposición al partidarismo en el alma de los jóvenes y los niños y, en cuanto a Vallejo, yo me había vuelto un definido parcial suyo. No me cabía duda de que ese hombre extraño era un gran artista, aunque a nadie hubiera podido explicarle bien por qué lo creía. Esta ocasión llegó una tarde, antes de clase. Uno de mis compañeros manifestó que su padre afirmaba que Vallejo no era nadie, ni siquiera como poeta. Mi madre me había dicho que honrara y respetara a los maestros, porque su tarea es muy noble y le reproché:

—¿Y qué? Es profesor y eso es bueno...

—¿Crees que ser profesor es una gran cosa? Y todavía ser el último profesor de un colegio, el de primer año... Un "muertodehambre"...

Recién comencé a darme cuenta del desdén con que se mira a los profesores en el Perú. El chico que hablaba era

miembro de una de las grandes familias de la ciudad, e hijo de un médico famoso. Estaba muy pagado de todo ello y, para terminar de apabullar al pobre profesor, dijo:

—Ni siquiera como poeta sirve... mejor es Chocano. Es lo que dice mi padre, que sabe lo que habla.

—Es un gran poeta, —repliqué muy afirmativamente.

—¿Qué sabes tú? ¿Crees que porque te deja leer libros, puedes hablar?

—Es un gran poeta, —insistí.

—A ver, dinos por qué es un gran poeta...

No supe qué razones aducir. Referirme a la opinión de tía Rosa no me parecía suficiente. Hubiera querido decir algo definitivo.

—Dinos ahorita mismo por qué es un gran poeta, —repitió mi oponente.

Yo estaba perplejo. Como a algunos pugilistas en trance de caer vencidos, me salvó la campana.

Día a día, lección a lección, el año de estudios pasó. Llegaron los exámenes y nuestro profesor nos aprobó a todos, citándonos para la ceremonia de la repartición de premios, que se realizaría a fines de diciembre.

La fecha llegó. Esa noche, el gran patio de honor del Colegio Nacional de San Juan estaba de gala. Profusamente alumbrado y con asientos arreglados en forma de galerías, mostraba al fondo un estrado donde tomaron asiento el Rector y los profesores. Casi todos llevaban vestido de etiqueta. Las familias de los alumnos fueron acomodadas delante y, nosotros, a los lados y detrás. Los mocosos del primer año fuimos lanzados a una de las últimas filas. Debido a que Vallejo ocupaba un lugar muy secundario en el estrado, sólo se le podía ver la cabeza. Pero ella, grande de melena y cetrina de tez, resaltaba claramente entre tanta pechera blanca y tanta luz... y entre tanta cabeza sin carácter.

No viene al caso que detalle la ceremonia. Es sí, pertinente, que refiera que no me tocó ningún premio porque, como éramos varios los que obtuvimos las primeras notas, los habían sorteado y los favorecidos fueron otros. Casi al terminar el acto, Vallejo abandonó el estrado y vino hacia nosotros. Viéndome sin ninguna cartulina de premio en la mano, recordó lo ocurrido y me dijo: "No

te importe la suerte". Cambió algunas palabras más con muchos de nosotros, nos preguntó a varios dónde pasaríamos las vacaciones y luego se marchó. Al poco rato, pudimos advertir que, en vez de volver al estrado, se había puesto a pasear por los corredores. En medio de la penumbra que arrojaban las arquerías, veíase apenas su silueta negra, alargada, casi fantasmal, tras el cocuyo de su cigarrillo.

Cuando el Rector, solemnemente, declaró clausurado el año escolar, César Vallejo se dirigió a la puerta y salió, confundiéndose entre la muchedumbre formada por los estudiantes y sus familias. Instantes después lo volví a ver en la calle, yendo hacia la plaza de la ciudad. Magro, lento, se perdió a lo lejos . . . Pude haberle dicho adiós, pues no volvería a verlo más. Cuando las clases se reabrieron, César Vallejo no dictaba ya el primer año ni ninguno. Al recordarlo, siempre tuve la impresión de que estaría haciendo un duro camino de artista y hombre cargado de penas y distancias.

GALDOS Y EL SIGLO XIX

EL redescubrimiento de Galdós en su año centurial nos habrá dejado, a los hijos del presente siglo, aparte de otros beneficios espirituales, este saldo positivo: la reconciliación con nuestros abuelos, el esclarecimiento del siglo XIX. En adelante ya no veremos su rostro múltiple con irritación o menosprecio, según nos habían enseñado a contemplarlo nuestros inmediatos antecesores intelectuales, los del 98. Al contrario, iluminados por la lección que de sus fastos y reveses se refleja en los libros galdosianos, empezaremos a mirarle con tolerancia y lucidez comprensiva.

Adviértase que no escribo las palabras simpatía o solidaridad. Cualquiera de ellas significaría un "retorno", una abjuración, —operaciones gratas a los exhumadores—, y permitiría esquematizar los conceptos, pero resultaría inexacta en su matiz último y lamentable como todas las vueltas atrás. No; nuestro cambio de actitud ante el siglo XIX es de otro sesgo. Marca los grados que en el cuadrante criticista van desde el duro ceño polémico al transigente gesto comprensivo. Nuestros predecesores, por lo mismo que vivían inscritos en los límites del siglo XIX, no acertaron a juzgarlo siquiera con objetividad. Como vecinos demasiado próximos, les molestaba su influjo y esta cercanía enturbiaba su visión. Sólo nosotros hemos alcanzado ahora la relativa lejanía, necesaria para su perspectiva cabal. Lo advertimos al repasar nuevamente las páginas de los *Episodios* [1] y de las novelas galdosianas. Pues a esos libros, tanto en los primeros, donde lo histórico se funde con lo ficticio, como en los segundos, donde campea lo novelesco puro, está contenido, mejor que en los secos anales históricos, toda la vida y el espíritu decimonónicos.

Pero decir siglo XIX, así, en globo, es apenas palpar una abstracción. Para asir algo más concreto habría que aislar algunas de sus porciones y características, y luego localizarlas con relación a España; además, marcar un distingo profundo entre sus primeras décadas y

---

1 Sugerida esta nota por la reedición de los *Episodios Nacionales* que está publicando en Buenos Aires la Editorial Pleamar, corresponde advertir cómo la presencia del siglo pasado se hace aún más acusada merced a los dibujos del propio Galdós y de los hermanos Mélida que ornamentan estos libros, restituyéndonos así, también en lo gráfico, la imagen y el estilo de toda una época.

las últimas, entre aquellas sacudidas de heroísmo y las afectadas de conformismo, esto es, diferenciar claramente el empuje liberal doceañista del conservadurismo político finisecular. Y, parejamente, en el plano estético, distinguir el puro brote romántico de la poesía prosaica, las secuencias goyescas del cuadro de historia. . .

Son muchos, —salta a la vista—, los rostros del siglo pasado, e imposible, por consiguiente, condensarlos en una fórmula única. De ahí la inanidad absoluta del epíteto "estúpido" aplicado globalmente a aquel siglo. Que este calificativo, coreando el estruendoso libro de León Daudet, haya cundido tanto, sólo revela cuán fácilmente encuentran cómplices todos los denostadores. Muchos quizá no advirtieron que el reaccionario polemista identificaba "estúpido" con liberal; es decir, execraba rigurosamente la virtud más alta y la meta aun inconquistada del siglo XIX, el liberalismo. ¿Siglo estúpido? Puesto a elegir adjetivos arbitrarios, me quedo con los de Bretón de los Herreros, pertenecientes a aquella poesía aprendida en los bancos escolares y que empezaba así: "¡Oh, del vapor y del buen tono!—¡Ho, venturoso siglo XIX!".

Meta inconquistada llamé antes a la del siglo XIX y esta denominación empieza por sorprender a quien la escribe, cuando precisamente todos hemos oído decir mil veces, y hasta hemos escrito en alguna ocasión, que el liberalismo había sido superado o debía serlo. Mas en esa antinomia radica cabalmente la tragedia del siglo XIX y también la clave de nuestra nueva actitud ante su sombra viva, su corpórea y no fantasmal presencia. Porque ni el liberalismo ni su correspondiente estético, el romanticismo, pertenecen en absoluto al siglo pretérito ni fueron agotados en sus límites. ¿Cómo se explica? Todo siglo, al igual de todo ser humano, arrastra fatalmente la herencia de sus progenitores. El liberalismo no es creación décimonona, viene de atrás, data del siglo de las luces. Por ejemplo, lo que triunfa en Cádiz con los constitucionales de 1812 es la secuela de los enciclopedistas. Es decir, el siglo XIX pelea ardorosamente por conceptos que otro incubó, se bate por las ideas del siglo XVIII.

Parejo destino irónico se halla en trance de sufrir nuestro siglo. Si inicialmente pareció que pugnaba por metas más difíciles, por idearios más evolucionados, en realidad ¿no sucederá que hoy el siglo XX esté luchando por las ideas del siglo XIX? Pues ¿qué otra cosa, en suma, qué otras cosas elementales sino los principios de libertad individual, de tolerancia de conciencia —y otros semejantes en lo colectivo— se debaten hoy con tanta furia y ruina desde el aire, mar y tierra? Las utopías revolucionarias, como todo último plano, han de-

jado de ser visibles, puesto que inclusive los primeros términos previos —y a ello equivalen los conceptos liberales antes nombrados— resultan borrosos. Aquello que parecía ya olvidado, a fuerza de disfrute cotidiano, vuelve a estar en litigio. Las "antiguallas superadas" vuelven a ser "postulados previos.".

Luego el siglo XIX —para nuestro mal, sin duda— no puede decirse que haya acabado. Demasiadas dúplicas de sus rasgos vemos surgir cotidianamente. Y esto sin aludir más que de paso a su otra vertiente, al romanticismo, cuyos trazos esenciales se repiten en el superrealismo, y de cuyas maneras más flojas hay excesivos ecos en toda la poesía de estos últimos años. No es que la historia se repita; es que hay ciertas *historias* que no acaban nunca. Adentrarse en estos *Episodios Nacionales* es comprobarlo una vez más.

Sin necesidad de buscar paralelismos y confrontaciones con nuestro tiempo, la impresión de esa pervivencia dramática y lamentable del siglo XIX salta a cada página. Los dos conceptos capitales que entonces entrechocaban sus filos, siguen oponiéndose con la misma vehemencia. Liberalismo frente a absolutismo, tolerancia contra fanatismo. Los nombres pueden haber cambiado, desplegándose en variantes múltiples, pero la sustancia es la misma.

Además, nosotros tenemos razones para conservar el primero, pues el liberalismo como nombre nació en España, aunque nunca llegase a arraigar allí plenamente. ¿Por qué? Mejor que en los áridos tratados de Derecho Político, la clave de tal fracaso quizá se encuentre en muchas páginas de los *Episodios*, particularmente en aquellas de la segunda serie donde habla y actúa Salvador Monsalud, personaje a quien bien podríamos considerar como *alter ego* ideológico del autor, en ciertos puntos. En aquellos donde se manifiesta como enemigo de todo extremo, inclusive en pugna con sus propios correligionarios, aplicando con el mismo rigor su censura a constitucionales que a serviles, a la ferocidad reaccionaria que a la inconsciencia liberal...

Ahí está la gran lección ética que cabría extraer de la epopeya galdosiana y que aun no fué bastante aireada. Frente al fanatismo, liberalismo, pero no débil, sino enérgico, autoritario. Contra la intolerancia, ironía, su mejor disolvente.

Guillermo de TORRE.

DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA

Es ya casi un tópico que la historia cultural de España e Hispanoamérica está por hacer. Y de tan tópico, el hecho parece llevar adheridas una como conformidad fatalista, que se consuela con algún hallazgo afortunado de vez en cuando, o una seguridad en lo propio que no necesita de más investigaciones ni seguridades. Nos volvemos siempre a lo de fuera, en busca de las novedades últimas, o también en busca corroboradora en sus resultados de fenómenos históricos que, por lo visto, no han tenido raíz más que lejos de nosotros. La Ilustración, la pasión histórica, los fermentos todos de la modernidad —por no citar más que temas que han estado de moda en estos últimos tiempos en México— los estudiamos y los vemos en fuentes extrañas a nuestro medio, como si fuera inútil intentar su encuentro en los orígenes de nuestros actuales días hispánicos. Hablamos de la independencia de los países americanos, de la renovación española que trajo la perdida república por ganar, como de cosas tan sabidas, tan evidentes por sí mismas que no pareciera necesario encontrarles explicación más honda y definitiva. Y las corrientes que movieron y dieron vida a los fenómenos citados, podrían identificarse con esa Ilustración, con esos fermentos de modernidad a que antes se hacía alusión y que alcanzaron entre nosotros la intensidad necesaria para ser parte importante en su provocación y logro.

Triste es tener que reconocer que entre los pocos esfuerzos de valoración auténtica de nuestra cultura puede considerarse caso único y ejemplar el de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Y digo triste, porque al hecho, ya lamentable de por sí, de poder contar casi un solo nombre en este tipo de actividades, se une la limitación inevitable de las condiciones que en ese nombre se daban. Español por los cuatro costados, Menéndez y Pelayo había de ser banderizo necesariamente; y su catolicismo recalcitrante, pese a la libertad artística y pensadora que comportaba en él su calidad extraordinaria de humanista, hubo de ofrecernos una visión parcial de la cultura española, visión negadora y negativa precisamente de aquellos fermentos a que antes se aludía. Pero basta con leerle, con sentir su aliento vivificador aun de aquello a que estaba enfrentado, para comprender todo ese ángulo importan-

tísimo de la cultura hispánica que él mismo trataba quizá de borrar. Y es que de rondón —y a veces sin necesidad de ello: por descuido liberal, por objetividad humana y triunfante, por urgencias de discusión— se le entraban a Menéndez y Pelayo los aires de fronda. Y en su misma negación constante, de ellos se venía hacia nosotros, con nombres, títulos, hechos y sucesos, esa fronda imprescindible para la mejor comprensión del desarrollo de nuestra historia. En sus *Heterodoxos,* tan banderizos, tan llenos de esa pasión que nos pierde y nos salva a los españoles; en su *Ciencia española,* tan generosa, por necesidades dialécticas y banderizas también, con lo que en la obra anterior era condenable, está hecha, con magnífico trazo precursor, esa historia por hacer. (Y no hablemos ya de la mayoría de sus otras obras, sobre las que hay que volver cada día con mayor insistencia y atención, y en las que el gran humanista que llevaba dentro había ganado la partida del todo al político y al fanático. Sin contar con la *Historia de las ideas estéticas* es imposibe hoy por hoy, hacer nada en las del pensamiento y la literatura españoles).

En estos años últimos —y no es que olvidemos trabajos importantes en España de continuadores inmediatos de Menéndez y Pelayo en uno y otro bando español, ni esfuerzos de gran valor en el campo mexicano, que es el único que se ha hecho algo patente en nuestro conocimiento y aprendizaje actuales de América— parece rectificarse en nuestro medio esta apatía frente al pasado común. Nos estamos buscando al fin; y da un poco lo mismo que lo hagamos apasionada u objetivamente: lo importante y sintomático es esa inquietud despierta que nos remueve y encierra. Y tanto más importante cuanto que esa inquietud e interés por nuestra historia no descansan en afanes tradicionalistas ni en posiciones estáticas, sino que son función de una actividad creadora, e incluso soñadora, frente al presente y el porvenir. Tenemos plena conciencia de la necesidad de conocernos, de saber de dónde venimos, de comprobar las causas a que obedecen los fenómenos de nuestro tiempo propio, de hallar las raíces reales del árbol que nos ampara y sostiene en el mundo. Viendo a España e Hispanoamérica reunidas bajo un signo hispánico bien distinto del que preconizan y mueven los españoles "oficiales" de hoy, opuesto del todo a esa hispanidad que se nutre en el más ridículo —aunque nada inofensivo— de los imperialismos, se dan para el fenómeno que ponemos sobre el tapete las circunstancias más favorables. De un lado, el destierro y esperanza en América de unos españoles que supieron encontrar la luz de España combatiendo por su libertad, y que, en su transitoria derrota y ex-

trañamiento, buscan a España y se buscan España en todos los sitios y por todos los medios, seguros de lo español de su propia raíz y de lo español entero del hilo que les condujo a su coyuntura y fe actuales. Del otro, y con una fuerza avasalladora de juventud y de acción constante, esa conciencia hispanoamericana que se ha levantado por sus propios fueros en estos años cruciales en la historia del mundo, buscadora de su propio sitio y de sus hasta hoy desdibujados genio y figura.

No intentemos ahora encontrar los perfiles políticos de esta coincidencia, que además podrán parecer a muchos débiles e indecisos, e incluso sin realización posible. El que a nosotros nos parezcan evidentes en un futuro más o menos inmediato y prometedor podrá ser espejismo de ilusiones o sólo un buen sueño merecedor de esfuerzo en una España libre y puesta en su camino. Volviéndonos únicamente al limitado campo —pero no por limitado menos fundamental— de la actividad de una cultura militante, esa coincidencia tiene ya realidad propia, aunque sea en esfuerzos aislados y pobres quizá, más no por ello carentes de importancia en lo que tienen de significado y razón de un quehacer. En la atención y memoria de todos están presentes los libros, seminarios, mesas redondas y rodantes, cursillos y conferencias tendientes a esclarecer y manifestar de una vez por todas el perfil de nuestra historia y de nuestro ser. Pero no por evidentes y enraizados en las horas que vivimos, hemos de pasarlos por alto una vez más.

¿Caminos mejores para esta labor de revalorización y necesario autoconocimiento? Todos son buenos en cuanto caminos y en cuanto indicio de actividad creadora. Pero en un intento de delimitación de campo tan vasto y, en apariencia, inabarcable, creemos, aunque quizá parezca paradójico, que lo primero y más urgente es la síntesis total. Podrá decirse que lo ortodoxo científicamente sería comenzar por una extensa serie de monografías parciales que pudieran sumar luego el material necesario para aquella síntesis que se nos ofrece como más urgente, y que donde la casa está por hacer casi por entero es absurdo empezar por el tejado. Pero seguiríamos estancados en la meritoria labor de tantos y meritorios eruditos, que han gastado y gastan sus vidas en reunir y publicar todas las papeletas referentes a fenómenos microscópicos y locales dentro del gran campo a explorar. Fuentes y más fuentes, bibliografías y más bibliografías, todas útiles y necesarias sin duda, pero inoperantes e ineficaces para la gran tarea de ofrecer el paisaje que encierra la razón y clave de nuestro desvelo.

Lo necesario es buscar y ordenar dentro del caos multiforme y tremendo de nuestra cultura los rasgos esenciales que nos permitan

construir el esqueleto completo, por hacer, de su historia. Luego vendrá el relleno de ese esqueleto, la encarnadura que pueda llegar a entregarnos el aliento total que nos sustenta.

TENEMOS en las manos una obra pequeña en sus dimensiones pero grande en su ambición, y que es susceptible, además, de ofrecernos en sus páginas esa síntesis que nos parecía necesaria.* No es que sea una síntesis de la cultura hispánica toda, ni aun de la hispanoamericana, mas sí una historia cultural de un período lo suficientemente grande y lleno de significación como para alcanzar vida propia por sí solo: de la conquista a la independencia, es decir tres siglos de cultura colonial hispanoamericana, sustento y razón de toda la historia inmediatamente anterior a nosotros, origen y explicación de nuestros días.

Mariano Picón-Salas ha sabido en ocho capítulos breves contarse y contarnos (y contar a los demás, a los de fuera: el libro es resultado de unas conferencias en los Estados Unidos) la historia de esos tres siglos de la dominación española en América. Y lo ha hecho con ese nervio suyo, en el que saltan con frecuencia los trazos delicados y finos, que sabe marchar siempre como sobre el pulso mismo, atento y alerta a las solicitaciones de fuera y a los consonantes latidos internos. Campea, por encima de la sequerona erudición del dato y la noticia bibliográfica, la cultura —¡cómo se adivina en Picón al lector constante!— del escritor venezolano, jugosa y fresca, enamorada de sus temas, gozadora de todos los manaderos en que ha ido a encontrarlos. Y el resultado es este pequeño libro lleno de caminos, de sugestiones, de inquietudes. Porque, sobre la seria información que nos ofrece, el libro de Picón es fundamentalmente eso: un acicate, un empujar continuamente al lector hacia los caminos que ya transitó él con despierta curiosidad y atención cuidadosa. El investigador de la cultura hispanoamericana, el estudioso de sus problemas, tendrá con esta obra de Picón-Salas una especie de guía, de temario y programa de trabajos.

Estudia primero —trasfondo ineludible de todo, necesario camino a recorrer para llegar a la colonia— lo que él llama el legado indio. Unos datos sumarios de arqueología nos conducen a un intento de exploración y expresión de lo que el espíritu indígena trae consigo al mestizaje. Las deidades indias, los monumentos arquitectónicos y poéticos, la mitología toda del indígena americano sirven para fijar las señales e influencias en la historia hispanoamericana de ese ingrediente

* MARIANO PICON SALAS: *De la conquista a la Independencia,* México, Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra Firme, Nº 4), 1944.

suyo que nada ni nadie ha podido borrar, y sin contar con el cual sería imposible una comprensión exacta de la misma.

Examina después el fenómeno de la conquista a través de las dos tesis históricas contrapuestas, de los complejos sociales de la época que la presenció y de una posible psicología de la empresa española en que la cal —espíritu— y la arena —aventura— saben conjugarse en generoso echar de una y de otra, con resultados lo bastante objetivos como para acabar con las leyendas de todos colores.

Con siete puntos fundamentales deja caracterizado el siglo XVI colonial, que él considera de tránsito de lo europeo a lo mestizo, adoptando la palabreja —a lo que se ve esclarecedora— de don Fernando Ortiz: "transculturación". Santo Domingo como primera ciudad indiana; la conquista de México como problema típico de toda la conquista; las formas renacentistas mexicanas como cuajar primero de la cultura que viene; la pedagogía de la evangelización como vehículo primordial de aquella transculturación y la historiografía misionera como expresión de sus primeros resultados y contrastes; las utopías sociales como índice de las inquietudes del siglo y de las posibilidades creadoras —¡manes de don Vasco!— del mundo nuevo; y las fiestas, teatro, etc., como formas ya mestizas de ese mundo, serían, sumariamente expuestos, los hitos fundamentales del paseo de Picón-Salas por el primer siglo hispanoamericano.

El paseo termina con una "entrada al siglo XVII", en que se estudia la decadencia española en la historia indiana, la sociedad mestiza del siglo y la Inquisición y el espíritu de Contrarreforma, trasladados a América, con que la monarquía imperial española, considerando a ambos como dique de protección contra las inundaciones inminentes, acabaría de dar cerrojazo a su grandeza. Perdiendo ya la dirección del mundo, se obstinaba España en mantenerse cerrada a los aires de la época, terne en su actitud de abanderada intransigente de lo que la naciente modernidad comenzaba a derrotar en toda la tierra.

La parte central del libro la ocupan dos capítulos dedicados al estudio del barroco hispanoamericano y a la erudición, temas y libros de la época barroca. Después de un agudo análisis del fenómeno del barroco en su complejidad y contradicción, y de situar dicho fenómeno en la perspectiva histórica americana, pasa Picón-Salas a señalar sus manifestaciones literarias y plásticas; el gongorismo; la riquísima geografía poética cimentada en la curiosidad exótica; la importancia de la arquitectura, reflejo de la pomposidad de estado, iglesia y enseñanza; el enciclopedismo precursor del peruano Peralta y Bar-

nuevo y del mexicano Sigüenza y Góngora; el casi gracianismo de Espinosa Medrano; el humorismo sombrío de Juan de Caviedes, prolongación en América de la "línea desenfadada y vital de la picaresca"; el "caso" Sor Juana Inés de la Cruz, que expresó mejor que nadie "el drama de artificialidad y represión del barroco americano"; la "extrañeza americana", que nosotros calificamos quizá de asombro, en la obra del padre Acosta; la influencia modeladora de la escolástica en todo el espíritu de la época, etc.

Cierran la obra dos capítulos que se nos antojan —desde nuestro punto de vista actual— casi uno solo: "el humanismo jesuítico del XVIII" y las "vísperas de revolución". Y decimos que se nos antoja uno solo porque en la polémica sobre el gusto —fray Gerundio colectivizado en la la Compañía de Jesús—; en la incorporación —no por latente menos fuerte— de la ciencia y la filosofía del siglo a los colegios de jesuítas; en las tesis "ilustradas" de un historiador como Clavijero, de teólogos como Alegre y Lacunza, de estéticos como Márquez o naturalistas como Molina, de poetas de sentimiento nacional y social como Landívar (al que Picón dedica páginas aparte para estudiar sus "motivos nativistas"; caso típico para nosotros de poeta desterrado, entregado a contarse amorosamente los campos perdidos), están ya los gérmenes de la independencia. Méndez Plancarte lo señaló recientemente. Vizcardo y Guzmán, que abandonó la orden, pero que *salió* de ella, debía recordárnoslo más todavía, si se prestase más atención y se hubiera explorado con más detenimiento todo ese movimiento dieciochesco tan revelador. Los perseguidos por la Ilustración fueron —ya no tan paradójicamente como a primera vista pudiera parecer— los primeros, y en muchos casos los más importantes, portadores de ella. Y se nos entran por entero en el capítulo de vísperas de revolución que Picón-Salas nos da separadamente. Sin el fermento "ilustrado" de los desterrados jesuítas, el terreno no hubiera estado bien dispuesto para la siembra de los Miranda y los Bolívar, de los Caldas y los Espejo.

Eso es lo magnífico de este libro de Picón-Salas: todos los hilos están juntos y los diversos sentidos que llevan, así reunidos, en sus aparentes contradicción y separación, nos dan la consistencia de la madeja total. Gran esfuerzo de síntesis aclaradora estas páginas del escritor venezolano. En esa labor urgente que señalábamos al principio de esta ya larga nota, pueden ocupar sin duda un lugar muy importante. Caminos y orientaciones nos brindan. ¡Ojalá no sean desaprovechados y se sometan a la discusión e investigación necesarias!

Francisco GINER DE LOS RIOS.

Dimensión Imaginaria

CUATRO POEMAS

Por *Bernardo* ORTIZ DE MONTELLANO

PREGUNTAS POR BEETHOVEN

(Cuarteto Nº 15, Op. 132)

¿Por qué Beethoven sordo, solo, pobre, olvidado
cristalizó su llanto
y devolvió a los hombres —¡oh, sordera de mudos!—
el goce íntimo, suyo, de voluntad de mar
en onda espuma música
en lenguaje de estrella, lenguaje sin hablar?

¿Debilidad su fuerza? ¿Complejo de musicalidad?

¿Por qué tantos y tantos hombres gordos y sanos,
que no dan nada a lo divino ni tampoco a lo humano,
disfrutan sin esfuerzo de riquezas, honores,
poder, amores vanos?

¿Quién es el ángel bueno, quién el demonio malo?
(¿Quién que posea la tierra puede llamarme falso?)

Si por la "gloria" luchó Beethoven
la gloria es un recuerdo que dura entre los hombres, a lo
más, cien veranos.
—Beethoven lo sabía—
No fué por vanidad, entonces, por lo que sufrió en vano;
o fué más honda su alegría, feliz entre sus notas,
y es mentira, no fué sordo ni solo ni pobre ni olvidado

o el mundo es un invernadero de inconsciencia y de daño.
(Puede ser que no valga ni se trate
en el juego del mundo con lo humano
de lo bueno o lo malo;
de merecer o de lo inmerecido;
de sufrir por amor y por desinteresado,
sino del ambiente en donde se respira, necesario:
el pájaro en el aire
y en el agua el pescado.
Beethoven rico, burgués y bien amado,
el pájaro en el agua,
en el aire el pescado.)

Beethoven, el artista, oía en su pensamiento trasmundos de belleza para su propio regalo
—como él, acaso, nadie los oye en el mercado—
no "componía" para otros,
era el suyo un espíritu *ben temperado*
y la belleza musical fué el clima de su oído puro, pristino, reservado.

DESNUDO

Sin pasión, sin la sangre
que excita la mirada y el tacto;
sin el deseo de poseer o de ser poseído
que reduce el corazón a la utilidad de las astillas,
que arrebata a la llama el calor y por su goce
sabe su nombre y su danza deshace.

Sin pasión, sin la sangre,
descubro en mi memoria la línea que rehace
tu desnudo

de cristales y sombras, de submarinos tallos
de marfiles y esponjas, de granates y marzos
de nubes en la noche y maléficos triángulos.

Sin los pliegues del manto que te oculta,
sin pasión, sin la sangre
que excita la mirada y el tacto,
como la llama en su esplendor desnuda
estatua ondulación secreto vivo
resumes la belleza de los físicos mundos,
magia de los instintos de la luz
tacto de los pensamientos nocturnos.

MATERIA DE LA MUERTE

Cuando llega la noche
Y a la muerte del sueño, gozo, entrego
Mi despojada desnudez,
Tibia zona de espumas y de ecos
De nombres y de cosas
Que adhieren a mi sombra, bajo el fuego
Del día, su velo presuroso,
Van pronto yendo hacia el azul y luego
Cierro los ojos.
Una ausencia, pereza, desmantela los párpados,
Ya todos los sentidos se disgregan
Se pierden
O se ocultan
De la audaz vigilancia de ser útiles
Y a la Noche me entrego, a su delito,
Sin defensa, sin lucha, sin consuelo,
A sus labios de césped enlutado
En silencio, sin voz.

Es el sueño,
Es la muerte,
Otro mundo de mágicas esencias
Que habito cuando duermo,
Sin movimiento acaso, sin el cuerpo,
Al goce de existir, esencia pura
De una esencia invisible, ajena al río
Al fruto, al pez, al mineral
A las cosas que mueren o que duran.
Es el sueño,
Es la muerte,
Y sin embargo . . .

Esta columna de sudor y sombra
Entierra sus sentidos en la almohada
Pero la danza
La danza con angustia
La angustia de danzar sigue su llama
Debela los escombros de la sangre
Recupera su grito, su voz pura,
Sabe su libertad
—Hondas llanuras de su misma imagen—
Sin límites de vanos pensamientos
Escoge mariposas y palabras
Y en libre acuerdo
De amores sin el cuerpo se resume
En latido creador
En donde acaba el hombre y comienza otro reino.

La dura piel de piedra mármol fría
Palpita llama escama del pescado,
Se ablanda en la raíz del vegetal,
Reluce entre los nervios del caballo;
Su cabello dormido
Es tacto ya en la rosa de líquido sonrojo
Pero la piel consciente de su goce

Y enajenada al tacto de la amada
—Yema fría que no quema,
Humo en sueños desnudo—
Ha recorrido todas las distancias
De lo inerte a lo vivo,
Del pez petrificado al tibio pájaro
Hasta ascender —¡qué soledad, es cierto!—
A la piel sin sentidos de un recuerdo.

En la noche del sueño
Sin las cosas
Sin los nudos del hombre
Hacia mí mismo, lo que soy y siento,
Hasta sus fuentes,
Un vago abismo de palabras secas
De silencios impávidos y pálidos
De incomprensibles signos, nos separa.

Es otra la materia de la muerte
Su sombra inicia apenas los mármoles del sueño.

A UNA DEIDAD INDIGENA

RESUENA SORDAMENTE LA LLUVIA DE LOS SUEÑOS EN LA CASA DE LA TRISTEZA.
Con corazones vegetales tejeré la corona para tus senos, diosa,
Y en el torbellino de las amapolas
Se adorne de rojos invisibles el invisible río de los tiernos caminos de la sangre
Que implora con imágenes
Si la palabra sólo se queda en lo sentido.

Sordamente de las cenizas vuelve el rumor y el cobre del eco sin augurios
—No es el amor, no es, ese duelo de céspedes húmedos y contritos,
Pero las nuevas flores serán las flores nuevas, florecerán los céspedes
Sordamente contritos, humillados de sombra nueva de la ceniza que abona, sin saberlo, vegetales arrullos,

La lluvia, la lluvia con sus pétalos melódicos de frío, la lluvia inunda el corazón de la Tristeza
Donde los sapos vierten su penetrante vicio roídos por el mudo veneno de sus crótalos,
Corona de la diosa de turbias amapolas que en la charca, desnuda,
Prepara el alba, generosamente.

De los sueños
De sus mudas formas de cacto retorcido en la llanura sola,
Espinosas esponjas de los sueños,
De las flautas del hongo perpetuado sobre los muros frescos de los huesos
La vejez prematura de la palabra, diosa,
El resplandor de niño cabecicano de mi palabra, diosa,
Luminosa saldrá del torbellino de las amapolas
Para coronar tu frente con espirales nubes de pájaros en vuelo de esmeraldas colores.

En la casa de la tristeza
Deja que se adorne de rojos invisibles el invisible río de los tiernos caminos de la sangre
Que implora con imágenes.

LAS DOS M M

Por *Alfonso* REYES

TEODORO Malio me esperaba ya en casa. Me pareció impaciente. Andaba de aquí para allá dando manotadas en el aire como quien espanta moscas.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Se ha vuelto loco?

—¿Por qué no? —me dijo—. La razón es una de las cristalizaciones posibles de la locura. ¿No ha leído usted *Locura normal*, de Santayana? Allí habla Demócrito en el Limbo como muy probablemente habló en vida, cuando los obderitanos dudaron de su salud mental. . .

—Bien, pero ¿ese manoteo?

—Es que se me han pegado las telarañas. Cuando entré, había una telaraña tendida de estante a estante, a través de la sala. Seguí el hilo, y el hilo me ha llevado a un descubrimiento poético. ¡Oh, lo que saben las arañas! ¿Cómo es que sólo ellas se han percatado de la tenue relación que une a las dos *M M* de la poesía?

—¿Las dos *M M?*

—Sí: Marcial y Mallarmé. Los eruditos de una jaula ignoran a los de la jaula vecina. No les ha ocurrido acercarse.

—Me sorprende el acercamiento y me seduce "a priori". Lo extraño es que tampoco les haya ocurrido buscar esta relación a los no eruditos. Ellos, con autoridad de cazadores furtivos —gran privilegio de los meros aficionados—, suelen encontrar al paso lo que no descubren nunca las técnicas específicas. ¡Si no llega a ser por el hilo de Aracne! Aunque aquí más bien parece haber sido el hilo de Ariadna, puesto que me ha guiado. En fin, por si es Ariadna cantémosla.

Aquí Teodoro se abandonó a una declamación según los cánones:

—¡Oh, hija del legislador Minos y de la sonora Pasifaé, grata a los dodecasílabos franceses! ¡Dulce nieta de la Vaca y del Sol, nacida entre dioses que se revolcaban con bestias! ¡Víctima de amor, traicionada por Teseo en Naxos, mal pago de tu preciosa ayuda; premiada después por Dionysos con la corona imperial que hoy voltea en las constelaciones! ¡Oh, desenredadora rubia, hermana de Fedra, la enredosa morena que acaba por enlazarse el cuello! ¡Salve, oh geómetra, maestra del álgebra sublime, tú que resolviste en línea recta las falaces circunvoluciones del Laberinto!

Ariane, ma soeur, tu dis la vérité:
le pont de Martial conduit à Mallarme.

Y yo, emulándolo, dejé oír mi voz:

—En fin, por si fuera Aracne, que me parece lo más probable, cantémosla también, al tono de las *Metamorfosis:* —Humilde y soberbia muchacha, hija del tintorero de Colofón, célebre entre las lidias por el sortilegio de tus dedos, expertos en trenzar la lana esponjosa: tú, a cuyo paso salían de su escondite las ninfas silvestres del Timolo y las acuáticas del Pactolo. Deja ya la envidia de los dioses y no provoques de nuevo la cólera de Palas, copiando en tus telas los desmanes de los implacables Olímpicos. ¡Mírate colgada del cuello, y sólo perdonada al fin para balancearte en vida miserable, mil veces más triste que la muerte! ¡Véngate más bien sobre los pobres humanos: llénales de telarañas la cabeza, y tendiendo falsas relaciones como sutiles redes, hazles creer lo que se te antoje, corriendo de un lado a otro por entre mis libros, huérfanos del crítico plumero!

—Entonces ¿se burla usted de mi descubrimiento?

—Lo hago sólo para desarmar los celos de los dioses. En el fondo, no me burlo, al contrario. Más lo pienso y más lo creo —le dije—. Allá en la segunda mitad del siglo XIX, se advierte en las letras francesas un auge de latinismo. Por los Cincuentas, Taine da al público su *Tito Livio* y Sainte-Beuve, su *Virgilio*. Por los Sesentas, Ampère publica *L'Histoire Romaine à Rome*; Fustel de Coulanges, su *Cité Antique;* Martha, sus estudios sobre los moralistas del

Imperio y sobre Lucrecio; Boissier, *Cicéron et ses amis;* Patin, sus ensayos sobre la poesía latina. Sin contar con que, para entonces, han aparecido ya, cuando menos, dos ediciones de Nisard, *Etudes sur les poètes latins de la Décadence,* que sin duda habían despertado la curiosidad hacia esa región de la historia literaria. Estas obras son tan de bulto que no quedaron recluídas en el gabinete del especialista. Salieron al público general, y seguramente impresionaron de modo singular a los "decadentes" franceses, que por algo se llamaron así. Mallarmé decía:

J'ai mal à la dent
d'être décadent.

—Por aquellos días —corroboró Teodoro—, se fundaron la *Revue Critique,* la Escuela Práctica de Altos Estudios, la Sociedad Lingüística; y poco después, la Escuela Francesa de Arqueología en Roma, y resucita la *Revue de Philologie.* Huysmans y Mallarmé, grandes amigos, fueron ejecutores testamentarios del cero absoluto que dejó a su muerte Villiers de l'Isle-Adam, autor de la *Isis,* historia de Tulia Fabriana y de Janus. Bien sabido es que Huysmans confesaba una especial predilección por los latinos de la decadencia. ¿Tiene usted por ahí *A Rebours?* Vea usted lo que dice:

"La descomposición de la lengua francesa se había operado de un golpe. En la latina, hay una larga transición, un lapso de cuatrocientos años entre el verbo jaspeado y soberbio de Claudiano y Rutilio y el verbo ya en disolución del siglo VIII. En la laguna francesa, ningún lapso, ninguna sucesión de edades tuvo lugar: el estilo jaspeado y soberbio de los Goncourt y el estilo en disolución de Verlaine y de Mallarmé se codeaban en París, vivían al mismo tiempo, en la misma época y en el mismo siglo".

Cerró el libro y dijo:

—Advierta usted: 1º la familiaridad de Huysmans con la literatura latina; 2º la naturalidad con que compara los tipos llamados decadentes de ambas literaturas, latina y francesa; 3º la alusión directa a Mallarmé. *A Rebours* fué el libro que, de cierta manera, lanzó a la calle el nombre del maestro, tesoro hasta entonces de iniciados. Verdad

es que, para entonces, ya el marcialismo de Mallarmé había dado sus pruebas. Pero allá se va todo como descripción de la atmósfera y de las cosas que andaban en el aire.

—Tiene usted razón. He seguido hojeando el libro de Huysmans. Creo que he dado con otro pasaje expresivo:

"En efecto, la lengua latina, tal como se la usaba en esa época que los profesores se obstinan todavía en llamar el gran siglo, no le atraía para nada (a su personaje Des Esseintes). Esta lengua recortada, de escasos giros, casi invariables, sin soltura sintáctica, sin color ni matices; esta lengua alisada en las costuras, bien podada de aquellas expresiones rocallosas, pero vivaces, de las épocas precedentes, podía, en rigor, servir para las trivialidades pomposas, los vagos lugares comunes machacados por los retores y poetas; pero mostraba tal opacidad, respiraba tal aburrimiento, que fué necesario, en los estudios lingüísticos, llegar al estilo francés del siglo Luis XIV para encontrar otro caso semejante de enflaquecimiento voluntario, de gris y fatigosa solemnidad".

Pasemos sobre los juicios, recojamos los testimonios del gusto en aquel ambiente literario. Virgilio le parece tedioso, fríos y almidonados sus pastores, llorones Orfeo y Aristeo, y Eneas una triste sombra chinesca. Detesta la fragua perfeccionada de Catulo, métrico feroz y sin fantasía. No le convencen los resplandores ovidianos, ni las gracias "elefantescas" de Horacio. Cicerón le parece grasoso y redundante; César, estéril como "pedo seco"; Salustio, menos desteñido que los otros; Tito Livio, sentimental y fastuoso; Séneca, túrgido y lívido; Suetonio, linfático y agusanado; Tácito, el más nervioso y musculoso de todos. Juvenal, no obstante uno que otro verso fuertemente calzado, y Persio, a pesar de sus enigmas, lo dejan frío. De Tibulo, Propercio, Quintiliano, los Plinios, Estacio, Marcial mismo, Terencio y Plauto (a pesar, este último, de sus neologismos, sus compuestos y sus diminutivos abigarrados), no hace mayor caso. Y, en suma, Des Esseintes, que viene a ser una exageración ideal de Huysmans, como éste lo es de su época literaria, sólo empieza a sentirse a gusto con Lucano, si bien confiesa que hay mucha quincalla entre sus joyas; y al fin se declara satisfecho con Petronio Satírico.

—Permítame usted —me atajó Teodoro con cierta gravedad sencilla—. Unos segundos de silencio en memoria de mi buen tío y su buen maestro, Fulgencio Placiades, que según he visto por las notas que usted conserva, conocía al dedillo su Petronio, es el único que menciona los textos perdidos del *Eustión* y la *Albutia* y, a no ser porque fué hombre probo, hubiera podido fraguar pasajes de su autor favorito, como lo hizo el Abate Marchena para eterno ludibrio de la germánica erudición. . . Continúe usted.

—¿A qué continuar? Huysmans sigue examinando la latinidad posterior, siempre a lo aficionado indiscreto. Gracias a eso, sus páginas tienen interés y, aunque sea por reacción, convidan a pensar otra vez en tantas cosas que solemos tragar como píldoras a las que no se les toma ya sabor. ¡Desgracia y negro destino de la enseñanza obligatoria! No podemos prescindir de ella, pero ¡cuántas flores trueca en cardos!

—Ya Baudelaire, y perdone usted la interrupción que lo salva de decir blasfemias, entendía mucho de latines, según testimonio de su poema *Franciscae meae laudes.* Y no olvidemos que fué el maestro amado, cuyas *Fleurs du Mal* el niño Mallarmé solía devorar en secreto.

Y tras un silencio, continué:

—Sin embargo de cuanto hemos dicho y reflexionado —advertí—, algo me inquieta. No puedo pedir a mi memoria un servicio tan extremado; pero no recuerdo ninguna cita de Marcial en el dulce vecino de la "rue de Rome". Sólo me acude una simple mención de nombres, Homero, Lucrecio y Juvenal, en cierto artículo, *Héresies Artistiques, L'Art por tous,* publicado alguna vez en *L'Artiste.* Otra mención de Homero y Virgilio en el prólogo a Beckford. ¡Ah! Y en la *Queja de Otoño (Divagaciones)* aquel expresivo pasaje en que dice que, en adelante, su espíritu pedirá esparcimiento a la poesía agonizante de los últimos momentos de Roma, antes del embate renovador de la barbarie y del latín balbuciente de las primeras prosas cristianas. Pero ¿no habrá por ahí más citas de autores grecolatinos?

Teodoro reflexionó un instante. Y luego, mudando de rumbo:

—¿Quiere usted que verifiquemos nuestros atisbos, o que nos declaremos satisfechos sin pruebas con nuestra teoría, poniendo de cabeza el método experimental, como Don Quijote cuando opta por no probar más su celada zurcida?

—Nada nos cuesta, y será de grato ejercicio, amigo Teodoro, poner lado a lado algunas líneas de Mallarmé y de Marcial. Supongo que, sin decirlo, sólo hemos tratado de aquel Mallarmé en células y embriones, de los epigramas, ocios postales, versos de sociedad, canciones bajito, rimas para acompañar pasteles, castañas y pañuelos, y nunca del Mallarmé de las horas graves.

—Por supuesto: el de las quisicosas, el de los buenos días en verso, el de la risueña musa cotidiana. En estos poemitas ligeros, como en Marcial, la gracia suele estar toda en un guiño de la sintaxis, en lo imprevisto de un contraste donde una evocación erudita envuelve algún objeto humilde, en mil cosillas leves y etéreas, libélulas de inspiración.

—Estas costumbres de poesía menor, en Mallarmé, nos recuerdan la Edad de Oro de las letras hispánicas. Góngora, tan exquisito, se dirige a una monja "enviándole una pieza de Holanda", y a otra "enviándole un menudo y un cuarto de ternera". ¡Qué blasfemia poética para los exquisitos de hoy, que no atarían a Góngora la sandalia! Por haber hecho un poema con la mano izquierda a la minuta de una comida, algunos imberbes dieron por fallecido a cierto escritor de nuestros días, que goza de buena salud. Esto de pretender cantar a fuerza del do de pecho, sin permitirse el registro medio, es cosa de mal gusto, arruina la voz y delata lo lejana que anda hoy la vida de la poesía. Además, si he de decir todo lo que pienso, el que no sabe jugar con las letras me parece un "arribista" del alfabeto, ya que no un analfabeto. Los contemporáneos llamaron al Góngora menor el Marcial cordobés, así como al Góngora mayor, al sublime, el Homero español. Y el historiador Antonio de Solís, que en su tiempo pasó por tan sutil y agudo poeta y era comparado con Calderón, aunque hoy nadie lo recuerde en este concepto, gastó mucho tiempo

en travesuras por este tenor: "A una dama que tomaba tabaco, enviándole un coco de la India lleno de él".

Teodoro buscó entre mis libros un ejemplar de Marcial y uno de Mallarmé.

—Voy a intentar —me previno— algunas traducciones improvisadas de los *Xenia* y los *Apophoreta.* Usted haga otro tanto con los *Vers de Circonstance.* Y veamos qué resulta. Y perdonémonos mutuamente el sacrilegio, que sólo tiene por objeto una prueba. Ya otro día lo haremos mejor. Comienza Marcial:

HABAS

Si en tu olla roja suelen
espumar las habas pálidas,
negarte a menudo puedes
a las cenas más galanas.

—Ahora voy yo, con Mallarmé:

EL VENDEDOR DE AJOS Y CEBOLLAS

El tedio de ir de visita
lo eludimos con el ajo,
y es lágrimas mi alegría
cuando las cebollas tajo.

—Marcial:

COPAS DE CRISTAL

Por el miedo de quebrarlos
quebrarás esos cristales:
lo mismo pecan las manos
por incautas o puntuales.

—Mallarmé:

EL VIDRIERO

Puro el sol, más luz irisa
que no filtra al resistero:
ciego, cuelga la camisa
sobre el lomo del vidriero.

—Marcial:

PIÑAS

Pomas somos de Cibeles:
aléjate, pues, viajero,
no sea que nuestra ruina
lo sea de tu sombrero.

—Mallarmé:

LA ROPAVEJERA

El mirar con que ponderas
mi ropa hasta el contenido,
me despoja de mis prendas
y soy un dios desvestido.

—De Marcial:

VASOS MURRINOS

Si te gusta el vino caliente,
el cuerpo del vaso murrino
conviene a tu Falerno ardiente
y da mejor regusto al vino.

—De Mallarmé:

UN VASO DE AGUA

Tu labio sobre este cristal
trago a trago va componiendo
de la rosa menos efímera,
viviente y púrpura, el recuerdo.

—De Marcial:

ENAGUA

Que el rico te ciña en la túnica:
yo sólo a la enagua me aplico.
Mi prenda no sería única,
sino doble, si fuese rico.

—Yo:

—Es la fecha: da a nuestro afán
tu boca —dice Mallarmé—
"où la nature prend le soin
de te rajeunir d'une année".

—Basta —dijo Malio—. Empieza usted a fatigarse y se le quedan los versos sin traducir. Creo que hemos llegado a una conclusión.

—Yo la resumiría en estos términos pedantes: comunidad de inspiración; pero, como entre aquella Roma y esta Francia ha llovido, allá es primer grado de abstracción lo que acá es abstracción de segundo grado.

Y Malio, disponiéndose ya a partir:

—Una abstracción, grado primero,
y otra de segundo sentido.
Y como, en efecto, ha llovido,
vengan paraguas y sombrero.

Y ya en la puerta, se detuvo:

—Nos hemos divertido un rato. Pero. . .

—De acuerdo —le interrumpí—. No hacemos mucho caso de telarañas. Las hay entre todos los libros imaginables. Todos hemos hecho epigramas. No sólo Marcial y Mallarmé. No se hable más de ello.

ORIGEN, DESARROLLO Y DESTINO DE LA PINTURA ARGENTINA *

Por *Romualdo* BRUGHETTI

A GUILLERMO DE LA TORRE.

En este joven país, tierra de grandes ríos, de inmensas llanuras, de selvas, macizos montañosos, sierras, llanos, lo primordial fué, en años del siglo XIX, elaborar un sistema político que permitiera el desarrollo social, la vida en común de pobladores nativos y extranjeros ocupados en la explotación de las riquezas naturales, las riquezas agropecuarias —fuentes exuberantes de la tierra nueva—. ¡A qué pensar, entonces, en un arte, en una cultura, cuando todo estaba por hacerse aquí aun materialmente! No faltaban, empero, voces que nutridas en el tesoro artístico de otros pueblos de cultura milenaria, sufrían en esta tierra despoblada frente a un cielo y a una pampa incontenibles e inabordables, por la ausencia de obras de arte y su correspondiente *climax*, y la huída hacia Europa fué la activa válvula de escape de todo criollo, de todo argentino auténticamente interesado por el destino superior de la patria. Consecuencia: un ejercicio aproximado hacia la belleza y la verdad de civilizaciones verdaderas iba a fecundar tal o cual ser de preocupación hasta conducirlo a elaborar un gusto, un modo de ser y de sentir, en acercamiento hacia un mundo de creación que este habitante apenas intuía pero que ya comenzaba a considerar indispensable para su leal integración. Nuestros hombres del XIX fueron seres múltiples en su acción: había que hacer el país, darle una fisonomía y a la vez que usar la espada había que escribir el

* Al hablar de pintura argentina, he creído conveniente establecer puntos fundamentales —a modo de itinerario promisor— señalando el origen, desarrollo y destino de un arte que tiende a afirmarse hacia un proceso natural de madurez.

libro, dictar la ley y hacerla cumplir; ser un hombre de acción, más en cuyo interior se mantuviera alerta y pródigo el hombre de pensamiento. La actividad política de Mariano Moreno lo llevó a elaborar un documento económico para el libre comercio: *La Representación de los Hacendados* (1809). La preocupación filosófica de J. B. Alberdi a redactar el credo que constituye las *Bases y puntos de partida para la organización política de la Argentina* (1852). La ansiedad cultural de Bartolomé Mitre a escribir la *Historia de Belgrano* y la *Historia del General San Martín* y verter a nuestro idioma *La Divina Comedia.* La voluntad y la pasión realizadora de Domingo F. Sarmiento a echar los cimientos de la literatura nacional —*Recuerdos de Provincia, Facundo,* etc.— en cuyo idioma vívido se halla la expresión incipiente pero verdadera de nuestro hablar colectivo y popular a la par que denso y arraigado en la tierra que lo vió nacer. A lo largo del XIX no faltaron tampoco, pintores, grabadores y dibujantes, espíritus inquietos de este país o extranjeros incorporados a la vida local, que comenzaron a hacer de la expresión gráfica y de la pintura una función noble, interpretando aspectos del paisaje, rincones de calles de ciudades y pueblos, interiores, escenas del campo, con un colonialismo que ya se atreve a levantar el tono de su rebeldía. En apuntes, más que en obras concluídas, esos hombres sencillos ofrecen a la contemplación de nuestros abuelos, tierras y cosas de la tierra, con sus personajes típicos y sus costumbres, con su acento técnicamente poco competente pero de no traicionado latido existencial. A la labor de Vidal, Pellegrini, Bacle, Morel, Pallière, no se le pueden aplicar los términos de inteligencia creadora, no se les puede aplicar el término excesivamente responsable de artistas; son modestos dibujantes, tal vez con un anhelo grande de ver representado todo cuanto ven y piensan; lo importante es que dejaron documentados nuestra realidad en sus aspectos más salientes. Eran buenos ilustradores de una época. El viajero inglés Vidal, había anotado en el prefacio de su álbum *Picturesque Illustrations of Buenos Aires and Montevideo,* que se había contentado "con bosquejar originalmente sin vistas a publicarlas, algunos rasgos característicos que presentaran du-

rante una residencia de tres años en el país". El ingeniero Pellegrini, en más de 500 retratos de la sociedad porteña, que tiene que pintar, le anima alcanzar el "parecido". Bacle, el litógrafo, dirá que tiene que vivir de su trabajo mediante una "ocupación inocente". Y Juan León Pallière, brasileño, indudablemente el más hábil y experto, apenas si alcanzará en sus ilustraciones "sabor local". Carlos Morel, publica también su "álbum", mas este litógrafo y pintor argentino es el primero en su época por su intención pictórica no desdeñable, por su instintivo gusto en armonizar, que hacen de su *Combate de caballería en la época de Rosas* un considerable aporte.

Los pintores que vinieron después: el alemán Rugendas; los italianos Fiorini, Verazzi, Manzoni, Agujari; el afinado D'Hastrel de Rivedoy; Raymond Monvoisin, que estuvo tres meses en Buenos Aires trayendo resplandores románticos y dejándonos *Soldado de Rosas* y *Gaucho Federal,* hasta el fecundo uruguayo J. M. Blanes y nuestro pintor mayor de la época—Prilidiano Pueyrredon— autor de *Manuelita Rosas,* en cuyos óleos capta el tono de la sociedad en que le toca vivir. Tienen sus cuadros la presencia de quien sabe ceñirse a su modelo, que, por otra parte, representan un modo del existir de mediados del siglo pasado en la Argentina. Tocan su hora y la dejan plena en la historia iconográfica de un pueblo.

Mas al llegar a fines del siglo la Argentina es ya un país grande y próspero, una nación poderosa en América, que tiene asegurada su vida interior y en cuyos campos crece la riqueza ganadera y agrícola y se expande el progreso; los argentinos van y vienen a Europa: a España, Italia, Francia, Inglaterra, y de allá regresan intelectualmente enriquecidos, espiritualmente evolucionados. Es el instante en que el arte puede nacer, en que la expresión ha de vislumbrar su esperanza. Una generación de artistas van a reunirse en talleres y academias de Roma, de Florencia, de París, de Madrid, conmovidos en museos, pinacotecas, catedrales, palacios, iglesias. Entre los primeros están: Angel Della Valle, G. Mendilaharzu, Eduardo Sivori y Ernesto de la Cárcova; pronto: Martín Malharro, el impresionista, va a hacerse oír. Este será pintor, artista, crítico, profesor y orientador

de arte. Reconocido por Rubén Darío, Leopoldo Lugones hará su entrada en la literatura, en la poesía argentina.

Destaco el nombre de Malharro, cito el nombre de Lugones. He aquí dos creadores por donde el *modernismo* y el *impresionismo* van a penetrar en la Argentina por la puerta angosta de la creación. Uno, como abanderado de un movimiento pictórico habrá de dejarnos un mensaje cierto que marca una etapa de afirmación en nuestra pintura; el otro, pronto sobrepasará los límites del movimiento modernista para hacernos sentir la *necesidad vanguardista* de la expresión creadora, íntegra y total.

Estamos pues, con estos hombres nuevos, en el camino verdadero. De ahora en adelante el escritor, el poeta, el pintor, aprenderán su peculiar modo de expresión, ateniéndose a su arte, y va a comenzar para nosotros la superación entre el hombre de acción y el hombre de pensamiento, para hacer profesión de pintor o de escritor y dedicarse a una disciplina peculiar. Claro está que la vieja sociedad colonial consideraba todavía y durante muchos años más al artista como a una especie de bohemio o romántico, sin contacto con la realidad. El artista difícilmente es valorado por esas gentes que ven en la vida únicamente la satisfacción de bienes materiales, de poderes e influencias, Y qué decir de un pueblo sin tradición, recién salido del caos institucional de una tierra cercana al "tercer día de la creación."

A este abandono se anteponía la pequeña pero sólida muralla de los cultos, de los finos y agudos espíritus. Malharro clama entonces por una "síntesis demostrativa de la forma"; habla de "proporciones y forma" y de "las leyes fundamentales del dibujo". Se detiene largamente a explicar "el sentimiento de la línea", a "enseñar a ver y a razonar ante una forma". La pintura argentina, saliendo del realismo y naturalismo de la época anterior de proyección figurativa y dibujística, se manifiesta con caracteres "impresionistas", captando la vida de las ciudades y del campo, para orientarse después hacia el "pleno aire". Así actúa toda una generación de pintores ansiosa de dotar a su país de una expresión auténtica.

Por este conducto, por un impresionismo de origen

alemán, se manifiesta Fernando Fader, en quien se produce un acercamiento hacia el paisaje argentino, especialmente el de las sierras de Córdoba, al punto de llevar veinte años de pintura local apegado a un virtuosismo de anotación de la realidad aprendido de su maestro de Munich. Son los tiempos que culminan en el Centenario de 1910. Las Exposiciones, en Buenos Aires, están al orden del día, constituyendo un fenómeno de interés cultural en la sociedad porteña; nace el Salón Nacional. Vienen más tarde los post-impresionistas, más rigurosos, entre los más finos cronológicamente, Navazio, Silva, Viau, Thibon de Libian, Miguel C. Victorica. En este proceso destácase una toma de contacto con las modernas escuelas pictóricas europeas, pasándose de lo académico a la expresión libre y diversificada, en la que los valores de sensibilidad y los valores plásticos marcan los jalones del arte nacional, hasta el surgimiento de la generación de 1921. En los pintores citados, existe un pleno gozo en el uso de la materia pictórica rica y sensible, en la que acentos líricos y plásticos entonan su canto estructurado por la inteligencia sintetizadora en obras de emoción y calidad perdurables.

Ahora bien: con la nueva generación, verdadero fenómeno de cultura en el país, por cuanto las directivas renovadoras abarcan no sólo la plástica sino también la literatura, la poesía, la filosofía, la música y otras formas expresivas, superados definitivamente los aportes del modernismo, entramos en las escuelas de vanguardia, en el llamado "arte viviente", que tiene eminentes cultores. Estos hombres anteponen el problema plástico, el "hecho plástico", a toda otra consideración anecdótica, para tocar las raíces de un arte severo y estricto, tal como fué, por ejemplo, el de los primitivos italianos. Claro está, se trata de una etapa artística en que el rico país que es la Argentina atraviesa una etapa existencial de fundamento polémico con respecto a los problemas principales de la nacionalidad, y mediante un movimiento de ideas quiere ponerse a tono con los universales llamados de nuevo orden u *orden nuevo,* que llegan desde los campos más agudos de la literatura, del arte y de la política. Es esta la historia más reciente, la nuestra, la contemporánea. Y, en



JUAN C. CASTAGNINO: El hombre de la tierra. (1941).



RAMON GOMEZ CORNET: Vendedora.

lo que atañe a nuestra pintura, el crecimiento afirmativo de un arte esencial se produce a consecuencia de tales choques del pensamiento y de la realidad, en la que se puede vislumbrar un derrotero para el futuro argentino en América y en el mundo planificado por la libertad de mañana.

El argentino Ramón Gómez Cornet, al año de su regreso de Europa, inaugura en 1921 una Exposición de sus obras en Buenos Aires, trayéndonos sus "tipos" del Norte, al mismo tiempo que el uruguayo Pedro Figari nos ofrece una visión lírico-pictórica de la vida rioplatense del siglo pasado en ciudades y estancias. Con estos dos pintores del Río de la Plata, nuestra pintura asume una categoría singular: nos ponen en contacto con el drama de la tierra, puesto que es poesía y verdad la que surge de los cuadros de estos hombres. En ellos existe tal o cual influencia de ultramar, pero el esfuerzo de estos artistas representa un serio aporte para la pintura nacional, entendida como la jerarquización de su realidad más alta, la artística, que es la que importa fundamentalmente. Con una diferencia esencial: Figari viene del "intimismo" finisecular y Gómez Cornet, en cambio, procede de las escuelas de vanguardia con el rigor de un "cuatrocentista". Uno realiza una pintura sensual; el otro, una pintura austera que tiene del artesano y del soñador que llega juvenilmente maduro a la expresión plástica. El uruguayo, evocador del pasado colonial con un instrumento de expresión limitado a su aprendizaje europeo, más precisamente, francés, pero evidenciando en sus abocetados "cartones" un sentido frontal, un desarrollo temático en un solo plano que es liso y vertical y en el que la perspectiva lineal y aérea desaparece o tiende a desaparecer mediante la elaboración fragmentaria del mismo elemento esencial. El argentino es un auscultador de la tierra natal, actual, en cuyos óleos y dibujos vive una calidad terrosa que no puede provenir sino del barro humano, de la tierra mineral y vegetal de *su* Santiago del Estero o Catamarca.

Y bien: no son sólo estos artistas quienes testimonian su visión nueva. En un primer plano de consideración se sitúan: Lino Spilimbergo, Emilio Pettoruti, Aquiles Badi, Horacio Butler, Héctor Basaldúa, Antonio Berni, Raúl

Soldi, Alfredo Guttero, Raquel Forner, J. Del Prete, Onofrio Pacenza, Horacio March, Norah Borges, Domingo Pronsato, E. Daneri, Cúnsolo, Giambiagi, y, posteriormente, Juan Carlos Castagnino, Demetrio Urruchúa, J. Batlle Planas, O. Pierri, M. Lasansky (grabador), en una nómina no exhaustiva. Junto a estos argentinos, cabe citar a Manuel Colmeiro, P. Audivert, Clément Moreau, Gertrudis Chale, Attilio Rossi, M. Angeles Ortiz, quienes incorporados a esta tierra, tal como ocurrió en el siglo pasado aunque por razones distintas propias de nuestro tiempo, vienen a integrar el mensaje de la joven pintura argentina. Todos ellos establecen en sus líneas primordiales, las nuevas dimensiones de este arte en su riqueza y variedad; porque, veamos qué ha ocurrido en los últimos veinte o veinticinco años.

El "hecho plástico" libre de toda derivación anecdótica, pintoresca o sentimental, fué planteado como problema urgente de calidad por esta nueva generación que, después del 21, comienza a traernos los valores de su inquietud a tono con la revolución plástica y pictórica desatada por las vanguardias del mundo, para la adquisición de una expresión múltiple y dinámica que nuestro siglo exige. Así vemos al artista argentino, quien, después de hurgar apasionadamente en el arte de los primitivos pueblos, de los arcaicos griegos, de los etruscos, de los egipcios, de los prerrenacentistas, ha de rescatar el signo verdadero del porqué, la escuela matemático-plástica florentina, superando el puro plasticismo orgánico (masas y volúmenes), buscaba relaciones de forma y color, abordando la forma humana por la abstracción matemática, hasta aterrizar en campos de la "pintura pura". Todo esto le probará a dicho artista cuán importante es su oficio, cuán poderosa es su voluntad de obtener una expresión dentro de su tiempo histórico. Sabrá cómo nace un estilo; aprenderá a saber que el dibujo es la base de la pintura e hijo de la geometría. Sabrá de la perspectiva lineal y aérea, y en el grado que hay que desecharla; conocerá los límites de la visión geométrica de la realidad, sabrá de las búsquedas más apasionadas e intelectuales. Simultáneamente, las corrientes pictóricas triunfantes en postguerra

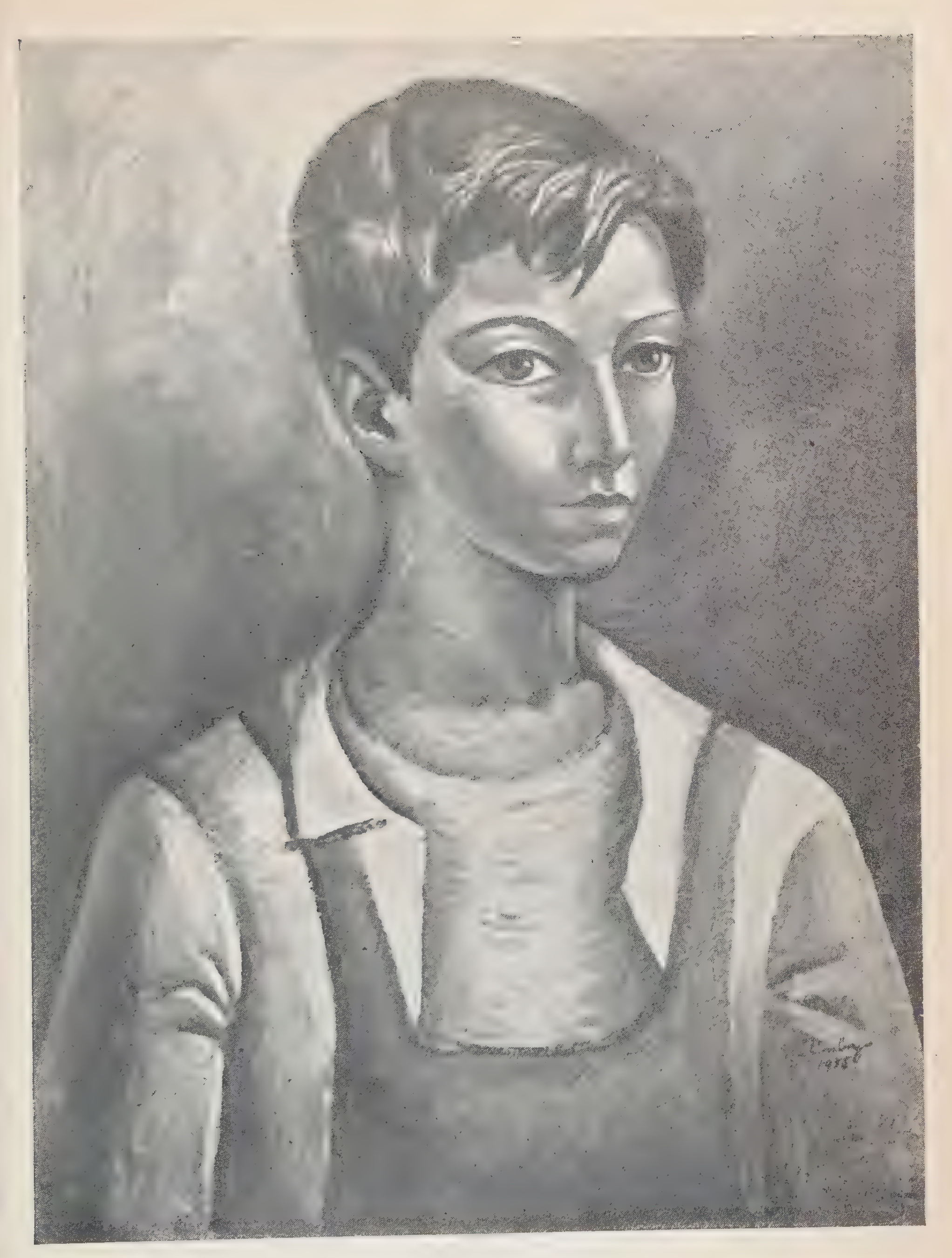
habrían de ser asimiladas por los pintores argentinos, y a través de "fauves", cubistas, futuristas, expresionistas, postexpresionistas, surrealistas y neorrealistas o neo-humanistas, la naciente expresión plástica nacional saldría enriquecida con el resplandor verdadero de su esencial destino recreador. La lección había sido aprendida, pues el proceso era exactamente el siguiente: se parte de la geometría (matemática) y de la plástica (abstracción no representativa) para llegar a la expresión (espíritu). En otras palabras: superadas, o mejor, encauzadas las fuerzas del alma y de la sangre por la inteligencia y el espíritu, entramos dentro del ritmo de las grandes experiencias de la cultura occidental, que han de acercarnos a "nuestra verdad". Es en esta plena y actual formulación que nuestros artistas, en grados distintos, sienten que ha llegado el momento de preguntarse por el conocimiento de nuestras virtudes, de nuestras aptitudes, nacidas de un ahondar en nuestro drama —drama del que ha de salir nuestro arte— que, hoy a través de los más lúcidos asume una trascendencia poco común.

En efecto, el mismo Lino Spilimbergo, uno de nuestros pintores mejor dotados, artista de estilo construído y denso, trabajando ahincada e inteligentemente, en el ostensible mundo de la objetividad y surrealidad, exactitud y misterio que rodea a sus figuras más admirables, llega ahora, por lógica evolución a abandonar dicho estilo que estableciera su personalidad inconfundible en nuestra pintura, a salirse de su modo de expresión característico —tal como se ve en las obras de su viaje a Bolivia—, yendo a captar rasgos salientes del hombre del altiplano, en función de una realidad que quiere trascender por conducto de una más integradora verdad artística, no meramente estética, uniendo lo plástico a lo representativo total.

Es pues, por un linaje dramático hacia un "arte propio" acondicionado incluso por una técnica "nueva" en el grado de su penetración universal en lo local y terreno, que marcha ahora la pintura de los argentinos. ¿No hay aquí, acaso, una tierra, un cielo, un hombre que no puede ser de otra región, de otro país, que tiene un aire de familia con la verdad profunda, telúrica, cósmica, de la

Argentina en América? No aludo a un simple panorama geográfico y social; mas, por el contrario, puede decirse que se viene congruentemente ordenando una expresión que participa del mensaje que nos dicta la tierra en esta toma de posesión de la tierra física y espiritual de la República. Y es por este derrotero que, ayer no más, un precursor uruguayo pintaba con el ánimo alucinado de un primitivo plasmador de emociones, y un argentino, pinta el hombre de Santiago del Estero, y otros son intérpretes cabales de la sierra y el Río de la Plata, la pampa y el Norte, el Sur y el Oeste; y todos ellos ya orientados definitivamente hacia una "expresión propia", por rutas convergentes, quieren penetrar en el drama de nuestro hombre rioplatense y su circunstancia histórica y poética; tocar con tan viva intensidad la raíz subterránea del ser, que, en esa aspiración fundamentalmente válida veo a los pintores de mi país superando obstáculos con una firmeza alumbradora. Son los grandes líricos de un movimiento vitalizador; son como los proscritos del tiempo de la dictadura política, que, a diferencia de aquellos que hace un siglo partían hacia el destierro para combatir la dictadura de Juan Manuel de Rosas, atentos a la realidad que la patria demandaba, a estos más recientes rebeldes constructores tócales, por la pintura, nada menos que el redescubrimiento de nuestra no equivocada presencia en el Nuevo Mundo —trocado en Mundo Nuevo— lejos de toda caza de ismos, de fórmulas agotadas, impersonales, que huyen de la vida y de sus realidades.

Este arte, que me complazco en enunciar, pasa por el natural proceso que conduce de la "estética de la forma" (de que hablaba Worringer) a la "estética de la esencia", en una etapa que nos hace pensar en un nuevo destino: destino del pensamiento en la humana comunidad, en la totalidad del Hombre. Pues un hombre de futuros días, el artista americano —y, para nosotros, argentino— que se da en nuestro país por una especie de fatalidad inherente a su joven destino, ha iniciado la cruzada libertadora (y liberadora) por un arte —una pintura— que va a tener un rigor substantivo en una América confederada: humana, moral y espiritualmente expresada en lo universal.



LINO SPILIMBERGO. Figura de joven. (1935).



GERTRUDIS CHALE. Pampa patagónica.



ORLANDO PIERRI. El crepúsculo. (1943).



NORAH BORGES. Adolescencia. (1941).

LA EXCURSION DE LAS MUCHACHAS MUERTAS

Por *Anna* SEGHERS

"NO, de mucho más lejos: de Europa". El hombre me miró sonriendo como si yo hubiera contestado: "de la luna". Era el dueño de la pulquería situada a la salida del pueblo. Se apartó de la mesa, e inmóvil, apoyado contra la pared de la casa, comenzó a contemplarme, como si buscara las huellas de mi origen fantástico. A mí me pareció de pronto tan fantástico como a él que desde Europa hubiera venido a parar a México. El pueblo, cual una fortaleza, estaba rodeado de órganos formando empalizadas. A través de las rendijas podía mirar hasta dentro de las vertientes de las montañas, de color gris pardo, que peladas y salvajes como montaña lunar, rechazaban, por su mero aspecto, cualquier sospecha de que jamás hubieran tenido que ver algo con la vida. Dos ceibas ardían al borde de una barranca completamente desolada. Y también estos árboles parecían más bien quemarse que florecer. El dueño de la pulquería habíase agachado bajo la sombra gigantesca de su sombrero. Había dejado de examinarme. A él no le atraían ni el pueblo ni los montes. Miró fijamente, inmóvil, lo único que le planteaba inconmensurables enigmas insolubles: la nada total.

Me apoyé contra la pared en la angosta sombra. Para poder ser llamado salvador, el refugio en este país era demasiado problemático e inseguro. Pesaban sobre mí varios meses de enfermedad, que me habían alcanzado ya aquí, mientras que los múltiples peligros de la guerra no habían podido hacerme daño alguno. Como a veces sucede, las tenaces tentativas de salvamento por parte de los amigos más bondadosos, habían apartado de mí las desgracias más inmediatas, pero atraído las desgracias ocul-

tas... Aunque mis ojos ardían por el calor y el cansancio pude seguir una parte del camino que conducía del pueblo a la selva. El camino era tan blanco a veces que, incluso cuando cerraba los ojos, parecía permanecer grabado en el interior de mis párpados. También vi en el borde de la barranca el ángulo que formaba la pared blanca, que, ya desde el techo del albergue, en el pueblo grande situado mucho más alto, había tenido dentro de mis ojos. En seguida había preguntado por esa pared y por el rancho, o lo que fuese, con su única luz caída del cielo; mas nadie había podido informarme. Por eso había bajado hoy, pese a la prohibición del médico, desde el pueblo más alto en el que me había desterrado para mi curación; y, pese a la debilidad y fatiga que me forzaban a sentarme para descansar, quería descubrir lo que aquella casa tenía de extraño. Esta curiosidad ociosa no era sino un resto de mi antigua fiebre de viajes. En cuanto la hubiese satisfecho, volvería a subir al domicilio prescrito. El banco en el que estaba descansando significaba, hasta ahora, el último punto de mi viaje, incluso el punto occidental más extremo a que había llegado en la tierra. El anhelo de grandes empresas extrañas y largas, que en otro tiempo me había inquietado, estaba hacía tiempo ya saciado, hasta la tranquilidad, hasta la hartura. Sólo una empresa quedaba aún, única empresa que podía inquietarme, espolearme: el viaje de regreso a mi país.

El impulso de emprender desde aquí otra vez el camino era más bien debido a la fuerza de la costumbre que a auténtico deseo de caminar. El rancho, lo mismo que los montes, estaba envuelto en una neblina brillante, que yo no sabía si consistía en polvo de sol o dependía de mi propio cansancio que todo lo convertía en nebuloso, en forma que lo próximo se desvanecía y la lejanía se aclaraba como en un espejismo. Me levanté rápidamente, pues me disgustaba mi propia fatiga paralizadora, y le neblina ante mis ojos se fué esfumando.

Salí por un corte hecho en las empalizadas de cactos, esquivando al perro que, cual un cadáver, dormía completamente inmóvil y cubierto de polvo echado sobre el camino, con las patas extendidas y apartadas de sí. Era

poco antes de la estación de las lluvias. Las raíces abiertas de los pelados árboles enroscados se agarraban a la vertiente como a punto de petrificarse. La pared blanca iba acercándose. La nube de polvo, o quizás de cansancio, que habíase aclarado un poco, se hacía más densa en las hendiduras de los montes; pero no era oscura, como las nubes suelen ser, sino luminosa y brillante. Hubiera creído tener fiebre si un soplo de viento caliente no hubiese llevado las nubes, cual jirones de niebla, hacia las otras vertientes.

Había un brillo verde tras la larga pared blanca. Probablemente tenían allí una fuente o un arroyo desviado que daba más agua al rancho que al pueblo. Sin embargo, no parecía habitado ese rancho, con la casa baja, cuya pared, por el lado del camino, no mostraba ventana alguna. Aquella luz que había percibido ayer en la noche, a no ser que hubiese sido un espejismo, había probablemente pertenecido al guardián de la finca. Las rejas, superfluas y desmoronadas desde hacía tiempo, habían caído rotas de la puerta cochera. Sin embargo, se veían todavía en la bóveda del portal los restos de un escudo, borroso por haber sido lavado en innumerables estaciones de lluvias. Estos restos de escudo me parecían conocidos, lo mismo que las medias conchas de piedra en las que descansaba. Entré en el portal vacío. Entonces oí para gran asombro mío un leve chirrido rítmico que llegaba desde el interior. Avancé un paso más. Podía oler ahora el verdor del jardín, que se iba haciendo más fresco y más abundante cuanto más lo miraba. El chirrido fué pronto más distinto, y en la maleza tupida, cada vez más densa y jugosa, percibí el rítmico vaivén de un columpio o de un sube y baja. Mi curiosidad se había despertado. Corrí a través del portal, en dirección del columpio. En el mismo instante alguien llamó:

—¡Netty!

Desde los tiempos en que iba a la escuela, nadie me había llamado nunca con ese nombre. Yo había aprendido a oír todos los nombres, buenos a malos, por los que solían llamarme amigos y enemigos; los nombres que durante muchos años me habían asignado en las calles, reuniones políticas, fiestas, habitaciones nocturnas, inte-

rrogatorios de policía, títulos de libros, noticias de periódicos, protocolos y pasaportes. Cuando yacía enferma y sin conciencia, había esperado incluso a veces oír aquel antiguo nombre de mi infancia, mas el nombre seguía perdido. Ese nombre que me ofrecía la ilusión de que podría convertirme de nuevo en sana, joven y alegre, dispuesta para la antigua vida con los compañeros de antaño, irremediablemente habíase perdido. Al sonido de mi antiguo nombre, asombrada, agarré con ambos puños mis dos gruesas trenzas, aunque en la escuela siempre se habían burlado de mí a causa de ese gesto. Me asombré de poder asir las dos gruesas trenzas: no me las habían, pues, cortado en el hospital.

El tronco de árbol en el que estaba clavado el columpio, me pareció, en el primer momento, envuelto también por una espesa nube; mas esta nube se partía y aclaraba en seguida, dando lugar a simples matorrales de escaramujo. Pronto brillaron algunos ranúnculos aislados en medio de la neblina que salía de la tierra subiendo por la hierba alta y espesa; la neblina se desvaneció y se vieron entonces, creciendo separados unos de otros, dientes de león y margaritas. Entre ellos, también matas pardo-rosadas de hierba temblorosa, trémula ya cuando se la miraba.

En cada extremidad del columpio estaba montada una muchacha, mis dos mejores amigas del colegio. Leni se daba vuelo mediante vigorosos golpes de sus grandes pies, calzados en botas cuadradas. Recordé que ella solía heredar siempre los zapatos de un hermano mayor. Cierto que este hermano había caído ya en otoño de 1914, en la primera guerra mundial. Al mismo tiempo me extrañaba que en el rostro de Leni no se advirtiera huella alguna de los siniestros acontecimientos que habían estropeado su vida. Su rostro aparecía tan liso y lustroso como una manzana fresca, y no había en él ni el menor indicio ni la más mínima cicatriz de los golpes que habíale asestado la *Gestapo* cuando la detuvieron y ella se negó a dar informes sobre su marido. Su gruesa trenza a lo Mozart permanecía apartada, rígida, de su nuca, mientras ella se estaba columpiando. Con sus espesas cejas fruncidas, mostraba su

redonda cara aquella expresión decidida, algo enérgica, que desde niña adoptaba frente a todas las empresas difíciles. Reconocí la arruga en su frente, en su cara de manzana, por lo demás lisa como un espejo y redonda. La conocía en todas las ocasiones: en los juegos de pelota difíciles, en los campeonatos de natación y en las composiciones de clase, y, más tarde, en agitadas reuniones y distribuciones de octavillas. La última vez que había advertido la misma arruga entre sus cejas, fué cuando, poco antes de mi huída definitiva, vi en mi ciudad natal, por última vez, a mis amigos. Seguramente su frente habría mostrado esa arruga también cuando su marido no llegó al sitio fijado a la hora fijada, de lo cual pudo deducirse que seguramente había sido detenido por los nazis en la imprenta clandestina. Seguramente había fruncido cejas y boca cuando, poco después, fué detenida ella misma. La arruga en su frente, que se formaba antes sólo en determinadas ocasiones, habíase convertido en una señal permanente cuando, recluída en el campo de concentración de mujeres, en el segundo invierno de esta guerra, se la dejaba morir de hambre, lenta pero seguramente. Me asombraba cómo había podido yo olvidar a veces su cabeza, oscurecida por la sombra que daba a ésta la ancha cinta en torno de su trenza de Mozart, pues estaba segura que incluso en la muerte habría conservado la imagen de su cara de manzana con la frente partida por la arruga.

Al otro lado del columpio estaba agachada Marianne, la muchacha más guapa de la clase, cruzando ante sí sus altas piernas delgadas. Sus trenzas de un rubio ceniza estaban enrolladas sobre sus orejas. En su rostro, tan noble y regularmente tallado como los rostros de las medievales muchachas de piedra que se ven en la catedral de Marburgo, no se podía advertir sino alegría y gracia. Tan poco como en una flor podía verse en ese rostro una señal que mostrase la culpabilidad o frialdad del alma. Yo misma olvidé inmediatamente todo lo que sabía de ella y me alegré de verla. Por su cuerpo delgado y esbelto corría cada vez un impulso cuando, sin apoyar los pies, daba movimiento al columpio. Se tenía la impresión de que podría, sin esfuerzo también volar por el aire con el clavel entre

sus dientes, con sus pequeños senos firmes bajo el delantal de lino verde que se le había quedado demasiado pequeño.

Reconocí la voz de la maestra, ya de cierta edad, la señorita Meess, que venía en busca de nosotras; la voz llegaba de detrás de la pared baja que separaba el patio del columpio, de la terraza del café. "¡Leni!" "¡Marianne!" "¡Netty!". Ya no agarraba mis trenzas en mi asombro. La maestra no hubiera podido llamarme, estando yo junto a las otras, con ningún otro nombre. Marianne retiró las piernas del columpio y apoyó sus pies firmemente en el suelo tan pronto como la tabla se inclinó del lado de Leni para que ésta pudiese bajar cómodamente. Luego enlazó el cuello de Leni con un brazo y, cuidadosamente le sacó yerbecillas del pelo. Ahora me pareció imposible todo lo que me habían contado y escrito sobre las dos muchachas. Si Marianne detenía con tanto cuidado el columpio para Leni y con tanta amistad y cautela le sacaba hierbas del cabello, enlazando incluso el cuello de Leni con su brazo, entonces era imposible que más tarde se hubiera negado rotundamente, y con palabras frías, a prestarle un servicio de amistad. Era imposible que de sus labios hubiese salido la respuesta de que a ella le tenía sin cuidado una muchacha que en algún tiempo, en algún lugar cualquiera, por azar, había asistido a la misma clase; añadiendo que cada centavo empleado en favor de Leni y de su familia, sería dinero despilfarrado y significaría un engaño al Estado. Los funcionarios de la *Gestapo* que habían detenido, uno tras otra a su padre y madre, declararon ante los vecinos que la niña de Leni, que había quedado desamparada, había de ser metida inmediatamente en un correccional nacionalsocialista. Entonces algunas vecinas recogieron a la niña del jardín público y la mantuvieron escondida para poder enviarla a Berlín, a casa de unos familiares de su padre. Cuando fueron a ver a Marianne para pedirle prestado el dinero del viaje, pues en otro tiempo habían visto a ésta andar cogida del brazo de Leni, y cuando Marianne se negó, temieron las mujeres que ellas mismas habrían de ser denunciadas a la *Gestapo*. Porque Marianne había añadido que su propio marido era un alto funciona-

rio nazi, y que Leni, junto con su esposo, habían sido detenidos porque habían cometido un crimen contra Hitler.

Pasó por mi cabeza la idea de si la pequeña hija de Leni habría mostrado una frente partida por la arruga, de modo similar a la de su madre, cuando al fin fué recogida por los funcionarios de la *Gestapo.*

Ahora salían las dos, Marianne y Leni, una de las cuales había perdido su hija por culpa de la otra, enlazados sus brazos, sien contra sien, del pequeño jardín donde estaba el columpio. Yo habíame vuelto, de pronto, un poco triste: tenía la sensación, de estar algo excluída de los juegos en común y de las cordiales amistades de las otras, lo que con frecuencia me había ocurrido en el colegio. Entonces las dos se detuvieron acogiéndome entre ellas.

Como tres pollitos seguimos a la pata de la señorita Meess hasta la terraza del café. La señorita Meess cojeaba un poco, lo cual, junto con su gran trasero, hacía que se pareciese a un pato. Sobre sus senos, en el escote de la blusa, aparecía colgada una gran cruz negra. Yo hubiera reprimido una sonrisa, lo mismo que Leni y Marianne; pero mi regocijo ante su aspecto grotesco estaba un poco mitigado por un respeto difícilmente compatible con la burla. Más tarde nunca se despojó de la tosca cruz negra en el escote de su vestido. Francamente y sin temor alguno había paseado con esta misma cruz en lugar de la cruz gammada, después de asistir al prohibido servicio de la *Bekenntniskirche,* [1] aunque la *Gestapo* la persiguiera.

La terraza del café, a la orilla del Rhin, estaba plantada de rosales. Estos, comparados con las muchachas, parecían regulares, derechos como candelabros, tan bien protegidos como flores de jardín al lado de flores silvestres. Al olor del agua y del jardín se mezclaba, atrayente, el olor de café. Desde las mesas, cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos, ante la fonda baja y muy extendida, llegaba el zumbido de voces jóvenes cual enjambre de abejas. Pero a mí me atraía acercarme primero a la orilla para poder aspirar la infinita lontananza soleada del país. Arrastré a Leni y Marianne hasta la reja del jardín,

---

1 Iglesia protestante ortodoxa, incompatible con la Iglesia oficial del Estado nazi, de los llamados "cristianos alemanes" (N. del T.).

desde donde podíamos ver hacia dentro del río, que, gris azulado y centelleante, fluía a lo largo de la finca. Las aldeas y colinas de la orilla opuesta, con sus campos y bosques, se reflejaban en una red de serpentinas de sol. Cuanto más y por más tiempo volvía la mirada en torno mío, tanto más rápidamente se llenaba mi corazón de alegría. Pues sin haberlo advertido, se iba desvaneciendo la grave opresión de melancolía que había pesado sobre mí sin saber por qué. Sólo sabía que ante la simple visión del paisaje, con sus colinas, florecía la alegría de la vida y la serenidad, en lugar de la melancolía; florecía como si brotara de la sangre misma, cual un determinado grano de determinado aire y tierra.

Un vapor holandés, a la cabeza de una cadena de ocho chalanas, atravesaba las colinas reflejadas en el agua. Llevaban una carga de madera. La mujer del barquero, alrededor de la cual danzaba su perrito, barría justamente la cubierta. Nosotras, las muchachas, esperamos hasta que se hubo perdido la blanca estela detrás de las chalanas y ya no se veía nada en el agua sino el destello de la orilla opuesta, que coincidía con el reflejo de nuestro jardín del otro lado. Volvimos a las msas de café, precedidas por nuestra señorita Meess cojeante—que ya no me parecía nada chistosa—con su cruz al pecho igualmente inestable, que para mí se había vuelto de pronto significativa e irrefutable, solemne como una bandera.

Tal vez había entre las colegialas también algunas malhumoradas y mugrientas; pero con sus trajes de verano de múltiples colores, con sus trenzas que brincaban alegres o se enroscaban divertidas, todas tenían un aspecto fresco y festivo. Como casi todos los lugares ya estaban ocupados, Marianne y Leni compartían silla y taza de café. Una pequeña Grete, de nariz respingada, de voz delgada y trenzas torcidas alrededor de la cabeza, y que llevaba un traje a cuadros, servía el café, segura de sí, y distribuía el azúcar como si fuese la misma dueña de la fonda. Marianne, que por lo demás solía olvidarse de sus antiguas compañeras de clase, recordaba sin embargo netamente esta excursión, cuando Grete, convertida en la dirigente de un grupo de mujeres nacionalsocialistas, la saludó allí como miem-

bro de la misma comunidad del pueblo y antigua compañera de escuela.

La nube azul de neblina que procedía del Rhin o, tal vez, todavía, de mis ojos demasiado fatigados, envolvía todas las mesas de las muchachas, de modo que ya no podía distinguir netamente los rostros individuales de Gerda, de Leni y Marianne y otras, cualesquiera que fuesen sus nombres, del mismo modo que un capullo de flor no se destaca ya en la multitud de flores campestres. Escuché durante un rato la disputa sobre el lugar en que habría de sentarse la profesora más joven, la señorita Sichel, que acababa de salir de la fonda. La nube brumosa se esfumaba ante mis ojos, de suerte que pude reconocer exactamente a la señorita Sichel, que andaba vestida fresca y luminosamente, cual una de sus alumnas. Se sentó cerca de mí, y la ágil Grete sirvió también café a la profesora predilecta; y, con su gentileza y amabilidad, incluso había decorado rápidamente el sitio de la señorita Sichel con unas ramitas de jazmín y flores de campana.

De esto se hubiera arrepentido Grete, si su memoria no hubiese sido tan débil como su voz, más tarde, en su calidad de dirigente del grupo de mujeres nacionalsocialistas. Pero ahora miró con orgullo y casi amorosamente cómo la señorita Sichel se ponía una de estas flores en el ojal de su chaqueta. En la primera guerra mundial habría de alegrarse aún de que, en la estación, efectuando el trabajo dentro de una sección del servicio nacional femenino, que vendaba y alimentaba a los soldados que pasaban por la estación, tuviera las mismas horas de servicio que la señorita Sichel. Pero más tarde habría de expulsar a esta misma profesora, anciana y temblorosa entonces, con palabras groseras, de un banco a orillas del Rhin, diciendo que quería estar sentada en un banco libre de judíos. Cuando estaba sentada al lado de ella atravesó de repente por mi cabeza, como una grave falla de mi memoria y como si fuera mi alto deber acordarme para siempre de los más mínimos detalles, que el cabello de la señorita no había sido, en modo alguno desde siempre blanco como la nieve, tal como se había quedado en mi memoria, sino que, en la época de nuestra excursión de escuela, tenía un be-

llo color castaño, excepto algunos mechones blancos en sus sienes. Había tan pocos mechones blancos en este momento, que podían contarse, pero a mí me conmovieron como si hoy, por vez primera, me hubiese encontrado con una huella de la vejez. Todas las demás muchachas en la mesa se alegraban, exactamente como Grete, de la proximidad de la joven profesora, sin presentir que también ellas habían de escupir más tarde a la señorita Sichel y escarnecerla como a marrana judía.

La mayor de todas nosotras, llamada Lore—llevaba falda y blusa—, que tenía cabello rojizo ondulado y hacía tiempo ya amoríos auténticos, había ido mientras tanto de una mesa a otra para distribuir pasteles hechos por ella misma. Esa muchacha poseía varios talentos domésticos preciosos, en parte en relación con el arte culinario, en parte con el arte de amar. Me acordé de que Lore, que había permanecido en mi memoria como una muchacha sumamente alegre y servicial dispuesta siempre a bromas graciosas y travesuras, continuaba su frívolo modo de vivir, iniciado en una edad extraordinariamente temprana, tan severamente criticado por las profesoras, sin contraer matrimonio o cualquier otra relación amorosa seria, de modo que, cuando la mayoría de sus compañeras ya estaban convertidas hacía mucho en dignas madres, ella tenía el mismo aspecto de hoy, aspecto de compañera de clase, con falda corta y una gran boca roja y golosa. ¿Cómo era posible, pues, que pudiese tener un fin tan serio? ¿La muerte voluntaria mediante un tubito de somníferos? Un amante nazi disgustado le había amenazado con mandarla a un campo de concentración, ya que su infidelidad se llamaba "ultraje a la raza". Mucho tiempo había estado en acecho en vano, queriendo sorprenderla al fin en compañía de algún amigo prohibido por la ley. Mas a pesar de sus celos y su avidez de castigarla, no había logrado aportar la prueba sino cuando, poco antes de esta guerra y con ocasión de unos ensayos de alarma aérea, el encargado de la casa forzó a todos los inquilinos a abandonar sus habitaciones y camas para bajar a la bodega, lo cual afectó también a Lore y a su amante proscrito. Ahora regaló secretamente, sin que este hecho se nos escapara sin em-

bargo, una estrellita de canela que había sobrado a Ida, muchacha también guapa de modo llamativo y adornada con innumerables bucles naturales. En la clase Ida era la única amiga de Lore, que estaba mal vista a causa de su vida alegre. Mucho se murmuraba en la clase sobre las citas amorosas de Ida y Lore y también sobre sus visitas en común a la piscina donde se encontraban con ágiles compañeros para nadar. No sé por qué Ida, que roía ahora secretamente la estrellita de canela, nunca fué alcanzada por la hostilidad de madres e hijas; tal vez porque ella era hija de profesor, y Lore hija de peluquero. Ida, por su parte, terminó a buena hora la vida ligera, más tampoco ella llegó a casarse, pues su novio murió ante Verdún. Esa pena la impulsó a dedicarse al cuidado de los enfermos, para ser útil al menos a los heridos. Como no quiso renunciar a su profesión después del armisticio de 1918, entró en el cuerpo de las *Diakonissen.*[2] Su graciosa belleza ya estaba entonces un poco marchita, sus ricitos ya un poco grises, como salpicados de ceniza. Entonces obtuvo un puesto como funcionaria entre las enfermeras nacional-socialistas, y aunque en esta guerra no tuvo ningún novio, su deseo de venganza y su amargura aun estaban despiertos. Enseñaba a las enfermeras más jóvenes las instrucciones del Estado respecto a la necesidad de evitar conversaciones y falsos servicios de compasión en el cuidado de los prisioneros de guerra. Mas sus órdenes de emplear la gasa recién llegada exclusivamente para vendar compatriotas, no sirvieron para nada, porque en el lugar de su nueva actividad, un hospital de sangre, situado a poca distancia del frente, cayó una bomba que acabó con amigos y enemigos y también, desde luego, con la cabeza rizada de Ida que ahora acariciaba Lore con sus cinco dedos manicurados, como sólo ella los tenía en la clase. Al mismo tiempo, la señorita Meess golpeó su taza de café con su cucharilla ordenándonos depositar nuestra contribución de dinero para el café en ese plato con dibujo de cebolla con el que Gerda, su alumna predilecta, estaba dando la vuelta a la mesa. Del mismo modo ágil y valiente había hecho colectas para la Iglesia confesional, odiada por los nazis, donde

[2] Cuerpo de enfermeras protestantes. (N. del T.).

ella, acostumbrada a tales cargos, había llegado a ser cajera. No era en modo alguno un puesto sin peligro, pero ella había efectuado las colectas de limosnas del mismo modo alegre y natural. La alumna predilecta, Gerda, hacía chocar alegremente las monedas en su plato de colecta y luego lo llevó a la dueña de la fonda. Gerda, sin ser bella, era simpática y hábil, con un cráneo parecido al de una yegua, con tosco cabello hirsuto, dientes fuertes y hermosos ojos castaños, que también tenían algo de caballo: ojos fieles y de dulces curvas.

Inmediatamente volvió en una carrera, pues también en esto se parecía a un caballito: siempre andaba al galope. Volvió, pues, corriendo a pedir permiso para separarse de la clase y tomar el próximo vapor. En la fonda habíase enterado de que el niño de la dueña estaba gravemente enfermo; ya que no había nadie para su cuidado, Gerda quería encargarse del enfermo. La señorita Meess calmó todas las objeciones de la señorita Sichel, y Gerda corrió al galope a cuidar al enfermo, como si corriese a una fiesta. Gerda había nacido para el cuidado de enfermos y el amor a los hombres: tenía vocación de maestra, en el verdadero sentido de la palabra, casi desaparecido en el mundo de de hoy. Diríase que había sido elegida para buscar en todas partes niños que la necesitaran; y siempre y en todas partes descubría a los necesitados de socorro: así nada se perdía, ni el más modesto de sus servicios caritativos. Su vida misma fué más efímera que las huellas de su vida, que seguramente aun permanecen en la memoria de muchos hombres a los que una vez ayudó por azar. Pero ¿quién habría sido lo bastante rápido para ayudarla a ella, cuando su propio marido, contra la prohibición y las amenazas de Gerda, izó la swástica, atendiendo a las órdenes del nuevo Estado, en un día Primero de Mayo, porque en caso contrario le habrían cesado? Nadie hubo para calmarla en el momento en que, al llegar a su casa corriendo desde el mercado, viendo su piso siniestramente abanderado se precipitó hacia arriba, llena de vergüenza y desesperación, y abrió el grifo del gas. En aquella hora quedóse completa, desesperanzadamente sola, a pesar de los muchos a quienes ella había socorrido.

Mientras tanto se oyó de nuevo la sirena de un vapor desde el Rhin. Alzamos los cuellos. En su blanco torso estaba escrito con letras doradas: "*Remagen*". Aunque el barco se fué lejos con la corriente, pude descifrar este nombre sin dificultad con mis ojos aún enfermos. También vi la serpentina del humo que salía de su chimenea y las claraboyas de los camarotes. Seguí con los ojos la estela del vapor, que tan pronto se extinguía como se formaba de nuevo. Mis ojos habíanse, mientras tanto, vuelto a aclimatar en el mundo acostumbrado, y lo vi todo de un modo más agudo aún que al pasar el remolcador holandés. A ese vapor "*Remagen*" sobre el ancho río silencioso que pasaba por pueblos y cordilleras de colinas y cadenas de nubes, era inherente una claridad, que nada le había hecho perder y que nada le haría perder jamás; una claridad que nada en el mundo podía enturbiar, ni el mal de mis ojos ni cualquier otra enfermedad, ni tampoco otras vistas menores, por muy salvajes e insistentes que fueran las cosas después. Yo misma había ya, en la cubierta del vapor y en las claraboyas descubierto los rostros conocidos cuyos nombres gritaron ahora las muchachas: "¡El profesor Schenk!", "¡El profesor Reiss!", "¡Otto Helmholz!", "¡Eugen Luetgens!", "¡Fritz Müller!".

Y todas las muchachas juntas gritaron: "Es el *¡Realgymnasium!* Es la *¡Unterprima!*".[3] Esa clase de muchachos que tenía su excursión el mismo día que nosotras, ¿desembarcaría aquí o en la próxima parada del vapor? Después de celebrar una breve junta, la señorita Sichel y la señorita Meess nos ordenaron formar en filas de cuatro, porque querían evitar en todo caso un encuentro entre ambas clases. Marianne, cuyas trenzas se habían soltado hacía tiempo ya en el columpio, empezó a sujetarlas de nuevo formando rodelas sobre sus orejas, pues su amiga Leni, con la que después del mutuo columpiarse había compartido durante todo el tiempo la silla, había descubierto, con sus ojos agudos, que también Otto Fresenius estaba a bordo: el pretendiente favorito y la más querida

[3] Penúltima clase antes del bachillerato de las escuelas secundarias alemanas. (N. del T.).

pareja de baile de Marianne. Además, Leni murmuró a su oído: "Aquí bajan: él hace una señal con la mano".

Fresenius, un muchacho de pelo rubio obscuro, de cuerpo alto aun sin desarrollar, de diecisiete años, hacía tiempo ya que nos hacía tenazmente señas desde la cubierta; seguramente hubiera nadado también hacia nosotras, para poder reunirse con su muchacha. Marianne enlazó el cuello de Leni firmemente con su brazo; para ella, la amiga de la que más tarde no podía acordarse en absoluto cuando la rogaron que acudiese en su ayuda, era ahora como una verdadera hermana, una buena consejera en la alegría y en la pena, que concienzudamente hacía de intermediaria para transmitir cartas y citas secretas. Marianne, que siempre fué una muchacha bella y sana, se iba convirtiendo, por la mera proximidad de su amigo, en tal maravilla de fragilidad y gracia, que se destacó cual niña legendaria de todas las demás colegialas. Otto Fresenius ya había en su casa confesado a su madre, con la que compartía secretos, su inclinación por Marianne. La madre, que se alegraba por su feliz elección, opinaba que, esperando el tiempo debido, no habría obstáculo alguno respecto al matrimonio. Se llegó también a la celebración del noviazgo formal, pero nunca a la de las bodas, pues el novio cayó también en la primera guerra de 1914, cuando servía en un batallón de estudiantes en el frente de Argonnes.

El vapor "*Remagen*" viró ahora hacia el desembarcadero. Nuestras dos profesoras, obligadas a esperar un barco en dirección opuesta para el regreso de las muchachas, empezaron en seguida a contarnos. Leni y Marianne miraban con gran tensión hacia el vapor. Leni volvió la cabeza con tanta curiosidad como si presintiese que incluso su propio porvenir, el curso de su propio destino, dependía de la unión o separación de esa pareja de enamorados. Si sólo hubiese dependido de Leni, y no de la movilización del emperador y, más tarde, de los tiradores franceses, los dos se hubieran convertido seguramente en una pareja. Leni sentía cuán perfectamente los dos jóvenes estaban hechos uno para el otro, en alma y cuerpo. Entonces no se hubiera nunca negado Marianne, más tarde, a cuidar

del hijo de Leni. Y, tal vez, ya antes hubiera encontrado Otto Fresenius el medio de ayudar a Leni a huir. Probablemente hubiera él impreso en el frágil y bello rostro de su mujer Marianne un tal rasgo de rectitud, de dignidad humana estimada por ambos, que esto le hubiera impedido renegar de su compañera de escuela.

Ahora Otto Fresenius —al que, en la primera guerra mundial, un casco de obús habría de desgarrar el vientre— espoleado por su amor, llegó el primero al jardín de la fonda, atravesando el puente del desembarcadero. Marianne, que aun no había retirado una de sus manos de los hombros de Leni, le tendió su mano libre y se la abandonó. No sólo para Leni y para mí, sino para todas nosotras, niñas aún, era claro que ellos dos formaban una pareja de enamorados. Incluso nos dieron por vez primera la noción de una auténtica pareja de enamorados, no una pareja soñada, o leída en poesías o cuentos de hadas o dramas clásicos, sino una pareja verdadera y real, tal como la ha planeado la naturaleza, dándole un destino.

Teniendo un dedo suyo enlazado todavía con uno de él, el rostro de Marianne mostró una expresión de devoción total, que se convirtió después en el de la fidelidad eterna hacia aquel alto muchacho delgado, de pelo rubio oscuro; por el que también habría de llevar luto, cual su viuda, cuando su carta de servicio postal al frente le fué regresada llevando impresa la palabra "caído". En aquellos días de duelo en que Marianne, a quien en otro tiempo había visto adorar la vida con sus grandes o pequeñas alegrías, lo mismo cuando se trataba del amor que de un columpio, desesperaba verdaderamente de la vida, su amiga Leni, a la que ahora enlazaba con su brazo, habría de conocer a Fritz, que llegaba desde el frente con permiso, y era miembro de una familia de ferrocarrileros de nuestra ciudad. Mientras Marianne estuvo durante mucho tiempo envuelta en una nube negra, con gracia desesperada, con hermosura tristísima, Leni era la manzana más madura y rosada. Las dos amigas estuvieron distanciadas durante algún tiempo, del modo humano acostumbrado con que se hallan distanciados la felicidad y el dolor. Transcurrido el tiempo de luto, Marianne, después de varios encuentros

en los cafés a orillas del Rhin, donde aparecía con sus dedos enlazados a otros dedos, como ahora, y con la misma expresión de fidelidad eterna en el óvalo de su dulce rostro, como ahora habría de elegir una nueva unión con un tal Gustav Liebig, que había salido ileso de la primera guerra mundial, y que más tarde se convertiría en jefe de un grupo de las SS. Otto Fresenius, incluso si hubiese salido con vida de la guerra, nunca se hubiera convertido en jefe de una grupo de las SS, ni tampoco en responsable de la *Gauleitung*. La huella de justicia y rectitud que claramente estaba marcada ya ahora en los rasgos de su rostro de adolescente, le hacía incapaz de elegir tal carrera y tal profesión.

Leni se tranquilizó cuando se enteró que su compañera de clase, para la que entonces aun tenía el cariño de una hermana, había encontrado un nuevo destino prometedor de alegrías. Lo mismo que ahora, no era lo bastante clarividente para presentir que los destinos de los muchachos y las muchachas juntos vendrían a constituir el destino del país, el destino del pueblo, y que, por tanto, más tarde o más temprano, la pena o la felicidad de su compañera podría ser el sol o la sombra de su propio destino. Ni a mí ni a Leni se nos escapó ahora el silencioso e inefable voto que se leía en el rostro de Marianne, apoyado levemente, y como por azar, sobre el brazo del amigo: la garantía de una unión indestructible. Leni respiró hondamente como si para ella significase una dicha singular poder ser testigo de semejante amor. Antes de que Leni y su marido fueran detenidos por la *Gestapo*, Marianne habría de oír de boca de su nuevo marido Liebig, al que también había jurado fidelidad eterna, tantas palabras desdeñosas sobre el marido de su compañera de clase, que pronto ella misma haría por perder la amistad con una muchacha que era considerada tan despreciable. El marido de Leni habíase negado por todos los medios a entrar en la SA o SS. El marido de Marianne, que sentía el orgullo del rango y de la disciplina, hubiera sido, en la SS. su superior. Cuando se dió cuenta de que el marido de Leni desdeñaba lo que él consideraba tan honroso, llamó la atención de las auto-

ridades de la pequeña ciudad sobre aquel súbdito descuidado.

Poco a poco había desembarcado toda la clase de muchachos junto con sus dos profesores.

Un cierto señor Neeb, profesor joven con bigotito rubio, torcido como de finas agujas, después de una inclinación ante las dos profesoras, hizo correr su aguda mirada sobre las muchachas, notando que Gerda, a la que espontáneamente había buscado, no se hallaba entre nosotras. Gerda aun estaba ocupada en cuidar y lavar el niño enfermo de la fonda y nada sospechaba de la corriente de muchachos que había llegado afuera, al jardín; tampoco sabía que el profesor Neeb la echaba de menos, aunque en otras ocasiones Gerda había llamado su atención por sus ojos de un azul oscuro y por su disposición a ayudar a los otros. Sólo después de 1918, después que hubo terminado la primera guerra mundial, cuando Gerda misma fué profesora y ambos apoyaban las reformas educativas de la República de Weimar, los dos se encontraron definitivamente en la "Unión de los Reformadores de Escuela Decididos", recién fundada. Mas Gerda permaneció más fiel a sus metas y deseos antiguos que él. Una vez casado con la muchacha, a la que había elegido por compartir sus opiniones, apreció más la vida en común holgada que la comunidad de las opiniones. Y por eso izó la swástica en la ventana de la sala, porque la ley le amenazaba, en caso de omisión, con quitarle su puesto y, por tanto, el pan de su familia.

No sólo yo había advertido la decepción de Neeb al no percibir entre nosotras a la muchacha Gerda, a la que habría de encontrar más tarde, y hacerla suya, teniendo por ello, una parte de culpabilidad en su muerte. Porque cuando, al regresar del mercado, advirtió la bandera con la swástica izada en su propia ventana, abrió la llave del gas en la cocina.

Else era, según creo, la más joven de todas, una muchacha rechoncha con gruesas trenzas y una boca redonda de cereza. Hizo la observación, como de paso y aparentando indiferencia, que una de nosotras, Gerda, se había quedado en la fonda para cuidar un niño enfermo. Else,

que yo y las demás olvidamos pronto por su pequeñez y apariencia insignificante, lo mismo que olvidamos un determinado botón grueso en algún arbusto, no tenía aun amoríos propios, pero le gustaba descubrir los de otros y hurgar en ellos. El brillo que surgió en los ojos del señor Neeb le reveló que había acertado y, como casualmente, añadió que el cuarto del enfermo se hallaba en seguida, detrás de la cocina. Después que Else dió de este modo muestra de su astucia —y con sus brillantes ojos infantiles pudo descifrar los pensamientos de Neeb mucho mejor que con ojos adultos enturbiados por la experiencia— hubo de esperar aún mucho tiempo su propio amor. Porque su futuro esposo, el carpintero Ebi, todavía tendría que participar en la guerra de 1914. Ya entonces tenía una barbita puntiaguda y barriguita, y era mucho mayor que ella. Cuando, después del armisticio de entonces, convirtió en señora del maestro carpintero a Else, siendo aún regordete y de nariz respingada, le vino muy bien para su negocio que ella hubiera mientras tanto, aprendido contabilidad en una escuela de comercio. A los dos sólo les importaba la carpintería, y después sus tres hijos.

El carpintero solía decir más tarde que para su negocio le daba igual el que Darmstadt, capital de provincia, fuese sede del gobierno del Gran Duque o sede del consejo ministerial socialdemócrata. La llegada al poder de Hitler y el estallido de la nueva guerra también fueron considerados por él como una especie de fenómeno natural maligno, como una tormenta o una tempestad de nieve. Había ya envejecido bastante por aquel entonces. También en las tupidas trenzas de Else se veían ya algunos mechones canosos. Tampoco, probablemente, encontró tiempo para cambiar de opinión, cuando, durante el ataque aéreo inglés sobre Maguncia, perdieron la vida, en un lapso de cinco minutos, su esposa Else, sus hijos y sus aprendices de carpintería, convertidos, junto con su casa y su taller, en ceniza y guiñapos.

Mientras Else, firme y redonda como albóndiga, y que seguramente no podría ser despedazada por otra cosa que por una bomba, se incorporó en su fila entre las muchachas, Marianne ocupó su lugar en la esquina extrema de la

última fila, donde Otto podía aún permanecer a su lado, con su mano en la suya. Por encima de la valla miraron hacia el agua en que sus sombras se mezclaban con las imágenes reflejadas de montes, nubes y parte del blanco café de los excursionistas. No hablaban nada, tan seguros estaban que nada podía separarlos: ni filas de cuatro o salida de vapor, ni siquiera más tarde su muerte común, tras una vejez serena, rodeados por un grupo de niños engendrados y criados en común.

El profesor mayor de la clase de muchachos —arrastraba los pies carraspeando, lo cual le valía entre los muchachos el apodo de "el anciano"— entró al jardín pasando por el pequeño puente del desembarcadero, rodeado de sus muchachos. Agil y ávidamente se sentaron a la mesa que nosotras las muchachas acabábamos de abandonar, y la dueña del café, contenta de que su niño enfermo estuviera todavía al cuidado de Gerda, trajo su vajilla nueva de dibujo de cebolla, de tonos blanco y azul. El jefe de la clase, profesor Reiss, empezó a sorber su café; no sé si lo sabía yo por el sonido o si lo veía por su labio avanzado: sonaba como si tragase una bebida un encorvado gigante de barba blanca.

Al revés de lo que suele ocurrir en las clases de muchachas, el profesor presenció la agonía y muerte de sus jóvenes alumnos en la guerra que llegó y en la actual, en regimientos bajo la bandera negra-roja-blanca y bajo la swástica. Sobrevivió a todo ileso. Porque paulatinamente se iba haciendo demasiado viejo no sólo para los combates, sino también para hacer observaciones ambiguas, interpretables de un modo capaz de provocar su detención o llevarle a un campo de concentración.

Mientras que los muchachos, en parte bien educados y en parte traviesos, que rodeaban con desenfado a su "anciano", se parecían a los duendes de los cuentos de hadas, el enjambre de muchachas, abajo, en el jardín, daba la impresión de piantes elfos. Al contarnos se había descubierto que algunas muchachas faltaban. Lore estaba sentada en medio de la clase de muchachos, porque siempre, hoy como durante toda su vida mal acabada por los celos de un nazi, se quedaba en compañía masculina tanto

tiempo como le fuera posible. A su lado se estaba columpiando una cierta Elli que, súbitamente, había descubierto a su amigo de las clases de baile, Walter, un muchachote gordinflón. Sus pantaloncitos aún cortos para pena suya, le quedaban ahora demasiado ajustados sobre sus firmes nalgas; más tarde, siendo miembro de las SA, de cierta edad ya; pero todavía bien parecido, habría de llevarse para siempre al marido de Leni, en su calidad de jefe de transportes. Leni continuaba colocándose oblicuamente para que Marianne pudiese cambiar las últimas palabras con su amado, sin poder presentir de cuantas enemistades futuras estaba rodeada en este jardín. Ida, la futura diaconisa, bajó al trote y silbando, con graciosos pasos de baile, hacia nosotras: los redondos ojos de bolita de los pequeños muchachos y los ojos oblicuos y serenos del viejo profesor tragador de café, se posaron agradecidos sobre su cabeza rizada, que enlazaba una cinta de terciopelo. Una vez, en el invierno ruso de 1943, cuando su hospital se hallase inesperadamente bajo un bombardeo, habría de ver, tan claramente como yo ahora, la cintita de terciopelo en su cabello, y la blanca fonda soleada, y el jardín a orillas del Rhin, y los muchachos que iban llegando, y las chicas que se marchaban.

Marianne había soltado la mano de su Otto Fresenius. Tampoco apoyaba ya la mano en el hombro de Leni: estaba en pie en su fila de muchachas, sola y abandonada, sumida en la meditación amorosa. A pesar de este estado de ánimo, el más terrenal de todos, se destacó ahora de las otras muchachas por una belleza casi ultramundana. Otto Fresenius volvió a la mesa de los muchachos, al lado del joven profesor Neeb. Este lo trataba, sin burlas y sin hacer preguntas, como a un buen compañero, pues él mismo buscaba entre la clase una muchacha, y también porque incluso tratándose de los más jóvenes respetaba las empresas amorosas, como si presintiese que de ellas pudieran resultar uniones importantes para toda la sociedad humana. Como ese muchacho, Otto, habría de ser arrebatado de su amada por la muerte más rápidamente que el profesor de la suya, le fué, durante su breve vida, otorgada la fidelidad eterna; y ahorrado todo mal, todas las tenta-

ciones, toda vileza y vergüenza, de los que cayó víctima el hombre mayor cuando quiso salvar, para él y para Gerda, un puesto pagado por el Estado.

La señorita Meess, con la poderosa e indestructible cruz sobre el pecho, vigilaba cuidadosamente a las muchachas para que ninguna pudiese escaparse hacia un amigo de las lecciones de baile antes de la llegada del vapor. La señorita Sichel había emprendido la búsqueda de una cierta Sofie Meier, y la encontró finalmente en el columpio, en compañía de un chico, Herbert Becker, el cual era, de modo exacto, endeble e igualmente provisto de gafas como ella, de suerte que más bien parecían hermanos que una pareja amorosa. Herbert Becker se escapó a la carrera al ver a la profesora. Muchas veces aun le veía yo atravesar nuestra ciudad a la carrera, riendo burlonamente y haciendo visajes. Aun tenía la misma cara de muchacho avispado, listo, provisto de gafas, cuando le encontré hace pocos años en Francia, precisamente cuando regresaba de la guerra civil española. Sofíe fué regañada por la señorita Sichel por su vagancia, así que tuvo que limpiar sus lentes humedecidos por las lágrimas. No sólo el cabello de la profesora, en el que otra vez, con asombro, volví a descubrir una mezcla de mechones grises, sino también el de la alumna Sofíe, de un negro ébano como en el cuento de Blancanieves, habrían de estar completamente blancos cuando ambas fueron deportadas a Polonia por los nazis, en un vagón cerrado repleto de gente. Sofíe estaba incluso completamente encogida y envejecida cuando, repentinamente, murió en los brazos de la señorita Sichel, como si fuese una hermana de la misma edad. La señorita Sichel había creído en un principio que tan sólo se durmió, y empezó a llorar desconsoladamente.

Consolamos a Sofíe y limpiamos sus lentes cuando la señorita Meess dió unas palmadas, señal de la partida hacia la estación del vapor. Sentíamos vergüenza porque los muchachos observaban como nos hacían formar y porque todos hicieron mofa del paso cojo de pato de nuestra profesora. Sólo en mí estaba aminorada la burla por la estima que sentía ante su actitud siempre constante, a la que ni siquiera pudo cambiar una citación ante el tribunal del

pueblo puesto en escena por Hitler ni la amenaza de encarcelamiento. Todas juntas esperamos en el puente del desembarcadero hasta que nuestro vapor arrojó su cuerda. A mí me pareció que tanto al recoger la cuerda el marinero, como al enrollarla en torno al palo y colocar la pasarela, todos sus movimientos, fueron ejecutados con agilidad extraordinaria, como la bienvenida a un nuevo mundo, como el testimonio de nuestro viaje por el río, de suerte que todos los viajes a través de mares infinitos, de un continente a otro, empalidecían y se volvían fantásticos como sueños infantiles. No eran ni mucho menos tan excitantes, tan fieles a la realidad, por el olor de madera y agua, el leve oscilar de la pasarela y el rechinar de las cuerdas, como esa iniciación de nuestro viaje de veinte minutos por el Rhin, hacia mi ciudad natal.

Salté a cubierta para poder sentarme cerca del timón. La campanilla del barco sonó, se recogió la cuerda y el vapor viró. Su estela de espuma, blanca y centelleante, se grabó en el río. Recordé todas las estelas de espuma imaginables de todos los barcos imaginables que en todas las latitudes imaginables habían surcado los mares. Lo efímero y, al mismo tiempo, inalterable de un viaje; lo sin fondo y, al mismo tiempo, asible del agua, nunca me había impresionado con tanta fuerza. Me olvidé un poco de mi clase de escuela mientras el vapor se iba deslizando entre poblaciones que se reflejaban en el agua, que parecían crecer a medida que nos aproximábamos y encogerse tan pronto como las habíamos rozado al pasar. Fué éste el innato deseo de viajar que nunca pudo ser saciado, porque todas las cosas se rozan tan sólo al pasar. El sol de la tarde caía oblicuamente sobre el Rhin. Entonces, de repente se acercó a mí la señorita Sichel. El sol le daba un aspecto muy juvenil, con su vestido de puntitos y sus pequeños senos firmes. Me dijo, con brillantes ojos grises que, ya que me gustaban los viajes y también escribir composiciones, debía hacer para la próxima lección de alemán una descripción de la excursión de la escuela.

Todas las muchachas de la clase que preferían la cubierta al camarote subieron corriendo a los bancos, rodeándome. Desde el jardín, los muchachos hacían señas y

silbaban. Lore contestó con un agudo silbido y fué regañada por ello violentamente por la señorita Meess, mientras del otro lado seguían silbando al mismo compás. Marianne se empinó sobre el barandal para no dejar a Otto escaparse de su vista, como si esta separación pudiese ser para siempre, cual más tarde la última, en la guerra de 1914. Cuando ya no podía reconocer a su amigo, me enlazó con un brazo y con el otro a Leni. Sentí, junto con la caricia de su delgado brazo desnudo, el resplandor del sol en mi nuca. También volví los ojos hacia Otto Fresenius, que seguía mirando fijamente a su muchacha, como si con ello pudiese guardarla en la vista y, ya que ahora apoyaba su cabeza contra Leni, recordar para siempre una amistad indestructible.

Las tres estrechamente enlazadas miramos río arriba. El sol vespertino sobre colinas y viñedos hinchaba aquí y allá las flores blancas y rosadas de los árboles frutales. En el resplandor tardío del sol brillaban algunas ventanas como en un incendio. Pasamos bajo el puente del Rhin, sobre el que pronto habrían, en la primera guerra mundial, de rodar trenes militares con todos aquellos muchachos que ahora estaban bebiendo su café en el jardín, con los alumnos de todas las escuelas. Cuando terminó aquella guerra, los soldados aliados entraron pasando por el mismo puente, y, más tarde, Hitler con su joven ejército para ocupar de nuevo la Renania evacuada, hasta que los nuevos trenes militares en la nueva guerra mundial rodaron con todos los muchachos de la nación llevándolos a la muerte. Nuestro vapor pasó por la Petersaue, sobre la que descansaba uno de los pilares del puente. Todas hicimos señas con las manos hacia las tres casitas blancas que nos eran familiares desde pequeñas, cual libros de imágenes con cuentos de brujas. Las casitas se reflejaban en el agua, lo mismo que un pescador de caña; y la aldea de la otra orilla se reflejaba también con su colza y campos de trigo, a través de una orilla de manzanares rosados, con su enjambre apretado de tejados puntiagudos, y subía hasta la punta de la torrecita de iglesia en la vertiente, formando un triángulo gótico.

Todas nos habíamos ido callando en la luz silenciosa, así que podía percibirse el cra-cra de unos pájaros y el rugido de las sirenas de fábrica de Amoeneburg. Incluso Lore se había callado completamente. Marianne, Leni y yo, teníamos enlazados nuestros brazos unos en otros, en una unión que simplemente formaba parte de la gran unión de todo lo terrenal bajo el sol. Marianne aun tenía su cabeza apoyada contra la cabeza de Leni. ¿Cómo era posible entonces que, más tarde, pudiese entrar en sus pensamientos el engaño, la obsesión de que sólo ella y su marido poseían el amor a ese país y que, por tanto, tenían derecho a despreciar y denunciar a las muchachas contra las que ahora se apoyaba. Nadie nos recordó jamás esa excursión en común cuando aun era tiempo. Por muchas que fuesen las composiciones escritas después sobre nuestro país y la historia de nuestro país y el amor a nuestro país, nunca se mencionó que nuestro enjambre de muchachas enlazadas, en un barco que iba río arriba en la oblicua luz de la tarde, pertenecía a nuestro país.

Un brazo del río se bifurcaba ya hacia el puerto de balsas, desde donde las maderas recién taladas eran llevadas a Holanda. Me pareció que la ciudad se hallaba aún bastante lejos, como si ésta no pudiese forzarme nunca a desembarcar y quedarme, aunque su puerto de balsas, las hileras de álamos y los depósitos de mercancías en la orilla, eran para mí más familiares que cualquier entrada a ciudades extrañas que me forzaron a quedarme. Poco a poco iba reconociendo calles familiares, techos de casas y torres de iglesias, intacto todo y familiar, como esos lugares de los cuentos de hadas y canciones, en verdad ya destrozados hace mucho tiempo. Ese solo día de excursión me pareció haber alejado de mí todo, y, al mismo tiempo, habérmelo todo regalado de nuevo.

Cuando el vapor efectuó ahora su viraje para atracar, y niños y holgazanes vagabundos se agolpaban ociosamente para saludar nuestra llegada, me pareció que no regresábamos de una excursión, sino de un viaje de muchos años. Ningún agujero, ningún daño por incendio se notaba en esa ciudad familiar, angulosa y como hormiguero, de modo que se calmó mi inquietud y me sentí en mi casa.

Lotte se despidió la primera, apenas habían arrojado las cuerdas. Quería asistir al oficio de la tarde que se celebraba en la catedral, cuyas campanadas se oían hasta en el puente del barco. Lotte fué a parar más tarde al convento de Nonnenwerth, isla del Rhin, desde donde, junto con un grupo de monjas la hicieron pasar la frontera holandesa; mas luego la siguieron también allí. La clase se despidió de las profesoras. La señorita Sichel me recordó otra vez la composición. Todavía conservaba ésta su aspecto joven y rosado, cual una muchacha de la clase. Después, nuestra clase se dividió en diferentes enjambres marchando en direcciones distintas, según sus distintos domicilios. Yo troté, junto con algunas alumnas, en dirección a la calle Christhof. Al principio me sentí angustiada. Cuando desde el Rhin entramos en el centro de la ciudad, mi corazón estaba apesadumbrado, como si algo absurdo, algo malo me esperase: una noticia siniestra quizás, o una desgracia que, con ligereza, hubiese olvidado durante la excursión de aquel día soleado. Pero entonces comprendí claramente que era imposible que la iglesia de Christhof hubiera podido ser destruída durante un bombardeo nocturno, porque oíamos sus campanadas vespertinas. Había, pues, sentido en balde horror de regresar por este camino, aunque en algún punto de mi memoria se había prendido la idea de que esa parte céntrica de la ciudad estaba completamente destrozada por las bombas. Aquella fotografía de periódico en que todas las calles y plazas aparecían arrasadas debió ser, pues, un error. Al principio pensé que quizás, por orden de Goebbels y para engañar sobre la envergadura del ataque, se había construído con suma rapidez una ciudad falsa, en la que ninguna piedra antigua quedase sobre otra, pero que pudiese, sin embargo, dar una impresión de algo bastante sólido y bonito. Todos estábamos acostumbrados desde hacía mucho a esta especie de apariencia y engaño, no sólo con motivo de los asaltos aéreos, sino también en relación con otros acontecimientos difícilmente penetrables.

Mas las casas y las escalinatas de las fuentes estaban en pie, donde habían estado siempre. También la tienda del empapelador Braun, la cual, junto con la familia de éste, habría de ser destrozada por las llamas en esta guerra, des-

pués que en la primera guerra sólo se habían roto los cristales del escaparate por un casco de cañón antiaéreo, mostraba en su escaparate los papeles de flores y rayas de siempre, así que María Braun, que últimamente caminaba a mi lado, entró rápidamente en la tienda de su padre. La más próxima de las muchachas que regresábamos, Katharina, corrió hacia su minúscula hermanita Toni, que estaba jugando bajo los álamos en una escalinata de piedra ante la fuente. La fuente y todos los álamos estarían probablemente aplastados y destrozados hacía mucho, pero los niños no echaban nada de menos para jugar, porque había sonado la última hora para ellos también, en las bodegas de las casas de alrededor. También pereció la pequeña Toni, en la casa que había heredado de su padre, junto con su hijita, minúscula como ella lo era hoy, cuando echaba agua de sus mejillas gordinflonas. También Katharina, la hermana mayor, que ahora la agarraba por el cabello de su nuca, y su madre, y su tía, en el zaguán abierto, que la saludaban con besos, todas ellas juntas habrían de perecer en la bodega de la casa paterna. El marido de Katharina, empapelador y sucesor de su padre, ayudaba mientras tanto a ocupar a Francia. Con su breve bigote y su pulgar de empapelador, se creía miembro de un pueblo más fuerte que otros pueblos. . . hasta que le alcanzó la noticia de que su casa en la patria y su familia habían sido trituradas. La pequeña hermana se volvió aún y nos salpicó con la última agua almacenada en sus mejillas. El resto del camino lo recorrí sola. En la calle de Flachsmarkt encontré a la pequeña Liese Moebius, también alumna de mi clase, que, a causa de una pulmonía, no pudo durante dos meses participar en ninguna excursión. El tañer vespertino de las campanas de la iglesia de Christhof habíala inducido a salir de su casa. Pasó corriendo junto a mí, con sus dos largas trenzas colgantes de color castaño y los lentes de su pequeño rostro pálido, pasó ágil como si corriese a la plaza de juegos en vez de a los oficios de la tarde. Luego suplicó a sus padres que la dejasen entrar con Lotte en el convento de Nonnenwerth. Pero sólo Lotte obtuvo el permiso, y entonces Liese se hizo maestra de una escuela primaria de nuestra ciudad. La vi aún varias ve-

ces más correr a misa, con su pálido rostro puntiagudo, los lentes enganchados en la nariz, como hoy. Las autoridades nazis la trataron desdeñosamente a causa de la fidelidad a su creencia, pero tampoco la perturbó su traslado a una escuela inferior para niños atrasados, ya que, por su fe, estaba acostumbrada a persecuciones de toda índole. Además, las hembras nazis más rabiosas, las vecinas más malvadas y burlonas, se volvieron extraordinariamente suaves y dulces cuando, con ocasión del ataque aéreo, estuvieron sentadas en la bodega en torno a Liese. Las mayores recordaron que ya otra vez habían estado sentadas junto a la misma vecina Liese en el mismo agujero subterráneo, cuando en la primera guerra zumbaron los primeros proyectiles. Entonces se arrimaron a la pequeña maestra despreciada, como si ésta, mediante su fe y su calma, hubiese ya una vez podido acallar la muerte.

Incluso los más insolentes y burlones estaban inclinados a participar en algo de la fe que tenía la pequeña maestra Liese, que a sus ojos siempre había aparecido como tímida y temerosa, pero que entonces, consolada y confiada, se hallaba agachada entre todas las muecas grises y blancas, en la luz artificial de la bodega, durante el bombardeo que esta vez habría de destrozar la ciudad casi totalmente.

Acabaron de cerrar las tiendas. Atravesé corriendo la calle del Flachsmarkt, abriéndome camino por entre multitud de gente que regresaba a sus casas. Se alegraban de que hubiera terminado el día y que les esperase una noche de reposo. Lo mismo que sus casas estaban aún ilesas de los proyectiles de la primera gran prueba de 1914 a 1918 y de las bombas recientes, también estaban ilesos sus rostros satisfechos, tan profundamente familiares para mí; rostros delgados o gruesos, con bigotes o barbas, con verrugas o lisos, estaban intactos, sin huellas de la culpa de sus hijos ni de la conciencia de esta culpa ni de haber presenciado y tolerado esta culpa por cobardía ante el poderío del Estado. Sin embargo, deberían hartarse pronto de este inflado poderío del Estado, de las órdenes fanfarronas. ¿O habría acaso tomado gusto a ello ese panadero de bigotes de puntas levantadas y barrigita rechoncha, de la esquina

de Flachsmarkt, donde siempre comprábamos el pastel de manzana; o el conductor de tranvía, que precisamente pasaba ahora ante nosotros tocando violentamente la campanilla? ¿O acaso la paz de esta tarde, con los apresurados pasos de los que regresaban a sus casas, con el tañido de las campanas, con el sonido de sirenas de alejadas fábricas que terminaban la jornada y el contento modesto del día de trabajo de la vida cotidiana, del que yo gozaba ahora como de una delicia, tenían en sí algo repulsivo para todos los hijos, de modo que pronto beberían ávidamente los partes de guerra de sus padres, añorando despojarse de sus blusas para vestir uniforme?

Sentí de nuevo una sombra de angustia ante la idea de entrar en mi propia calle, como si presintiese que la encontraría destrozada. Pero el presentimiento se desvaneció antes de dar la vuelta por la esquina y entrar en mi calle, porque ya durante el último trecho de la calle de Bauhof, pude andar como siempre por mi camino de regreso predilecto, bajo los dos grandes fresnos que del lado derecho y del izquierdo se tendían cual arcos de triunfo, tocándose mutuamente, indemnes, indestructibles. También vi desde lejos los redondeles blancos, rojos y azules de los macizos de flores, geranios y begonias, dentro de los prados que cruzaban mi calle. Cuando me acerqué, un viento de la tarde, como nunca lo había sentido tan fuertemente sobre mis sienes, lanzó de los espinos encarnados una nube de hojas que al principio me parecieron que brillaban en los rayos del sol, pero que en realidad estaban teñidas de color rojo sol. Como siempre después de las excursiones de un día, me pareció que había transcurrido mucho tiempo desde que había escuchado el soplar del viento, procedente del Rhin y encerrado en mi calle. Estaba tan cansada, que me alegré de hallarme al fin ante mi casa. Sólo que me pareció insoportablemente difícil subir por la escalera. Miré hacia el segundo piso, donde vivíamos. Mi madre ya se encontraba en el pequeño mirador, adornado con macetas de geranios, que daba a la calle. Ya me estaba esperando. ¡Cuán joven me pareció mi madre, mucho más joven que yo! ¡Cuán oscuro su cabello liso comparado con el mío! El mío se iba haciendo ca-

noso casi completamente, mientras que no había mechones grises visibles que corriesen por el suyo. Alegre y derecha estaba allí en pie, destinada a una vida familiar laboriosa, con las alegrías y cargas ordinarias de la vida cotidiana, y no para un cruel fin atormentado en un pueblo remoto a donde Hitler la había desterrado. Ahora me reconoció y me hizo señas con la mano, como si yo hubiese ido de viaje. Así reía y saludaba siempre después de mis excursiones. Tan rápidamente como pude entré a la casa.

Me detuve ante la primera grada de la escalera. De pronto me sentí demasiado cansada para subir rápidamente, como había sido mi intención hacía un momento. La niebla gris azul de fatiga lo envolvía todo. Sin embargo, todo a mi alrededor era luminoso y caliente, y no crepuscular como suele ser en la escalera. Me esforcé a subir hacia mi madre. La escalera, inabarcable por la niebla, me pareció inalcanzable, alta, insuperablemente abrupta como si subiese por una áspera montaña. Quizás mi madre ya había salido al pasillo y me esperaba en la puerta de la escalera. Pero me fallaron las piernas. Sólo cuando era yo niña muy pequeña había experimentado una angustia parecida a ésta: el temor de que alguna fatalidad pudiese impedir que volviese a ver a mi madre. Me representé cómo me esperaba en vano, separada de mí tan sólo por algunas gradas. Se me ocurrió entonces, como consuelo, que, en caso que me desplomara de cansancio aquí, mi padre me podría encontrar en seguida. No estaba muerto, pues iba a regresar a casa en seguida, ya que había terminado la jornada. Unicamente que le gustaba quedarse en las esquinas más tiempo que el que hubiera querido mi madre, charlando con sus vecinos. Ya se oía el sonar de los platos dispuestos para la cena. De detrás de todas las puertas llegaron a mi oído las palmadas sobre la masa, con ritmo familiar. Me extrañó que se hicieran así las pastas, batiendo la cruda masa tenaz entre las manos para hacer tortillas, en vez de extenderla con el rodillo. Al mismo tiempo oí, procedente del patio, un desenfrenado chillar de pavos, y me extrañó que, de pronto, se criasen pavos en el patio. Quería volver la cabeza, pero en el primer momento me deslumbró la luz muy fuerte que salía de las

ventanas de ese patio. Las gradas de la escalera aparecían borrosas por la neblina, el interior de la casa se ensanchaba por doquiera con profundidad insalvable, cual un abismo. En los nichos de las ventanas se agolparon entonces nubes que, con bastante rapidez, iban llenando el abismo. Todavía pensé débilmente que era una lástima, que hubiera querido tanto que me abrazara mi madre. Y si ya estaba demasiado cansada para subir la escalera, ¿de dónde sacaría la fuerza después para alcanzar mi pueblo de origen, situado en lo alto, donde me estaban esperando para la noche? El sol quemaba aún fuertemente, nunca quemaba más duramente que cuando caía en línea oblicua. Como siempre, me extrañó que no hubiera crepúsculo aquí, sino tan sólo una brusca transición del día a la noche. Me dominé y anduve con pasos más firmes, aunque la subida se perdió en un abismo. El barandal de la escalera se iba torciendo y abovedando, convirtiéndose en una poderosa valla de órganos. Encontré el camino a la cantina, donde había estado sentada después de mi bajada desde el pueblo, situado en lo alto. El perro habíase escapado. Dos pavos que antes no estaban todavía allí, picoteaban en el camino. Mi dueño de pulquería aun estaba agachado ante la casa, y a su lado estaba agachado un amigo o familiar, exactamente como él, petrificado por la meditación, o por nada. A sus pies estaban agachadas en concordia, las sombras de sus sombreros. El dueño de la pulquería no hizo movimiento alguno a mi regreso; no era yo digna de ello, pues había sido incorporada ya a las impresiones ordinarias de los sentidos. Ahora estaba demasiado cansada para dar un paso más y me senté ante mi mesa de antes. Quería regresar a los montes tan pronto como hubiese descansado un poco. Me pregunté cómo iba a pasar el tiempo, hoy y mañana, aquí y allá, porque ahora sentía una inconmensurable corriente de tiempo, inexpugnable como el aire. Desde niños nos acostumbraron, en vez de a entregarnos humildemente al tiempo, a querer dominarlo de algún modo. De repente me acordé del encargo de mi profesora de describir concienzudamente la excursión de escuela. En seguida, mañana, u hoy todavía, en cuanto se pasase mi fatiga, iba a emprender la tarea ordenada.

S U M A R I O

Printed in Mexico.